MAXIMO GOMEZ

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL GENERALISIMO

B. SOUSA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A MANERA DE PROLOGO...

Juan E. Bory Cortiña

"Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice en nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijas en mí".

Máximo Gómez

SU CARACTER Y CONDUCTA EN LA VIDA CIVIL

No voy a referirme en estas cuartillas a sus prestigios de caudillo invicto, porque de sobra se conocen sus maravillosos hechos militares. Escribo de lo que supe de sus largas jornadas de nostálgico e infortunado peregrineo por los indiferentes pueblos de América; de sus penas intensas y de sus necesidades persistentes; de lo que vi en él a través de mi trato personal de siete años, desde 1888 a 1895, sin que pudiera concebir que detrás de aquella honorable pobreza en que vivía estaba el hombre que había resistido a todas las tentaciones de la opulencia, y se negaba a todo bienestar que a su entender pudiera mermar su positivo prestigio, fundado en su carácter y conducta. He aquí las dos cualidades que lo hicieron admirable en su vida privada de modesto hombre civil. Siendo yo un muchacho de 16 años, emigrado cubano, lo vi llegar a Montecristi el día 3 de Septiembre de 1888 con pobreza de equipaje, pero con esa disciplina de carácter que adquieren los hombres que luchan con la adversidad y se esfuerzan por una vida decorosa. Al desembarcar, se dijo a sí mismo: "¡Ojalá,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Dios de bondad, que sea esta vez más afortunado y encuentre aquí asilo tranquilo a la sombra de la paz, donde pueda, aunque pobre, reposar con honor de las fatigas de la vida!" Exclamación angustiosa, ¿verdad?... Pues bien: si ese hombre en vez de irse a refugiar a Montecristi da un salto desde Kingston a Cuba —que bien cerca le quedaba— hubiera encontrado los honores y riquezas que España insistentemente quería otorgarle, y en aquella época podía tener razones sentimentales para un viraje, sorprendente e indigno desde luego en hombre de su temple moral, porque los cubanos de la Isla, en su mayoría, querían estar tranquilos aprovechándose de las prebendas y repudiaban toda intentona de revolución; y sus compañeros de armas estaban en discordia acusándose los unos a los otros, al extremo de que se le señalara como "extranjero intruso y pernicioso" por esa opinión insensata de los que, especulativamente, agitan el sentimiento de los pueblos en manifestaciones de odios e ingratitud. Pero he dicho que el General tenía el concepto del honor como conducta en su vida militar y en su vida privada; y un viraje deshonroso jamás podía esperarse de hombre tan íntegro, sometido a pruebas de abnegación y duras vicisitudes. El mismo dijo: "la riqueza no me perturba, porque he aprendido a ser pobre".

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde la pequeña finca "El Dátil" que había arrendado en las cercanías de Bayamo, sembrando la tierra, lo sorprende el grito de Yara, y se incorpora de sargento en las fuerzas del General Donato Mármol. Desde allí puso las paralelas que lo conducirían a su destino mayor, a la cúspide de su consagración como libertador de un pueblo. La manigua, sin tregua ni descanso, lo contempló durante aquellos diez años de heroísmos, y el "Zanjón" lo sorprende dejando en el la triste realidad del esfuerzo inutil de aquella epopeya. Desolado sale de Cuba encontrando un inglés en Kingston que lo colocó en su finca de cultivo. Diez años rondó después por Centro América, hasta que se refugió en Montecristi el año 1888, como ya he dicho; y allí se fué al campo a sembrar la tierra para poder vivir. Véase cómo el General siempre está pegado a la raíz hundida en esa madre pródiga que le da al hombre el fruto de su trabajo, amparándolo de la mendicidad y con ello de las indignidades. Allí se mantuvo retraído, sin contacto con los cubanos de la guerra, sin ningún plan responsable, hasta el año 1892 en que Martí inicia la organización revolucionaria para la nueva guerra que se avecina. Su permanencia de siete años en Montecristi, dada la tranquilidad y reposo que le rodeaba, fué, sin duda, la época de recuento del pasado amargo y cruel, y qui-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

zá en la serenidad de sus pensamientos pudo definir con apreciaciones filosóficas, y a veces piadosas, los hechos y la conducta de los hombres frágiles que no escasearon en los campamentos y en los gobiernos de la manigua —que han servido para dejarnos en la Historia algunas verdades que dan la medida de su abnegación al volver a Cuba para independizarla en 1895, no obstante haberle dicho Martí cuando fué a buscarlo: "Nada tengo que ofrecerle a no ser el placer del sacrificio y la probable ingratitud de un pueblo". Fué en aquella vida apasible que se mostró algo expansivo dentro del reducido grupo de su familia y de algunos amigos de esa clase sencilla y leal que se dan como espigas sanas en las aldeas, que son urnas de confesión, juramentados para la hora de las grandes pruebas. Fué entonces que yo pude ver de cerca al hombre, fuera de la aureola de loas; conocerlo a través de sus actos sencillos, de sus cuentos, de sus anécdotas, de sus despreocupaciones de toda vanidad; verle con claridad lo que tenía de bueno y de malo, conocer al hombre del pueblo, sus costumbres aldeanas y sus ingenuidades. En su pobre hogar de Montecristi se gozaba viendo a su hija Clemencia cómo cultivaba flores en su amplio patio, y se empeñaba en que también cultivaran viandas y legumbres para economizar el importe de su compra en mo-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mentos de apuro. Viajaba sólo a su finca distante unas 20 leguas, y gustaba montar caballos fuertes de paso militar. Era inseparable de su sombrero de castor, protector de la lluvia, según decía; y del pañuelo mercerizado que se amarraba al cuello en forma de corbata debajo del saco, evitando el uso de camisa planchada. No fumaba, ni bebía a no ser un trago de ron viejo en rutas inclementes de frío y de alimento escaso. No gustaba hablar de los episodios de la guerra que le dieron jerarquía; en cambio se gozaba hablar del compadre y de la comadre, del negro bonachón, del cubano bravo y del que le fuera fiel. Era duro para los perversos, pero tierno para la justicia. Tenía cosas infantiles: le gustaban los versos sensibles y a veces los recitaba, como también la prosa tersa y los cuentos de tragedias inesperadas, como los episodios de "Charles Holmes". A sus hijos les decía que leyeran libros que tendieran a formarle el carácter, como las obras de "Samuel Smails". Amaba a los niños, y en el campo que circundaba su finca, era como un curandero, o un maestro rural, indicando cómo protejerlos de las enfermedades y cómo prepararlos para el porvenir. Tenía sensibilidades para lo cariñoso, para la pena por el dolor ajeno, para la gratitud por el bien recibido y por el reconocimiento y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

alabanza del mérito de los demás; y por ello le escribe a su esposa, Manana, diciéndole de la muerte del General José Maceo: "He perdido un amigo fiel, y la Patria un General que deja un gran vacío. Murió en su puesto para aparecer mañana más alto, más hermoso en la Historia de su Patria. Guarda esta carta para que sea leída siempre en nuestro hogar con santo y religioso respeto cuando de las cosas grandes de Cuba redimida se trate. Llora ahora y paga con el tributo de tus lágrimas algo de lo mucho que tu Cuba debe al gran caído" Al vadear una de sus tantas veces el memorable río "Cauto", dijo el General: "Vuelvo yo como soldado leal a ocupar mi puesto en esta nueva guerra del 95, y piso otra vez esta tierra de héroes y mártires, evocando sagrados y queridos recuerdos. Por aquí pasé con el alma entristecida, dejando por detrás, marcado con su sangre, de uno de mis compañeros, el lugar donde él cayó, como caen los hombres! Y fué ese hombre el inmaculado José Marti. ¡Duerme en paz compatriota, amigo querido! que yo digo de ti lo que la Historia del héroe griego: "Bajo el cielo azul de tu Patria no hay tumba más gloriosa que la tuya!"

Todas estas referencias del grande hombre están demostrando que si el General era duro, enérgico, extremadamente disciplinado en la guerra, tenía ternuras para querer entraña-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

blemente a su familia, y recíproco respeto y cordialidad a sus compañeros del Ejército y a las personas de su amistad, dentro de aquel carácter y conducta que lo hicieron hombre excelente.

La historia de las grandes abnegaciones tiene que señalar como ejemplo estoico la serenidad del General Gómez aquella madrugada del primero de Abril de 1895, cuando besa a sus hios que deja en desamparo, y a su Manana, con la cabeza hundida en el pecho que palpita con emoción fuerte, cuando parte con Martí a cumplir su destino mayor... Y veamoslo doblado por los años, jadeante sobre su caballo fatigado en la ruta de Montecristi a "Dos Rios", y de "Dos Ríos" a la fortaleza de la "Cabaña" para izar la bandera de la Patria Libre, coronando su obra cumbre de Libertador. (Desde el 1º de Abril de 1895 al 20 de Mayo de 1902).

Y sin que él quisiera deslumbrar con sus insignias de Generalísimo, sus propios enemigos reconocieron que lo era sin émulo. Enrique Collazo, que no era adicto a su jerarquía, dijo: "Es un modelo de audacia, de inteligencia y de valor; corazón y cerebro de la guerra. Acertaba en todo. Es hombre sin estómago y sin necesidades, sin cansancio" Terminada la guerra en 1898, lo volví a ver en Galiano No. 45, el año 1904, feliz y contento, con la misma modestia ysencillez que le caracterizaban, rodeado de su familia, sin tertulias aristocráticas, con la misma pobreza. Su integridad moral no le dió acceso a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las tentaciones de la opulencia. No quiso aprovecharse de la posibilidad de ser el primer Presidente de Cuba, y con esto dió prueba de cordura y de absoluto despego a toda ambición. Y así pudo decir, cuando la Asamblea del Cerro lo destituyó del cargo de General en Jefe del E. L. después de la victoria: "Podéis estar tranquilos pues ya la República existe", como queriéndoles decir: "Lo esencial era hacerles la Patria y yo os la entrego. Si vuestros apetitos son incontenidos, no temáis por mí, que ninguno tengo".

Muere al fin el 17 de Junio de 1905, con amargura, posiblemente, porque tuvo oportunidad de ver los primeros malos propósitos del Gobierno propio.

No sé si hubo luto sinceramente sentido en todos los corazones cubanos cuando lanzó su último suspiro, pero sé que rodaron lágrimas vertidas por los mambises de la manigua que compartieron con él penas y dolores, y por muchos cubanos que entonces, como ahora, saben amar las cosas grandes de la Patria. Tenemos que verlo en su monumento como una silueta imponente que hace pensar en las grandes figuras de la humanidad; —que detiene al caminante para admirarlo y acaso preguntarse: ¿Cómo la naturaleza pudo poner en tan débil cuerpo tanta energía, y en su carácter y conducta tantas virtudes?...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

MAXIMO GOMEZ

EL GENERALISIMO

EDICION DEL CENTENARIO

B. Souza

MAXIMO GOMEZ

EL GENERALISIMO

Dibujos de Abela

EDITORIAL TRÓPICO
LA HABANA
1936

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INDICE

	Págs.
Prólogo	9
25 de Octubre de 1868	13
El Rincón Natal	21
El Pino de Baire	37
Oriente	47
Camagüey	67
La Marcha de la Bandera	89
Vista Hermosa	101
El Destierro	113
Martí y Gómez	123
Playitas	143
La Mejorana	161
La Campaña Circular	175
Caminando con el Sol	191
Gómez y el Gobierno	227
La Reforma	249
El Inri	289
El Hombre, el Soldado	301
Apéndices	317

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PROLOGO

NAS cuantas palabras de explicación a este. menos que libro, librito. Yo pensé escribir algo de más envergadura y reuní profusos materiales para hacer una Vida de Máximo Gómez, *pero. por muchas causas, este propósito mío no se pudo cumplir, y se ha convertido la proyectada* Vida, *más que en biografía, en una impresión, en un esquema del que fué inmortal caudillo y de su fabulosa obra.*

Como durante treinta años ha sido Máximo Gómez gran figura, protagonista casi siempre, de ese hecho increíble, la independencia de Cuba, he tenido que apuntar, narrar los sucesos más salientes de su larga biografía y dar a conocer algunos de sus episodios, falseados o desconocidos por este pueblo, al cual libertó. Esto, unido a la limitada clausura de 300 páginas, me ha obligado a laboriosa síntesis; a entresacar, no sé si con acierto, los puntos culminantes de esta vida. Tal vez en otra oportunidad dé una versión de ella, al modo actual, examinando más a fondo sus rasgos rectilíneos, mucho mejor descifrados, a mi ver, por la geometría que por la literatura.

El hecho de su centenario me ha movido, con precipitación, a extraer, a ordenar algo de lo mucho que tenía recogido, cediendo a la cariñosa solicitud de amigos, a quienes no he podido negarme. Que me sirvan esas aclaraciones de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

disculpa por ciertas incoherencias naturales en este empeño; y antes de concluir quiero dar las gracias a las muchas personas que, con rara generosidad, me han facilitado esta labor poniendo a mi disposición sus archivos, y, como son tantas, no puedo reseñar su lista; sería interminable; pero sí me veo obligado a consignar los nombres de dos personas, bien conocidas, y que han tomado parte muy destacada en la preparación de este librito, y que son: el publicista señor Emeterio S. Santovenia y el capitán del Ejército Libertador señor Joaquín Llaverías. Llegue hasta ellos este público testimonio de mi agradecimiento por su fervorosa casi colaboración en este trabajo.

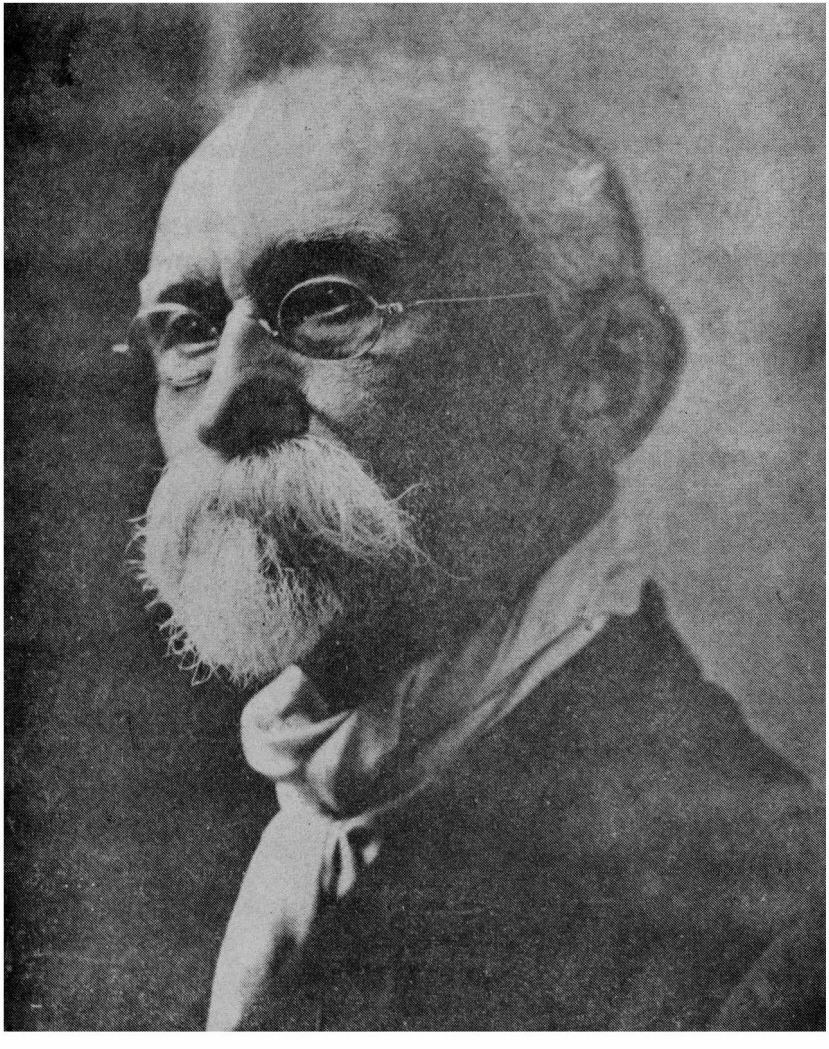
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

M. Gomez.

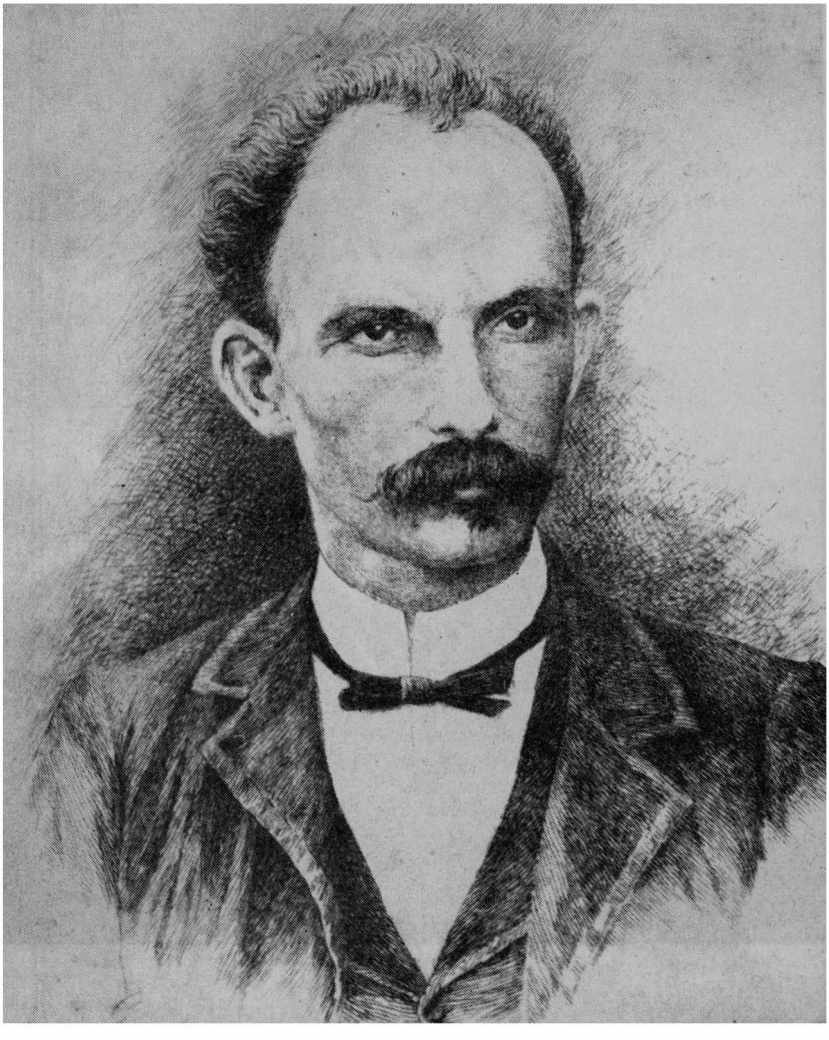
(Tomado de una fotografía del año de 1867).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Máximo Gómez, de una fotografía tomada después de la guerra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



José Martí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lugarteniente Antonio Maceo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

25 DE OCTUBRE DE 1868

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

OSCURECIA ya en una de esas tibias y magníficas tardes del otoño antillano, en la tarde del día 25 de octubre de 1868, y la Plaza de Armas del poblado de Jiguaní, antes apacible y solitaria, era escenario ahora de pintoresco tumulto. Abigarrada muchedumbre de campesinos y negros, de las dotaciones vecinas, voceaba alrededor de alegres fogatas, celebrando, con músicas y cantos, su alzamiento contra el poder de España, mientras se asaban para ellos y en la misma Plaza, en festines a lo Camacho, terneras y lechones

La alegría y los cantos de aquellos hombres, sencillos e ingenuos, no parecían prólogo ni presagio de la cruel, larga tragedia, tan larga que duró diez años y que, como el Moloch asiático, los había de devorar a casi todos, junto con sus familias y fortunas, para dejar a Cuba, al cabo de ellos, española y cubierta de sangre y cenizas, pero incorporada a una nueva idea: la de Independencia.

En uno de esos grandes caserones criollos, de portal y

tejas, improvisada factoría militar, los jefes del movimiento, la *Partida de la Rusia* [1], los jóvenes acomodados del término, los Odoardo, Calás, Estrada, Calixto García, Milanés, Santiesteban, Tamayo y otros, alrededor de su improvisado jefe, el valeroso y bisoño Donato Mármol, comían y bebían como alegres camaradas.

Ya de noche, interrumpe aquel banquete un hombre, en urgente solicitud de Donato, para hacerle entrega de un oficio de Carlos Manuel de Céspedes, nuestro gran rebelde, el caudillo que se atrevió a proclamar en *La Demajagua,* con sólo 37 hombres, la independencia de Cuba.

El recién llegado, hombre frisando en los treinta, de marcial continente, ojos, bigote y pera negrísimos, con cara de gavilán, según observó uno de los comensales, saluda y se retira a un lado, discreto, aguardando la respuesta de Mármol, quien, expansivo, exclama, terminada su lectura:

—Para *mandones,* sobramos!

Nada detiene la curiosidad de aquellos noveles soldados y deudos, amigos todos de Donato; le acosan a preguntas.

—¡Nada! Carlos Manuel me manda este hombre, oficial retirado de las Reservas Dominicanas, para utilizar sus servicios como coronel, y... a la verdad, con nosotros hay jefes de sobra.

—Chico, ¡acéptalo! —le aconseja *Toñito* Milanés, su suegro—. Ya ves lo que dice Céspedes: el hombre sabe, y nosotros de guerra no conocemos ¡ni jota! ¡Deja que nos dirija! [2].

Todos abundan en iguales o parecidas razones y, al fin,

---

[1] Así llamada por vestir todos trajes de *rusia,* tela grosera usada en Cuba por los campesinos pobres.

[2] El inflexible carácter de Gómez queda pintado en el hecho siguiente: Dos años después, manda a darle un cepo de campaña a este Milanés, y lo envía preso adonde está el Gobierno.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vencido Donato, acaba de apurar su taza de café, hace una señal al forastero, cambia con él unas palabras y, por último, le dice:

—La columna del coronel Quirós viene sobre Bayamo y ya está en Baire. Nosotros vamos a impedir su avance. Usted va a mandar nuestra vanguardia; escoja doscientos hombres y disponga lo necesario.

Saluda militarmente el personaje de perfil de gavilán, da media vuelta, y sale a escoger sus hombres.

El desconocido era Máximo Gómez. Máximo Gómez, cuyo nombre, hasta entonces ignorado, veinticuatro horas después, o sea el día 26 de octubre de aquel año, surge del anónimo, recorre en alas de la admiración y la fama la Isla entera y, junto con el de los caudillos, Céspedes y Aguilera, es conocido y pronunciado por primera vez, entre loores y alabanzas, por la emigración cubana de Nueva York.

Todo el mundo sabe cómo ese día, en genial emboscada, sorprende y despedaza a machetazos, con su banda de entusiastas campesinos, la vanguardia de Quirós, en la Venta del Pino, haciéndole más de doscientos muertos al arma blanca [1]; y cómo, obligándolo a retroceder hasta Santiago, salva a Bayamo y, con él, la naciente revolución. Fué así como ingresó Máximo Gómez en la Revolución de Yara [2].

El general José Miró, nacido en España, cronista y Jefe de Estado Mayor que fué de Maceo durante la última campaña por la independencia de Cuba, dice, refiriéndose a este Máximo Gómez:

---

[1] La cifra la da Pirala, español, en sus *Anales de la Guerra de Cuba*.

[2] Estos detalles, poco conocidos, los obtuve de labios del austero y más que octogenario comandante Manuel Calás, de la Guerra Grande, protestante de Baraguá, y tal vez hoy el único superviviente de la toma de Jiguaní y de Bayamo y del macheteo de la Venta del Pino, acción a la que asistió a las órdenes de Gómez. El comandante Calás, de origen francés, desciende en línea recta de Juan Calás, la víctima del parlamento de Tolosa en 1762, y vive aún.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La historia militar de Máximo Gómez se halla tan estrechamente unida a los fastos gloriosos de la rebelión de Cuba, que bien puede decirse que él los escribió todos con su espada invicta. Bastará indicar que en dos ocasiones ocupa el primer puesto en la milicia libertadora y fué el maestro, sobre el campo de batalla, de los alumnos mozos y soldados inexpertos que llegaron a la categoría de caudillos de fama universal. Fué el maestro de Antonio Maceo.

Así, pues, entre los hombres que en Cuba descollaron en las guerras sostenidas por su independencia, y las causas apuntadas por Miró de sobra lo explican, pocos han sido tan populares y pocos han alcanzado la inmensa autoridad de Máximo Gómez, no sólo entre los mambises, de los cuales fué jefe en esas dos campañas, sino entre el pueblo todo de Cuba. Siempre se le tuvo como el oráculo militar de sus dos revoluciones y, ya terminada la guerra, único superviviente, por milagro, de aquellos hombres, de los Céspedes, Agramonte, Martí, Maceo, Crombet, Sánchez, García..., cuando los habitantes de la Isla veían a diario atravesar, por nuestras calles y plazas, la figura marcial y nerviosa del anciano, leyenda viva de heroicidad, en carne y hueso, al alcance de la mano, con quien se podía departir; cuando se veía al personaje que durante treinta años preocupó a Cuba y España y fué, por un tan largo período de tiempo, esperanza de los separatistas, amenaza de los españoles y de los cubanos de la autonomía, su vista, naturalmente, provocaba en nuestro pueblo fervientes arrebatos de admiración, que, ni antes ni después, ha despertado hombre alguno en nuestro país; y, mientras él vivió, este pueblo le tuvo como su mentor más puro y desinteresado.

Sin embargo, fuera de Cuba, de nuestros libertadores, una de las vidas menos conocidas es la del hombre que, durante esos treinta años, golpeó sin descanso, hasta lograr romperlo, sobre el último eslabón de España en América. Su heroica figura, plena de misticismo rebelde, cuyos perfiles,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tan conocidos en Cuba y América, son ignorados en Europa, es para nosotros tan límpida y venerable como turbia y borrosa para esos europeos, sobre todo en España, donde su efigie aparece casi siempre adulterada. No la han conocido allí sino a través de partes oficiales, siempre falseados; de folletos calumniosos, dictados unos por la pasión política, en el ardor de la lucha; con fines de propaganda otros, como el de Bronson Rhea, asalariado de Weyler; o por informes recogidos en las mesas de los cafés, como los del albéitar Romero, el Marqués de Lema y otros de la misma laya.

Las obras históricas peninsulares consignan multitud de hechos imaginarios sobre su persona; bien es verdad que en cuanto se refiere a Cuba, a sus hombres y a sus guerras por la independencia, las obras escritas en España, aunque imbuídas algunas de visibles deseos de imparcialidad, están todas plagadas de absurdos errores [1].

Zumalacárregui [2], con tantos puntos de contacto con Gómez, como soldado, no sería hoy, presentado a la Historia sólo por los partes de Quesada y de los generales cristinos, el héroe admirado por todos. Máximo Gómez, como el caudillo navarro, como Bolívar y como tantos otros grandes rebeldes, fué, para la España de la Restauración, «el negro Máximo Gómez», el «bandido Máximo Gómez», y su cabeza puesta a precio por aquel Gobierno.

La revolución del 95 ha sido la obra de tres hombres, extraordinarios los tres, y son, por su orden: Martí, Gómez y Maceo. Los dos primeros la preparan, dan la señal, y, unidos los tres [3], la inician, la organizan y le infunden su al-

---

[1] Se excluye a Pirala, bastante bien informado, y cuyas equivocaciones se disculpan por el origen, muchas veces oficial, de sus fuentes de conocimiento.

[2] Manuel Aznar, conocedor de la figura de Gómez, fué el primero en señalarme su analogía con la del caudillo carlista, opinión también sustentada por el coronel Armiñán, su adversario en nuestra última guerra e hijo del famoso General.

[3] Y un muerto olvidado, Flor Crombet, el paladín de Martí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ma excelsa. Es poca toda la admiración que nuestro pueblo les tributa. Hablando de Maceo, Miró, su biógrafo, o mejor dicho, su Homero, agotó el justo ditirambo. Martí ha tenido legiones de comentaristas, dentro y fuera de Cuba. Pero Máximo Gómez... Máximo Gómez aun aguarda al digno historiógrafo de sus hazañas y sus glorias: aun permanece vacía la sede levantada a «su poeta» en el soberbio monumento que proyectaron Huerta y Cabarrocas.

Pero algún día ha de llegar la hora de las reparaciones y se han de disipar las sombras que ocultan su gloriosa figura de soldado, y de entre ellas surgirá esa figura, motivo de orgullo para la raza, de donde salió un ejemplar humano tan maravillosamente tallado en héroe.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL RINCON NATAL

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

MAXIMO GOMEZ, como todos saben, no nació en Cuba: fué un antillano de pura estirpe española, nacido en Santo Domingo, país con tanto parecido a Cuba, sobre todo a Oriente, provincia de la que más parece extensión por su geología, proximidad, costumbres y constantes relaciones en pasadas épocas. Las notas, impregnadas de melancólica ternura, de nuestra *Bayamesa,* compuesta por Castillo y Carlos Manuel de Céspedes, eran populares allí antes del 68 [1]; y los Heredia, Del Monte, Pichardo, Angulo, Lavastida y tantos otros apellidos de familias cubanas tuvieron su tronco en Santo Domingo.

En el muy curioso folleto, fruto de paciente labor, publicado en 1929 por el erudito fraile español Cipriano de Utrera, se reunen y transcriben centenares de partidas de

[1] Federico Henríquez y Carvajal.

bautismo, existentes en los archivos parroquiales de Baní, y en ellas persigue el fraile la genealogía del caudillo, iniciada en Santo Domingo en el siglo XVI, por la línea de los Báez [1]. De su progenie española y militar dan fe estas partidas de bautismo. Del examen de las mismas aparece que se contaron entre sus abuelos a sevillanos, malagueños, jerezanos; de Bilbao, de Guipúzcoa, de Galicia; también un francés; y muchos de ellos tuvieron por noble oficio las armas; fueron capitanes del Rey, tenientes, sargentos y soldados. Ejemplos:

Francisco Castañeda, sargento de la Fortaleza de Málaga, en 1651, uno de los abuelos de Máximo Gómez.

Antonio Lisardo, capitán del Rey, de Sevilla, fué su quinto abuelo y falleció en Santo Domingo en 1696.

Joseph Troncoso, soldado gallego, quinto abuelo.

Antonio Bustamante, natural de Málaga.

Pedro del Villar, soldado, nacido en Osuna, Sevilla, su sexto abuelo.

José Gómez, bisabuelo, fundador del tronco de los Gómez, tuvo por oficio la milicia —dice el fraile— allá por el año de 1700 [2].

El general Miró, de seguro, no conocía este linaje; pero, sagaz, lo adivinó cuando dijo:

Los dos apellidos del celébre general revelan el origen del hombre: Gómez y Báez, y su fisonomía, su porte y su temperamento descubren la prosapia del conquistador audaz y temerario que acometió la épica hazaña de la exploración y dominio de las Américas. La figura de Máximo Gómez, su talante, sus maneras y el mismo color de su tez nos dicen claramente que sus antecesores pertenecieron a los tercios españoles de Extremadura y de Huelva.

---

[1] Apellidos de sus abuelos por la línea paterna: Gómez, Lisardo, Domínguez, Báez, Caraballo, Guerrero, Arambule o Aranguren, Castañeda, Hernández, Troncoso y Báez. Por la línea materna: Báez, Peguero, Aranguren, Maldonado, Del Villar, Lorenzo, De Soto, Peguero, Pérez, Fernández, Guerrero, Caraballo y Ruiz.

[2] Español, pero se ignora el lugar de su nacimiento.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Gómez nació para la guerra, para dirigirla y para mandar a los demás hombres, ya fueran soldados de fila, ya oficiales. La autoridad de Gómez se imponía a todos; siempre era el General, siempre el director, siempre el jefe absoluto y dominante. No tuvo más que un rival, Antonio Maceo.

La imparcialidad y elocuente valor de este juicio los subraya, como hemos dicho, el cargo desempeñado por su autor en la manigua; fué el hombre de confianza, el Jefe de Estado Mayor, el panegirista de Antonio Maceo, y eso lo dice todo.

Por el examen de su familia en esas partidas de bautismo, fray Cipriano de Utrera le reputa «de raza blanca pura»; pero la ligera oblicuidad de sus ojos, de corte mongoloide, cierto relieve de sus pómulos y lo lacio de su cabello, delatan que algunas gotas de sangre de los aborígenes de Quisqueya se mezclaron a esta progenie española.

Sus padres, Andrés Gómez y Guerrero y Clemencia Báez y Pérez, tuvieron, si no riquezas, posición desahogada, y Baní, risueño pueblecillo del Sur de la Isla, fué su cuna [1]. Aquí se fija la fecha de su nacimiento en el año de 1836, por presunción, pues no se ha encontrado su partida de bautismo. Nosotros le conocimos, le tratamos y creemos que Máximo Gómez debió de haber nacido años antes de esa fecha, señalada por algunos. De todos modos, cuando ocurrió ese acontecimiento, se encontraba anexado Santo Domingo a la República de Haití, y Máximo Gómez, nació, por tanto, bajo la bandera haitiana. Los que conocieron a sus padres están

---

[1] Dice Delmonte en sus apuntes, redactados en el final del siglo XVIII, en 1798: «El pueblo de Baní, sito a orillas del río de su nombre, en una gran sabana, a 14 leguas de Santo Domingo, fué formado por varios ganaderos vecinos. Tenía como cien casas, un oratorio y una población de dos mil almas, la mayor parte de origen canario; criaban éstos reses y caballos, al igual de los de Maguana.»

Es curioso apuntar aquí cómo entre los centenares de partidas de bautismo, de antepasados de Gómez, transcriptas por el fraile, no aparece un solo canario; casi todos ellos nacieron en España, en las provincias del Sur, y alguno que otro en Vizcaya. Señalemos que la pequeña comarca de Baní fué cuna de ilustres soldados, tres generales del ejército español, Valera, Tejeda y Heredia; dos mayores generales cubanos, Máximo Gómez y Marcano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

contestes en que Gómez, como tantos otros grandes hombres, era el vivo retrato de su madre, y tanto ella como don Andrés Gómez se ocuparon de él, en su infancia, con ese intenso cariño que por sus hijos, sobre todo cuando éstos son sus únicos varones, tienen las familias de raza española. No fué a escuela ni a colegio alguno: le educó en la propia casa paterna el cura de Baní [1], su padrino y gran amigo de la familia.

En esa época eran los sacerdotes de aquella sociedad, primitiva y religiosa, una casta superior, y los arzobispos disputaron a veces su influencia a los primates de la política dominicana; estos hechos explican los motivos por los cuales sus padres, celosos de su suerte futura, pensaron dedicar a la profesión eclesiástica al que, andando el tiempo, fué, como Ramón Cabrera, tan rudo soldado [2].

De la índole de su maestro, de su Simón Rodríguez, y de la de sus estudios, el mismo Máximo Gómez nos informa:

> Era mi padrino íntimo amigo de la familia y daba muestras de sentir tierno y sincero afecto por mí. Este hombre, aunque bastante instruído, era de atrasadas ideas, como ha sido siempre la gente de sotana, y mi educación primaria, única que pude alcanzar, fué puramente religiosa.

Santo Domingo rompió sus lazos con Haití en 1844 y desde entonces tuvieron principio terribles y periódicas guerras entre los dos pequeños países. El año de 1856 invade a Santo Domingo Soulouque, con fuerte contingente de soldados. El tambor con su redoble llama en la Plaza de Baní a sus hijos para defender la tierra. El joven Gómez se olvida del próximo seminario, abandona su hogar y se alista

---

[1] Andrés Rosón, cura de Baní, según Incháustegui: *Historia de Baní.*

[2] Los frailes y los curas, así en España como en América, han sido pródigos en dar guerrilleros y hombres de acción.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

como soldado, carrera en la cual tan ruidosos triunfos había de alcanzar.

En la batalla de Santomé, el 22 de diciembre de 1856, sangrienta y definitiva derrota de los haitianos, recibe Gómez su bautismo de fuego. La caballería de Baní, «jinetes de lanza y machetes de cabo» [1], en la cual figuraba como alférez, se llena de gloria, decidiendo la acción. Después los años transcurren para él en un ambiente de guerra feroz, de hazañas y derrotas, de sangre, incendios y expoliaciones; panorama que le fué, desde niño, familiar, y templó su alma heroica ante el peligro diario.

Durante ese período de su vida, nos lo describe el ilustre dominicano Federico Henríquez y Carvajal, su compañero,

joven de apuesta figura, erecto, delgado, ágil y elegante. Tenía trigueña la faz, finos los labios, los ojos negros, sedoso el cabello y era ya el galán mimado de las damas; en breve dió la norma en bailes, veladas, paseos, amores y amoríos.

El fraile Utrera:

Máximo Gómez en su juventud daba con mucha facilidad promesa de matrimonio a las doncellas en quienes ponía los ojos y con la misma facilidad olvidaba sus promesas a las mismas, ya no doncellas.

La verdad es que Máximo Gómez, como Hernán Cortés, Bolívar, el Mariscal de Sajonia, Maceo y otros grandes hombres de guerra, tenía muy bien templada la cuerda viril; sin embargo, durante la última campaña de Cuba fué casto como un monje de la Tebaida, ejemplo practicado de exprofeso para sus soldados, entre los cuales, de seguro, no brillaba como virtud la continencia. Grande fué, pues, la sorpresa de los de su Estado Mayor cuando, a su entrada triunfal en

[1] Federico Henríquez y Carvajal.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Habana, rodeado como estaba siempre en la Quinta de los Molinos de un coro de admiradoras le vieron, viejo ya, posar sus ojos, y aun sus manos, en alguna de ellas, acontecimiento sensacional para esos hombres, sus compañeros, los que habían atribuído en la guerra el despego de Gómez por las damas, no a votos, sino a sus años.

En 1863 ocurre la anexión de Santo Domingo a España, y el Santo Domingo de aquel entonces, grupo humano, producto híbrido nacido de la ardiente sangre hispano árabe de los aventureros del Sur de España, mezclada a la no menos ardiente de forbantes y bucaneros, de esos que asombraron al Mundo por sus hazañas en el Mar de las Antillas, este Santo Domingo ha sido en el pasado el pueblo más intensamente español de la América toda. Era allí donde con orgullo los negros dominicanos se llamaban a sí mismos *morenos españoles*, y a los de su raza, haitianos, *perros haitianos* [1].

En aquel pequeño país, traspasado como inútil mercancía a Francia por Carlos IV, se continúa, sin embargo, siendo muy español; tanto que, a pesar de la seguridad y bienestar alcanzados bajo aquella nación, su escudo contra el feroz Dessalines, los dominicanos no vacilan, a la noticia de la prisión de Fernando VII, en alzar contra sus protectores el pendón de Castilla y, valerosos, como lo han sido siempre, dispersan con su caballería de campesinos, en Palo Hincado, al diestro general francés Ferrand, muerto por su propia mano para no sobrevivir a la derrota. Proclamaron allí su anexión a la olvidadiza madre patria, que también los abandonó a su suerte.

En busca de más eficaz auxilio contra sus vecinos, al

---

[1] De la calidad de la sangre negra, aportada en esa mezcla, dan fe el mestizo general Suero, llamado por La Gándara «el Cid de La Española», Pueyo, otros, y aun nuestros Maceos, en cierto modo, por la parte de su madre, a quien tanto se parecían, dominicana de origen.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cabo de años, sin pugna apenas, se separan de España y se anexionan a la República de Colombia, cuyo pabellón enarbolan en la Fortaleza; y de igual modo desatendidos por esta República, caen, al fin, bajo el yugo haitiano, cuyo régimen sacuden en el año de 1844, quedando desde entonces sujetos a frecuentes guerras contra el país haitiano, cuya población negra, y muy belicosa en esa época, los excedía en más del triple.

Estos antecedentes históricos explican la facilidad con que pudo Santana, bajo la capa del protectorado, realizar en 1863 la anexión a España, y cómo el ejército dominicano, devoto de este general, juró las banderas de la antigua metrópoli y se incorporó a ellas con el nombre de Reservas Dominicanas. Máximo Gómez, capitán de caballería a la sazón, lo hizo como todos sus compañeros.

Se sabe de los deplorables apóstoles que para esta obra de alta fraternidad fueron los generales Buceta y Villar. De este general Buceta, don Nicolás Estévanez, repúblico venerable, que hizo a sus órdenes la campaña de Santo Domingo, en todas las ocasiones, cuando lo mencionaba, decía: «El animal de Buceta.» Y este epíteto, usado por aquel justo varón, explica, de sobra, cómo el pequeño, pero viril, pueblo dominicano se rebeló contra el gobierno de hombres semejantes [1].

A Baní también llegó la conspiración revolucionaria, y en ella tomó parte, entre otros, uno de sus hijos, el coronel Valera; pero, infortunadamente, el caudillo del Sur lo fué Pedro Florentino, general valeroso, de la raza negra, que, en sus últimos años, entregado a la bebida, a menudo caía en los más repugnantes y atroces excesos. Entró a sangre

---

[1] También las crueldades de Santana, el dictador dominicano, encendieron la chispa. Dice el general español La Gándara, al juzgar los sucesos de Moca: «Creyó Santana, cediendo a sus añejas preocupaciones de dictador americano, que aquel vagido podía ahogarse en sangre.» (*Anexión y Guerra de Santo Domingo.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y fuego en la comarca de Baní, como si ésta fuera su enemiga; aprisiona a Modesto Díaz y a Valera, a pesar de estar este último afiliado a la rebelión, y los dos escapan por milagro de la muerte, fugándose; Florentino saquea e incendia a Baní, quemando vivos hasta dentro de sus casas a vecinos indefensos, fusila caprichosamente a treinta y uno de los más notables, y no acaba totalmente con el poblado y sus habitantes porque el capitán Máximo Gómez, a la vista del incendio, acudió en auxilio de su madre y sus hermanas, allí residentes, y, al frente de varios soldados y vecinos, cayó a tiros y a machetazos sobre las indisciplinadas huestes de aquel caníbal, dispersándolas.

Este episodio, salvaje y sangriento, fijó la suerte futura de Baní y la de sus hijos. Valera, Heredia, Marcano, Tejeda y otros banilejos ilustres siguieron las banderas españolas.

Máximo Gómez, ascendido a comandante por su reciente acción, y blanco del odio de los insurgentes, por ésta más que justificada hazaña de Baní, lo hizo como aquéllos; pero, bien porque no fueran apreciadas sus altas dotes militares, bien porque le repugnara, como dice Enrique Collazo, hacer armas contra sus paisanos, el caso es que, durante el curso todo de la guerra dominicana, desempeñó en comisión el cargo burocrático de Secretario de la Administración Comunal de San José de Ocoa, cuyo jefe era su amigo y paisano el brigadier Heredia, padre de Nicolás. Según testimonio autorizado, las actas de aquel Ayuntamiento, en esa época, están hechas casi todas de puño y letra de Máximo Gómez.

Fué de este modo cómo estuvo Gómez bajo la bandera de España, circunstancia que, junto a su condición de extranjero, los intrigantes de nuestra revolución le echaban en cara, a hurtadillas, olvidando cómo casi todos los liber-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tadores de América, de cepa española, desde Miranda, Bolívar, San Martín, Iturbide, Lamar y otros, hasta Narciso López, vistieron el uniforme español, sin desdoro para ellos. Las guerras de la independencia de América no fueron, a la postre, y dígase lo que se diga, sino pleitos de familia, sostenidos entre los españoles y sus hijos, los criollos.

Cuando se abandonó a Santo Domingo por las tropas españolas, todos estos banilejos, con sus familias, se refugian en Santiago de Cuba, transportados en barcos de guerra españoles, llamados, por irrisión del Destino, *Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés* y *Colón,* los cuales, como el caballo de Troya en sus flancos, llevaban dentro de sí los gérmenes más adelante tan fatales para el dominio español en Cuba [1] y, entre esos banilejos, al que había de ser, en el andar del tiempo, nuestro Libertador. Aquellos hombres, despreciados y heridos, fueron los maestros de los mambises, y salvaron la revolución de Yara, en sus inicios, de un seguro fracaso.

Las instrucciones dadas por las autoridades españolas sobre estos refugiados que abandonaban su país, tras las banderas de España, fueron modelo de ingratitud y de absurda desconfianza. No les era permitido residir en Cuba, sino con raras excepciones, y, a hombres de color, a ninguno. Debían elegir su residencia entre Canarias, Baleares,

[1] El general español La Gándara dice en 1865, clarividente, en informe a su Gobierno: «Si no de la Anexión, de la actual Revolución saldrán peligros para Cuba y Puerto Rico; el ejemplo ha sido funesto y los elementos hostiles a España, que allí existen, sabrán explotarlo en su provecho, así como la triste verdad demostrada en esta Guerra, de los grandes obstáculos que para los ejércitos europeos ofrece, etc., etc....» (*Anexión y guerra de Santo Domingo.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Africa o Filipinas. La irritación de los dominicanos fué la consecuencia de tan injustas medidas, amén del aflictivo desamparo de éstos, y la sociedad cubana de Santiago, piadosa, hizo varias suscripciones entonces para aliviar sus miserias.

Máximo Gómez, también refugiado con su anciana madre y sus hermanas, refiere sus impresiones sobre la odiosa esclavitud, institución para él desconocida, en aquella sociedad

donde se explotaba al hombre por el hombre, del modo más inhumano y brutal. Muy pronto me sentí yo unido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba tan gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fué que realmente supe era yo capaz de amar a los hombres.

La cifra moral de Gómez la da su devoción a todo trance por la justicia. En el curso de su vida entera los actos injustos le sublevaron siempre y el espectáculo del hombre esclavo, que, como él mismo dice, le era desconocido, le hizo ser, antes que separatista cubano, abolicionista. El mismo nos lo confiesa:

Luego mis negocios de maderas y otros me llevaron a distintos ingenios y en uno de ellos ví, por primera vez, cuando con un látigo se castigaba, sin compasión, a un pobre negro, atado a un poste, en el batey de la finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir aquella noche y me parecía aquel negro uno de los muchos que aprendí a amar y respetar al lado de mis padres [1].

Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fuí a la guerra, llevado por aquellos recuerdos, a pelear por la li-

---

[1] La verdad es que en Santo Domingo no hubo nunca conflicto de razas: «El estado social de la parte española de Santo Domingo, ofrecía en la época de la primera revolución, un contraste completo con la parte francesa... En la española todo estaba organizado para la fusión de las dos razas. Sus Leyes de Indias, las costumbres españolas con sus tendencias de igualdad práctica, que no excluía la subordinación, sino le daba carácter patriarcal, favorecían esta aproximación.» (*L'Empereur Soulouque et Son Empire*. Par G. d'Alaux).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bertad del negro esclavo; luego fué mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo [1].

El general Juan José Villar, jefe de esa expedición de Santo Domingo y gobernador de Santiago, era el más pintoresco *mascavidrio* [2] que se haya conocido, y nuestro pueblo oriental, de suyo burlón, le bautizó con el apodo de *La Chupadera* [3].

En una ocasión, Máximo Gómez, representando a refugiados dominicanos, llegó hasta él, por un artículo de protesta publicado en un periódico local y suscrito por el comandante de las Reservas Dominicanas; se encontraba *La Chupadera,* ya a esas horas, por la tarde, saturado de alcohol e insultó al altivo Comandante, que, colérico, como lo era, allí mismo presentó su solicitud de licencia absoluta. Obtenida ésta, en el año de 1867, se retira con su familia a un *sitio de labor* en el pequeño ingenio *Guanarrubí,* sito en El Dátil, donde se sostiene con su trabajo personal [4], pero no arrepentido de su gesto, comentado por él de este modo: «Yo no me sentí herido por ello... Mejor fué así, porque para los hombres de bien, no hay deuda más obligada que la de la gratitud.»

No tenía él, pues, deudas por pagar a los que así le maltrataban y, rodeado en El Dátil de sus paisanos, Marcano y otros, conspiradores con Céspedes, se comprometió con

---

[1] Dictado por Gómez a Fermín Valdés Domínguez, el 15 de agosto del 96, en Minas de Camasán.

[2] Beodo.

[3] Fué popular en Santiago la contradanza *La Chupadera,* inspiración de un músico local.

[4] Fué por entonces cuando hizo un viaje a La Habana, en negocios de maderas, hospedándose en el hotel *Europa,* por aquel tiempo en la Plaza de San Francisco. Tentativa comercial, sin utilidad alguna.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bertot y gentes de Manzanillo, y unos días después del 10 de octubre, el 16, recibe su primer grado en las filas mambisas: el de sargento [1]. Unos meses antes había ocurrido la muerte de su madre, a quien Gómez idolatraba. He aquí su comentario a esta dolorosa efemérides:

> Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. Quién sabe, pensé yo, enjugándome las lágrimas, si su espíritu me proteja... y yo, que acababa de enterrarla a ella, me propuse tener otra: la Revolución.

Máximo Gómez, como se ve, no pertenecía ya a las Reservas Dominicanas cuando entró en la conspiración del 68, y no faltó a ningún juramento, ni fué un desertor, como han dicho algunos escritores españoles.

El azar, como hemos visto, en la persona de Pedro Florentino, le lanzó a las playas de Cuba, y también el azar, encarnado en el general Villar, fijó su futuro destino, arrojándole en brazos de la revolución de Yara, cuyos antecedentes, de sobra conocidos, fueron los mismos que, en igual fecha casi, dieron origen a la de septiembre en España: esfuerzos de estos dos países, metrópoli y colonia, para exonerar de sí el régimen de los validos, privados y generales que, junto con la *Monja de las Llagas,* de mediadora, gobernaron a España y su colonia en el período de Isabel II; y a los cuales la Historia no admite otro derecho para dirigir los destinos de una gran nación sino el que les prestaba su título oficial de *Zánganos Reales;* Serrano, Marfiori, Valmaseda [2], Puig Moltó y muchos más, fueron otros tantos zánganos, porque a esa ávida señora que reinó en España nunca le bastó con uno solo; practicaba, como todos saben, la poliandria.

---

[1] Fué nombrado sargento por el poeta José Joaquín Palma.

[2] No sabemos cómo Répide no incluyó a Valmaseda entre los queridos de Isabel II.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como hemos dicho antes, el primer grado mambí [1] de Máximo Gómez fué el de sargento, y es curioso anotar aquí lo que siempre representaron los poetas en la vida de este hombre. José Joaquín Palma, el dulce bardo bayamés, le da su primer grado en el ejército revolucionario, y José Martí, otro poeta, un cuarto de siglo después, le calza las espuelas para la cabalgata final, a él, otro gran poeta de la acción y del combate, a él, místico, iluminado, que ingenuamente materializó la rebelión en algo tangible, en la imagen de la mujer amada; y así como el Hidalgo creó, con Dulcinea, el símbolo de su ideal, sencillo, infantil casi, él llamaba en el 95 a la Revolución *su novia* [2], y cuando, inexorable, castigaba ciertos delitos, decía: «Eso no lo puedo consentir. ¡Eso deshonra a mi novia!» [3] Y es que siempre tuvo él, para todo aquello que de la mujer y de su honor tratase, culto arcaico, calderoniano. Refiere Grover Flint, corresponsal en campaña del *World,* cómo cierto día le oyó lanzar airado terribles anatemas contra los cobardes y terminar su homilia con esta exclamación, para él colmo de injurias: «Un cobarde, señores, es hasta c... y ¡lo consiente!» ¡Bien se echa de ver que era el caudillo un español del siglo XV, cuando estimaba afrenta lo que en la sociedad de ahora es, para muchos, honor!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

---

[1] «El coronel Mamby, haitiano de raza negra, después de pasar al servicio de los españoles, que le dieron mandos en Santo Domingo, volvió a ponerse al frente de los negros separatistas haitianos.. Los dominicanos dieron entonces el nombre de *mambí* a todo haitiano que luchara por la independencia y después los españoles han dado el mismo nombre a todo separatista cubano o dominicano.» (Nicolás Estévanez: *Diccionario Militar.*) El nombre de Juan Mambi o Mamby, de la raza negra, al contrario de lo que se ha dicho, está citado en las turbulencias dominicanas hasta en las obras de historia elementales de aquel país. Así, pues junto con Hatuey y Máximo Gómez, hasta el nombre de nuestros soldados se lo debemos a Santo Domingo.

[2] Capitán Despradel: *Memorias de la Guerra.*

[3] En el 68 llamaba a la Revolución «mi madre» y, durante la República a Cuba, «la muchacha.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL PINO DE BAIRE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL ataque y la rendición de Bayamo fueron la obra de Marcano [1]; todos saben que Céspedes, novicio en revoluciones, después del fracaso de Yara, quiso refugiarse en La Maestra; fueron Las Tunas otro fracaso; sin buen éxito el ataque y sitio de Holguín, heroicamente defendido por su comandante don Francisco Camps; y como las poblaciones de la costa permanecieron leales, la rebelión, en sus primeros días, sólo se redujo a ocupar a Bayamo y Jiguaní.

Lersundi, Capitán General, ordena por telégrafo la formación de dos columnas, para con ellas desbaratar el más fuerte núcleo insurrecto y recuperar a Bayamo, cuya posesión era de gran efecto moral para el país.

La columna del coronel Campillo, después de ligera escaramuza con el general Modesto Díaz [2] en el paso del río

[1] De las Reservas Dominicanas.
[2] También de las Reservas Dominicanas.

Babatuaba, retrocede al punto de su partida, Manzanillo. Quedaba la del coronel Demetrio Quirós y Weyler, veterano de la guerra de Santo Domingo, formada por los dos batallones de la Corona y de Cuba, con una sección de artillería y una pieza a lomo, salida, con ese objeto, de Santiago de Cuba. Esta columna había ya rendido felizmente casi todo su itinerario, pues se encontraba en Baire, es decir, a unas diez leguas de Bayamo, después de haber dispersado a descargas y cañonazos a las partidas de guajiros y negros, las cuales, desde lejos, se atrevían a hacerle frente sólo con sus gritos, y no con otra cosa.

No se comprende bien por qué motivo perdió tanto tiempo Quirós en Baire, sin marchar incontinenti sobre Bayamo. Su disculpa del cansancio de la tropa, de soldados asfixiados —fué preciso, dice, sangrar a once—, en el mes de octubre, no es muy verosímil y no se explica, porque, si bien a Quirós le sorprendió Gómez destrozando su vanguardia, este coronel operó después su retirada a Santiago con habilidad: verdad es que no fué Gómez el encargado de perseguirlo. Expliquemos cómo ocurrió la tan lógica y bien urdida celada de la Venta del Pino.

Hemos visto antes cómo en la noche del 25 de octubre se comisionó a Gómez para mandar la vanguardia de los recién alzados escogidos para defender a Jiguaní, situado en el camino de Bayamo. Gómez, sagaz, prefirió hacerlo en Baire mismo, campamento de Quirós, y no en la proximidad del suyo, sito, como ya se sabe, en Jiguaní. Muy de madrugada, con su hueste de campesinos resueltos y entusiastas —aun no conocían el efecto peligroso de las balas—, esperó a pie, y seguido de los caballos de Marcano y Mármol, a Quirós, en la salida misma de Baire, a poco más de un kilómetro del pueblo: con acierto juzgó más fácil sorprender la columna, aun desprevenida al salir del caserío,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que no después de varias horas de marcha. La distancia de Baire a Jiguaní es de cuatro o cinco leguas, y sólo podía Gómez, por sorpresa, intentar, con gente sin hábitos militares, armada únicamente con machetes, algunos fusiles, trabucos y escopetas, la desorganización dudosa de una tropa de línea española. El camino de Jiguaní, el mismo de hoy, era en esa época muy propicio para este fin, porque formaba y forma grandes recodos, y en aquel tiempo estaba cubierto todo él, a ambos lados, de bosque tupido, que llegaba hasta sus mismos linderos [1].

Gómez, con su ojeada certera, escalona cerca de la Venta del Pino, a un kilómetro de Baire, como dijimos, no una, sino varias emboscadas, y tan próximas al camino real, que en muchos lugares estaban los hombres, acostados en la espesura, materialmente encima de él. Las órdenes de aquel audaz hombre de guerra fueron terminantes: «Nadie se levante, haga fuego y me siga, hasta que yo en persona salte al camino y grite: ¡Al machete!»

No había amanecido aún cuando ya estaba todo preparado, listo, y, como acostumbraba él a hacer sus cosas, en persona vigilaba el camino de Baire. Las horas pasaban y Quirós no daba señales de sí. A las once del día, y para conducir, es la palabra, a la ratonera preparada a este coronel, envió algunos hombres a caballo con la orden de disparar varios tiros frente al caserío y salir después huyendo hacia Jiguaní.

En su detallado parte a Lersundi, explica Quirós cómo, sospechando llamaran su atención los insurrectos por su frente para atacar a Baire por la espalda, dejó más de la mitad de su columna en el pueblo, enviando de vanguardia dos compañías, una de la Corona y otra de Cuba, sobre el camino por donde huyeron las parejas enemigas; ya sabía él

---

[1] Esteban Pichardo: *Caminos de Cuba.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por sus confidencias que los insurrectos se encontraban lejos, acampados en Jiguaní, a cinco leguas de Baire, y no conocía la oculta marcha nocturna de Gómez.

Apenas se habían separado de Baire los últimos soldados españoles, ya rebasada la primera emboscada, y cuando más distraídos y descuidados iban esos hombres, esos soldados, de sus pies, de sus espaldas mismas, prorrumpiendo en alaridos y disparando sus trabucos y fusiles a boca de jarro [1], saltan al camino, bajo el humo de los disparos, centenares de insurrectos, que caen sobre ellos a *machete limpio* [2].

El efecto de esta sorpresa fué fulminante: las dos compañías, sin resistencia casi, son aniquiladas: más de doscientos soldados [3] son muertos a machete, con heridas atroces «de veinte y más centímetros», profundísimas, impresionantes para estos soldados, que aún no conocían los temibles efectos del machete, blandido por un guajiro cubano [4]. Los pocos escapados ilesos de la matanza, porque no otro nombre merece la acción de la Venta del Pino, llegaron aterrados a Baire; y Quirós, con el temor de verse atacado, abandona la población, en el acto ocupada por los rebeldes, y se retira a Santiago, perseguido por Marcano y Donato Mármol. Estos asumieron esa función, enviando a Gómez sobre El Cobre. El historiador español Pirala comenta el error cometido por los insurgentes con ese cambio de mandos y lo atribuye a que pensaron ellos solos completar la obra con tanto brillo iniciada por Gómez; si fué así, Quirós, como hemos visto, burló sus propósitos.

---

[1] Los fusiles de entonces se cargaban por la boca.

[2] Entre otros, cargaron junto a Gómez, y elegidos por él, los hermanos Vázquez, hijos naturales de Fernando Fornaris, e Ignacio Riera, mayoral de Guanarrubí, todos hombres de temple y conocidos de Gómez.

[3] Cifra de Pirala, historiador español.

[4] Aquí ocurrió, según la leyenda, lo del cañón de un fusil cortado de un machetazo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Dice el citado coronel español en su parte al Capitán General, cuando le describe esta fase del combate:

> Yo mismo he presenciado, Excelentísimo Señor, el terrible momento en que el enemigo, esa sección armada de machetes, de que hablé a V. E., salió al camino y atacó con feroz empeño, machete en mano, esas dos compañías de la Corona y Cuba... Siete cuartos de hora de ruda pelea al arma blanca...

Desde luego es falsa la presencia de Quirós en su vanguardia macheteada: como es natural, se quedó con el resto de su fuerza, en Baire, donde recogió a los pocos fugitivos que lograron alcanzar el poblado, y más falso aún que el combate al arma blanca durase siete cuartos de hora, cosa no vista ni en la época de los romanos; esos choques, como todo el mundo sabe, sólo duran minutos y son siempre morales: uno de los dos bandos huye, y todo soldado sabe que los bayonetazos y cuchilladas se dan por las espaldas [1].

Las consecuencias de la derrota inesperada de una columna de tropa, con artillería, por un montón de paisanos, a los pocos días de su alzamiento y a medio armar, fueron enormes y aseguraron la vida del movimiento. Lersundi, con razón, alarmado, suspende las operaciones proyectadas; el Conde de Valmaseda, llegado por mar a Manzanillo, se reembarca con su columna para Vertientes, y aplaza la ejecución de sus planes sobre Bayamo por cuatro largos meses.

Los efectos de la ocupación de esta ciudad, la segunda población del Departamento, en esos cuatro meses, pronto dieron su fruto. Camagüey se subleva; la emigración de los Estados Unidos prepara sus expediciones; hombres de gran importancia en el país abrazan la causa de Cuba; militares, cubanos y extranjeros, se unen a los maestros dominicanos, y ya aquel incendio no pudo ser apagado

[1] Ardant du Picq.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sino después de arder durante diez años, y haber creado en Cuba una nueva conciencia política, una nueva ideología, la de Cuba libre. He aquí de lo que pudo depender la suerte de la Revolución: tal vez de un gesto malhumorado de Mármol; porque nadie puede apreciar la marcha de los acontecimientos sucedidos después, si se suprime de los prodromos de la rebelión la Venta del Pino de Baire, ya que la caída de Bayamo hubiera sido su consecuencia.

España tuvo, aun después de esta acción, elementos de sobra para organizar nuevas columnas y recuperar en breves días a Bayamo; la Revolución entonces, por lo menos en su organización y auge, hubiera recibido un golpe mortal, pero fué tan falsa la noción del poderío militar de los insurgentes, producida por Baire en el Estado Mayor español, que, después de cuatro meses, con una columna de 4,000 veteranos, armados de Peabodys y varias piezas de artillería, se atrevió Valmaseda a marchar sobre Bayamo y, cosa curiosa, en atención al Pino, sin duda, llevaba en sus flanqueos, para descubrir las emboscadas, *perros de busca* [1]. Donato Mármol, con quien no estaba en esos momentos Gómez, se lanzó en Saladillo con miles de hombres y machete en mano sobre Valmaseda y, sin tener de su parte el factor de la sorpresa, fué materialmente deshecho por éste [2].

Máximo Gómez, célebre de repente, se puso a la cabeza de los jefes cubanos; fué mirado entonces como algo extraordinario, se acató su autoridad por todos, y, en unos días, el sargento de José Joaquín Palma ascendió a general y sumo estratega de los alzados. El periódico *La Revolución*, de Nueva York, en noviembre de 1868 dice:

---

[1] Comandante Calás, que estuvo en Saladillo.

[2] Se esperaba hacer lo que en Baire, emboscando la fuerza; desgraciadamente la emboscada no estaba bien elegida... De nada sirvió el arrojo: mal dirigidos y peor situados, un fuego terrible sembró la muerte entre aquellas masas de hombres, cundiendo el terror... (Enrique Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Entre los muchos hombres que levanta en su carro de fuego el Dios Marte... está el dominicano Máximo Gómez, que con su valor temerario en el Pino de Baire ha sido la admiración, no sólo de los soldados de la libertad, sino también de los del despotismo.

El comandante Enrique Collazo, en su historia de la Guerra Grande, describe el suceso de esta manera:

Gómez se lanzó al camino el primero gritando: ¡Al machete! e introduciendo el pánico y la confusión en la columna que se retira en el mayor desorden. Desde ese día conocieron los cubanos cuál debía ser su arma típica, su mejor defensa... ¡Loor a Gómez, que fué nuestro maestro!...

Años después, cuando la deposición del caudillo por Céspedes, duraba aún el eco de esa hazaña. El Dr. Figueredo, al que el Presidente consulta sobre si aceptará Calixto García substituir a Gómez, le contesta:

Respecto a que él pueda aceptar el ascenso y mando con detrimento de su amigo y maestro el general Gómez, que le ha enseñado cuanto sabe de guerra y mando..., no creo que se deba cometer esa falta... Soy contrario a la destitución de un jefe que desde la primera acción de armas, en el Pino, dió pruebas de sobresaliente...

Así, pues, a este pueblecito de Baire lo unge, no sólo su grito del 95, sino también su otro grito, el de *¡Al machete!*, lanzado en su campiña por primera vez, en la historia de nuestras guerras, por Máximo Gómez, el día 26 de octubre de 1868, y que tantas veces después, ardiente y amenazador, ha resonado en nuestros campos, desde Palo Seco y el Cafetal González hasta Mal Tiempo y La Larga. Es ese 26 de octubre la fecha en que por primera vez relucieron al sol, en faena liberadora, las hojas de nuestros gloriosos *quimbos;* fué ese el día en que, al conjuro de Gómez, se trasmutó su humilde acero de implemento de labor por el de afilada y mortífera segur. Y el pueblo de Cuba debe reverenciar en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Baire, no uno, sino dos gritos, y tiene que recordar, no una, sino dos fechas.

Si nos hemos detenido en el detalle de esta acción, es porque lo merece, no sólo por sus consecuencias, sino porque de una vez revela el atrevido instinto militar y la audacia de Gómez. Sólo él pudo concebir la única operación capaz de desmoralizar a Quirós, cayendo el primero de todos sobre su columna, machete en mano, como lo hizo, anciano ya y veintisiete años más adelante, en Mal Tiempo, sobre los soldados de Rich, destrozando su columna. Unicamente por la sorpresa, su favorita, y por el uso del arma blanca, pudo alcanzar el éxito allí. Sabía él, por su conocimiento de la guerra y de la psicología del soldado, un hombre después de todo, que «más miedo se le tiene al otro hombre frente a frente que a las balas y a la fatalidad».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ORIENTE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ESPUES de la toma de Bayamo, Valmaseda, hombre muy entendido en la guerra de Cuba, desencadenó sus operaciones con tan extrema violencia sobre aquella inexperta turbamulta de alzados, que al turbión caído sobre ellos llamaron los mambises *la creciente* de Valmaseda. Donato Mármol, nombrado jefe de Cuba, dejó a su segundo, Máximo Gómez, las zonas de Holguín y Jiguaní, peligrosísima esta última; allí, enganchado en Charco Redondo, es la palabra, fijó Gómez su campamento, lugar de donde nunca pudieron arrancarle los esfuerzos todos de Valmaseda y sus columnas. Fué en este año de 1869 cuando empezó su más ignorada, pero meritísima tarea: la de instruir y disciplinar a esas tropas cubanas, masas heterogéneas donde figuraban, desde el muy atildado profesional y hombre acaudalado, hasta el más humilde negro esclavo [1]; sin armas apenas, obligados a

[1] Recuérdese *El Viejo Eduá*, de M. Gómez.

llevar en los bosques la vida de los trogloditas, perseguidos por el activo Valmaseda, acosados, como bestias, en la espesura y en la montaña, por las feroces guerrillas cubanas, y con los cuales, a pesar de todo esto, logró él formar una legión de «notables guerrilleros», expresión de Martínez Campos, como lo fueron Calixto García, los Maceos, Moncada, Flor Crombet, Silverio Prado, *Paquito* Borrero y muchos más, a quienes, maestro con el ejemplo, infundió su disciplina de hierro.

En 1870 ocurre la muerte de Mármol [1], y nadie podía pensar en otro que en Gómez para substituirlo en el mando de la División, ofreciendo entonces a éste, como dice Collazo, oportunidad para hacer valer la mejor de todas sus cualidades militares: la acometividad. Cuando ese año marchó a la zona de Cuba, zona de rudos soldados, Rustán, los Maceos, Moncada, Crombet y otros, se impuso a todos con un acto a lo Gómez, referido así por Ramón Roa:

> Mambí viejo habrá que recuerde cómo Máximo Gómez logró imponerse al salvaje que se llamó Policarpo Pineda, Rustán, hombre o fiera... Destinado a sus órdenes ese Pineda, a quien conocía de referencias no tranquilizadoras, le ordena el ataque de un pequeño fuerte español, cuya captura había Gómez estudiado y decidido. Rustán, resuelto, le dice: ¡Con tres tiros por hombre, no se lleva a nadie al matadero! El General, recién llegado entre aquella gente, casi toda de color, no dijo una palabra, hizo formar a todos, quitó un cartucho a cada soldado, dejándolos sólo en dos, y, puesto a su cabeza, tocó marcha, fué sobre el fuerte a la brava, y lo tomó.

Así fueron todas sus lecciones, y aquellos hombres le siguieron después a todas partes y figuraron, en el decurso de los años, entre los más brillantes soldados de la Revolución.

---

[1] Murió en la convalecencia de las viruelas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A fines de ese mismo año 70, sufría su más terrible crisis la revolución de Yara. La *creciente* de Valmaseda había sumergido bajo sus olas a todo el campo mambí. Las Villas, casi arrasadas, se preparaban a dispersar en éxodo sangriento sus hijos hacia Camagüey; éste, ya no bajo la jefatura de Agramonte, se encontraba casi destruído; pero, sobre todo, en esos momentos, a la muerte de Mármol, Oriente, donde fijó sus reales el *Tigre de Zarragoitia* [1], era el sector más castigado de todos. El *Diario de la Marina*, en su edición del 29 de diciembre de 1870, describe a los prisioneros cubanos «hambrientos, desnudos, cubiertos de enfermedades asquerosas, ofendiendo la vista y el olfato», y, en verdad, la pintura así hecha de estos pobres hombres era entonces muy real.

Publicó ese año Valmaseda, llamado por Gómez «el Boves de la época», una proclama en la que de modo positivo declaraba en paz el territorio de Oriente, y en ella decía:

> La región pacificada sólo alberga en sus elevadas montañas o en sus inmensos bosques algunos pocos negros cimarrones o criminales, que no salen de sus madrigueras. En las jurisdicciones de Baracoa y Guantánamo reina una paz envidiable...

Gómez, conocedor tanto de la psicología de la guerra como de las revoluciones, sabía de éstas «que no pueden quedar *varadas*», y contestó la proclama del Conde iniciando, como un meteoro, la serie de operaciones que le lle-

---

[1] Sobrenombre dado por los cubanos a Valmaseda.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

varon, de la mano con Agramonte, en esa fecha, al primero y no discutido puesto en la milicia mambí, y justificaron de sobra el aserto de Collazo. En aquel territorio, donde se aprestaba a proclamar la paz Valmaseda, en el espacio casi de un mes, ataca y destruye, implacable, poblados, cafetales e ingenios; combate con éxito feliz, atacando casi siempre, unas veces él en persona y otras sus tenientes, a los que infunde su ardor, en Santa Ana de Griñán, La Candelaria, El Recurso, Tí-Arriba [1], El Cristal [2], Borjita, Arroyito, Banes, Mayarí, Charco Azul [3], Tempú [4], Ojo de Agua y Bruñí.

Esa campaña fulmínea, el eco de tantos golpes casi simultáneos, en una región que «se encontraba en paz», atravesó los mares, llegó a Nueva York, y recogido en las páginas del periódico *La Revolución*, gaceta de los laborantes en esa ciudad, apareció lo siguiente:

> El estado de Oriente, donde se habían apagado, bajo sus propias cenizas, las últimas llamas de la hoguera revolucionaria, al decir de los españoles, se levanta otra vez, viril y robustecida, a la voz de Máximo Gómez.

Después, al ser conocidos los detalles del combate de Charco Azul, donde al frente de las fuerzas de José de Jesús

---

[1] Tí-Arriba no ha tenido tanta resonancia como La Indiana, tal vez porque es menos sonoro su nombre; sin embargo, fué un golpe terrible. Gómez y su segundo Rustán pasaron a cuchillo la guarnición toda, compuesta de 82 hombres, y redujeron totalmente a cenizas el poblado. El eco de Tí-Arriba, en Santiago, se puede medir por lo que exigieron los periódicos integristas de la localidad. Si Máximo Gómez caía alguna vez prisionero, pedían que fuera ejecutado sobre las mismas ruinas de Tí-Arriba, y periódico hubo donde apareció la sugestión de quemar vivo allí mismo «al negro Máximo Gómez». En ese ataque fué herido gravemente Guillermo Moncada.

[2] En El Cristal, tomado por Gómez, abandonó la guarnición en su huída 14 muertos.

[3] De Charco Azul llegaron al otro día del encuentro, por el tren de San Luis a Santiago, 108 heridos, noticia consignada en los periódicos locales: los muertos no aparecen mencionados en ninguna parte.

[4] En Tempú, uno de sus tenientes, Rustán, dió muerte al teniente coronel español Crespo; también fueron muertos el capitán Venancio Castillo y el teniente Antonio Portuondo, nacido en Cuba, pero militante en las filas españolas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pérez y en pugna terrible, hizo retroceder al coronel López del Campillo y a los batallones de San Quintín y la Corona, consignó el corresponsal del mismo periódico, en otro número:

> La actividad de Máximo Gómez, dignísimo sucesor de Mármol, y los audaces golpes que acaba de dar, prueban su pericia y valor. Creo que el general Máximo Gómez está llamado a ocupar puesto prominente en la revolución de Cuba.

Valmaseda, a pesar de la publicidad de estas operaciones, algunas de ellas ruidosas, como las de Tí-Arriba y Charco Azul, Valmaseda, precursor de Weyler en eso de fabricar la paz, insiste en su afirmación y, para dar mayor énfasis a su proclama, ordena se cante solemne *Te-Deum* en celebración de esta paz, el día 18 de diciembre del año 70, en la catedral de Santiago. Máximo Gómez desmintió, ese mismo día, a tiros y cañonazos, la proclama del Conde y la oportunidad de la fiesta, con su atrevidísima operación de La Socapa.

La operación de La Socapa merece página aparte, si no por el número de sus combatientes, sí por la enorme audacia en ella desplegada y porque da la medida de la osadía de Gómez, al herir, con éxito brillante a Valmaseda en su propia capital, en Santiago, y el mismo día de su *Te-Deum*.

Me refería Juan Gualberto Gómez, que en sus largas conversaciones de proscripto con Calixto García, deportados ambos en Madrid, era el tema obligado de sus pláticas la patria lejana y su Revolución, en la que fué el segundo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

figura prominente. En una de estas conversaciones le relató éste, como ejemplo de los arrestos de su jefe, la génesis de la operación de La Socapa. Se encontraba Gómez en el campamento de García, en Los Aguacates, el día 12 de diciembre del año 70. Gómez siempre, lo mismo en el 68 que en el 95, tuvo gran cariño por Calixto, a quien, junto con Agramonte y Maceo, consideraba como uno de los mejores soldados nacidos en Cuba; y, al comentar ambos la proclama del Conde, Gómez le dijo:

—Calixto: hay que hacer una hombrada. La gente de Santiago, con tanto bando y *Te-Deum,* va a creer que estamos muertos. ¿Qué opinas tú del asalto y quema de La Socapa?

—¡Hombre! Le echaría a perder el *Te-Deum* a Valmaseda; pero me parece una operación muy peligrosa, General.

—Bueno, pues yo te digo que la tengo estudiada, resuelta, y mañana mismo salgo para allá con José de Jesús Pérez, el regimiento de Guaninao y la gente de Cambute.

Para los que no lo saben, advertimos que La Socapa es un caserío situado en la misma bahía de Santiago, frente por frente al Morro y bajo sus fuegos, separado de éste por la entrada angostísima del puerto, y viene a ser, como Casa Blanca de La Habana, un barrio de la ciudad de Santiago y lugar de temporada entonces para sus habitantes. Estaba, naturalmente, tan lejos de toda previsión su posible ataque por los insurgentes, que sólo comprendía en su recinto un mal cuartel, con cuarenta o cincuenta hombres de guarnición.

Para llevar a cabo su sorpresa, partió Gómez de Los Aguacates el día 13 de diciembre, obligado a describir un semicírculo de más de veinte leguas, para contornear a Santiago y El Cobre y abordar La Socapa por el Sur, marchando con una columna de seiscientos hombres de infantería y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un mal cañón, por en medio de cafetales fortificados, en aquella zona montañosa, donde hormigueaban las guerrillas y destacamentos. Pero Máximo Gómez no tuvo rival en eso de marchar engañando a su enemigo; sin embargo, el día 14 fué descubierto por una guerrilla y ésta, sin atreverse a atacarle, dió aviso al teniente coronel Fermín Daza [1]; con una fuerte columna y artillería, se pone en su persecución Daza, y Gómez elige, para detenerlo y separarlo de su rastro, la Loma del Gato, farallón casi inexpugnable, cruzado por los viejos senderos en zigzag de los cafetales franceses, derruídos por la guerra, por los cuales, según Collazo, asistente a la operación, sólo podían marchar los hombres en fila india. Máximo Gómez colocó él mismo, en persona, sus emboscadas y esperó. Hacía mucho frío en la mañana del 15 de diciembre y densa niebla envolvía la Loma del Gato, tan densa que la descubierta de Daza se tropezó, de manos a boca, con la primera emboscada mambisa, mandada por los capitanes Nazario Silva y Flor Crombet; sorprendida y atacada, aquélla se dispersa, abandonando un teniente y varios soldados muertos. Daza, con el recuerdo del Pino, despliega sus hombres, emplaza sus piezas, cañonea la Loma y es detenido todo el día por los retenes y parejas de Gómez. Cuando llegó la noche, para engañar a Daza, cubrió Gómez de fogatas toda la Loma del Gato, dejó al comandante Fonseca con un fuerte destacamento para entretener al jefe español con la fácil defensa de las entradas del farallón, y a marcha forzada, por la noche, el mismo 18, fecha fijada para el *Te-Deum,* cae sobre La Socapa, donde entra a sangre y fuego a la una de la madrugada, asalta el descuidado cuartel, pasa a cuchillo a la guarnición, saquea e incendia el poblado y se retira a las tres de la mañana, cañoneado por El Morro y el *Juan de Austria,* a presencia de los barcos extranjeros, de

[1] Estuvo en el Pino de Baire.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

guerra y mercantes, surtos a corta distancia del caserío. Se conserva el parte oficial de Gómez, y, además, uno de los oficiales mambises publicó sus recuerdos sobre este famoso y público mentís a la proclama del Conde de Valmaseda [1].

Tuvieron los cubanos un muerto, el teniente coronel Hernández [2] y seis heridos en el asalto del cuartel y, según el parte del General, se distinguieron Flor Crombet y Nazario Silva [3]. La retirada de Gómez, dificilísima, se llevó a cabo con la maestría de siempre y no tuvo sino un ligero tiroteo de retaguardia el día 21; en cambio, él quemó a su paso todas las casas y quintas de recreo, destruyó el famoso cafetal *La Arrieta,* cuya guarnición huyó despavorida, y el día 24 llegó a su campamento definitivo [4].

Furioso Valmaseda, no quiso suspender el *Te-Deum,* pero lo dedicó a la elección de Amadeo y a la feliz termina-

---

[1] «Capitán, me dijo el general Gómez, por aquí tenemos que salir todos; si es atacado, defienda el punto hasta nuestra llegada, y si es preciso haga uso de la artillería.» Gómez había llevado consigo un viejo cañón reparado por el francés M. Alexandre y bautizado con el nombre de Le Vengeur, para lanzar, como lo hizo, algunos cañonazos sobre Santiago. Nosotros permanecimos en el puesto indicado por el General. Era un playazo de arena fina. A nuestro frente la bahía, al fondo de ésta las luces de la población; todo estaba tranquilo; nos rodeaba un profundo silencio y una mano de mosquitos más que regular. De pronto sentimos vivo fuego en La Socapa. A los tiros y descargas vimos encenderse la población de Santiago, que despertaba alarmada. Las cornetas y los pitos de los vapores se dejaron oír de pronto y dos de éstos nos pasaron por el frente. El fuego de fusilería, muy vivo al principio, fué corto y de pronto sentimos los cañonazos que nos enviaba el Morro y vimos venir hacia nosotros el humo de las casas del pueblo, que empezaba a arder... A las tres, formada la fuerza, emprendió la retirada, cargado del botín. El movimiento de los barcos de la bahía continuaba, pero no desembarcó la gente. Al llegar el general Gómez, le dijo al capitán Collazo: —«Hazle un saludo a tu pueblo con la pieza.» Se le hicieron disparos entre carcajadas. Recogimos los cachivaches, etc., etc.» (Enrique Collazo.)

[2] Y Manuel Venero, padre de *Panchita,* la novia de Gómez.

[3] El cañoneo duró hasta las seis de la mañana y poco después fué recuperada La Socapa por las tropas españolas; los insurrectos dieron muerte, no sólo a los soldados de la guarnición, sino a todos los voluntarios y bomberos, que encontraron en el pueblo. (Del *World,* periódico de Nueva York.)

[4] «Nada más cómico que el aspecto del campamento de Bejuquero; mucha alegría, abundante comida, y cada cual vestido con la ropa que había cogido. El capitán Silva, con un traje de etiqueta, ropa que le sentaba muy bien, de frac, daba el brazo a una negra del cafetal, que arrastraba la cola de un espléndido vestido de baile. Otro lucía un pantalón de marino de tapa balazo; otros, uniformes de bomberos...» (Enrique Collazo.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ción del cólera [1], pues su primer objeto, la paz, se desmentía, porque horas después, a la par que se celebraba el *Te-Deum,* se enterraba a los soldados y voluntarios muertos en La Socapa, cuyo incendio y asalto había presenciado toda la población de Santiago, que a las descargas y a la gritería de los mambises se fué a las azoteas y tejados, desde donde asistió también al cañoneo, involuntario homenaje que El Morro y los barcos de guerra españoles rendían a las audaces huestes de Gómez.

Pero este suceso, tan desgraciado para los planes de Valmaseda, no fué sino el introito de la amarga copa que muy pronto le serviría Gómez, con su invasión al valle de Guantánamo, declarado por el Conde «lugar donde reina una paz envidiable».

Esta empresa, la de invadir a Guantánamo, intentada varias veces durante los tres primeros años de la guerra, resultaba siempre un fracaso. Guantánamo, zona riquísima en cafetales e ingenios, estaba guarnecida por destacamentos de criollos franceses, grandes tiradores, por las célebres escuadras de Miguel Pérez y por tropa española veterana. Gómez preparó con sumo cuidado y hasta en sus menores detalles esta operación. Formó la columna invasora con los batallones 4°, 5° y 6°, al mando de los tenientes coroneles José Antonio Maceo, Guillermo Moncada y Silverio Prado, más doscientos hombres escogidos mandados por el teniente coronel *Paquito* Borrero, fuerzas todas de la división de Cuba.

[1] Y tan concluído que en ese mes de diciembre hubo 110 defunciones, por el cólera, en Santiago.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El día 4 de agosto acampan en La Armonía y ordena a José de Jesús Pérez, como diversión, el ataque a la zona de El Cobre, para caer el día 12 como un alud sobre la zona de cafetales de Monte Tauro, tomando *La Indiana* [1], heroicamente defendida por su guarnición, compuesta de cubanos, de los cuales sólo se salvó uno, y donde tanto se distinguieron el teniente coronel Antonio Maceo, el teniente coronel Cortés, muerto en la acción, *Paquito* Borrero y José Maceo, gravemente herido. Después de ese sangriento episodio, en cuarenta y ocho horas, son destruídos e incendiados dieciseis cafetales y recogidas, según *The New York Times,* todas sus dotaciones de esclavos e incorporadas a las fuerzas mambisas. El 13 invade Silverio Prado la zona de Sagua de Tánamo, y el 18 se aplica la tea a la de *Monte Líbano,* con sus no menos ricos cafetales. El 1° de septiembre baja Gómez a la de los ingenios, empezando su tarea destructora por *Isla de Vano,* y en los últimos días del año y primeros del siguiente los cafetales *Visitación, San Sebastián, La Barbarita, El Oasis,* teatro de sangriento encuentro con Gómez y Moncada, *Yemen, Arroyo Naranjo, Camarones, Yuraguana, La Sofía, La Felicidad,* el poblado de Tiguabos y otros muchos más, destruídos, se unen a esta larga lista.

Unos días después del comienzo de esta devastadora campaña, aparecía la región de Guantánamo como iluminada *a giorno.* En la obscuridad de la noche, por los flancos y las cúspides, por *Monte Tauro,* por *Mont Roux* y *Monte Líbano,* aparecía la risueña montaña coronada por el resplandor de las hogueras, en las cuales ardían sus valiosos cafetales, anunciando, encendidos como gigantescas antorchas,

---

[1] «...El general Gómez, contrariado, colérico, resuelto a llevar a cabo sus planes a toda costa, ordena al jefe de operaciones, Antonio Maceo, dirija el ataque, diciéndole: «Si usted cae herido o muerto, yo iré a ocupar su puesto. O nos cazan a todos como a los venados, o nos apoderamos del fuerte!» (Manuel de la Cruz: *La Indiana.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

durante días y días, a los navegantes y a los vecinos de la villa, el aterrador progreso de la marcha de los insurgentes, prendiendo sus llamas de cumbre en cumbre como un reguero de pólvora. El periódico norteamericano *The New York Times* dice:

> El tema principal es la invasión del distrito de Guantánamo, muy desastrosa para la propiedad, y que, ocurrida al tercer año de la insurrección, desacredita en alto grado al Gobierno. Hasta la fecha, ha destruído Gómez veintiseis cafetales.

En los mismos días escribe, alborozado, el General a Manuel Codina:

> Ya ha principiado la invasión de Guantánamo y a los primeros encuentros han perdido a sus principales jefes. Ya no existen los González ni los Pérez; el famoso Miguel Pérez también cayó...

Los combates de La Galleta y La Estacada, donde el batallón de San Quintín dejó abandonados en el campo muchos muertos, la destrucción por Guillermo Moncada de las famosas escuadras de Miguel Pérez y la muerte de éste, el sangriento combate de *El Oasis* y otros descalabros convencieron al alto mando español de que era la invasión de Guantánamo algo muy grave.

Esta brillante campaña, en una comarca reputada en estos tres años de guerra como invulnerable, preparada con tal sigilo y llevada a cabo con tanto vigor y con tan eléctrica rapidez, no dió tiempo a la defensa, pues cuando llegaron a ella, con Martínez Campos [1], los primeros refuerzos, ya estaba la rica región destruída, dominada, y preparados los mambises a la defensa en las soberbias posiciones elegidas por Gómez. Quedó, pues, definitivamente Guantánamo, no sólo incluido en el campo de las operacio-

[1] Entonces brigadier.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nes revolucionarias, sino que en lo adelante fué aquel territorio donde con más fuerza alentó la rebelión: allí Gómez ascendió a Maceo al grado de coronel y le enseñó todos los secretos y resortes de la guerra de montaña, que con tanto brillo, veinticinco años más adelante, habían de iluminar, «sacándolos del anónimo» [1], los picachos de la Sierra de los Organos en Pinar del Río. Nombró, con feliz acierto, al propio Maceo, su teniente, jefe de esa nueva zona, y al comunicarlo oficialmente a su Gobierno, consigna: «La conducta del coronel José Antonio Maceo es muy digna del nuevo puesto que ocupa por su valor, pericia y actividad.» [2]

Del Gómez de esa época dice el coronel Fernando Figueredo, contemporáneo suyo, actor en la contienda y hombre que presta a sus palabras todo el peso de su austeridad y heroísmo:

> La invasión de Guantánamo y la serie de combates que sostuvo el ejército revolucionario fueron el lauro más notable alcanzado hasta entonces por ningún jefe cubano y este éxito estaba reservado a Máximo Gómez... Tenía el General treinta y cinco años en los momentos en que ceñían su frente los más preciados laureles de la Revolución. Era de figura interesante, alto, enjuto de carnes, trigueño, de facciones regulares, ojos negros, pequeños, mirada penetrante y dominadora, cabello, bigotes y pera a la española. Hablaba poco y, cuando lo hacía, era enérgicamente y sin dar lugar a réplicas. Su figura a caballo era una gran figura militar.

Rodeado por esta aureola de éxitos, idolatrado de sus soldados y al frente de sus tropas, fué destituído del mando, en esa misma época, por Carlos Manuel de Céspedes, y, al parecer, por una nimia cuestión de asistentes; y aun-

---

[1] José Miró.

[2] Gómez se jactaba de haber sido él quien descubriera a Maceo: en carta del 19 de septiembre del año 99 a Ramón Roa, le dice: «En cuanto a Maceo, me cabe la gloria, que tú me reconoces, de haberlo conocido desde el principio, y de ahí su designación para puestos elevados siempre, a pesar de menguadas, tristísimas preocupaciones y perturbadoras camarillas.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que este libro no es, por su extensión, biografía de Gómez, queremos apuntar algunos antecedentes de aquel acto de Céspedes, juzgado por todos como injusto e irreflexivo.

Por verdaderos misterios orgánicos, ciertos ejemplares humanos marchan por la vida tal como salieron del claustro materno. Asidos a unas cuantas ideas, poca acción ejerce sobre ellos el medio, que tanto diluye el contorno de los demás humanos. Estos raros ejemplares son los precursores, los apóstoles, los místicos, los predestinados; Máximo Gómez fué uno de estos hombres singulares; pero, además, en él, su recio espíritu de campesino no había atenuado su áspera moral con ninguna cultura de salones. Su larga etapa de soldado, en aquellas guerras interminables, tuvo por teatro el bosque solitario, campo para el examen a diario de los hombres, denudados de todo artificio por el mordiente de esas guerras salvajes, y este mismo examen contínuo le hizo dividir a todos sus conmilitones en dos grandes categorías: la de los útiles y la de los inútiles, clasificándolos en el acto, y, desde luego, no ocultaba a estos últimos su desdén o su desprecio; de ahí sus tropiezos frecuentes con los convencionalismos de todas clases y, por tanto, el difícil cultivo de relaciones con hombre tan raro y arisco. Siempre fué él, en aquello que entendía como la línea de su deber, duro, inexorable, y nunca apagó con medias tintas sus irritantes expresiones y sus arrebatados apóstrofes; como, además, tenía el verbo pintoresco en alto grado y flageló con él a muchos de los hombres de la Revolución, con expresiones lapidarias y motes, que algunos han quedado definitivos; esto, naturalmente, le acarreó muchos enemigos. Veamos algunos ejemplos. En la última guerra (1895-98) desfilaba por delante de su tienda el primer gobierno insurrecto con el Marqués al frente, su escolta, ayudantes, asistentes, cocineros y una impedimenta formada por más de cua-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

renta acémilas. Gómez, que entre aquellas gentes no estimaba gran personalidad sino al Marqués de Santa Lucía, se volvió hacia su Estado Mayor y dijo, irónico:

—He aquí de lo que se compone el Gobierno: del Marqués, de un tenor y de ¡cuarenta acémilas!

El tenor lo era Ramiro Mazorra, tipo de *bruja* (bohemio), muy popular en la *Acera*, y cantante de afición.

Algunas veces, en el calor de la lucha, sus expresiones airadas pudieron estimarse tal vez injustas, como cuando supo de la catilinaria contra él pronunciada por Manuel Sanguily, ilustre tribuno y alta personalidad de Cuba, en la Asamblea del Cerro; entonces exclamó:

—Yo lo desafío, con todo su talento, a que escriba la historia de Cuba sin nombrarme. En cambio, cualquiera lo puede hacer sin mentarlo a él.

Arístides Agüero, en esa misma Asamblea, en un discurso, invitaba al General, extranjero como era, a marcharse para su país.

—Pregúntele a ese joven y fornido cubano —fué la réplica de Gómez— dónde estaba él, y dónde el viejo extranjero, cuando Weyler descuartizaba a Cuba [1].

Terminada la guerra del 95, residía Gómez en la quinta de verano de los Capitanes Generales españoles, la Quinta de los Molinos. Allí le visitaban a diario todas las personalidades de la sociedad cubana, ávida de conocer al *Viejo* legendario; aquello era un jubileo. Un general cubano, persona muy estimada y patriota, el cual pasó a los Estados Unidos por enfermo, y para lograrlo tuvo que atravesar las líneas españolas con arriesgadísimo disfraz, de incógnito, pero como *presentado* y usando, desde luego, un nombre falso, se hallaba un día entre los visitantes de Gómez, y, como viera que éste no reparaba en él, le dijo:

[1] Periódico *La Lucha*, de La Habana.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—General, yo soy Fulano de Tal. ¿Usted no me recuerda?

—Sí —contestó el General.— ¡Usted se presentó!

—Es verdad, General; pero no fué con mi nombre.—Y refirió toda la historia de su peligroso viaje, de su nombre falso, etc., etc.

—Es cierto—replicó Gómez— No fué con su nombre, pero fué con su cara.

En una ocasión, al llegar a las comarcas de Oriente, encontró a un general en su pabellón, con un lujoso mosquitero, cubierta de su hamaca, y rodeado de comodidades. Gómez preguntó, estentóreo:

—¿Qué mujer es esa que ha parido en este campamento? [1]

Y de un general muy escurridizo en la última guerra:

—¡Qué hombre! Si le sacan los ojos y lo sueltan solo, no lo cogen los españoles!

Y a este tenor podrían llenarse volúmenes con sus expresiones mordaces; y los ineptos, los mediocres, los intrigantes, los malversadores, cuyo número es por desgracia siempre excesivo en todo grupo humano, pero más en las revoluciones, donde se les ofrece ancho campo para desplegar sus afiladas uñas, fustigados por él sin piedad, le temían como al diablo y, naturalmente, le odiaban.

He aquí como refiere Collazo una de las visitas de Gómez al presidente Céspedes:

> Nuestra llegada al Gobierno nos fué bien desagradable por la extraordinaria frialdad con que fuímos recibidos, así como también por el raro contraste que ofrecíamos: incluso el General, parecíamos un grupo de mendigos entre aquella gente bien vestida y acomodada; había lujo de ropa, de polainas, de insignias y hasta de inútiles sables. Todos estaban vestidos con ropa limpia y planchada. Nosotros casi con

[1] Relato del coronel Juan A. Lasa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

harapos y mal calzados: lo único en buen estado eran nuestros revólveres y machetes. Encontramos al presidente Céspedes jugando una partida de ajedrez. Al llegar nosotros, levantó la cabeza:

—Dispénseme un momento, dijo al General. A nosotros nada.

Poco después, él y el General conferenciaban aparte por un largo rato. Casi aislados permanecimos mientras estuvimos allí, estación que, por fortuna, fué corta.

Al terminar el General venía con cara de pocos amigos; el recibimiento y el modo de ser del Gobierno no le satisfizo.

—¡Vámonos de aquí pronto!—dijo—. Nosotros estamos mejor cerca del enemigo, que entre estos lechuguinos que parecen desdeñar nuestros honrosos harapos.

Este es un ejemplo de las relaciones, nada cordiales, entre el poder civil y el militar en aquella revolución y, a la verdad, en todas. Los combatientes, los hombres de acción, los que pelean, son los que ponen la carne en el asador; y los otros, los picos de oro, son los que se la comen; de ahí la malquerencia que siempre ha existido y existirá entre el hombre de acción y el afortunado charlatán.

Volviendo a nuestro relato, cuando fué conocido más tarde, el 10 de febrero de 1872, en el campamento de Gómez, por la conversación sostenida en voz alta entre dos diputados, Mora y Maceo Osorio, el propósito de trasladar al Gobierno, en parte, a Jamaica, Gómez, oyente de la conversación, saltó y les gritó, increpándolos: «Estos pen... lo que tienen es miedo! ¡De aquí no sale nadie! ¡Aquí muere Sansón con todos sus filisteos!»

Y los cubrió de dicterios, granjeándose enemigos irreconciliables y poderosos, sobre todo Mora, que nunca olvidó este incidente.

Ya en este período del año 72, empezaba Céspedes a vacilar en su alto puesto, atacado por los intrigantes en su

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

empeño de arrebatarle el Poder y buscarle como substituto personaje de contextura más dúctil; su viril figura sin par los borraba a todos y eso era intolerable. Gerardo Castellanos y Portell Vilá señalan en sus libros todas las tortuosas maniobras de estos hombres para lograr sus fines. Céspedes, enérgico, se defendía de ellos, y los enemigos del General usaron de seguro con el Presidente, suspicaz, toda clase de armas para derribar a Gómez. Este se entrevista con Céspedes el día 25 de mayo en Bariguá y refiere él mismo su destitución de este modo:

Le propuse un plan que consistía en poner a mis órdenes las fuerzas de Holguín, Bayamo y Tunas, formar de entre ellas un núcleo escogido y operar con rapidez, en columna, hasta llegar a darme la mano con el general Agramonte, que, previamente avisado, debía tener concentradas sus fuerzas; y, unidos los dos, presentar combates a las fuerzas españolas. Este plan fué acogido con entusiasmo, y en seguida se expidieron las órdenes a los generales Modesto Díaz, Vicente y Calixto García, y la concentración se indicaba para la zona de Holguín... Algún tiempo después, acampado con cuatrocientos hombres, bien armados, muy tranquilo, en unión del Gobierno, noto al siguiente día, con inexplicable sorpresa que, por orden del Secretario de la Guerra, se reúnen las tropas y se les lee la orden de mi destitución [1].

Fundábase aquélla en un acto de desobediencia de mi parte, por el hecho de no haber provisto del número de asistentes que se me había pedido a la comitiva del Gobierno. Yo quedé aturdido con aquel inesperado acontecimiento.

Gómez no creyó nunca fuera este fútil motivo la causa de su destitución y lo comenta así:

¿Hubiera Céspedes, por causa tan nimia, rebajado su grandeza, despojando del mando y prestigio a uno de sus generales más antiguos? No. Voy a explicar lo que yo también me expliqué más tarde. Hombres intrigantes y miedosos, unos, desafectos a mí, quién sabe por qué, otros, pusieron en el ánimo de Céspedes la duda o la creencia de que el movimiento iniciado, tan estupendo lo consideraban, llevaba

[1] 4 de junio del 72.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en sí miras ambiciosas, de malos fines..., puesto que en ese plan solicitaba darme la mano con Agramonte (su desafecto personal), y, una vez unido con aquél, y al frente de un ejército triunfante, claro está que sería proclamado Jefe Militar de la Revolución... Es preciso convenir en que la invectiva se prestaba a crédito, máxime cuando yo, sin que jamás cruzara por mi pensamiento ayudar a idea de tal índole, hablaba con cándida franqueza de la candidatura de Agramonte como el futuro gobernante de Cuba. He aquí la causa secreta de mi deposición.

Este incidente, fruto, como hemos visto, de la intriga, no arrancó a Gómez, resentido, su admiración por el caudillo bayamés, como más adelante por Martí. Se retiró tranquilamente a La Sierra, escoltado por doce hombres y con uno de sus ayudantes, Mariano Torres, más tarde general, hombre siempre unido a Máximo Gómez, hasta su muerte, ocurrida después de la guerra del 95 [1].

Durante esta obscura fase de su vida, acompañó muy a menudo en sus operaciones a Calixto García, su amigo y compadre, hasta que Céspedes, rectificando noblemente su error, como antes hiciera con Agramonte, lo llamó al servicio activo, dándole un mando en Oriente; ocurrió en esos momentos la muerte de Agramonte en el combate de Jimaguayú y el Presidente le nombró para mandar las fuerzas de Camagüey, huérfanas de aquel gran jefe.

Antes de marchar para su nuevo destino se entrevistaron los dos hombres, y fué Céspedes el primero en abrazar al General, que, por otra parte, siempre admiró al caudillo bayamés por su entereza y patriotismo, a pesar de su reciente e injusta destitución. Estuvieron conferenciando, nos dice Gómez, casi toda la noche, y permanecieron juntos hasta el día 14 de julio, fecha en que partió hacia Camagüey, escoltado sólo por quince jinetes, para hacerse cargo de aquel departamento militar.

[1] Mariano Torres vino a la guerra del 95, desde Jamaica, en una pequeña expedición costeada a sus expensas; fué hombre de la confianza de Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAMAGÜEY

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EMPRENDIA Gómez con cierta desconfianza la marcha para ocupar su nuevo destino y substituir a un hombre como Ignacio Agramonte, ídolo de los camagüeyanos, obligado, como estaba, en cierto modo, a realizar las hazañas que de su fama y éxitos pasados esperaban sus compañeros de Santiago; no conocía de la comarca donde iba a operar otra cosa sino su intenso regionalismo y sus antiguas rivalidades con Oriente, de cuyo ejército él procedía. Personalmente, con la excepción de los hermanos Sanguily, tampoco era conocido por ninguno de los oficiales de la brillante pléyade camagüeyana, formados por Agramonte. Unica nota de aliento para sus nuevos empeños era que iba a mandar, al fin, fuerzas de caballería, arma en la cual recibió su educación militar primera en Santo Domingo y para cuyo mando poseía muy raras dotes. Difícil es desempeñar con acierto ese mando, concluye el gran pensador militar Ardant du Picq, porque

«un verdadero general de caballería es, según dicen, fenómeno que se produce cada mil años», y él, Gómez, en el modesto cuadro de nuestro ejército y de nuestras guerras coloniales, fué un gran jefe de caballería y autor, desde Palo Seco hasta Mal Tiempo, de los más brillantes hechos de armas llevados a cabo por fuerzas de a caballo, en las dos guerras de Independencia. Tampoco podía presumir la acogida que las fuerzas camagüeyanas, idólatras de su jefe muerto en el campo de batalla, harían al recién llegado, extranjero además, dominicano. Esas reflexiones se traducen en las notas de su *Diario*.

No pudo adivinar él, tantas veces lector de lo por venir, que sería esta campaña, emprendida en los campos de Camagüey durante esos años del 73 y 74, la más gloriosa de todas las realizadas en la historia de las revoluciones cubanas, y elevaría su nombre por encima de todos los jefes, no ya entre los cubanos, sino también entre sus enemigos.

Dice el general cubano Freyre de Andrade, en su libro inédito *La estrategia de Máximo Gómez*:

> Las aguerridas fuerzas cubanas que con tesón y patriotismo insuperables organizó el mayor Ignacio Agramonte, infundiéndoles su aliento y sus austeras virtudes, fueron bajo Máximo Gómez instrumento de gloriosas victorias. La Sacra, Palo Seco, Naranjo y, sobre todo, Las Guásimas, hicieron temblar al león español y le inspiraron respeto y casi temor ante el hombre singular que, sin estudios ni preparación técnica, era capaz de realizar tales hazañas. Pero estas victorias resonantes, que aun hoy hacen estremecer de orgullo nuestros corazones, no fueron parte a deslumbrar al hombre en quien encarnan su gloria [1].

Anota Gómez en su *Diario*:

1º de Agosto. He llegado a San Diego, primer punto de Ca-

[1] Exacta observación. Jamás reclamó Gómez para sí el mérito de ninguno de sus altos hechos. En Palo Seco, lo discernió a Baldomero Rodríguez; en Mal Tiempo, a su escolta.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

magüey, donde acampo, después de una larga y fatigosa marcha. Francisco Sánchez y Betancourt [1] es el primer camagüeyano que he visto, y con éste me informo de la zona donde pueda encontrarse actualmente el general Sanguily, jefe interino... Le doy cita para el 7 en La Horqueta...

Agosto 3. Me dirijo al campamento de Reeve, adonde llego al fin. He sido recibido por este jefe y su pequeño escuadrón de caballería con atención admirable... Celebro el espíritu de orden de esta gente. Veo reflejar en ellos el espíritu de su jefe muerto. Reeve me regala un caballo... Reeve es un carácter militar, valor probado; sus soldados lo quieren como a un padre. Sus mejores hombres de confianza son negros...

Agosto 7. Nos dirigimos a La Horqueta y se nos unen el general Sanguily, su escolta y la que fué del general Agramonte. La vista de estos hombres, que visten luto en el alma, me ha conmovido profundamente. Al general Sanguily lo he conocido en Oriente. De los demás no conozco a ninguno... Hago formar la fuerza y les dirijo la palabra emocionado. El Dr. Antonio Luaces me contesta en nombre de todos con facilidad y desembarazo... Por las relaciones que estoy oyendo, de la boca de estos hombres, de las hazañas de Agramonte y su modo de dirigir todo esto, deduzco que se había improvisado un general entendido...

Agosto 8. Expido órdenes a todos los jefes para concentrarse en el término de treinta días en los potreros de San Antón de Guanusí. Me dirijo a inspeccionar los talleres; es admirable; los tenemos para fabricar pólvora, monturas, armería, calzado, sogas, sudaderos, etc. Era Agramonte hombre de grandes recursos...

1º de septiembre. Se han concentrado las tropas. Hoy a las ocho de la mañana he pasado revista a quinientos jinetes y ochocientos infantes. Son anexas las tropas de Las Villas. A la vista de esta pequeña división tan bien organizada no puedo menos de sentirme vivamente preocupado con el recuerdo de Agramonte. Su presencia se refleja en todo. Lamento no haberlo conocido. Pocos pueden, como yo, apreciar la pérdida que ha sufrido la Revolución... Pero los españoles no saben una cosa, y es que Agramonte dejó asegurada la Revolución en esta comarca, y les hará tanto daño muerto como les

[1] Padre de los generales Sánchez Agramonte, Armando y Eugenio, que, con otros hermanos, tomaron parte en la guerra del 95.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hizo vivo. Yo he encontrado el instrumento bien templado y mi fortuna estriba sólo en saber sacarle buenas notas. ¡Ah! ¡Cómo no nos unió el Destino en el campo de batalla! Nos hubiéramos completado quizás y tal vez yo lo hubiera hecho vivir para Cuba en vez de morir por la gloria. Céspedes no tuvo buen ojo cuando se malquistó con Agramonte. Estos hombres que me rodean se han batido siempre por un sentimiento y en lo adelante lo harán también por un recuerdo... Aquel hombre, hijo de esta tierra, sólo por sus propios recursos, sin nociones militares de ningún género, juzgo por lo que he encontrado hecho, se había colocado en primera línea entre todos los generales que aquí combatimos y estaba llamado a ejercer grandes, altos destinos en su patria...

El primer zarpazo de Gómez en tierras camagüeyanas lo fué unos días después, el 12 de septiembre; atacó y dispersó una fuerza española de caballería —guerrilla— a la que hizo treinta y tres muertos al machete, quitándole cuarenta caballos.

El 17 de septiembre, ataque y saqueo del caserío de las Yeguas, y después, los combates del Atadero, San Felipe y Boza; en Atadero tuvo una fuerza española del batallón de Talavera treinta y un muertos. Ataque y saqueo de Nuevitas.

No podía Gómez, sin embargo, llevar a cabo con aquellas brillantes fuerzas grandes empresas. La falta de pertrechos lo obligaba sólo a pequeñas operaciones y él buscaba afanoso el modo de procurarse aquéllos para enseñar a los camagüeyanos de lo que era capaz mandando tropas de caballería, porque con infantes ya lo había probado en Baire, Cuba y Guantánamo.

Su primera gran operación fué el asalto de Santa Cruz del Sur. Miguel Betancourt y Francisco Sánchez, representantes, le proporcionaron confidencias seguras sobre el lugar donde se custodiaba, en esta población, un gran depósito de municiones —cien mil tiros—, provisión de las fuerzas españolas del Sur de la comarca y que se encontraba

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

asegurado y defendido en uno de los cuarteles de la población. Santa Cruz del Sur, puerto de mar, como todas las poblaciones españolas se encontraba rodeada por un cinturón de *block-houses* y alambradas: aún después de conocido y estudiado el plano del pueblo, la situación de los fuertes, su guarnición, etc., y a pesar del tesoro que le representaban esos cien mil tiros, maduró mucho su plan, temeroso del fracaso, muy grave en toda guerra de partidarios para el prestigio de un recién llegado, y mucho más con tropas como las camagüeyanas, no acostumbradas, cual las de Oriente, al asalto de las poblaciones y fuertes. Decidido al ataque, el día 28 de octubre, por la noche, y llevando consigo a la más brillante oficialidad de Camagüey, puesto al frente de las tropas de asalto Reeve, penetró en la población por un brazo de mar que la rodeaba, con el agua a la cintura, atacando furiosamente y por tres lugares al cuartel, depósito de las municiones. Los españoles se defendieron dentro de sus fuertes como siempre han sabido ellos hacerlo, y los mambises caían, unos tras otros, sin lograr su objeto. Viene en una camilla Reeve, gravemente herido, transportado por sus hombres, y los que rodean a Gómez delatan la honda impresión causada a todos por la caída de Reeve, el Maceo blanco del 68; pero Gómez, indiferente, les apremia, les grita: «¡Para hacer una tortilla, primero hay que romper los huevos! ¡Adelante!»

Al fín, por la madrugada, se toma la casa-fuerte y el depósito de las municiones, los cien mil tiros, cuyo difícil transporte duró hasta por la mañana [1]. Veintitrés años después, en su vivac, como alguien de su Estado Mayor comentara el poco éxito de la reciente expedición de Miguel Betancourt, Gómez acalló a los maldicientes exclamando:

---

[1] La guarnición del cuartel, antes de ser éste tomado, tuvo un capitán, dos tenientes y dieciseis soldados muertos y muchos heridos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—No puedo yo olvidar que por Miguel Betancourt pude realizar lo de Santa Cruz.

Unos días después de la jornada de Santa Cruz del Sur, el 9 de noviembre, ya municionados sus hombres, tuvo lugar la acción de La Sacra, donde atacó y acuchilló parte de la infantería de Báscones, le hizo prisioneros y, si no hubiera sido por la gran desproporción de sus efectivos (Báscones, 2000 hombres; Gómez, 400 caballos) y su absoluta falta, en esos momentos, de infantería, hubiera aniquilado a este jefe; le obligó, sin embargo, a retirarse ante él, a pesar de su reconocido valor y su pericia. Así y todo, La Sacra fué tal vez la acción de guerra más importante de las sostenidas en los Diez Años por sus consecuencias en la marcha ulterior de la nueva campaña, y de ella dice el general español Jiménez Castellanos en sus *Estudios militares de la campaña de Cuba,* en la cual tomó parte destacada:

> Por este combate, unido a los descalabros anteriores..., del excesivo arrojo se pasó a una exagerada prudencia, pues meses antes, al ver al enemigo, se arrojaban imprudentemente sobre él, y después de este acontecimiento, al divisarse a algunos exploradores, los batallones se formaban en columna y quedaba la fuerza española tan apiñada, que con dificultad dejaban de encontrar blanco los disparos del enemigo... La caballería insurrecta amagaba algunas cargas, para hacer que nuestros infantes, tomaran un orden compacto, y después avanzaban grupos con bastante intervalo entre los hombres, los que tiroteaban a los cuadros y les causaban muchas bajas... La caballería ligera del enemigo es capaz de competir con la mejor que haya...

El comandante de Estado Mayor español L. Barrios, agudo observador de la campaña, señala también esta acción

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

como motivo, según él, de «la resurrección de los cuadros, se prescindió del orden abierto y, con su rápida intuición, los hijos del país comprendieron prontamente todo el partido que podían sacar de nuestra falta».

Esta fatal formación, cerrada, en masa, seguida por los jefes españoles, después de La Sacra y del sangriento Palo Seco, preocupados por la caballería de Gómez, explican de sobra la enorme desproporción en las bajas causadas entre ambos combatientes por el fuego, en La Sacra [1], Naranjo [2] y Las Guásimas [3]. Los mambises se batían en orden abierto, abiertísimo; y las tropas españolas, agrupadas en densa formación de cuadro, provocada por los amagos de carga de Gómez, táctica usada siempre por él para combatir a estas columnas españolas.

El 2 de diciembre, en Palo Seco la columna del teniente coronel Vilches —muerto, al frente de sus hombres, de un terrible machetazo—, formada por el batallón de Valmaseda, seiscientos hombres, y unos doscientos de guerrillas montadas, fué segada por Gómez en quince minutos, haciendo prisioneros a Martitegui, más tarde teniente general y Ministro de la Guerra en España, y a sesenta oficiales y sol-

---

[1] En la Sacra, Gómez, 15 o 20 bajas; Báscones, 100.

[2] En Naranjo, Gómez, 60 bajas, Báscones, 300. Estas cifras, oficiales, dadas por el general Jiménez Castellanos, que tomó parte en ambos encuentros, es importante resaltarlas, porque escritores cubanos consignan un número de bajas, sobre todo en Naranjo, muy inferiores a las que realmente sufrió la columna de Báscones.

[3] En Las Guásimas, Armiñán y Báscones, más de 1000 bajas; Gómez, 177, y de ellas sólo 29 muertos.

[4] Se contó sobre el campo a la columna de Vilches 507 muertos. Gómez, como sucede en esas mezclas de arma blanca, donde siempre uno de los dos bandos no se defiende y huye, sólo tuvo 20 bajas: 4 muertos y 16 heridos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dados, supervivientes del desastre, perdonados después por Gómez, generoso siempre con los vencidos; porque él, implacable en la ejecución de ladrones y bandidos, fué, aun en los más duros períodos de la guerra sin cuartel, piadoso con los prisioneros, y mil hechos de su vida militar así lo atestiguan.

Un ejército siempre es el reflejo de su jefe; y será el más alto timbre de orgullo de nuestro humilde y pequeño Ejército Libertador, formado de campesinos blancos y negros, su caballeresca fisonomía, impresa por Gómez, su respeto por los prisioneros, su piedad con los desvalidos, conducta por desgracia no imitada en nuestras cortas guerras civiles, en las cuales los dos bandos siempre se han distinguido por su repugnante ferocidad con los vencidos.

En este Palo Seco, que el general Miró y Argenter califica como

> la función más sonada de la caballería insurrecta, cayó de un solo tajo toda la columna española. Un historiador militar de origen español ha escrito de Palo Seco que Gómez desbarató y acuchilló a Vilches con la misma estratagema que usó Aníbal en España y en un lugar de la costa de Levante llamado Camp de Cents (Campo de Cientos) por el número de víctimas.

Disipado el legítimo estupor causado por Palo Seco en el alto mando español, éste no envió ya más a operar contra Gómez sino fuertes columnas, de dos mil hombres para arriba, ineficaces, desde luego, por falta de movilidad para perseguir las fuerzas cubanas, después de fraccionadas. Estos brillantes hechos de armas realizados el 73, los combates del Atadero, San Felipe, Las Yeguas, los ataques a Santa Cruz y Nuevitas, calificados de «asaltos vergonzosos» por el brigadier español Riquelme, junto con La Sacra y Palo Seco, presagiaron a Naranjo y Las Guásimas en el 74, los dos ápices del poder militar de la insurrección.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En el año 74 se hicieron viables los viejos propósitos de Gómez de invadir Las Villas, comarca pacificada, donde numerosos ingenios molían en paz, aislados y protegidos como estaban por la Trocha, línea militar que se extendía de una costa a otra y la cual era preciso forzar con la columna mambisa para extender la guerra a esa comarca. El Gobierno ofreció ayudar en sus propósitos al General, convencido de la importancia de esta operación. No es del caso referir aquí las dificultades y retardos que para cumplir sus promesas encontraron los miembros de ese Gobierno, marchitos ya sus prestigios desde la conjura contra Céspedes, únicos responsables del trágico fin a que lo condenaron, por su criminal abandono. Como todos saben, Céspedes fué obligado a vagar por los bosques, solo, sin escolta, con la prohibición terminante de salir de Cuba, y eso era simplemente decretar su muerte. Sucedida la catástrofe, ya prevista, nadie quiso cargar con la culpa; pero la responsabilidad fué realmente de aquel Gobierno [1], y los jefes insurrectos, sus aliados primero y sus detractores después de la tragedia, lo obedecieron a medias; no querían, además, localistas como siempre fueron, desprenderse de sus soldados para enviarlos a Occidente, y menos para que nuevos laureles ornaran la frente de Gómez. Los quinientos hombres pedidos por éste se redujeron a trescientos cincuenta, faltaron muchos de los jefes indicados [2] y, lo que es peor, ese contingente disminuído llegó con notable retraso a Ca-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

---

[1] Véase a Castellanos y a Portell Vilá.

[2] Por fortuna vino a su frente Antonio Maceo, que «él solo valía por una división».

magüey, donde debió estar a principios de diciembre, inicio de la seca, única estación propicia en Cuba para operaciones activas. La fuerza pedida vino en febrero y la divulgación de la empresa, conocida de todos, lo mismo por los cubanos que por los españoles, la imposibilitó entonces, porque, como veremos, el general Portillo, nuevo jefe de las operaciones en Camagüey, renombrado por su crueldad, pero muy capaz como militar, organizó fuertes columnas para frustrar estos planes.

El 10 de febrero tuvo lugar el combate de El Naranjo. El brigadier Báscones, con cinco batallones, dos piezas y un regimiento de caballería, tres mil hombres en total, fué atacado por Gómez, con mil quinientos entre infantes y jinetes, y, cargando a la caballería de Báscones, la puso en fuga, inmovilizando todo el día a la columna bajo el fuego de sus tiradores y, al fin, la obligó a retirarse el día 11, la persiguió y atacó por largo trecho, en Mojacasabe, causándole trescientas bajas [1].

El coronel español Camps y Feliú, al frente del batallón El Rayo en ese combate, refiere:

...Rompióse nutrido fuego de cañón y la caballería contraria dió, con ligereza y atrevimiento, repetidas cargas; rechazada por el fuego, llegó el turno a nuestra caballería. Los escuadrones de Pizarro, mandados por el coronel Luis Portero, se pusieron en movimiento... Al instante desaparecieron de nuestra vista... Llegando confusamente a nuestros oídos el eco grave y sombrío de las trompetas...

El fuego de la bien colocada infantería enemiga y sus fuerzas de caballería, que resueltas cargaron sobre nuestros escuadrones, hicieron que éstos, diezmadas sus filas, se pronunciaran en retirada, refugiándose a retaguardia de nuestra línea de cuadros de batallón [2].

---

[1] La falta de municiones impidió a Gómez completar su victoria.

[2] La infantería mambisa la mandaba Antonio Maceo, y cargó, al frente de los camagüeyanos, José María Sorí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El día 15 de marzo se encuentra Gómez en las Guásimas de Machado con el brigadier Armiñán y con su columna, compuesta de los batallones León, Rayo, Cortés, Aragón y Lealtad, cuatro piezas, quinientos caballos de los regimientos Pizarro y Colón y guerrillas montadas, aproximadamente tres mil hombres.

Gómez sólo contaba con unos mil seiscientos mambises; pero éstos eran hombres de lo más escogido que hubo en la milicia revolucionaria; su caballería, los aguerridos jinetes de Camagüey; al frente de la infantería de Las Villas, el valeroso brigadier José González Guerra, y la de Oriente, escasa, pero mandada por un Antonio Maceo. La impremeditada carga dada a los exploradores y descubiertas de Gómez, unos cincuenta hombres, por el comandante Bermejo, al frente de los escuadrones de Colón [1] y las guerrillas montadas, fué fatal para éstos. Los jinetes españoles galoparon por largo trecho persiguiendo a los insurrectos, hasta llegar con sus caballos cansados, frente a la disimulada infantería de Maceo y González, oculta en los Saos; detenidos allí por atronadoras descargas, son fusilados a quemarropa, y, simultáneo con el estampido de los fusiles, resonó en sus flancos, por entre los frondosos guasimales, el agudo clarín de Gómez, y cargados por el General al frente de su descansada caballería, los jinetes españoles se desbandan, son perseguidos, alcanzados y macheteados por Gómez, a la cabeza de los suyos, como ya dijimos, hasta lograr su refugio dentro de los cuadros de infantería. En ese largo trayecto perdieron los jinetes de Bermejo la mitad de sus

[1] «Estos escuadrones, que eran de lo mejor que teníamos, *humillados por sus continuas derrotas,* rebasaron del límite ordenado»... (Brigadier español Acosta y Albear.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

efectivos [1]. He aquí cómo describe el coronel Camps y Feliú, actor —mandaba el batallón El Rayo—, esta fase del combate:

El espectáculo fué terrible... En el potrero se oía el confuso rumor de voces, rozamientos metálicos y golpes sordos, como si fuera a formarse un terremoto... Todas las miradas estaban fijas a nuestro frente. Por entre densa nube de polvo blanquecino apareció confuso tropel, blandiendo relucientes sables, que pronto desapareció para mostrase de nuevo... Era nuestra caballería, perseguida por la contraria, más numerosa, salvándose la nuestra después de perder *la mitad de su gente en su arriesgadísima carga.*

He aquí el choque de las dos caballerías, la española y la mambisa, visto por el otro lado, por los ojos de un oficial mambí y en una fase de esa acción que no pudo conocer el coronel Camps, porque sólo vió a los suyos cuando, huyendo, se refugiaban en las filas de su batallón:

Al enfrentarse con los nuestros, se detuvieron de repente los jinetes españoles, clavados por las descargas de nuestra infantería; entonces se lanzó sobre ellos el general Gómez con su Estado Mayor y nuestra caballería, que ocupaba uno de los flancos, lo que les obligó a volver grupas en busca de la protección del grueso de sus fuerzas; pero eran alcanzados por los nuestros y muertos a machete con tal celeridad que en un momento quedaron sobre el campo muchos de ellos... El resto fué perseguido hasta el centro de la finca... donde acababa el enemigo de posesionarse de una represa [es esta fase final la que pudo describir y ver el valeroso coronel español Camps]. En uno de los pantanos quedó atascado un oficial español, que fué muerto a machete, a la vista de los suyos, sin que éstos pudieran socorrerlo. Gómez y los que con él cargaron volvieron con sus trofeos al fondo del potrero.

Este descalabro inicial determinó fatales consecuencias para la columna. La infantería de Maceo y de González le

[1] Gómez, para separar la caballería española de su infantería y poder destruirla, usó la misma estratagema que Páez en las Queseras del Medio.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fué arriba y la encerró en la represa de la finca, donde se habían atrincherado los soldados españoles.

Delante de Gómez, un error, una falta al abrir la partida, tenían resultados ineludibles que después pesaban en el curso de toda ésta, y eso fué lo que sucedió en Las Guásimas. El error o el arrojo del comandante Bermejo, «rebasando del límite ordenado por Armiñán», y la destrucción de su caballería fueron factores decisivos en el desarrollo de toda la batalla, pese al valor indomable y a la inteligencia que durante esos tres días de combate desplegaran Armiñán y sus admirables tropas, inexorablemente clavadas en la represa del potrero y con una impedimenta de heridos, que sólo en el primer día ascendió a cuatrocientos, rodeada de un círculo de fuego del cual no podían salir sin abandonar estos heridos. Si hay que exaltar la pericia de Gómez por el partido que supo sacar de sus efectivos, tan inferiores a los de su adversario —mil seiscientos contra tres mil—, nunca se alabará bastante a aquella tropa española que durante tres días soportó tan terrible fuego, atrincherada en la represa, con seiscientos heridos, y que, sin desmoralizarse ni por un momento, logra comunicar con Báscones, gracias al heroico valor del práctico cubano José Rojas, mulato bayamés [1], y auxiliada por los 1,700 hombres mandados por Báscones, conducidos por Rojas desde Puerto Príncipe, logra al fin efectuar su retirada, sin abandonar sus heridos, a pesar de la persecución de Gómez, que los acosa hasta Cachaza y Santa Agueda. El número de bajas tenidas por los 4,600 hombres [2] de las dos brigadas españolas, pasó de mil entre muertos y heridos [3]. Las cifras enviadas por el ser-

[1] Caído, al retornar con la columna de Báscones, en manos de los cubanos y ejecutado allí mismo.

[2] Casi el mismo número de soldados con que contaba Latorre en la batalla de Carabobo.

[3] Sin tomar en consideración las cifras del parte oficial español, falso como era de ritual, buscaremos la comprobación de este número en los informes

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vicio secreto de información que en Camagüey tenían establecido los mambises, muy exacto, por medio de los confidentes del brigadier Manuel Suárez, arrojan: muertos, trescientos cincuenta y siete; heridos, seiscientos setenta y seis.

Los mambises se habían batido primero contra tres mil y después contra cerca de cinco mil soldados de línea, en campo abierto; les habían causado más de mil bajas; los obligaron a retroceder, aniquilaron su caballería, y su jefe, Máximo Gómez, estaba en la boca de todos, cubanos y españoles. De esta fase militar de la campaña y de este Gómez dice el comandante de Estado Mayor español L. Barrios: «Las Guásimas, el desastre mayor que sufrimos en toda la campaña.» Y más adelante:

---

españoles, de sus jefes y oficiales, publicados después en memorias y folletos, donde se comentaba este obstinado y sangriento combate. El brigadier Acosta y Albear, en 1875, muy poco tiempo después de la batalla, sólo unos meses, y en su folleto *Pasado y presente de Cuba*, consigna que las columnas de Armiñán y Báscones, a su entrada en Camagüey, conducían *seiscientos heridos*, en camillas, cifra muy exacta. El general Jiménez Castellanos admite en su folleto que la infantería de la columna de Armiñán tuvo el primer día de fuego cuatrocientos heridos, y en los sucesivos, atrincherada dentro de la represa, ciento cincuenta, a los cuales se añaden los caídos en la persecución hasta Cachaza y Santa Agueda, bajo el terrible fuego de las infanterías de Maceo y González, número al cual se añaden las bajas sufridas por la columna de Báscones y que hacen el número de los seiscientos consignados por el general español Acosta y Albear. Los muertos, no mencionados en ningún documento español de la época, pueden, sin embargo, deducirse de sus expresiones. La caballería de Bermejo, destruída en la carga del Carril, se componía, según el coronel Camps, de los dos escuadrones de Colón, tercero y cuarto, y de las guerrillas montadas; el entonces comandante Jiménez Castellanos, segundo del Rayo y también actor en el encuentro, en su folleto *La Guerra de Cuba*, es más explícito. «Se dispuso que los guerrilleros que iban a la cabeza, aumentados hasta 300, y dos escuadrones de caballería de Colón.» Ya tenemos aquí una cifra casi exacta sobre el número de jinetes españoles que cargaron sobre la descubierta de Gómez: unos 500. Camps nos ha dicho «perdieron la mitad de su gente» y Jiménez Castellanos afirma que fueron más: «En su consecuencia, tuvieron que repasar el arroyo, habiendo perdido más de la mitad de sus hombres.» Si eran 500 estos jinetes y cayeron más de la mitad, tuvieron, pues, más de 250 muertos los guerrilleros y escuadrones de Colón, y se puede afirmar que, habiendo tenido en los cuatro días sucesivos, 200 heridos más, por el fuego mambí, no menos de 50 o 60 muertos se debieron añadir en esos días de diario combate a los jinetes caídos en el Carril, y a los infantes muertos en el primer día de fuego, donde, según confesión del comandante Jiménez Castellanos, tuvieron 400 heridos sólo el primer día. Así, pues, las 1,037 bajas informadas al brigadier Suárez por sus confidentes de Camagüey, seguramente tomadas de fuentes españolas, son exactísimas. Gómez sólo tuvo, en cambio, 29 muertos y 145 heridos, consignados en su parte oficial al Gobierno, testigo de ese combate y ante el cual no podía, aunque quisiera, disminuir el número.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desgraciadamente, si nosotros avanzamos en el camino de nuestra instrucción, ellos también hacían progresos... Ya no eran las masas desorganizadas del principio; adquirieron la cohesión que les faltaba, el espíritu militar de toda tropa que cuenta hechos de armas más o menos brillantes; la vanagloria y altivez propias de su carácter, heredado de nuestra raza, contribuyó mucho a ello, y, favorecido por hábil caudillo, sostuvo las principales acciones de la campaña, como fueron La Sacra, Palo Seco, Naranjo y Las Guásimas.

Dos palabras antes de concluir sobre estas Guásimas. Cuando aquí alguien consigna un error, como el arria que sigue a su cabestro, casi todos los que escriben sobre ello siguen divulgando el hecho falsificado hasta la consumación de los siglos. Hace más de cien años se le ocurrió a un buen señor, no se sabe a quién, decir que la estatua de Carlos III, en el paseo de su nombre en La Habana, era obra de Canova, y durante más de cien años los habaneros, orgullosos, se la mostraban a los extranjeros; publicistas e historiadores la ensalzaban, hasta que un buen día se le ocurrió a un desocupado inclinarse sobre el pedestal para leer en él, muy a la vista: «Me hizo Don Cosme Velázquez», escultor gaditano. En balde se dice a los señores que escriben sobre Las Guásimas: Señores: el *Inglesito* nada tiene que ver con esa acción; nunca estuvo allí; pero, todo en vano; ellos siguen impertérritos poniendo al frente de los jinetes, en esa famosa carga de la caballería mambisa, al *Inglesito,* el cual se encontraba dado de baja en esos momentos por su grave herida del muslo, y no mientan a Gómez, que *fué quien la mandó en persona.* Y lo mismo ocurre con la versión de La Mejorana y con otras, como veremos después.

Igual sucede con la opinión, consoladora —no se consuela el que no quiere—, imaginada por el Estado Mayor español, de que en Las Guásimas se evitó la invasión a Las Villas. Es verdad que la evitó ese año, pero sólo por Las Guásimas se pudo realizar en la siguiente seca, y nos ex-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

plicaremos. Se pudieron invadir estas comarcas «por la absoluta falta de operaciones sobre Gómez, durante meses, cubierto por el terrible recuerdo de aquella función de guerra».

Fué por esta absoluta suspensión por lo que se pudo llevar a cabo, sorprendiendo al enemigo con tan inesperado movimiento. No se debe olvidar que los aguerridos batallones españoles del 75, entrenados por seis años de luchas, muy distintos de la patulea de quintos de Weyler y mandados por Jefes españoles muy capaces, destacados en esos seis años de diarios combates, como lo fueron Armiñán, Esponda, Báscones, Valera, Camps, Marín y otros, nutridas sus filas por cubanos, blancos y negros, *montados* éstos sobre el rastro de Gómez, lo hubieran alcanzado y, de seguro, detenido. «Sólo por sorpresa se pudo llevar a cabo, luchando contra tropas más numerosas, con más elementos y mejor organizadas.» [1]

La verdad es que las columnas españolas, como veremos, dejaron tranquilo a Gómez el de Las Guásimas, y Concha se concretó a multiplicar sus destacamentos en Las Villas, incurriendo en este error, porque, como también dijo Máximo Gómez, «en la Guerra, al que espera, le dan.»

Después de Las Guásimas y llegada la estación de las aguas, se suspendió, se puede afirmar, toda operación sobre Gómez; éste campeó tranquilo, en lo adelante, por los bosques y sabanas de Camagüey, preparando su aplazado movimiento de invasión a Las Villas, que las indiscreciones y

[1] Máximo Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

retardos del gobierno insurrecto, génesis de esos combates, habían hecho imposible aquel año. Sustituido Jovellar por el general Concha, dejó éste descansar sus tropas en la ciudad del Príncipe para reponerlas. Una sola vez se arriesgaron los españoles, en el mes de julio, con una pequeña columna, a escoltar un convoy, fuera de la ciudad, y, avisado Gómez, el día 4 de julio, «para celebrar la fecha», la atacó en San Antonio de Camujiro, dispersándola a machetazos, haciéndole 79 muertos, dejados en el campo, y cogiendo un gran botín. Por cierto que en esa acción fué herido de dos balazos el *Inglesito*, incorporado aquel mismo día a las fuerzas de Gómez, mal curado aún de su herida de Santa Cruz. Para poner, en vista de todo esto, coto a Gómez, ordenó el general Concha que se organizara contra él una gran expedición, formada por tres columnas combinadas, a las órdenes de los brigadieres Armiñán y Báscones, y el coronel Cubas.

Gómez ni las hostilizó siquiera. Se limitó a *pasearlas*, en aquel mes diluvial —agosto— por los terrenos bajos, pantanosos, del Sur de la región, no mostrándoles como cebo sino sus exploradores y escuchas. A los doce días, sin haber logrado cambiar un solo tiro con él, retornan esas columnas a Camagüey, dejando enterrados en el camino más de 180 soldados, muertos de fatiga y cansancio, y transportando 600 camillas de enfermos, de los cuales muchos perecieron después, tarea que ocupó los efectivos de toda una brigada [1].

Espantados recibieron los vecinos del Príncipe esta caravana de enfermos y moribundos por haberse esparcido la noticia de que tal desastre había sido causado por la aparición del cólera, aserto falso, desmentido por el coronel Camps. Lo fué por la fatiga, por el agua productora de la disentería, por el calor, por las lluvias, y es un ejemplo de lo que vienen a ser

[1] Cifra del brigadier español Acosta y Albear.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en el Trópico esas marchas para tropas europeas, durante las aguas [1].

Esta campaña de diez días fué más desastrosa para las fuerzas españolas que una derrota; después de la mortífera marcha, suspendió en absoluto el general Concha las operaciones sobre Gómez y concentró toda su atención en fortificar la Trocha, reunir tropas a su retaguardia para proteger las pacíficas Villas, asegurar la zafra y esperar confiado el improbable ataque de Gómez.

Destruído por su teniente José González el puesto fortificado de San Gerónimo y pasada a cuchillo su guarnición, se preparó el General para reanudar su abandonada invasión a Las Villas, no practicable en estos momentos por la entrada de la estación de las aguas. Maduró sus planes con tal sigilo que ni españoles ni cubanos pudieron sospechar sus propósitos; el primero con quien no contó para ello fué con su propio Gobierno, cuyas indiscreciones tanto temía, conocedor, como era, de nuestro parecido con el barbero del Rey Midas. Además, no podía él esperar la incorporación en tiempo oportuno de los refuerzos ofrecidos por aquel Gobierno [2], desdeñado, desobedecido, ya lo hemos dicho, por los jefes militares, casi todos opuestos a una empresa que tenía la franca oposición de los insurrectos; como es muy natural, preferían éstos luchar y morir en sus campos de Oriente, al lado de su familia, antes de marchar para venir a caer en Occidente.

Dispuso el Capitán General, Gutiérrez de la Concha, que guarnecieran la línea militar, de Júcaro a Morón, y los puestos y poblaciones de la zona de Las Villas, cuatro batallones de infantería de línea, uno de milicia de Colón

---

[1] Esta táctica la resucitó Gómez veintidós años después en La Reforma.

[2] Realizada la invasión de Las Villas, con toda su actividad, el Gobierno revolucionario empleó casi un año para reunir y enviar, al fin, un pequeño refuerzo al mando de Calvar y otros jefes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y más de diez mil hombres entre guerrillas montadas, movilizados, bomberos y guardia civil de infantería y caballería. *La Voz de Cuba,* periódico español, publicado en La Habana, en su artículo de mayo 24 de ese año de 1874, dijo:

> Los insurrectos se baten bien. No hay duda de que Máximo Gómez es hombre que sabe mandar, pero su sueño dorado, que es invadir a Las Villas, la Trocha infranqueable se lo impedirá.

El corresponsal de la Prensa Asociada en La Habana, el 5 de enero del año 75, veinticuatro horas antes de romper Gómez la Trocha, cablegrafiaba:

> No hay cambio en los asuntos militares. El número de tropas útiles es suficiente para impedir que los insurrectos emprendan ningún movimiento de consideración en las Cinco Villas.

Todas estas expresiones indican el grado de seguridad y confianza que en el plan del Capitán General tenían todos los elementos españoles de la colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA MARCHA DE LA BANDERA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

REENCONTRA en silencio sus tropas el General, en el mes de enero del año 75, reune un poco más de mil hombres y, a la vista de la Trocha misma, anuncia y consulta a sus oficiales su deseo de no aguardar más refuerzos ilusorios o tardíos, aprovechar la sorpresa y, asumiendo la responsabilidad del fracaso, si lo había, forzar la línea militar. He aquí cómo describe Manuel de la Cruz la impresión causada en las filas mambisas por el atrevido propósito de Gómez:

Palpitantes, trémulos, oímos la noticia un corrillo de oficiales. Aquello si era empeño, osadía, travesía épica. El general Gómez iba a cortar el nudo gordiano, a pasar el Rubicón... A trasponer la Trocha... Orillada de fuertes, block houses, vallados, zanjas, fosos de lobos, mallas de alambre, disimulada entre las marañas, vigilada por rondas y estratégicas emboscadas... La Trocha era para los españoles de Occidente lo que la Gran Muralla para los chinos, el dique opuesto a las irrupciones; el inexpugnable baluarte de Cuba

española... Para muchos de entre nosotros era un coloso de hierro, poderoso obstáculo, indefinible, extraño, trampa de pradera, abismo, castillo, sierra artificial artillada y aspillerada... Finisterre de Cuba Libre, escrito por la espada legendaria de los leones de la Conquista... y a sus espaldas, en el seno de Las Villas, según una frase típica de nuestros soldados, rebullía «media España», armada hasta los dientes.

Los jefes y oficiales mambises aprueban el plan audaz, reclaman compartir con él esa responsabilidad y, llevándolo a la cabeza, en la madrugada del día 6 de enero de 1875 rompen el temido valladar [1]. Al atravesar la línea, al frente de la columna mambisa, es herido en el cuello el milagroso caudillo, por primera vez en su vida, hasta entonces, de un balazo de Remington, disparado desde el fuerte *Catorce y Medio,* por un miliciano negro. Refiere Ramón Roa, teniente coronel mambí, el gesto heroico con el cual alienta a sus hombres consternados al verle, herido, vacilar sobre su gran caballo *Cinco* [2]: «Enronquecido, echando sangre a borbotones por la boca, imperativo manda a su corneta de órdenes tocar la ¡Marcha de la Bandera!»

Dice Manuel de la Cruz:

Recuerdo que el general Gómez, montado en indómito y escultural caballo, rivalizando ambos en nerviosidad, se destacaba sobre la silla, revolviendo los negros y brillantísimos ojos, con su gesto característico y mesando entre sus manos, pequeñas y afiladas, el poblado bigote y la larga y espesa perilla de color de endrina; perfilando sus hombros, su cabeza correcta y morena, su cintura de virgen entre los

---

[1] Estaba formada la columna de Gómez de los regimientos de infantería Potrerillo, Siguanea y Atollaosa, mandados por el teniente coronel Cecilio González, de la raza negra, y los de caballería Agramonte, Camagüey, Narciso y guerrillas montadas, mandadas por Máximo Gómez y llevando como segundo a Julio Sanguily y jefes como Rafael Rodríguez, Enrique Mola, José González Guerra, Gabriel González, Manuel Suárez, Luis Morejón y Serafín Sánchez.

[2] Se llamaba *Cinco* por el número de balazos que recibiera este caballo en anteriores combates.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

membrudos y corpulentos hombrazos de su escolta. Nunca como entonces me pareció más digna del mármol y del óleo su militar figura... En el momento álgido, cuando pasaba frente al fuerte, una bala lo hiere en el cuello. Se lleva la mano a la herida, chorreando sangre domina al caballo y el General, todo ensangrentado, se irguió sobre los estribos y con afónico acento ordenó: ¡Corneta, la marcha de la Bandera!

Por fortuna, no fué esta herida grave y el General, a los cuatro o cinco días, repuesto, comenzó aquella prodigiosa campaña de audacias y aciertos, de brillantes golpes, con los cuales llenó de terror a Las Villas, *tumbó* a Concha y, según la expresión de su sustituto, el general Valmaseda, a su llegada a Cuba, había convertido la región de Santa Clara en una «cenefa roja».

El golpe inicial, el eje de la operación, la fulminante toma de El Jíbaro [1], aseguró su buen éxito, a pesar de los veintidós batallones y varios escuadrones, que en cuarenta y ocho horas, por el telégrafo y el ferrocarril, acumuló Concha sobre el territorio espirituano.

En 46 días Gómez y sus tenientes tomaron los siguientes fuertes y poblaciones fortificadas, cuyas guarniciones se rindieron o fueron pasadas a cuchillo: los fuertes de Naranjo, El Estero, poblado de Ranchuelo, El Jíbaro, Río Gran-

---

[1] En El Jíbaro sabía Gómez por sus confidencias que, custodiado por una guarnición de 250 hombres, se guardaba el parque de las tropas de esa zona, y después de una ostentosa marcha hacia Sancti Spíritus, forzando el paso del Zaza por el vado de Cataño, mientras que por caminos extraviados dirigía su infantería mandada por Cecilio González hacia esta población, y ya localizado por las tropas españolas, con una rapidísima contramarcha repasa el Zaza por el paso de las Yeguas, y a las tres de la madrugada del día 18 de enero, completamente despistadas las columnas españolas que pululaban por esta zona, se reune con su teniente Cecilio González y asalta la fortificada población. Como en Santa Cruz del Sur lanzó sobre la iglesia, el fuerte principal, a Julio Sanguily y a Cecilio González. Apareciendo el día se rindió la iglesia, después de haber tenido 15 muertos y muchos heridos, entregando sus armas 216 soldados ilesos. Gómez se apoderó de 253 fusiles Remington, más de 40,000 tiros, 110 caballos equipados, y se pasaron a sus fuerzas 160 guerrilleros y 40 paisanos. Sólo tuvo 3 muertos y 7 heridos. Como se vé, el albazo, la sorpresa por la madrugada, la más eficaz entre todas, tuvo completo éxito, y realmente, como dijo Ramón Roa, en esa carta se jugó Gómez la fortuna de la Invasión y su prestigio como general, pues desde luego su fracaso hubiera traído como consecuencia el abandono de la operación intentada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de [1], Marroquín, Jicotea, Ranchuelo (por segunda vez), San Juan de los Yeras, Jatibonico, Chambas, Ojo de Agua, Arimao, Lomas Grandes, Fuerte de Guao, Fuerte de las Eras, Marroquín (segunda vez) y muchos ingenios, la mayoría guarnecidos, y, como pasó cuando la hoguera de Guantánamo, la rica comarca veía, espantada, cómo chisporroteaban sus ingenios, poblados y fuertes, bajo la tea y el machete de Gómez. Se acuchillaron varias guerrillas, se forzó el vado de Cataño, por Gómez en persona, macheteando el destacamento que lo defendía; al frente de sus jinetes arrolló al regimiento de caballería de Camajuaní en Cabaiguán, dando muerte en la carga a su jefe el coronel Ponce de León. Su teniente José González Guerra en Manaquitas acuchilla la columna española (400 hombres) del teniente coronel Prado (198 hombres muertos, según parte español) el día 2 de febrero, y el 13 son destrozados los chapelgorris de Guamutas al mando de su coronel Claudio Herrero por el valiente José González, dejando en el campo 57 muertos, y huyendo esos voluntarios como alma que lleva el diablo. Ardieron 83 ingenios; incorporó a sus filas 1,400 hombres; se apoderó de 1,112 fusiles Remington, 150,000 tiros, 1,300 monturas y 2,000 caballos. Este fué, a grandes rasgos, el botín recogido en 46 días.

Dice el brigadier español Acosta y Albear:

En 24 días, Gómez había reducido a cenizas con rarísima excepción el territorio de Sancti Spíritus; se había paseado en todas direcciones, quemó pueblos, ingenios y caseríos, no fué alcanzado ni batido en ningún encuentro, porque el de Cabaiguán fué una emboscada en la que cayeron nuestras tropas. Había tomado fuertes como El Jíbaro, Río Grande, Naranjo y otros. Había hecho prisioneras sus guarniciones. Se le habían pasado guerrillas de más de 100 hom-

[1] El 20 de enero, dos días después de El Jíbaro, asalta Gómez, un albazo también, a Río Grande; hace prisionera a toda la guarnición; se apodera de 10,000 tiros, y se le pasan 60 soldados; los restantes, otros 60, fueron puestos en libertad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bres y había recogido armas y municiones sin sufrir un solo revés... No teniendo ya nada que hacer en Sancti Spíritus, porque todo lo había hecho, resolvió Gómez la invasión de las Villas Occidentales.

El testimonio del brigadier español Acosta y Albear es irrecusable por su alto cargo en el ejército español y por su conocimiento de la guerra y de estos lugares, donde operó durante seis años.

En 46 días no se puede hacer más con fuerzas tan escasas. Gómez fué un torbellino, un meteoro durante esos días, y, mientras todas las columnas españolas, aturdidas, no sabiendo adónde acudir, se arremolinaban sobre él, en la Línea, invaden sus tenientes las Villas Occidentales y llevan sus jinetes el terror hasta cerca de Colón, en Matanzas. A golpes tan rudos cayó Concha, Marqués de la Habana, como hemos dicho, y la prensa española insular refleja, a pesar de la censura, el estupor que a los integristas de la colonia causó esta violentísima y para ellos fatal campaña. También la prensa norteamericana recogió sus ecos [1].

Desgraciadamente, en lugar de los refuerzos ofrecidos para hacer frente a las columnas españolas traídas, a toda prisa, de Oriente y de Camagüey a Las Villas, llegó la no-

---

[1] «La falange incendiaria de Máximo Gómez está llamando a nuestras puertas con el pomo de sus machetes y está alumbrando nuestros campos con las llamas que levantan sus teas.» (*Diario de la Marina,* 5 de febrero de 1875.)

«En los días transcurridos los machetes siguen derramando sangre de nuestros hermanos, y la tea destruye fincas y poblados. La defensa de la Patria está hoy en Las Villas Occidentales.» (*Diario de la Marina,* 16 de febrero de 1875.)

«Mientras las autoridades de Cuba han estado engañando al mundo durante siete años, haciendo aparecer la insurrección cubana débil e impotente, los patriotas cruzan la inexpugnable Trocha, invaden el santuario de los esclavistas, derrotan una tras otra las columnas españolas, las arrollan, y avanzan con rápida marcha aplicando la tea a todos sus ingenios.» (*The Sun,* 6 de mayo de 1875.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ticia de «los innobles sucesos de las Lagunas de Varona», la sublevación militar de Vicente García, y su rotunda negativa a obedecer al débil Gobierno revolucionario, el cual no encontró más expediente de energía con que reducir al sedicioso sino renunciar ante él sus cargos; pero primero, vacilante, ordenó a Gómez el abandono de sus hombres, la suspensión de su marcha triunfal, su traslado a las lejanas Tunas, y después de haber conferenciado con el Gobierno, avistarse con Vicente García para ver si lograba de éste, por lo menos, una aparente sumisión: empeño, desde luego, frustrado. Muchos días estuvo Gómez separado de sus hombres y las consecuencias se dejaron sentir muy pronto. Desconoció aquel Gobierno que todo ese milagro militar llamado invasión de Las Villas lo había realizado un solo hombre y que este hombre era Máximo Gómez. No sabía, como dijo el primero de los capitanes, «que en la guerra los hombres no valen nada, porque todo lo es, y vale siempre, un hombre solo», y en toda obra humana, porque la masa, el rebaño, es siempre ciego, estúpido, inerte. Necesita para ponerse en marcha del guía, del motor, y en aquel instante de crisis faltó en Las Villas el que fué motor de ese estupendo movimiento, Máximo Gómez, ocupado por el Gobierno en inútiles gestiones. Naturalmente, abandonada por Gómez la dirección de la campaña, dos tremendos fracasos, uno de ellos un desastre, marcaron su ausencia; y la alta moral mambisa, recién conquistada, descendió algunos grados.

El primero lo fué el desgraciado combate de Palma Sola, donde el teniente coronel León acuchilló y puso en dispersión la larga columna de Cecilio González. Esta, cargada de botín y nutrida de recién incorporados, de guajiros bisoños y negros esclavos, retornaba a Occidente. La matanza de estos hombres, implacablemente macheteados por la caballería hispanocubana —guerrilleros—, fué terrible. El

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

otro suceso desgraciado ocurrió con la extraña conducta del general Roloff; el ataque a Sagua, decidido y preparado, después de la difícil, de la penosa reconcentración de todas las fuerzas mambisas del Norte de Las Villas, a la vista del poblado, y suspendido en la misma noche del asalto, sin motivo alguno para explicar esta conducta, desmoralizó a los mambises. Gómez, después de su ausencia, a su vuelta a Las Villas, se encontró con estos dos acontecimientos, como hemos dicho, desgraciados; y con la decepción causada por tanta estupidez, por la «inconsciencia de jefes de relativo valor, sin otro horizonte de la guerra que el de su término municipal», y, convencido de que con esos gérmenes de indisciplina, ya iniciados en Camagüey contra Maceo, poco podría hacer contra las aguerridas columnas españolas y las guerrillas cubanas, las cuales, vueltas de su asombro y reforzadas, defendían palmo a palmo el suelo de Las Villas, presentó, amargado por tanta y tan criminal ineptitud, la renuncia de su alto cargo. Las súplicas del Gobierno revolucionario le hicieron conservar su puesto, pero completamente desencantado. Sin embargo, después del brillante combate de caballería del Cafetal González, donde acuchilló al regimiento de Lanceros del Rey, último destello de su espada en la guerra de los Diez Años [1], unido al contingente oriental, recién llegado, que le enviara el Gobierno, después de más de ¡un año!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

---

[1] Este combate causó sensación en La Habana. Localizado Gómez cerca de la zona de Cienfuegos y preparado su copo por el Capitán General español en persona, general Jovellar, en los centros integristas, donde se conocía todo esto, se aguardaba como cosa segura la destrucción o la muerte del tremendo cabecilla. Fué grande su decepción cuando se supo que el día 28 de febrero de ese año 76, Máximo Gómez, al frente de sus jinetes, arrolló una de las tres columnas que lo rodeaban, junto al río Arimao. Era esta una columna de seiscientos hombres compuesta de dos escuadrones de Lanceros del Rey al mando de los comandantes Otero y Emilio Iturriaga (muerto el primero y gravemente herido el segundo en la carga) y de las guerrillas segunda y tercera de Villaclara, columna que ocupaba la salida de Las Minas, único paso vadeable del Arimao. Dejaron los españoles sobre el campo 80 muertos de arma blanca, se le ocuparon 60 caballos útiles, 40 rifles, lanzas, cornetas, etc. Los cubanos tuvieron 4 muertos y 28 heridos, entre éstos Rafael Rodríguez y Julio Sanguily; el héroe del día lo fué el coronel Enrique Mola.

de haberse efectuado el paso de la Trocha, preparó sus planes para la invasión de Matanzas. Apotrera mil caballos en Sancti Spíritus, para remontar su caballería; instruye de sus planes a Cecilio González [1], su teniente en Matanzas y sustituto del heroico Reeve, caído en Yaguaramas. Abre la campaña con el ataque sensacional a Santa Clara por *Titá* Calvar, simultáneo casi con el asalto dado a Ciego de Avila, por él en persona, y los de Morón y embarcadero de Punta Alegre: el comandante Quintín Bandera quemó todos los almacenes de azúcar y las goletas surtas en ese punto. Preparados, en fin, sus hombres para invadir a Matanzas, tienen lugar los repugnantes sucesos de Las Villas. Aquellas fuerzas, alentadas por el buen éxito de la conjura de Vicente García, exigen el abandono de sus puestos a jefes como Julio Sanguily, Enrique Mola, Rafael Rodríguez, Manuel Suárez y otros, de los que, dijo Gómez, «no había con quién sustituirlos», y, envalentonados con ese triunfo, el día 10 de octubre —no les arredró la fecha— exigen de Gómez la renuncia de la Jefatura Militar de Las Villas y proclaman en su lugar, como jefe de la futura invasión, al general Roloff.

Aquella sedición, la consecuencia de otras; aquellos soldados con derechos civiles que, arrastrados por un regionalismo odioso, elegían o rechazaban a sus jefes; todas aquellas intrigas, conspiraciones, motines, sociedades secretas, se comentan por sí solos. Aceptó Gómez, después de su renuncia, el cargo civil de Secretario de la Guerra, inútil, desde luego, y sin poder alguno para imponer dirección sobre aquellas bandas anárquicas, y, asqueado por aquel caos, epí-

[1] Instrucciones de Gómez a Cecilio González para operar en Matanzas. «Tratará de invadir zonas incendiando al efecto sitierías y evitará todo combate formal con el enemigo, y, cuando éste le ataque, se retirará.» Es curioso que a Pedro Betancourt, muchos años después, en el 97, le hace parecidas recomendaciones: «Procure siempre excusar todo combate serio con el enemigo, a menos que no tenga mucha seguridad de triunfar, con grandes ventajas, quiero decir, con las menores pérdidas, pues si, a pesar de vencer, le cuesta a usted caro, siempre resultará ventajoso para los españoles, pues que a ellos les es muy fácil reponerse...»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

logo de los repetidos pronunciamientos de Vicente García, y por el ridículo espectáculo de Holguín, proclamándose en el seno de esa República errante, cantón independiente; decepcionado ante una miserable sombra de Gobierno, a la cual nadie obedecía; convencido de la inutilidad de su esfuerzo, presentó con carácter irrevocable la renuncia de su cargo de Secretario de la Guerra, y solicitó permiso para embarcar hacia el extranjero. En ese estado, sin desempeñar ya función alguna, sobreviene la Paz del Zanjón, final previsto a tantos desaciertos y culpables intrigas, unidos al agotamiento, al cansancio de aquella inútil y prolongada guerra a muerte, sostenida durante diez años por esos hombres, solos, abandonados por todo el mundo, de los que apenas quedaba en el campo un quince por ciento de los alzados en el 68. Todo tiene su término en la vida y frente a estos hombres, que desde antes del *Virginius* no recibían una sola expedición con armas y municiones, y que sostuvieron durante seis años tan terrible lucha con las armas y municiones arrancadas a su adversario, ante tanta heroicidad desplegada por esos insurrectos del 68, tienen, el espectador y el comentarista, que descubrirse respetuosos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

VISTA HERMOSA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

POS diez años de aquella guerra terrible y sin cuartel costaron a la Metrópoli una fortuna, muchos millares de hombres muertos, y se caracterizaron todos, con la excepción del último año, período de Martínez Campos, por sus crueldades. Los hechos de sangre inscriptos en ella fueron análogos a los de todas las guerras civiles, entre razas emotivas, y más cuando las sostienen y alientan gentes como las que durante la monarquía de los Borbones rigieron los destinos de España, y sus fastos sangrientos, en gran parte, son imputables a esos hombres odiosos.

Los trozos de piel y carne arrancados a las espaldas juveniles de Martí [1] por el látigo del cabo de vara español en el Presidio de La Habana [2], las pobres mujeres cubanas,

[1] Tenía Martí 17 años.

[2] «Una vez allí, el joven se quitó la chaqueta y con rápido ademán mostró su espalda desnuda. Había en ella una terrible cicatriz, que oblicuamente la abarcaba toda, dejando ver la huella cárdena de un latigazo que debió, al producirse, formar una úlcera. Me refirió el joven que hallándose en el Presidio de la Habana...» M. Zeno Gandia: *Como conocí al Caudillo.*)

prisioneras, desnudas, arreadas a latigazos y violadas en el Jagüey de Cabaniguán por la guerrilla de la columna del brigadier Weyler en el año 72, la matanza de los estudiantes de medicina, fusilados bajo el mando de Valmaseda, son hechos abominables que no pueden ser cargados en la cuenta de España, como tampoco lo puede ser la muerte dada en garrote vil a Mariana de Pineda, la ejecución de la anciana madre de Cabrera, ni la hecatombe de Torrijos. Han sido hazañas de sus gobiernos y no del pueblo español, como tampoco puede, en justicia, cargar el pueblo de Cuba con la culpa de las ejecuciones a la mandarria en las faldas del Castillo de Atarés, al tiburón en las turbias olas de la bahía de La Habana, ni de la emasculación de jóvenes, como si fueran bueyes, en las lóbregas mazmorras de ese Atarés. Son también hazañas imputables sólo a Machado y a su banda [1].

Fué, sin embargo, España la que saldara con el Destino aquella sombría cuenta, y los insultos proferidos contra Gómez por el general Villar en Santiago de Cuba y los latigazos dados a Martí en el Presidio de La Habana, marcaron a estos dos hombres como a los futuros libertadores de Cuba.

El día 10 de febrero del año de 1878, aceptadas por Martínez Campos las bases para la capitulación del Zanjón, «cayó la cortina sobre el drama» y el 27 de febrero, en Vista Hermosa, Camagüey, se entrevistaron Campos y Gómez. Volvía el primero de España, hasta donde llegó el eco de la fama alcanzada en Camagüey por su rudo adversario de Santiago y Guantánamo, en la cúspide de su suerte, osten-

---

[1] Durante la dictadura de Machado, hombres jóvenes, universitarios, eran matados por la noche, y a golpes de mandarria sobre el cráneo unos; a otros, amarrados de pies y manos, se les arrojaba a los tiburones y algunos, en fin, colgados por ciertos órganos para obtener sus confesiones, veían a éstos arrancados o gangrenados al final de su tortura.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tando los rutilantes entorchados del Capitán General; y el segundo, a pesar de sus derroches de genio y heroísmo, vencido, al cabo de diez años, no sólo por el número, sino también por los desaciertos y las intrigas de sus propios compañeros, acudía envuelto en un viejo y descolorido traje mambí; vino a pedir el barco que lo llevaría a cumplir su triste y voluntario destierro, para, como él dijo, «abandonar aquella tierra en la que me había forjado tantos sueños de gloria y teatro de tantas amarguras y dolores».

Por la primera vez en su vida se veían los dos capitanes, porque «durante años, solo se conocieron al través del humo de los combates» [1], y en esos instantes, cuando coronaba Martínez Campos su rápida carrera de soldado de fortuna con la Paz del Zanjón, pensó comprar o seducir con dinero, para sus planes futuros, al hombre a quien él mismo llamara «el primer guerrillero de América». [2]

Acusado contraste ofrecían en esa entrevista el capitán general español y su flamante Estado Mayor, teniendo a su lado a Casola y a Prendergast, con Gómez, sus ropas viejas y raídas, y sus ayudantes, compañeros de la memorable visita, en peor estado, y llevando todos impresas en el rostro las terribles huellas de los diez años de guerra sin cuartel. Gómez, ornado de sus harapos, avergonzó a Martínez Campos y conmovió a Casola, por su noble decoro ante las mal disimuladas ofertas del vencedor. Inició efusivo la conversación Martínez Campos con estas palabras, textuales, después de las presentaciones de ritual.

—Pida, pida por esa boca, porque excepto la mitra del Arzobispo, todo se lo puedo dar [3].

---

[1] Flores, ayudante de Campos.

[2] «Dada la influencia que Máximo Gómez tiene sobre Maceo, ganando al primero por dinero, el segundo cederá...» (*Carta de Martínez Campos al general Prendergast*: Pirala: *Anales de la Guerra de Cuba.*)

[3] Enrique Collazo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero dejemos la palabra a Gómez, en el sobrio croquis trazado por él mismo de ese episodio de su vida.

Le expliqué a Martínez Campos que mi entrevista era sólo para, de acuerdo con la capitulación, pedirle un barco, que me llevara a Jamaica, donde estaba mi familia. Campos me contestó:

—¿Cómo? Usted no debe, no puede irse; yo necesito hombres como usted para la obra de la reconstrucción del país y consolidar la paz.

Le contesté que terminada la guerra, nada me quedaba ya por hacer en Cuba. Entonces Martínez Campos indicó que podía y deseaba ofrecerme auxilios pecuniarios.

—No es posible, dijo, que vaya usted a su país con esa ropa miserable.

No acepté su oferta y Campos continuó:

—Yo le puedo prestar la cantidad que necesite y luego me la pagará usted cuando quiera y pueda.

Me puse de pie entonces, para decirle:

—General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta Revolución, y le explicaré. No puedo aceptar su ofrecimiento, porque sólo se recibe, sin deshonor, dinero de los parientes o de los amigos íntimos, y entre nosotros, General, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y, por la otra parte, es ésta la primera vez que tengo el honor de hablarle.

Bajó la cabeza Martínez Campos, salió a hablar con los demás que venían conmigo, Collazo y otros compañeros, pero antes dijo a Casola:

—¡Hable, hable con Gómez!

Casola no dijo más que estas palabras:

—Nada hay que decir después de lo manifestado por el general Gómez.

Y volvió la cara para ocultar dos lágrimas que corrían por sus mejillas [1].

---

[1] «Era el general Martínez Campos largo en cuestiones de dinero. El general Gómez, como la mayoría de nosotros, estaba más que pobre, miserable. Los centenares de miles de pesos que hubiera obtenido, nada más que con hacer la más ligera indicación, no lo deslumbraron. Prefirió su horrible miseria antes que aceptar del jefe español la más mínima dádiva.» (Enrique Collazo: *Discurso.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Refiere Collazo, testigo de la entrevista [1], el final de ella, del modo siguiente:

Dentro de la polaina tenía el general Gómez un pañuelo, si pañuelo se puede llamar aquel girón; lo usó un momento y Martínez Campos se lo arrancó casi de la mano, diciéndole:

—Ya que no quiere usted aceptar nada de nosotros, déjeme esto, de lo poco que tiene, para conservarlo de recuerdo.

El general Gómez le dijo:

—Con gusto se lo doy, y, no obstante ser tan poco, es mucho, porque no tengo otro.

Dicho esto, se estrecharon la mano los dos hombres en cordial despedida y no volvieron a encontrarse ya más en su vida, sino muchos años después, en las cultivadas y floridas llanuras de Matanzas, separados por los fogonazos de la fusilería y por la negra humareda de Coliseo, «ocaso de la fortuna de Campos», inexorable final de la serie de golpes descargados sobre él por Gómez, desde Altagracia, en el lejano Camagüey, hasta este de Coliseo ahora, donde, como vaticinara a Miró, entre él y Maceo lo habían, al fin, *tumbado,* como él lo quiso, allí en Occidente, y en ese Coliseo de eufónico nombre [2].

Antes de abandonar a Cuba, acompañó Gómez, sin formar parte de ella, a la comisión enviada a Maceo, más que nada por despedirse de su teniente, porque con exacta visión de los hechos le anunció lo inútil de su esfuerzo, de

[1] Acompañaban a Gómez sus ayudantes Rafael Rodríguez, Salvador Rosado, Enrique Collazo, Enrique Canals, Bonilla y Prado, hijo del Presidente del Perú.

[2] «Ahora mismo, nos acaba de decir [Gómez] en su tienda que entre él y Maceo *tumbarán* a Martínez Campos en Occidente, cogiéndolo desprevenido.» (Miró: *Crónicas de la Guerra.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

su sacrificio, prolongando unos días más la vida de aquella revolución agonizante. El día 6 de marzo, en viaje para Jamaica, por última vez, desde la borda del cañonero español *Vigía*, nos refiere:

Ya al obscurecer pasamos por Cabo Cruz, disputándose la noche y la distancia robarnos la vista de Cuba.

No me es posible expresar las impresiones que experimenté al abandonar aquella tierra en la que me había forjado tantos sueños de gloria y teatro de tantas amarguras y dolores. Mis compañeros, impresionados del mismo modo, iban tristes y silenciosos; no había un pensamiento halagüeño que aminorase nuestra pena; el porvenir se nos presentaba obscuro y misterioso, con los harapientos adornos de la miseria; ya presentíamos que la calumnia se cebaría en nosotros y que ese sería el pago a nuestros desvelos. Mas nunca pudimos imaginarnos la realidad: no creíamos se dudara de aquellos para quienes su vida anterior era una garantía de honradez. Hemos sido calumniados por muchos de aquellos a quienes hemos estado dando un ejemplo durante diez años que no se atrevieron a imitar [1].

Pero, a pesar de estas presunciones, nunca supuso Gómez hasta dónde la innoble calumnia y la envidia lo harían aparecer ante los ojos de aquella emigración, su puerto de refugio, como responsable del Zanjón y también favorecido por Martínez Campos, en el reparto envilecedor del dinero, que entre algunos jefes —pocos, muy pocos, para honor de Cuba— hizo el Capitán General español.

Aquellos emigrados [2], ante los que volvía cargado de

---

[1] Máximo Gómez: *La Paz del Zanjón.*

[2] «Un comandante español murmuraba en un café que Máximo Gómez le costaba a España un caudal, pues le reconocían el grado de Mariscal de Campo y le daban cien mil pesos en recompensa.» (*La Independencia*, 2 de marzo de 1878.) «Se dice que Máximo Gómez desde hacía tres meses estaba en relaciones con los jefes españoles, desde que mató a Esteban Varona, porque dice que no contaron con él para el negocio. Se dice que Martínez Campos mandó le dieran a Gómez 2,000 onzas para que se marchara a su país y que otro tanto le darán a Modesto Díaz.» (*La Independencia*, 6 de marzo de 1878.) Ambas crónicas están firmadas por *El Quimbo Habanero*, Guillermo Pascual González, corresponsal en La Habana de ese periódico, órgano de los separatistas en Nueva York.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gloria y austera miseria, le recibieron hostiles [1]. En esa inhospitalaria colonia inglesa pasó las más crueles y humillantes horas de todas las sufridas en su tormentosa vida, porque, cuando aquellos hombres airados volvían la cabeza, a su paso por las calles, y lo señalaban con índice de anatema, cuando en los clubs, en las tabaquerías y en las tertulias, unos a otros se mostraban los números de *La Independencia,* de Nueva York, con las acusaciones hechas contra él por su corresponsal de La Habana, *El Quimbo Habanero,* cuando se maldecía «al vil extranjero que había vendido a Cuba por dinero», cuando se afirmaba por alguien haber visto las onzas de oro, precio de su traición, en esos momentos, para que no se muriesen de hambre, literalmente, su heroica mujer y sus tres hijitos, nacidos y criados en la manigua marcial y entre el humo de los combates, él se ajustaba como peón para labrar la tierra a jornal en la finca de un judío inglés de los alrededores de Kingston [2]. Así lo encontró, la azada al hombro, en su primera visita, el veterano comandante Manuel Calás, uno de los protestantes de Baraguá.

El venerable Calás, octogenario ya, me ha referido él mismo los detalles de su dramático encuentro, en el mes de abril, con el que fuera su jefe en la manigua; su intensa emoción cuando vió al hombre de Palo Seco y Las Guásimas, si no, como Belisario, pidiendo limosna, sí cavar sudoroso la tierra para ganar su pan; y, al ver al glorioso caudillo, tantas

---

[1] El Cónsul de España en Jamaica informa en 6 de mayo de 1878, en comunicación reservada a su Gobierno: «También acordaron los emigrados desembarazarse de Gómez, asesinándole, para lo que se nombró una comisión que debía realizar dicho acuerdo y que éste conoce, por lo que no se desprende un momento de su revólver para vender cara su vida.» (Pirala: *Anales de la Guerra de Cuba.*) También dice Pirala: «Sus mismos correligionarios acusaban a Máximo Gómez de haber recibido dinero de Martínez Campos, y nada más inexacto.» Igual recibimiento hicieron indignados, esos hombres, que no se habían movido de Jamaica en los Diez Años, a Maceo, después de Baraguá, cuando desembarcó allí del cañonero español *Fernando el Católico.*

[2] Gómez arribó a Montego Bay con una onza en el bolsillo, resto de las seis que le prestara su primo el coronel Tejeda, dominicano. Las otras cinco onzas las había repartido entre sus pobres ayudantes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

veces oído victorear entre el humo y el clamoreo del combate, doblarse ahora sobre su azadón, e interrumpir su dura labor para hablar con él, testigo diez años atrás del fulgurante Pino de Baire, no pudo, conmovido el oficial mambí, conocedor de la vil calumnia, retener sus lágrimas.

Nada extraño es todo esto. El cubano, hijo del español, nunca pierde su partida por la suerte ni por otra causa, sino por la traición de sus jefes. Charles Darwin, en la *Vuelta al Mundo,* anota su conversación en el viaje del Paraná con el piloto de su barco, viejo marino español. Comentaba éste lo de Trafalgar y atribuía la victoria inglesa, no a pericia ni a superioridad, sino al hecho, demostrado, de la traición de los capitanes españoles, vendidos a sus enemigos por dinero, y reflexiona el naturalista inglés: «¡Curiosa raza de hombres! Prefieren creer a sus héroes, abominables traidores y criminales, antes que desgraciados o ineptos.»

Nosotros, y todos los de la estirpe española, como el marino del Paraná, acogemos propicios, con secreta fruición, todo rumor de vilipendio, toda calumnia, buena para decapitar al ídolo y rebajarlo, tal vez por un latente y envidioso sentido de la igualdad, hasta ponerlo al ras con la vil manada.

Pero nada pudo abatir en su miseria a aquel espíritu indomable, y, celoso siempre de su honra, durante las noches, venciendo la fatiga, dejaba la azada en un rincón de su cabaña, y muchas veces en papel de estraza, escribió su lapidario folleto *La Paz del Zanjón,* donde estableció, con hechos notorios y lógica inexorable, la verdad de los sucesos.

La publicación de este folleto y la ardorosa defensa de Gómez hecha por hombres como los Maceos, Goyo Benítez y otros, hizo reaccionar la opinión y poner a ésta de su lado, contra los calumniadores. El mismo periódico *La Indepen-*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dencia, donde vieron la luz las venenosas correspondencias, dijo del folleto de Gómez, en su número de agosto:

> Su lectura deja una profunda impresión, mezclada de tristeza y satisfacción a la vez. De tristeza, por las declaraciones que en él hace su autor; de satisfacción, porque se puede decir hoy que el general Gómez no es responsable, como se suponía al principio, del convenio del Zanjón, ni fué quien lo aconsejó ni quien lo propuso, ni lo llevó a cabo, ni tuvo otra intervención que haberse prestado a acompañar a los comisionados del Comité Central cerca del general Maceo; y queda muy alta la reputación moral y militar del general Gómez, que tanto brilló durante la guerra de la Independencia.

El primero de los de la hueste mambisa que acudió en auxilio del caudillo fué Julio Sanguily. Residía éste en Nueva York, y, conocedor de la miseria del que fuera su victorioso jefe en La Sacra, El Naranjo, El Jíbaro y el Cafetal González, desde allí le envió una letra por 20 libras. Cuando Julio Sanguily embarcó para los Estados Unidos dejó como recuerdo a Máximo Gómez el machete que usara en toda la campaña, y, al escribirle ahora, le rogaba se lo devolviera para conservarlo como reliquia de aquellos días de gloria. Máximo Gómez, en su carta de contestación, que hemos tenido en las manos, le dice: «En cuanto al machete que me pide, sólo me queda la hoja. Un día, en que mis hijos no tenían pan, para darles de comer, vendí la plata del puño...»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL DESTIERRO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

E apareció al General, en medio de esta su negra miseria, como luz providencial, el poeta José Joaquín Palma, el mismo que le confiriera once años antes el grado de sargento en El Dátil. Palma, miembro prominente en el gobierno del presidente Soto en Honduras, consiguió que éste llamara a Gómez y le ofreciera el puesto de general de división en el ejército de esa República, el año 79. Allí tuvo término la aflictiva situación de la familia del caudillo; empezaron entonces sus peregrinaciones de proscripto por las tierras de América y sus tenaces y, casi siempre, desgraciadas empresas comerciales para sostener a su familia.

El año 80, aun en Honduras, tuvo lugar la conspiración y movimiento de la Guerra Chiquita, bajo la dirección de Calixto García. Solicitó éste el concurso de su antiguo jefe y, aunque Gómez no lo negó, predijo, sin embargo, su fracaso, porque como anunciara en carta a Maceo, fechada en

Kingston, 6 de diciembre de 1879, «toda empresa grande necesita tiempo para ser segura. No así tan fácil se pueden mover los resortes de una máquina, que, al dejar de funcionar, se han oxidado».

Y, más adelante, a María Cabrales, esposa de Maceo: «No escribo al General porque no sé dónde se encuentra, pero dígale usted que por nada del mundo vaya a Cuba en una pequeña expedición. Su pérdida sería segura.» [1]

Y esto precisamente fué lo que sucedió a Calixto García. Los vaticinios de Gómez se cumplieron, y la Guerra Chiquita culminó en el fracaso por las causas que él predijera.

Un poco más tarde, el año 82, el inquieto, el tenaz Martí, obsedido por su idea fija, la libertad de Cuba, tocó por primera vez a la puerta de Gómez [2], a quien no conocía, enviándole desde Nueva York una carta con Flor Crombet. La carta, muy larga, comienza así:

> Señor y amigo: El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos y el miedo de aparecer ante usted como un agitador vulgar, habrán hecho sin duda que ignore el nombre de quien con placer y afecto le escribe esta carta. Básteme decirle que, aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar las cosas de mi país.

Expone después de este introito todos sus trabajos, le hace reflexiones, solicita su concurso, por «la confianza que Ud. inspira a sus antiguos oficiales», le confía sus esperanzas y deseos, y termina su larga epístola invitándole para la misma obra, porque, dice, a él «lo respeta porque ha sabido ser grande en la guerra y digno en la paz».

Gómez, desde San Pedro de Sula, Honduras, contesta

---

[1] Del archivo del Dr. Francisco de Paula Coronado.

[2] En el año 78, desde Guatemala, aparece un borrador de José Martí, donde por primera vez escribe a Gómez, aun en el campo de la rebelión, solicitando ciertos informes. Es probable que la carta no llegara a manos de Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con fecha 8 de octubre del mismo año y cortésmente agradece al cubano desconocido sus frases de admiración, pero no estimula por el momento los proyectos del joven conspirador,

que no me parecen oportunos. Repito a Ud. las palabras que tiempo ha dije al general Iñiguez, cuando desde esa ciudad me llamó, para que lo acompañase en su intentona; le dije: «Siempre estoy y estaré dispuesto como el primero, pero permítame decirle que, a mi juicio, el movimiento que Ud. intenta es prematuro; no ha sonado aún la hora y es muy probable que Ud., en vez de victorias, recoja fracasos.»

Es tristísimo, pero necesario, dejar a aquel pueblo, que se cansó en su larga lucha terminada con el Zanjón, que sufra de nuevo los ultrajes... Entonces verá Ud. como *amalgamado el viejo elemento con el nuevo,* tendremos maduro el momento.

La carta del caudillo termina ofreciendo su espada, puesta, como siempre, al servicio de Cuba [1].

Serafín Sánchez, a principios del año 83, y en nombre de un grupo de jefes y oficiales mambises, le envía un nombramiento de jefe para la nueva rebelión, que ellos preparaban. El 23 de julio del año 83, recibida esa carta, contesta Gómez a Serafín Sánchez, moderando su impaciencia. De ella reproducimos estos párrafos:

La naturaleza del asunto no permite caminar de prisa, so pena de fracasar. Esa misma naturaleza nos da un ejemplo; sus revoluciones más tremendas han necesitado tal vez siglos de lentos trabajos... Por eso, después que he leído algo de don Pepe de la Luz, he pensado que es uno de los hombres más grandes, no de Cuba, de América. La vista de aquel hombre era un poderoso telescopio... No debemos preguntarnos cómo haremos la guerra, sino con qué haremos la guerra... Si a García y a otros no les hubiera enardecido un entusiasmo aturdido, tal vez hubieran oído mis consejos... Les decía yo: todo cuanto Udes. hagan ahora será a favor de España. No cuenten

[1] Ya por entonces se empezó por los mambises, y por sus amigos, a llamar al General Gómez, cariñosamente, *El Viejo.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Udes. con más ni mejores elementos que aquellos que la Revolución misma enterró en el Zanjón. Así, amigo mío, pensaba entonces y mi juicio, desgraciadamente, se ha cumplido... Las revoluciones jamás se pierden cuando encarna en ellas una idea grande; puede ser que un acontecimiento grave las obligue a guardar sus armas; poco importa el lugar donde las dejen; ellas vuelven a tomarlas dondequiera, cuando los pueblos despiertan de nuevo. ¡Ah! ¡Pobre Calixto! muy bien puede llamarle la Historia el valiente importuno. La Revolución le dijo al oído, pero él no quiso escucharla: «Detente, hijo, no me turbes ahora, en mi trabajo secreto y lento, pero seguro. Da un poco de descanso a este valiente, pero fatigado pueblo; aguarda, pues que la hora llegará, y tus impaciencias pueden retardarla...»

Me ha parecido prudente dar la contestación que Ud. verá al honrosísimo diploma que ese escogido centro me ha enviado. Yo, como hombre de honor, me encuentro impedido de ponerme al frente, siquiera de una parte, del ejército que ha de combatir de nuevo en los campos de Cuba, y le daré mis razones...

Mejor que nadie sabe Ud. que cuando la Revolución no soñaba en el Zanjón, ya los cubanos habían despreciado mi espada... No debo, por bien de la misma Cuba, aceptar destino prominente en la nueva guerra. Yo iré, sí, pues tengo en ello empeñados mi palabra y mi honor; pero iré como simple oficial al frente de una falange que yo mismo puedo organizar, y con ella me pondré a las órdenes del jefe que se nombre.

Esta amarga carta, residuo del motín de Las Villas y de las calumnias del Zanjón, señala la exacta visión con que aquel inspirado campesino, gran general por instinto, señalaba los obstáculos para el nuevo movimiento, se negaba en redondo a capitanear a los nuevos mambises, y expresaba su deseo vehemente de ocupar sólo un puesto subalterno en sus filas. Le tenía miedo a esa jefatura.

Pero todos aquellos proscriptos, soldados que se formaron en la escuela de los diez años de guerra, donde aprendieron con él su oficio, dispersos, errantes por las playas del Golfo de México y de las Antillas, con los ojos vueltos a Cuba, a su tierra, sus esperanzas, sus deseos, como hilos in-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

visibles, iban todos a parar a un punto solo, a las manos de un hombre, a las de *El Viejo,* a quien la unánime opinión cubana, conocida su austera conducta y su valor militar fuera de toda duda, proclamaban el Jefe. Así, pues, a pesar de su negativa en acaudillar, como tal jefe, futuros movimientos, no pudo resistir más a la gestión, al apremio cariñoso de los jefes y oficiales mambises, de los más queridos y de más valer, los Maceos, Flor, Serafín Sánchez, Carrillo, Borrero, Rafael Rodríguez y, junto a ellos, y arrastrando tras de sí a toda la emigración cubana, los civiles, Zambrana, Leandro Rodríguez, Martí, Eusebio Hernández, Lamadriz y otros.

Este sufragio, unánime, le hizo, al fin, aceptar la jefatura del disperso ejército mambí, revestido, eso sí, de la más absoluta autoridad, condición, que, celoso, exigió siempre, pues la juzgaba esencial en toda obra humana. Como dijo a Serafín Sánchez más tarde: «No permito que en mí muera el principio de autoridad, salvador de todas las revoluciones.»

Esta fué la intentona llamada de Gómez y Maceo en el año 84, movimiento fracasado, como todos saben, por una serie de desdichas; las capitales, el disgusto de Martí con Gómez y Maceo, la pérdida del armamento de Maceo en Panamá, la confiscación del de Gómez en Santo Domingo y su prisión, ordenada por Wos Gil, presidente de aquella República, prisión que, mantenida durante un año casi, desbarató el proyecto de los cubanos; y todos ellos, decepcionados, se dispersaron después por los Estados Unidos y las repúblicas sudamericanas.

Durante la estancia en Jamaica y fracasado el movimiento, tuvo lugar su efímero disgusto con Maceo, nube pasajera entre los dos hombres, envenenada seguramente por los intrigantes que siempre bullen alrededor de los protago-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nistas de toda empresa. Muchos años después, el día 2 de noviembre del 96, en Pinar del Río, lo comentaba Maceo, con motivo de la famosa carta del Dr. Eusebio Hernández recibida en este día, y relataba el incidente del modo que recoge en sus *Crónicas* el general Miró:

> Entonces, nos refirió el general Maceo que, en otra ocasión, el amigo que ahora le escribía, lo enemistó con Máximo Gómez, hasta el extremo de que se concertó un duelo entre los dos (entre Maceo y Gómez) [1].

Después de todos estos incidentes, se traslada Gómez, con Carrillo y otros, a Panamá, tomando parte en los trabajos del Canal y desde allí hizo un viaje al Perú, del cual muy poco se sabe.

De entre todos aquellos jefes, muy desanimados, Serafín Sánchez, inquebrantable en su fe, sostiene larga correspondencia con Gómez, cuyas cartas de contestación retratan los vaivenes que le afligen en su orgullosa lucha con la miseria. Fijado después en su país natal, en Santo Domingo, escruta desde la playa de Montecristi el horizonte, recogiendo ansioso todo rumor político que viniera del lado de Cuba; pero, vidente siempre, refrenaba con alto decoro a su ardoroso teniente, a Serafín Sánchez. Le proponía éste sacar partido de los bandoleros, organizados casi militarmente entonces en Cuba, pero en carta fechada en primero de junio de 1890, en La Reforma, rehusa Gómez a estos aliados, y le dice:

> He formado mi juicio, quizás en desacuerdo con los de Ud. Si pretendiéramos darle importancia y sacar partido revolucionario del

[1] No hemos encontrado el menor rastro de semejante duelo en el Diario de Gómez, en el que narra con sus detalles las causas de lo de Jamaica. Estos grandes hombres, como es natural en los humanos, tuvieron sus disgustos, sus recelos fugaces —los hay entre padres e hijos—, y que en nada aminoraron su estrecha amistad y su mutua admiración.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

acentuado bandolerismo de Oriente, además de que eso sería un recurso menguado..., vendríamos a traer al país una revolución enferma, la gente decente le daría la espalda y se quedaría la revolución con la canalla, y con esa raza no se va a ninguna parte; después se necesitaría, en el raro caso de triunfo, con tan inadecuados elementos, largos años de panacea depurativa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

MARTI Y GOMEZ

INICIADAS casi las relaciones entre estos dos hombres, a los que, unidos, el Destino reservaba la empresa de la liberación de Cuba, un borrascoso incidente, poco conocido, los separó durante años, incidente de pura forma y jamás de fondo. No podían andar discordes ellos, muchos codos por encima de la talla media humana, y agitados por la misma llama de austeridad, clave de estas dos almas, nacidas para entenderse y fundirse, al fin, en un solo deseo.

Reunidos, como hemos visto, el año 84 en Nueva York, Gómez, Maceo y Martí, con otros cubanos, procedentes de Honduras, que proclamaron la jefatura de Gómez, surge el 18 de octubre el incidente; helo aquí, referido por el mismo Gómez al dorso de la carta en que Martí se separaba de la conspiración.

Anota Gómez:

Al leerla he sentido un dolor profundísimo en mi corazón. Como

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se ve, este hombre me insulta de un modo inconsiderado y, si se pudiera saber el grado de simpatía que sentí por él, sólo así se podrá tener idea de lo sensible que me ha sido leer sus conceptos... Dispuse yo que acompañase al general Maceo en comisión a México, cuyo jefe aceptó mi determinación sin la más ligera observación por parte suya; y aguardaba en silencio mis instrucciones, así como la orden de marcha... Martí seguía visitándome, hablando siempre con igual calor de nuestro plan revolucionario... yo, con blandura, lo contenía en los límites, para no perjudicarnos dejando el mando de la nave a muchos capitanes hasta que, haciendo caso omiso del general Antonio Maceo, que era el jefe designado para la comisión, me dijo «que (sus palabras textuales) al llegar a México y según el resultado de la comisión», yo no lo dejé concluir, con tono áspero —(mis palabras textuales)— «Vea Martí, limítese Vd. a lo que digan las instrucciones, y lo demás el general Maceo hará lo que deba hacer.» Nada más dije; me contestó tratando de satisfacer mis indicaciones. Apenas lo oí porque un criado me anunció un baño que tenía dispuesto... Dejé a Martí con el general Maceo, presente siempre a nuestras conversaciones. Nadie más ha visto esta carta que el general Maceo y el general Crombet. Después supe que Martí, antes de enviarla a mi residencia, la dió a leer a Antonio Zambrana y a Leandro Rodríguez. Este es el hecho.

Martí, por cuyas venas corría la ardiente sangre española —padre y madre eran españoles—, ante esa orden áspera, seca, ante esa subordinación, casi de fámulo, hecha de su gran personalidad a la de Maceo, ante el tono displicente de Gómez, de la inflexión de su voz, autoritaria y de mando hasta en el lenguaje familiar, en fin, todo eso lo hirió tan profundamente, que saludó cortés a los dos hombres —esperó la vuelta del General— y se retiró. Dos días después le envió la carta famosa y de ella insertamos estos fragmentos.

New York, Octubre 20 de 1884.—Distinguido General y amigo: Salí en la mañana del sábado de la casa de Ud. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera re-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sultado de una ofuscación pasajera... Pena me da decir estas cosas a un hombre que creo sincero y bueno y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande... Es mi determinación no contribuir un ápice, por amor ciego a una idea en la que me está yendo la vida, atraer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta... Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento... ¿Qué somos, General? ¿Los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a su pueblo para ensenorearse después de él?... Ya lo veo a Ud afligido, porque entiendo que Ud. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras... Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores. Domine Ud. General, esta pena, como domine yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranque de Ud. y una curiosa conversación que provocó, a propósito de él, el general Maceo, en la que quiso —locura mayor! darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Ud., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. No: no, por Dios...

A una guerra de baja raíz y temibles fines... no prestaré yo jamás mi apoyo, valga mi apoyo lo que valga, y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro, yo no se lo prestaré jamás... Muy grande puede llegar a ser Ud. y puede no llegar a serlo... A Ud., lleno de méritos, creo que le quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, esta Ud. representando,— no. Queda estimándole y sirviéndole. JOSE MARTI.

Máximo Gómez no contestó, porque «los insultos no se contestan».

Esta hermosa carta revela el alma diáfana de Martí, sin mixtificación alguna, obsedido ya por la profilaxis de futuros caudillajes, y no encierra un sólo insulto para el General. Unicamente los pudo ver éste por su irritable suscep-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tibilidad y amor propio, que era, como todos saben, extremado; en ella, al contrario, late un no disimulado respeto por los méritos y por la figura del General, dejando abierta la puerta para una explicación que Gómez no dió. La verdad es que al problema de nuestra Revolución, de la futura guerra de Cuba, Gómez lo veía acertado con su sapiencia de los Diez Años y sabía, mucho mejor que Martí, cómo son en el terreno las revoluciones, las cubanas, por lo menos, y que sin estar domeñadas estas convulsiones por una férrea autoridad vienen a parar en repugnantes mascaradas. Escribió él, después de la guerra del 95, sobre la primera página del *Diario de Boza,* su Jefe de Estado Mayor: «Censura muchos de mis actos. ¡Cómo si las revoluciones no fueran todas ellas arbitrarias!»

Exacto juicio de lo que es, después de todo, la mecánica de las revoluciones: violencias, arbitrariedades [1].

Tres años después de este incidente, en carta fechada a 16 de diciembre del 87, Martí le da el título de «Distinguido compatriota»; le expone los puntos de vista que animan al Comité Ejecutivo Revolucionario, recién constituído; en esa carta, muy larga también, hace invocaciones al General y le dice: «a lo más noble de su corazón y a lo más claro de su juicio llamamos», y fué contestada por éste desde Panamá, donde junto con Carrillo y otros emigrados residía, sólo con unas cuantas líneas, muy secas, terminando: «Estoy dispuesto a ocupar mi puesto de combate por la Independencia de Cuba», y se despide de los conspiradores sólo «con afectuosa consideración».

Durante todo el curso de los años 90 y 91 es copiosa

---

[1] No una, muchas veces dijo Máximo Gómez que el principio de la autoridad más absoluta en el jefe era lo único que podía salvar a las revoluciones y buena prueba de cómo ejerció él esta autoridad la da la siguiente expresión de Orestes Ferrara: «En la guerra, nosotros, los mambises, le teníamos más miedo a Máximo Gómez que a Weyler.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la correspondencia de Gómez con Serafín Sánchez, Carrillo, José Dolores Poyo, Lamadriz y otros proscriptos. Informado en febrero por Serafín del escaso éxito, de la ninguna sensación, causada en La Habana por la visita de Zambrana, en carta del mes de febrero, con sutil observación reflexiona: «¡Con que todo un Zambrana se ha obscurecido! Se necesita ser hombre de mucho talento y grandes virtudes para poder convencer aquella sociedad.»

Y es muy cierto que para convencer y arrastrar a pueblo tan escéptico como el nuestro, brote de la Andalucía en el Trópico, es preciso ser todo un Martí o un Gómez. En el año siguiente ocurre la muerte de Lamadriz y, en carta al mismo Serafín Sánchez, dice, lamentando su pérdida: «Hombres como ése no se pueden formar en poco tiempo. Las revoluciones son predicadas mejor por los cabellos blancos: las arrugas inspiran fe.»

Ya en esa época la fuerza del Partido Autonomista y su amenaza para los planes separatistas le impresionaron hondamente, y en julio del 92 escribe a Serafín Sánchez:

> Los españoles, además de los poderosos elementos materiales de que pueden disponer, cuentan, y lo tienen reservado, con un poderoso ariete para aplastar la Revolución: la autonomía, y, si no andamos listos, trabajaremos para la obra de los Montoros y los Gálvez, es decir, para el inglés

Como se ve, su juicio sobre el problema autonomista fué más claro que el de los grandes políticos españoles, Cánovas y Sagasta. Todos saben en Cuba que, si hubiera sido implantada a tiempo la autonomía, el movimiento revolucionario no hubiera tenido feliz éxito; es más, no se habría intentado siquiera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde la visita de Martí a Tampa, llamado por Néstor L. Carbonell, quien lo adivinó, y será ese en la Historia el más orgulloso timbre de aquel recio y venerable varón, desde entonces, desde el año 91, efemérides famosa por el discurso de los *Pinos Nuevos*, comienzan a cristalizar los sueños de Martí. Allí se unió, bajo su mandato, casi toda la emigración cubana, y, arrastrados por su palabra inspirada, esos obreros, esos humildes, que siempre han sido en nuestro país de mejor estofa que los soberbios, esos tabaqueros cubanos, a los cuales, mala o buena, debe en gran parte su independencia Cuba [1], capitaneados por la fibra sana de la colonia, por los Fernando Figueredo, José Dolores Poyo, Néstor L. Carbonell, Gerardo Castellanos, Gualterio García, Martín Herrera, Hidalgo Gato, *Pancho* Ibern, Eduardo Reina y otros muchos, sumisos a Martí, le dieron su dinero y dejaron establecida aquella contribución semanal del diez por ciento de sus salarios para obra tan lejana e improbable como la independencia de Cuba. Obligación sagrada, cumplida sin excepciones; ejemplo de eterno honor para nuestro pueblo, capaz, cuando lo inspira un Martí o un Gómez, de toda clase de heroísmos y sacrificios. Sin el índice de esos viejos, señalando el camino, sin esos dignos, que con el ejemplo de Gómez [2] prefirieron el destierro al reajuste colonial, ácido,

---

[1] «En La Florida tuvo su cuna gloriosa el Partido Revolucionario... La labor digna de los obreros de La Florida quedará en la historia patria y es motivo de orgullo... Las armas, el parque, todo lo debemos en su mayor parte, al trabajo honrado, al desinterés y a la abnegación de los pobres tabaqueros, de los humildes, de los que tendrán algún día puesto principal entre los grandes de esta tierra.» (Carta de Gómez a Gualterio García, desde La Reforma, en mayo del 97.)

[2] «No me pareció decoroso vivir, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido, durante Diez Años, con tanto tesón.» (M. Gómez: *Autobiografía.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

reactivo de corrosión para tantas figuras mambisas, sin ellos, guión de los millares de cubanos establecidos en La Florida, jamás hubiera sido posible la independencia de Cuba. Sin Tampa, sin Cayo Hueso, la revolución fuera un mito, por lo menos con éxito feliz.

Cuando se recorren las anotaciones del libro de Caja del Partido Revolucionario Cubano, sus hojas jamás deben ser vueltas con indiferencia, por manos cubanas, sino con religioso respeto, porque en las negras cifras de los asientos de ese libro, en las inelocuentes columnas de sus guarismos, se ve latir, sin embargo, el alma purísima de Martí y de su obra; allí se oye la plegaria o la súplica de su verbo encendido conquistar; allí, en cada humilde cantidad anotada, se encierra un voto, una voluntad, un adepto más captado para su obra por nuestro maravilloso bardo. Y ese mudo, ese árido libro de Caja es el más expresivo monumento de loor para nuestro pueblo, para su patriotismo, por muchos negado; es honor de aquellos cubanos, anónimos en su mayor parte, ya que en la inscripción de los tributos semanales no aparecen consignados en los libros sus nombres y sólo los cubre la bandera de su club o de su taller.

Esta obra persistente, al fin lograda, es también testimonio del magnetismo apostolar de Martí y del instinto certero de la masa de los humildes, pues Martí, combatido y desdeñado por muchos de los corifeos separatistas, de los pontífices, se impuso a todos por la previa conquista de esta masa popular.

Faltaba sólo en ese haz de voluntades el viejo caudillo, el centelleante Máximo Gómez, que, a su vez, arrastraría consigo a Maceo, porque de la guerra de los Diez Años, de entre los supervivientes de Yara, salieron los dos hombres sus máximos capitanes, y, si había sido Gómez el divino Ulises de la leyenda mambisa, fué Maceo su incontrastable Ayax.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El leal Serafín Sánchez, admirador y corresponsal del soldado y del poeta, fué la línea de unión entre los dos hombres, Gómez y Martí, separados desde su ruidosa desavenencia del 84. A los sugestivos informes, a las consultas de Sánchez, Gómez, presente aun en su memoria la carta de Martí, con fecha 4 de agosto del 92, escribe a su amigo y teniente:

> Respecto a lo que Ud. me dice de José Martí, no me parece conveniente que Ud. se insinúe mucho con él y a mí, mucho menos, de ninguna manera... Pocos conocen a Martí como yo; puede ser que ni él mismo se conozca tanto. Martí es todo un corazón cubano; en materia de intereses me debe el concepto de que su pureza es inmaculada, y puede ir a los campos de Cuba, a batirse, con igual valor que los Luaces o los Agramontes. Todo eso es Martí; pero carece de abnegación y es inexorable. No le perdonará a Ud. jamás lo que él pueda calificar de desdén y no sea más que desacuerdo. No será nunca capaz de marchar en la misma fila con Ud. creyéndose superior. Por eso, para que él mismo no se anule, para que sus rencores no hagan poco eficaces sus valiosos trabajos, es preciso dejarlo hacer...

Este juicio sobre Martí, de carácter confidencial, de seguro con la intención de conservarlo inédito, escrito, como decimos, bajo el peso de la ruptura voluntaria de Martí con Maceo y con él, a pesar de aquella carta, dejada sin respuesta «porque los insultos no se contestan», revela la precisión con que el viejo caudillo adivinó, midió, se puede decir, a Martí, y con cuán exacta visión ponderó su heroica figura «de inmaculada pureza..., capaz de batirse con igual valor que los Luaces y los Agramontes».

Esta carta, mostrada o transcripta por Serafín Sánchez a Martí y elocuente más que nada, reveló a éste la generosidad de Gómez, la estima en que lo tenía y lo decidió a reconciliarse en persona con el hosco caudillo, y «volar a Santo Domingo para abrazarse con el anciano invencible como a una enseña santa» [1].

[1] José M. Carbonell.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De ahí su viaje a esta isla a principios de septiembre del 92, es decir, unos días después de la carta de Gómez; con tanto apremio le pareció urgente ese viaje. Para ello se trasladó a Santo Domingo, y en Santiago de los Caballeros fecha su conocida carta, que es todo un poema de predicciones cumplidas y muestra cómo conocía Martí a su gente:

13 de septiembre del 92.

Sr. Mayor General:

...Yo ofrezco a Ud., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres... Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios, y yo vengo confiado a pedir a Ud. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando..., para que venga a ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte. Vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la gloriosa paz de su descanso por los azares de la guerra y las amarguras de la vida consagrada al servicio de los hombres...

Y que termina así:

...En cuanto a mí, señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vió, día a día, durante diez años en frente de la muerte por defender la redención del hombre...

En los oídos del viejo caudillo resonaron esas elocuentes invocaciones como las heroicas notas del clarín que lo llamaba a la guerra, y el gran soldado, un gran emotivo también, subyugado ya, contestó al día siguiente aceptando el puesto

que se me ofrece al lado de Ud. como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba... Tan señalada honra deja, no sólo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

comprometida mi gratitud, sino que al aceptar tan alto destino lo dejaré cumplido, consagrándole todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo.

En esa entrevista, Martí, con su intenso magnetismo personal, conquista a todo el mundo en casa del General, y cuando, después de esta cordial conferencia, se marcha de su lado, del mismo Santo Domingo le escribe: «Si alguna vez lo inquietan, piense que en mí tiene un corazón donde caer.» [1]

De ahí en lo adelante, y la correspondencia de los dos hombres lo atestigua, Martí, en fervorosa exaltación, conoce, ha auscultado lo que tan generoso late bajo aquel duro pecho que parece de pedernal, y, tomando al azar sus expresiones, se transparenta en ellas la honda admiración que por el viejo caudillo sintió siempre. En esas cartas, publicadas por el Sr. Gonzalo de Quesada, hijo, legítimos boletines de la conspiración, le da cuenta minuciosa de los trabajos realizados en ese año, de sus íntimos juicios sobre sus colaboradores, desde los viles, pero necesarios, hasta los dignos, desde Manuel García hasta Juan Gualberto Gómez.

Por esa época el General escribió a Poyo, encarándose con los pontífices maldicientes:

...¿Quién es Martí para atreverse a tanto? Yo les digo: un cubano a prueba de grillete, por sentirse cubano cuando apenas tenía bigote. He ahí una buena credencial. ¿Qué no se ha batido? Pero puede hacerlo...

En carta fechada en enero del 93 le dice Martí:

...No sé que en mi vida haya tenido momentos más gratos que estos en que vivo desde que recibí su carta, llena toda ella de su natu-

[1] A su despedida, Gómez lo recomendó a distintos dominicanos, entre otros a su primo F. S. Billini, personaje, a quien le dice: «Allá va Martí, con su cabeza desgreñada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero, para amar la independencia de su tierra.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ral grandeza, que amo como si fuera mía... Mucho debo vigilar lo de Matanzas. Hay allí un novicio, aunque de canas y respeto, demasiado aguileño y curioso. Es joya grande y el único que prepara en masa la opinión, el excelente Juan Gualberto Gómez... De su carta a Julio Sanguily es innecesario decirle que llegó por acá al corazón de todos, y Julio me dice que M. está de días atrás doblado sobre la respuesta. ¡A esta hora eso! Callo mi indignación para que no pueda parecer celo literario. Pero Ud. no me juzga así; el único libro, mientras no tengamos patria libre..., está en los campos de batalla..., en la guerra, guerra... Yo entiendo la guerra así; despertar en la primera batalla y no dormir hasta haber ganado la última. Ud. me va a querer. Y mi ternura y mi orgullo, yo, menos elocuente que Ud., no puedo ponérselos en palabras...

Ya en junio del 93, el incansable, el fogoso Martí le vuelve a visitar en su retiro de Montecristi, para allí, juntos los dos, acordar el plan definitivo en sus últimos detalles, con la resolución, ambos, de desencadenar la rebelión dentro de unos meses a más tardar. El momento era propicio. La inmensa llama de fe que encendieran los hombres del 68 no se había extinguido; en el país había cundido esa idea a modo de religión; por ella esos patriotas del 95 arrostraron años y años el hambre, la miseria, el exterminio de sus familias, la muerte silenciosa en las sabanas o en los bosques, en el Foso de los Laureles, sin dar un paso hacia atrás, poseídos por ese soplo de sagrado heroísmo que los iba a arrastrar detrás de sus excelsos profetas Martí, Gómez, Maceo; unión sagrada, ideal sublimado, que después nadie más ha logrado poner en marcha en nuestro país. Y, si ese puro sentimiento tuvo más natural explicación en un Rosell, en un *Panchito* Figueroa o en un Juan Bruno Zayas, ¡cuánto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

más hay que admirarlo prendido en el alma de aquellos sencillos campesinos o en la de nuestras obscuras negradas!

Parte principal tomó en el cultivo de esta idea la prensa separatista, más que la de afuera, poco divulgada, la de aquí, representada principalmente por los diarios francamente separatistas: *La Igualdad*, del gran Juan Gualberto Gómez, *El Cubano*, *El Criollo*, *La Verdad*, y la revista *Hojas Literarias*, del elocuente Manuel Sanguily. Gastón Mora, en el prólogo al *Album del Criollo*, iconografía de los grandes jefes mambises, que corría de mano en mano, dijo:

> No queremos que los cubanos de hoy desconozcan los méritos eminentes de los cubanos de ayer, de los cubanos del 68, de aquella gran generación que rompió las cadenas del esclavo, que incendió sus ricas plantaciones, que combatió diez largos y sangrientos años contra un poder formidable, que asombró al mundo civilizado desplegando energías sobrehumanas en la más terrible de las guerras de independencia, aquella generación tan gloriosa y tan excelsa, era necesario que no durmiera el sueño de la muerte en su augusta, aunque ignorada sepultura, sin que de vez en cuando la arrullaran los sollozos y los homenajes de un pueblo henchido de admiración... Por ellos el pueblo cubano se encumbra rápidamente, poniéndose al nivel de los pueblos más heroicos de la tierra. Los opulentos criollos se convirtieron en héroes. Y la mano del historiador escribe al lado de las sagradas palabras, Grecia, Hungría, Polonia, Italia, esta otra: Cuba.
>
> ...Si los cubanos no pagaran con cariño la deuda de gratitud que tienen contraída con los hombres de la Revolución, serían dignos del mayor desprecio.

Este prólogo compendia exacto el ideario de la juventud del 95, ideario que le trasmitiera, como la llama de una vestal, la generación del 68; lámpara alimentada por el relato de sus martirios o sus hazañas, y que, avivada por el lírico óleo vertido en ella por nuestro incomparable bardo, José Martí, esos hombres del 95 se aprestaban a encender en Cuba de nuevo. Ya era llegado el momento en que, «uni-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

das ambas generaciones, la vieja y la nueva», se podía lanzar con buen éxito el país a la Revolución; ya se había cumplido esta condición exigida por el clarividente Máximo Gómez, ya era hora...

La impresión que aquel viaje y la memorable entrevista con el caudillo dejaran en el alma de Martí, se conserva por fortuna, así como el retrato del General, destinado a capitanear las huestes cubanas:

> ...A caballo, por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro..., como quien lleva clavada al alma un par de espuelas..., como quien no ve en el mundo vacío más que el combate..., como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo... un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural..., la ropa holgada, el pañuelo al cuello y, de sombra al rostro trigueño, el fieltro veterano... Ese es Máximo Gómez.

Allí, en aquel Montecristi, en humilde casa que se desmorona hoy, reunidos los dos hombres en un desván, sobre una miserable mesa, disponen de los destinos de España en América y deciden su cruenta separación; en ese momento, a un observador anglosajón le hubieran parecido, los dos hombres, dos delirantes, porque era entonces la empresa por ellos soñada, locura patente, tanto como las de Alonso de Quijano [1]; y es que la pródiga raza española, raza de las pasiones más hondas, indescifrable para la psicología de las otras latitudes, es la ubérrima raza de donde ha salido, desde Cortés y Bolívar, pasando por Ignacio de Loyola, hasta Gómez y Martí, toda una falange de inspirados Quijotes, de hombres fantásticos, de alucinados lúcidos, de santos y de verdugos. Para lograr entender a esos hombres, a estos españoles, hay que examinarlos a través de su arrebatada pasión, que viene a ser su cualidad matriz; de sus ardientes

[1] «A quien yo me parezco más es a Don Quijote.» (Máximo Gómez.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

deseos, de sus intensos amores, de sus odios sombríos, porque es esta la raza donde el drama y la tragedia vienen a ser la norma [1].

Un agudo pensador hispano, Salvador de Madariaga, exacto y conciso, da como la clave del alma española y de todos sus actos la pasión. El español siente, no piensa, y por eso en aquel país lo mismo nace un Pedro de Arbúes que un Bartolomé de las Casas.

Martí y Gómez se hombrean con los más representativos de su raza, si no por el pequeño teatro de sus hazañas, Cuba, sí por sus fuerzas de cíclope y por lo fabuloso de su empresa.

Lo hemos expresado en otra parte. La contribución más valiosa de España a la Tormentaria universal, mejor dicho, casi la única, ha sido la adjudicación del papel de artificio de guerra a Santiago Apóstol; y el invento de tan curiosa máquina bélica describe al español en sus desconcertadoras campañas, insolubles para Napoleón. La pasión ciega, a veces insensata, explica, a la vez, las guerras de nuestra independencia, porque somos, quieras que no, los hijos de esos Quijotes.

Continúa Martí:

...Iba la noche cayendo de aquel cielo argentino de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces, bajo él, el juramento de ser libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón..., con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad, por la vereda que seguía hasta la vivienda obscura. Se abrieron los brazos del viejo General..., el viejo volvió a abrazar, en largo silencio, al caminante que iba a verlo de muy lejos, a decirle la demanda y el cariño de su pueblo infeliz... En los tres días que duró aquella conversación sobre los tanteos del pasado, la certidumbre del porvenir, sobre las

[1] «El español es un gascón, pero es un gascón trágico.» (E. Reclus.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

causas de la derrota, los elementos actuales de triunfo, la unidad que ha de tener la guerra, abominando de las causas remediables, de castas y de comarcas... En aquella conversación no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre..., ni rasgo que desluciera, con odiosa ambición, el amor hondo con que el general Gómez se ha jurado a Cuba.

Ante ese rumoroso mar de intenso añil, el mismo de nuestras playas, los dos hombres, solemnes, discutieron todo: personas, cosas, instituciones, planes de campaña; allí, reunidos en una *barbacoa*, se forjó el *Plan de Fernandina*.

Prosigue Martí:

...Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado... Con palabras sencillas, en voz baja, mirándose como si quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad a un pueblo... Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto; como dice él que quiere hablar. Tenía las piernas apretadas, las manos las tuvo quietas, una llama clara e intensa le brillaba en los ojos y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco...

A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés, y en lo sentencioso se le igualan muy pocos. Si va por las calles, le dan el paso todos. Si hay baile en casa del Gobernador, los honores son para él. Palabra vana no hay en lo que él dice; otras veces, cuando no es ternura de niño, la palabra centellea, como el acero arrebatado de un golpe a la vaina... Como en la sala del baile se acogiese con su amigo el caminante a la ventana, a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos a una voz de cariño de su amigo y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: ¡Para éstos trabajo yo!

Después de estos elocuentes trazos, donde los que conocieron a Gómez, oyen su imperativa voz de mando y le ven refulgir sus negros ojos de escrutinio, nada se puede añadir al retrato hecho por Martí del último de los libertadores de Hispano-América.

Martí, al enviar a Gómez estas impresiones de su viaje,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

publicadas en *Patria*, le dice: «Mi carta verdadera está en esas líneas impresas que para Ud. me saqué del corazón. Quiera y responda en seguida para premiar y guiar a su José Martí.» La talla sobrehumana de Gómez está ahí, la miden esas palabras, y las encierra ese marco. Fué su devoto, el feligrés de su culto, quemó su incienso ante él un José Martí, y eso le basta.

En esta visita de Martí quedó también concertado el viaje de éste a Costa Rica para articular al general Maceo a sus proyectos, y para él llevó cartas del general Gómez a su ex-teniente, separado, como Gómez, de Martí, desde la ruidosa desavenencia.

Martí, de vuelta de esta comisión, desempeñada con el mejor éxito, informa en agosto de sus resultados al General:

> Yo mismo quisiera ser la carta..., porque casi me enoja tener que hablar con Ud. con las mismas trabas de papel y pluma en que hablo con los demás... Acaso será porque recuerde... las conversaciones que he tenido con Ud. recientemente, y ante aquella grandeza sencilla me parezca enano este comercio por carta...
>
> Tengo gusto grande en decirle, uniendo la prudencia al natural deseo de hallar buenos a los hombres, que Ud. y yo debemos estar contentos con la aceptación plena y afectuosa por el general Maceo de la parte de obra que considera Ud. como natural de él... No creo engañarme al decirle que él, y los que le rodean, están prontos a ocupar su puesto. Ni esperé para Ud. menos respeto y asentimiento cordial que el que me mostró al aceptar sus obligaciones y reconocer la elección recaída en Ud. por sus antiguos compañeros para dirigir nuestro ejército.

Asegurado ya Gómez de la cooperación poderosa de Maceo al movimiento proyectado por los dos, empezó a enviar órdenes a todos los generales y jefes mambises, no sólo a los que andaban dispersos por las tierras de América y de España [1], sino también a los que residían en Cuba.

---

[1] Calixto García.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En noviembre del año 93 debió de recibir Martí alguna de esas cartas a lo Gómez, molestado éste por la inútil y peligrosa intentona de Lajas, y, falsamente acusado por altas personalidades separatistas de haberlo inspirado, le explica Martí:

...Yo he dicho a la Isla lo que ha sido verdad; elemento principal de la fe que se tiene en Cuba en el éxito de la guerra es la seguridad que Ud. va a encabezarla, y no lo dije hasta que no fué así. Si la desgracia de mi patria y de nuestra América fuera tanta que, contra lo que es y ha de ser, no creyera Ud. deber acudir a Cuba en este empeño, lo diría al punto...

No es de su corazón de lo que necesito seguridades, que con razón me mandaría Ud. a paseo; ya se las ha dado Ud. a Cuba con veinte y cinco años de su vida; es su parecer sobre tiempo, es su nombre mágico lo que quiero... Se está pendiente en Cuba de nuestros labios y yo de los de Ud. Mande, que con mi levita negra y mis apariencias de litero puedo hacer, sin que parezca que están las cosas tan cerca.

Y más adelante, en la misma carta, reafirmando su no participación en lo de Lajas y en vehemente queja, con cierto dejo de reproche, tal vez por haber recogido estos rumores el General, termina:

...Yo no fomento algaradas..., no es mi nombre, miserable pavesa en el mundo, lo que quiero salvar, sino a mi patria, no haré lo que me sirva, sino lo que la sirva. Ni siquiera me ofende la injusticia que encuentro en mi camino. El mundo es hiel y bebo, pero no me dé Ud. hiel a beber.

Durante el año 94, en abril, hizo Gómez un viaje a Nueva York, acompañado de su hijo *Panchito* para inspeccionar sobre el terreno los trabajos de la Junta Revolucionaria. Sólo estuvo el General unos días en los Estados Unidos, regresando pronto a su país, pero dejando a *Panchito* con Martí para servirle de secretario y tremolarlo cual una ban-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dera, portador, como fué, de tan ilustre nombre para los mambises. Acompañó al Apóstol en su viaje a Costa Rica, donde los esperaba Maceo, que, al recibirlos, levantó, con mimo cariñoso, en vilo, entre sus brazos de coloso, a *Panchito,* tal como si las hojas del libro de su Destino se hubieran vuelto ante él, y en ellas leyera el héroe mulato el trágico nombre de Punta Brava, y vieran sus ojos al adolescente, que con tanto amor abrazaba ahora, caer mañana ensangrentado sobre él, porque, como todos saben, *Panchito,* sin armas, herido y lejos del combate, voló, para morir como un romano, sobre el cuerpo de su jefe inerte.

Todo quedó resuelto en esa visita; con su fascinadora palabra, persuasiva, disipó Martí las pequeñas nubes aparecidas entre Flor y los Maceos, y todo el mundo, arma al brazo, quedó impaciente aguardando la señal del *Viejo.* De igual modo destruyó Martí las desconfianzas que maliciosas hablillas sembraron en el ánimo de Maceo [1].

[1] «...El [Maceo] recibió de Santo Domingo cartas por las que pude ver entendía que Ud. iba a salir con una muy numerosa expedición de hombres, y pude desvanecer el miedo racional de que su caída pareciera pobre... sin incurrir en más detalles que los indispensables a este fin.» (Carta de José Martí a Gómez.) ¡Siempre la *Intrigantosis!* Afección frecuente en Cuba alrededor de los grandes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PLAYITAS

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL plan madurado por los dos, conocido con el nombre de *Plan de Fernandina*, era sencillo y fulminante a la vez. Tres yachts, el *Amadis*, el *Lagonda* y el *Baracoa*, de 15 nudos de andar, velocidad muy superior a la de cualquiera de los barcos de guerra españoles, en secreto, de nadie conocido, fueron contratados para llevar trabajadores a Centro América y allí emprender cultivos distintos. Los tres se harían a la mar en Fernandina, llevando los útiles agrícolas (fusiles y municiones) en cajas y barriles. Uno de los barcos se dirigiría a un puerto de La Florida, donde lo esperaban doscientos trabajadores: Roloff, Serafín Sánchez y sus hombres. El otro tomaría en Costa Rica a los Maceos, Flor Crombet, Cebreco y otros doscientos hombres. Y el tercero haría proa a un lugar de Santo Domingo, donde embarcarían Máximo Gómez, *Paquito* Borrero, Angel Guerra, *Mayía* Rodríguez y los demás expedicionarios. Ya en el

mar, los fingidos jornaleros, armados de revólveres, dirían a los capitanes de los barcos su verdadero objeto, su propósito de trocar el lugar de su destino por otro en las costas de Cuba, a cambio de aumentar el precio estipulado por el viaje; en caso de negativa, aprisionarían a la tripulación, y, por la fuerza, se harían cargo del barco, cosa muy fácil, porque iban, entre los pseudo trabajadores, maquinistas y prácticos. La sorpresa de las autoridades españolas sería completa con la caída simultánea, en conjunción con el alzamiento, de Maceo en Oriente, Gómez en Camagüey, Roloff y Serafín Sánchez en Las Villas.

Los sucesos nacidos de las expediciones de Maceo con veintidós hombres, la de Gómez y Martí con cuatro y la de Serafín Sánchez, más adelante, con ciento cincuenta, anticipan la magnitud que habría alcanzado la rebelión de haber contado en sus inicios con tales hombres y tales elementos. El levantamiento, provocado en el país entonces, hubiera sido casi unánime.

Las autoridades coloniales, conocedoras de los trabajos de Martí, con ese optimismo, propio de todo español, que explica, a través de los siglos, muchas de las cosas de la historia de España, no dieron importancia alguna a estos trabajos. Martí era un vividor a costa de los crédulos tabaqueros; hasta se repetía el juicio sobre él de una gran personalidad cubana: «En todo eso de Martí no hay sino un *modus vivendi*.» [1] Máximo Gómez, un aventurero, sin patria ni bandera, ya viejo, decrépito; Maceo y los suyos, un puñado de mulatos; Juan Gualberto Gómez, otro mulato; Miró, un *trabucaire;* Pedro E. Betancourt, un matasanos, etc., etc. [2]

---

[1] Recuerdos de Pedro E. Betancourt.

[2] Los mismos cubanos autonomistas también participaban de esa ceguera. «Quien así me hablaba llamábase José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella. Muchos años después yo preguntaba por él a los jóve-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ya en septiembre del 94, tranquilizó Martí a Gómez, porque, de acuerdo con éste, no figuraba él como expedicionario; no surgió su inclusión como tal sino más tarde, y como todos saben, ocasionalmente. Le dice en su carta:

Esté tranquilo ese corazón que cada día conozco y quiero más... Recuerde que fuera de poner a cada uno el pie en el estribo, para que todo sea a la vez, no habrá tentación que me arranque a las órdenes de Ud... En todo lo demás, General querido, descanse. No hemos de tener tropiezos. Mis angustias son muchas. Pero ¿no han sido las de Ud. más? Y ¿qué hago yo comparado con lo que Ud va a hacer? Si pienso en compañera virtuosa, pienso en Manana; si en hija, en Clemencia; si en hijos, en los de Ud.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 24 de septiembre y próxima ya la expedición, con la natural ansiedad nacida en él por ese cercano acontecimiento, la obra de su vida toda, le escribe conmovido: «Llena el alma de la grandeza ajena, es decir, de la de Ud., me siento como oreado y mejor, como si estuviera poniendo la mano en algo santo.»

El día 20 de octubre, para disipar los reparos y las aprensiones del *Viejo,* reticente, le explica:

En cuanto a mí, descanse; puede fallar mi parte, como falla todo en este mundo; por error o fatalidad, pero no me faltará cautela, desconfianza extrema de los hombres... Mídame y quiérame... Niéguese a sí mismo razón para creerme capaz de caer en trampas y debilidades; eso sí; si aún hubiere tiempo, consuéleme y aliénteme con su aprobación y cariño, que mi única flaqueza y necesidad es la de ser amado...

La suerte esquiva no quiso, pocos instantes antes de zarpar los barcos del *Plan de Fernandina,* coronar con el

---

nes diputados autonomistas de Cuba: a Montoro, a Giberga, a Zambrana. Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba. No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá en Nueva York publica una hoja separatista. Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...» (Julio Burel: *Heraldo de Madrid.*)

éxito feliz la obra de los dos hombres. El temor, la ligereza o la codicia de López de Queralta, del grupo de Serafín Sánchez, hizo conocer el plan a uno de los capitanes, y, aunque éste no negó su concurso, quiso antes comunicar la noticia a su armador. Se dió la voz de alarma por el consignatario del vapor, se telegrafió a Wáshington, y de todo tuvo conocimiento el cónsul español. El gobierno federal detuvo los tres barcos. El efecto del fracaso en Martí, alma emotiva, fué terrible. Los afanes y trabajos de tres años, perdidos; el pequeño tesoro, $58,000, reunidos con el óbolo de los tabaqueros, desaparecido; y la confianza puesta por ellos en él, posiblemente perdida o grandemente quebrantada.

Se ha hablado, como de otras entrevistas de Martí, de vehementes inculpaciones de los conjurados hechas a éste; todo es pura fábula, por lo menos, en esta de Jacksonville. Horatio S. Rubens [1], norteamericano, único que vive de los asistentes a la entrevista del hotel Travellers, en Jacksonville, y encargado de recobrar, como lo pudo hacer, las armas, me dice en carta escrita en español, fechada en octubre 28 de 1931:

En lo de Fernandina, realmente era lastimoso ver cómo en los primeros momentos se afligió Martí... Cuando Martí vió venir el fracaso, me telegrafió, y en seguida fuí a Fernandina para dar los pasos... Martí quedó escondido en el hotel Travellers, en Jacksonville; de allí telegrafió a Guerra para que enviara todo el dinero en caja. Quesada llegó con él, unos $1,500... En la habitación de Martí estaban *Mayía,* Collazo y Gonzalo de Quesada cuando yo llegué de Fernandina. Martí estaba muy nervioso, declarando que él no tenía la culpa,

[1] Horatio S. Rubens, abogado norteamericano, gran amigo de Martí, es hoy el único superviviente del Partido Revolucionario Cubano, figurando en la Delegación como uno de sus componentes. Mr. Rubens, autor de una obra interesantísima sobre nuestra guerra de Independencia, titulada *Liberty,* prestó grandes servicios a la causa de Cuba, no sólo durante todo el curso de la conspiración, sino en la guerra, y ostenta los títulos de coronel del Ejército Libertador e hijo adoptivo de La Habana.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y contó todo. *Nadie presente le inculpó, sino al contrario.* Lo que él tenía en su mente era que Gómez había depositado su fe en él. Que ya no tenían fondos y que el descubrimiento de la intentona prevendría a España. Estaba, se puede decir, pensando en alta voz; pero sin que nadie lo hubiera inculpado. Le aseguré recuperar el armamento, sobre todo, si nadie hablaba. Todos le afirmaron que tenían en él la misma fe de siempre, y pronto se calmó y empezó a estudiar los nuevos pasos... El efecto del fracaso fué en los emigrados, sorpresa, orgullo; un plan tan bueno, tan amplio; y *más que nunca tuvieron fe en su autor.*

La más punzante de todas las angustias de Martí era adivinar cómo recibiría Gómez este golpe fatal; si le sería retirada su confianza y si, en fin, el viejo caudillo, unión de todas las voluntades militares, continuaría dispuesto, con tan miserables medios, a salir para Cuba. *Mayía* Rodríguez calmó sus zozobras con la noticia: «El General Gómez está dispuesto a marchar a Cuba de cualquier modo.» Ya después de esta seguridad, Martí, sosegado, empezó a coordinar todos los medios sugeridos a su poderosa inteligencia, para aminorar el golpe. Envió a su teniente, al joven Gonzalo de Quesada, una vez más, para tocar a la puerta de los humildes tabaqueros de Tampa y de Cayo Hueso; escribió a Cuba; en muy pocos días se recogieron $5,573. Con esta exigua cantidad, más los dos mil pesos donados después por Ulises Hereaux, irguiéndose por encima de la desgracia, se lanzaron aquellos dos hombres inspirados en su osadísima empresa.

Ese optimismo del español, antes señalado, ha florecido aún con más vigor entre sus hijos del Trópico [1], y del fra-

[1] «En todas las funciones de guerra, les hacen creer que han obtenido el triunfo más completo.... Si, por ejemplo, los ataca y derrota una columna, que, llevando artillería, no la ha usado les hacen creer que el temor de perderla ha sido la causa de ello, y de ahí deducen que han vencido. Cuando, por el contrario, se les vence después de disparar algunos cañonazos, dicen que el miedo les obligó a usar las piezas y vienen siempre a concluir *que el patrón perdió la pelea.*» (Rosal: *Mi cautiverio en la manigua.*)

«Tal vez una de las fases más curiosas de su carácter es su repugnancia en conceder que ha sufrido una derrota. A creerlo, siempre ha salido personal-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

caso de Fernandina resultó todo lo contrario; fué un tónico, un cordial, y los tabaqueros, orgullosos de su hombre, se decían los unos a los otros, al encontrarse en la calle: «¡Vean, vean lo que es Martí!... Lo que se tenía callado. El golpe que les iba a dar a los españoles...» [1]

Pero la situación de los conjurados era en Cuba tan apremiante, se vigilaba tan de cerca a los conspiradores, que éstos instaban a Gómez y Martí para que dieran la señal del levantamiento, fijado, al fin, para cualquiera de los días de la segunda quincena de febrero, es decir, a menos de un mes casi después del desastre de Fernandina. Antes se dirigió Martí a Santo Domingo para juntarse con Gómez y, desde allí, vigilar y dirigir los acontecimientos.

El *grito* llamado de Baire se dió el 24 de febrero, simultáneamente, en muchos lugares. Una vez que el cable llevó la noticia de este acontecimiento a los conjurados de Santo Domingo, surgió el primer contratiempo en esta empresa. Maceo, desconocedor en sus pormenores del fracaso de Fernandina, así como también de la desesperada resolución de los dos caudillos, recibe en Costa Rica el cable de Martí con la orden de su salida hacia Cuba y con el anuncio de que sólo se le enviarían $2,000 para equipar y cubrir los gastos de su expedición. Maceo, sorprendido, cablegrafía al Delegado su redonda negativa de arribar a Cuba con tan ruines medios y reclama mayor cantidad. El aguardaba centenares de fusiles, un rápido barco, capaz para muchos hombres, y, en lugar de todos estos elementos, sólo viene la promesa de una tan exigua cantidad, que le serviría únicamen-

---

mente victorioso: puede suceder que haya sido arrojado de sus posiciones, y aun perseguido con vigor: pero esto a sus ojos no constituye un descalabro... El ejército cubano puede ser dispersado, mas sus soldados, a sus propios ojos, nunca son derrotados, y ese modo de pensar es, a mi entender, una de las causas de la indomable resolución de los hombres de la manigua.» (James O'Kelly: *The Mambi Land.*)

[1] Horatio S. Rubens.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

te para llevar a la Isla, ya en rebelión, a lo sumo, un reducido Estado Mayor. Se han publicado, y por eso no los repetimos, los cables y cartas cruzados entre los dos hombres; pero, exhausto de dinero y previsor, Martí había nombrado, desde Santo Domingo, su representante, con plenos poderes para todo lo de la expedición de Costa Rica, al joven Dr. Frank Agramonte, su devoto y portador de un gran apellido, al cual, como se sabe, hizo honor cumplido muy luego [1].

Agramonte conducía dentro de un cinto de cuero, para entregarlos a Flor Crombet, $2,000 en águilas; y llevaba para este general las instrucciones y las órdenes de Martí, encargado, como estaba, por el Delegado, de organizar la expedición y conducirla hasta Cuba. El día antes de su salida, 27 de febrero, entregó Benjamín Guerra esa cantidad a Frank Agramonte, y el 28 del mismo mes embarcó este joven para Costa Rica; dos días antes, el 26, escribió Martí al general Maceo la carta en que le dice:

> Recibo de Nueva York la confirmación de su declaración de Ud. que a quien le conociese menos que yo, parecería un obstáculo injusto e imprevisto... El patriotismo de Ud., que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza... Como la ida de Ud. y de sus compañeros es indispensable, en una cáscara o en un Leviatán..., la dirección puede ir en una uña... Esta es la ocasión de la verdadera grandeza... Que Flor, que lo tiene a mano todo, lo arregle como pueda.

El 27 de febrero, es decir, un día después de la fecha de esta carta, Gómez, más ansioso aún que el Delegado en asegurar al movimiento la cooperación de su teniente, y con más autoridad, de seguro, sobre él, le escribe, para justificar a

[1] «En lo de Maceo, como verá por las cartas adjuntas, consecuencias rectas de mis temores y previsiones, pudiendo hacer Flor lo que Maceo no puede hacer, lo entrego a Flor a que lo haga y lo dé hecho a Maceo.» (Carta de Martí a Quesada y a Guerra fechada el 26 de febrero de 1895.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Martí, la carta cuyo extracto publico, ya insertada antes por el general Miró en un periódico, pero poco divulgada, y complemento de la de Martí [1]:

Montecristi, 27 de febrero de 1895.

Mayor General A. Maceo.

General:

Como muy bien comprenderá Ud. todo lo que ha ordenado y dirigido el Delegado del Partido, ha estado en lo racional, justo y perentorio. Pero lo que avisa y comunica en estos momentos, verdaderamente supremos, reviste carácter de *preciso y urgente*.

Después de lo de Fernandina, y después de lo que en este mismo instante, en que le dirijo estas líneas, nos comunica el cable, y es que ya hay humo de pólvora en Cuba y cae en aquellas tierras sangre de compañeros, no nos queda otro camino que *salir por donde se pueda y como quiera*.

Resuelto Ud., resuelto yo y resueltos todos los iniciados, todo cuanto querramos decirnos sería inútil y tardío en estos momentos de pura acción. Así, pues, nosotros por acá nos encontramos a camino; y es cuanto tengo que decirle... Un consejo solamente y concluyo: que no se aturda su osadía, puesto que le conozco de muy viejo, y no olvide la sensatez del viejo aforismo, el de los denodados pero prudentes guerreros, que son los que meten miedo: Se debe vivir glorioso para la Patria antes que morir por la gloria, y nada más. Su General y amigo,

M. Gomez.

No inútilmente se recordó en la carta de Gómez a Maceo «el humo de la pólvora» y en la de Martí, «la ocasión de la verdadera grandeza.» Salió, como todos saben, la expedición llamada de «Crombet-Maceo», que conducía al caudillo oriental, con sólo veintiún hombres y nueve rifles, para acometer la magna empresa.

Desde luego, ignoraba en esos momentos Maceo que cuando él reclamaba suma mayor, para hacer más numerosa

[1] El borrador en poder del Dr. Bernardo Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y bien equipada su expedición, Martí se había desprendido hasta de su último centavo y aguardaba, desesperado, presa de punzadoras angustias, y después de tocar a muchas puertas, ofrecimientos incumplidos. A última hora, un noble dominicano, el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, acallando viejos resentimientos, impetró auxilios de *Lili*. Donó éste $2,000, con expresa advertencia de «que el Presidente de Santo Domingo jamás sepa lo hecho por el general Hereaux». [1]

Esta pequeña cantidad vino a sacar de su desesperada situación a los futuros libertadores. Inmediatamente compraron una goleta inglesa, la *Brothers,* [2] y con todo sigilo prepararon su viaje. Muy estrechamente vigilados por el cónsul español, rodeados de espías por todas partes, pudieron ocultar sus movimientos, gracias a la protección de las autoridades dominicanas.

Incluído Martí, después del incidente del telegrama de *Patria,* entre los expedicionarios, todos se recluyeron en la casa de Gómez, y sin otras noticias de la rebelión que las escasas del cable, preparan allí los detalles para su marcha definitiva. No les arredró el trágico recuerdo de Limbano Sánchez, Ramón L. Bonachea, Pío Rosado, *Goyo* Benítez y tantos otros, fusilados casi al desembarcar en Cuba; otras fueron sus preocupaciones en aquellos momentos. ¿Por dónde abordarían la Isla? ¿Se habría extinguido ya la llamarada por ellos encendida? ¿Se mantendrían alzados, en el campo, a pesar del *fiasco* de Occidente,

[1] Este Ulises Hereaux, *Lili*, el dictador dominicano, fué en la sombra un poderoso auxiliar de la revolución. Formaron la comisión, recibida por él, a la una de la noche, *Manía* Rodríguez, general cubano, el dominicano Jaime R. Vidal y el susodicho Dr. Henríquez. Máximo Gómez, en sus cartas y recuerdos, asegura que ellos pudieron salir ocultos de Montecristi, gracias a la complicidad secreta de *Lili*, que explicaba su situación a los cubanos reticentes, diciéndoles: «Señores: España es mi mujer legítima y la Revolución es mi querida; yo tengo que ocultarle a mi mujer todo lo que me gusta mi querida y todo lo que hago por ella.»

[2] Esta goleta, de la matrícula de las Islas Turcas, al inscribirla en la de Montecristi, fué de nuevo bautizada con el nombre de *Libertad*.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los orientales? Nada positivo sabían, pero, si es triste toda despedida, no lo fué para los dos protagonistas de la naciente revolución; estas dudas, naturales, no arrugaron el ceño de aquellos hombres excelsos, que marcharon a lo desconocido, a la muerte, sin pena ninguna, como los héroes antiguos, alegres.

Esa noche, Clemencia, la hija del General, espíritu pleno de romántica poesía, arrancó de su negra cabellera la cinta azul que la ceñía, y la puso en manos de Martí, con este arrebatado envío:

> ¡Martí! No tengo más recuerdo que darte; así quito esta cinta de mi cabello, que tiene todo el fuego de tantos pensamientos y uno de los colores de nuestra bandera. Eso sólo te llevarás de tu hermana,
>
> CLEMENCIA [1].

Listos para tomar la goletilla, mar afuera y en un bote, «la mano de valientes», como llamara Martí a aquellos cinco hombres, Máximo Gómez, *Paquito* Borrero, Angel Guerra, César Salas y el negro dominicano Marcos Rosario, único testigo superviviente de aquella fantástica travesía, zarpan en la noche del primero de abril rumbo a Inagua. Los vecinos madrugadores de Montecristi vieron, en el amanecer de ese día, a la heroica mujer de Gómez, rodeada de sus cinco hijos, asomados todos a la ventana y siguiendo con ojos disimulados y ansiosos, «en el horizonte a una blanca vela, que nadie pudo sospechar era cubana» [2]. En ella iba, junto con Martí, su glorioso deudo, en pos de un sueño, de una visión,

---

[1] Esta cinta azul llevada por Martí, según sus propias palabras a *Manana*, «allí donde es más débil el pecho», manchada por su sangre, junto con el arrugado papel donde los ágiles y nerviosos dedos de Clemencia dejaron su huella, se conserva en nuestro Museo Nacional, recogida de los despojos de Martí muerto y donada por el coronel Jiménez Sandoval.

[2] Palabras de *Panchito* Gómez en carta a Gonzalo de Quesada, cuyo archivo inédito y valiosísimo, me ha permitido usar, con rara generosidad, su hijo, el joven escritor Gonzalo de Quesada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en pos de la libertad de Cuba, empeño por el cual encontrarían muy pronto la muerte cuatro de los seis hombres, mientras el fantasma, como la Fata Morgana, huía obstinado, durante años y años, y no se materializó, al fin, sino después de haber caído muchos millares de hombres, luchando por el mismo afán.

A las nueve de la noche del 3 de abril llegan a la isla de Inagua, una de las Bahamas y última escala de su salida para Cuba, horriblemente mareados Martí y Guerra. Al otro día, descubren lo que llamó Gómez «el gran engaño»; la tripulación de la goleta, menos el cocinero, deserta junto con el capitán, un tal Bastién, traidor o asustado, pero resistido a todo trance a cumplir, ahora, su compromiso de llevarlos a Cuba; y se ven estos hombres, desesperados, en peor situación aún que antes de su salida de Montecristi. «El incansable Martí se va a tierra, sudando coraje e indignación.» [1]

A las cuatro de la tarde regresa, perdida toda esperanza de encontrar marinos, y con el fundado temor de ser descubiertos y denunciada a las autoridades de Cuba su presencia en aquel islote, fácil de vigilar por un cañonero. Dice Gómez:

«¡Cuántas zozobras y angustias! Y a todo esto, divisando casi las costas de Cuba, a cuarenta millas!»

Sin embargo, en medio de todas estas desgracias encuentran su Providencia en un hombre de color, en el cónsul de Haití, M. Sarber, solícito en ayudarlos en su empresa [2]. Logra Martí arrancar a Bastién los $450.00, precio

---

[1] Todo lo transcrito entre comillas es de la mano de Gómez.

[2] «El mismo día nos hemos encontrado a un buen amigo, a una Providencia. M. Sarber, cónsul de Haití, que nos ofrece su protección y se ha condolido de nosotros... Apunten bien el nombre de él, para, si algún día lo tropiezan en el camino de la vida, sepan que hay que tratarlo bien, como a nuestro salvador, porque lo peor de la vida humana es no saber o no querer pagar las deudas. Coincide la entrada en puerto de un vapor mercante alemán y nos proponemos embarcar en él para Cabo Haitiano.» (Carta de Gómez a su hijo *Panchito*, fechada en Cabo Haitiano.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del viaje a Cuba, y, para colmo de la dicha, llega a Inagua ese mismo día un vapor de carga alemán, el *Norstrand,* que hace después escalas en Haití y Jamaica; en él podrán escapar del peligroso islote los infortunados jefes; pero hay más: aquellos hombres, a quienes enardece la suerte adversa, conciben audaz proyecto. Pasajeros del vapor, proponen al capitán que, cuando, de noche, navegue frente a Cuba, los abandone en un bote, para arribar en él a sus costas. El Capitán, después de exigirles, bajo juramento, el más absoluto secreto [1], se compromete por mil pesos a dejarlos en un bote, cerca de Cuba. Ese bote, comprado por ellos en Inagua, por la cantidad de cien dólares, fué izado en esa misma tarde sobre el barco frutero. He aquí a lo que se redujo el *Baracoa,* con sus doscientos hombres y sus mil fusiles: ¡A una mano de valientes y a un minúsculo botecillo! Y ¿por qué nó? ¿No hubo Francisco de Pizarro de quedarse, con sólo trece compañeros, en la isla de la Gorgona para persistir en su empresa? Ellos, un poeta y un soldado, bien podían acometer la empresa de tripular un bote para arrancar a Cuba de las manos de España y reverdecer, en pleno siglo XIX, los laureles de sus antepasados.

Con tales esperanzas salen los expedicionarios para Cabo Haitiano, puerto muy vigilado por los espías españoles [2], y allí se esconden Martí y Gómez en la casa de su amigo el patriota cubano Dr. Dellundé. Salen de Haití el día 9, tocan de nuevo en Inagua, zarpan para Jamaica el día 11 y en

---

[1] Era el general Gómez tan esclavo de su palabra de honor que nunca, nadie, diez años después, con fines históricos, pudo arrancarle el nombre de ese vapor, conocido más tarde por la búsqueda del coronel Morales Coello, a deseos del martiniano Carricarte, y comprobado después por Gonzalo de Quesada, hijo, autoridad en estos asuntos.

[2] Era el jefe de estos espías un corso que por fatalidad supo del desembarco de Gómez; pero fué completamente despistado por Dellundé; éste le hizo creer que los expedicionarios habían partido por tierra, a revienta caballos, hacia la frontera dominicana. La noticia, cablegrafiada a las autoridades españolas y publicada en sus periódicos, las tranquilizó.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las últimas horas de la tarde emergen del horizonte, ante su vista, desvanecida por la impresión, las verdes montañas de Baracoa. ¡Aquello si era, al fin, Cuba!

Ya en la noche de ese 11 de abril, azotado por repentino chubasco, cruza el vapor *Norstrand* junto a las costas de la Gran Antilla. En la obscuridad de esa noche tormentosa, los seis hombres, agrupados en la borda del buque, procuran ansiosos adivinar, por entre la tiniebla impenetrable, la costa. El Capitán les indica su dirección, señala la distancia, pero advierte a los improvisados marinos los peligros de tan temeraria empresa, en un pequeño bote, sobre aquella mar procelosa, expuestos a ser arrastrados por la corriente, en peligro de zozobrar. Pero Gómez, autoritario, corta toda discusión, rechaza esos consejos y, con su rifle al hombro y a la voz de *¡A tierra!*, cae el primero de todos dentro del bote. Se conocen los incidentes dramáticos de aquella osada travesía; al choque de la onda, levantada por el vapor cuando éste reanuda su marcha, casi se vuelca el pequeño bote, un golpe de mar le lleva el timón y los seis hombres luchan afanosos y con gran trabajo por mantenerse en la dirección señalada. Después de sufrir por algún tiempo los embates de las olas, se calma de repente el chubasco, se serena la mar, sale la Luna y perciben los aventureros por entre la bruma una línea indecisa que les marca la costa de Cuba [1]. Iban en buena dirección. Junto a la playa, dentro de esa línea, brillan dos luces separadas. ¿Serán fuertes españoles? Gómez endereza el rumbo entre las dos luces, y como a las diez de la noche tocan en la arena de una playa, en Playitas. Todos saben cómo Gómez, temblando por la emoción, hincó sus rodillas en la tierra cubana, después de tan largo exilio, y besó, solemne y conmovido, la arena de la solitaria playa,

[1] "La Providencia, que dirige siempre el Destino de los hombres, hizo sin duda que el mar se calmara, la noche aclaró y la luna empezó a alzarse por Oriente." (M. Gómez: *Diario.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mientras Marcos Rosario, el gigantesco negro dominicano, reproduce el gesto de su jefe, imaginándolo, asombrado, misterioso rito de los blancos para domeñar la suerte [1].

Los seis argonautas, depositarios del Paládium de la Independencia, por un capricho del hado, cayeron sobre aquella desierta playa muy poco tiempo antes del desembarco de Martínez Campos, ostentoso y decorativo, entre bandas de música, oriflamas y bajo palio, en Santiago de Cuba, en la tierra de Céspedes y de los Maceos, trayendo consigo veinte mil hombres de refuerzo, cuarenta barcos de guerra y toda clase de recursos. El duelo entre España y Cuba, puestos sus destinos en los dos campeones —Campos, armado de su arsenal, Gómez, alzando en la mano una idea—, iba a empezar desde esa fecha.

El general Gómez, con la brújula, señala el camino, por entre aquellas altas montañas, marcando el rumbo hacia el Norte franco. El mismo ha descrito su odisea, hasta encontrar a José Maceo, y esa peregrinación de los cinco hombres, guiados por él en medio de aquellos abruptos picachos, entre las soledades de la serranía, sin una sola noticia desde hace mucho tiempo de la rebelión y desconociendo en absoluto el lugar de su desembarco, fué sencillamente milagrosa. El tropiezo casual con la más pequeña guerrilla española no ofrecía entonces otro final sino morir allí, combatiendo, o frente al piquete de ejecución más adelante, como tantos otros cubanos, caídos en el mismo empeño [2]. Ya casi de madrugada —dice Gómez, prodigioso guerrillero— «el olor a candela» y, minutos después, «el canto de un gallo» [3] les informó que andaban cerca de lugar habitado, y

[1] Relato del comandante José Cruz, compañero durante la campaña de Marcos Rosario.

[2] Las órdenes de Gómez fueron terminantes: «Si tropezamos con el enemigo, morir combatiendo antes que rendirnos.»

[3] Se cuenta que, al percibir Gómez los efluvios de la madera encendida, de la candela, dijo a Marcos Rosario: "¡Canta como gallo!" Y, obedecido por Marcos, le contestó al instante un gallo cercano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a poco percibieron un pequeño caserío, el de Cajobal. En una casa de las afueras, aislada, tocan los seis hombres, transidos por la lluvia, y en demanda, más que de otra cosa, de informes. Por fortuna era un humilde hogar de campesinos, de aquel nuestro antiguo guajiro cubano, ejemplar, como tantas otras cosas del pasado, como esos animales de la Paleontología, como los mastodontes, hoy casi desaparecido del suelo de Cuba.

Los hombres adquieren noticias; se encuentran en la jurisdicción de Baracoa; el jefe cubano de la zona lo es Félix Ruenes; no se han visto en ese día guerrillas españolas por allí. Secan los expedicionarios su ropa al calor de la lumbre, cobran fuerzas con el café carretero, obsequio de la buena mujer de aquel guajiro, y, sin perder su tiempo en el descanso, emprenden marcha esa misma noche, guiados por un niño, Secundino, hacía la Sierra, donde deben encontrarse con parejas de Ruenes. Llevó el niño, dueño en esos instantes de los destinos de Cuba, a los seis hombres hasta los montes de Mesón; pero el guajiro de allí, «hombre viejo y de mal corazón», negó toda petición de auxilio; en vista de ello, conservaron como guía al niño, y fueron a dormir todos, llevados por éste, a una de las cuevas de las márgenes del Catare.

Todo ese día permanecen sin salir de su abrigo; pero, terminadas las provisiones traídas del barco, el general Gómez, con su portentosa memoria, recuerda, reconocido el lugar, que por allí mora un viejo oficial mambí de la guerra de los Diez Años y le envía con Secundino una carta, en la que pide alimentos, así como práctico para proseguir al encuentro de Félix Ruenes. El viejo oficial, impedido de andar, manda a su hermano Antonio con abundantes provisiones y ofrece, para la caída de la tarde, un gran práctico, al mismo tiempo que manda sus avisos a Félix Ruenes. Todo el día

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

14 lo pasan los hombres trepando por montañas empinadísimas, por las cuchillas de Baracoa, cargados con el peso de las armas y de la comida, hasta a eso de las cuatro de la tarde, cuando en Vega Batea encuentran a las primeras fuerzas mambisas. Reconocidos Gómez y Martí, son delirantemente aclamados por la tropa cubana, y ya, podía decirse, estaban en salvo el jefe civil y el jefe militar de la naciente Revolución.

Fué, como hemos dicho, un verdadero milagro la marcha sin tropiezo de los expedicionarios, durante esos tres días, por aquella zona, donde los hermanos Maceo y Crombet, desembarcados poco antes, llevaban tras sí toda una jauría de guerrilleros, los cuales, muerto Crombet, recorrían y registraban la zona. Allí mismo, ante aquellos hombres, quiso Gómez, con su carácter de jefe militar del movimiento, nombrar a Martí mayor general. El día 25 de abril encuentran el campamento de José Maceo, en pleno combate de *Arroyo Hondo*. Rechazada la columna española por el «héroe negro», la alegría del sencillo, del homérico José Maceo, no tuvo límites, al ver de nuevo en los campos de Cuba a su jefe más querido, a Máximo Gómez, al hombre, después de su hermano, a quien más cariño tenía entre todos los de la legión mambisa, y a Martí, por quien también siempre tuvo admiración sin reservas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA MEJORANA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En esta entrevista o, por mejor decir, de este encuentro de La Mejorana se ha hablado mucho y se ha mentido aún más, como ha sucedido con tantas otras reuniones secretas, ejemplo, la de Guayaquil, origen de acontecimientos notables. La publicación de los archivos de la República de Colombia echó por tierra, muchos años después, las relaciones publicadas de los que *vieron y oyeron*. Igual ha pasado con La Mejorana; pero, sin aguardar a la publicación del archivo de Gómez, cosa que algún día se hará, existe mucha documentación oficial, hay muchas cartas, en otros archivos, las cuales desmienten las versiones imaginadas sobre ella. El encuentro de los hombres, Gómez, Maceo y Martí, en ese lugar, el día 5 de mayo, fué fortuito, puramente casual, fué un accidente; no hubo previo acuerdo entre ellos, no existió cita alguna para esa reunión, y es por eso lo más apropiado llamarle el encuentro de La Mejorana, y no la entrevista, como se ha venido haciendo hasta ahora, con evidente impropiedad; y

es más: ese deseo de Gómez y de Martí fué diferido por el general Maceo. A la primera noticia que tuvo éste del feliz desembarco de Gómez, nombrado General en Jefe, y de Martí, Delegado, ambos cargos discernidos por el Partido Revolucionario Cubano, entidad creadora de la Revolución, dice al general Bartolomé Masó, en comunicación fechada en abril 28 [1]:

...El general José Maceo me participa están en su cuartel el mayor general Máximo Gómez, el brigadier Félix Francisco Borrero y el Dr. Martí... Sírvase, pues, ordenar que el coronel Amador Guerra espere al general Gómez en el potrero Sabana del Hato del Medio con 200 hombres de caballería, para que lo conduzca a Camagüey, de donde regresará tan luego lo disponga el mencionado Jefe.

Como se ve, por el texto de este documento, no creyó necesario el general Maceo avistarse con los dos caudillos; no así ellos, quienes solicitaron conferenciar con él, petición declinada por Maceo, pues, como les informó, se encontraba en esos momentos ocupado en urgentes operaciones. He aquí algunas de las anotaciones, sólo las pertinentes a este caso, hechas por Gómez en su Diario de Operaciones, inédito, que hemos podido ver y copiar:

3 de mayo.—No hemos podido vernos con el general Maceo, pues ha salido de operaciones y, como nuestra presencia es necesaria en el Centro (Camagüey) después de dejarle instrucciones para todo, continuamos.

5 de mayo.—Nos movemos por El Triunfo almorzando en el Ingenio..., en unión del general Maceo, a cuyo Jefe encontramos por aquí... Después, como a eso de las 4 de la tarde, nos condujo a las afueras de su campamento, donde pernoctamos solos..., apenas escoltados por veinte hombres...

Día 6.—Al marchar rumbo a Bayamo..., tropezamos con una de las avanzadas de su campamento... y fuerza nos fué entrar...

[1] Archivo del Dr. Pérez Landa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fuímos recibidos y victoreados por aquellas tropas con entusiasmo y respeto. Continuamos marcha, abandonando también su campamento el General, que salió de operaciones. Esa noche pernoctamos en La Jagua.

El general Maceo acogió con frialdad a los dos hombres, o mejor dicho, a Martí, resentido con él seguramente por lo de Costa Rica, y lo único positivo y sabido de lo que pasó en esa visita, y de lo allí acordado, además de las anotaciones de Gómez, es lo que de paso consigna en su correspondencia el general Maceo, en completo desacuerdo con las versiones de esa reunión dadas por el general Collazo, y maquinalmente copiadas después por todos los que han escrito sobre este punto de nuestra historia.

Enrique Collazo, el autor de la noticia y a quien, como digo, todos copian, refiere:

La entrevista debió ser difícil. Maceo había llegado el primero. Tal vez soñó que Gómez y Martí no llegarían; a Gómez le reconocía superioridad, no así a Martí, con quien tenía antiguos y recientes resentimientos por los sucesos de Costa Rica. Además, para con Maceo, Gómez era complaciente. Martí, por el contrario, se mostraba celoso de su autoridad... Se discutió la marcha definitiva de las operaciones. *Maceo afirmó que el éxito de la Revolución dependía de emprender con rapidez la marcha de Oriente a Occidente... Gómez creía también preciso el avance, pero debía ser más lento para ser más seguro.*

Las líneas suscritas por Collazo y subrayadas por mí constituyen las afirmaciones que son absolutamente falsas, como veremos en seguida; en La Mejorana las cosas pasaron al revés de lo que se ha venido diciendo hasta ahora. Se explican todos estos errores por el origen de esas noticias, trasmitidas a Collazo, las cuales no fueron, no pudieron ser, fidedignas; él no vió a Martí ni a Maceo, únicos que pudieron informarle de lo pasado allí; no conoció sus correspon-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dencias; no examinó los archivos; hablaba de *oídas*, y todos saben lo expuesto que se está a errar, en Cuba y en todas partes, cuando se habla de oídas; caso muy raro en Collazo, casi siempre bien informado, y a quien anima en todos sus relatos históricos un alto deseo de ajustarse a la verdad, menos en todo este capítulo de La Mejorana, escrito con evidente festinación y redactado por referencias de los se-dicentes testigos presenciales, testigos que no los pudo haber, ni jamás los hubo en las conversaciones, para tratar esos asuntos, de aquellos hombres.

Es el general Miró la persona más autorizada de todas para saber lo que allí pasó, por su puesto al lado de Maceo, durante toda la Invasión, hasta su muerte; no sólo por su cargo, Jefe de Estado Mayor, sino también por las confidencias y materiales que para escribir su historia le suministrara el caudillo oriental; pues bien: Miró no dice nada de eso, lo que de seguro no podía, de haber ocurrido, ignorar; dice todo lo contrario en sus *Crónicas*: «Ve a Maceo, cuyas penalidades han sido mayores, concierta con él el plan sin desmontarse del caballo, y continúa la excursión *impulsado por una idea fija: sacar a flote la Revolución que, según frase de él, de Gómez, estaba varada.*»

La verdad es que este juicio de Miró, contracto, pero explícito, difiere mucho de lo asegurado por Collazo. Rápidamente, sin profusión de citas, por si no fuera bastante para negar esta versión el autorizadísimo aserto de Miró, reproduciremos algunos de los documentos comprobatorios recogidos en los archivos.

Es el primero, entre todos, la comunicación original de Gómez a Maceo, fechada en El Cascarón en 30 de junio del 95: en ella dice Gómez a su teniente, aun palpitante de su fulmínea «campaña circular» alrededor de Puerto Príncipe y de su rotundo éxito:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por todo esto es urgente que Ud. prepare un contingente lo más pronto que pueda y con jefes escogidos y experimentados trate de incorporárseme cuanto antes, para que demos el golpe definitivo en Occidente, donde se nos espera. En el mismo sentido escribo al general Masó; he dispuesto y protegido desde aquí los levantamientos de Las Villas y los valientes que allí se han alzado esperan ansiosos que yo y usted emprendamos la marcha para aquella comarca. Solamente empujado por circunstancias fortuitas, emprendería esa marcha sin esperar su valioso concurso, y siempre será mi propósito aguardarlo para asegurar el éxito y compartir la gloria... P. D.[1] Mi querido amigo: no me deje a José. Yo creo que usted puede dejar al Oriente con guerrillas y venir con el gran ejército de Alejandro Magno.

No se trasluce en esta orden, en verdad, nada, ni remotamente, que se pueda referir a ningún acto convenido, a ningún acuerdo celebrado entre ambos, al cumplimiento de una promesa. Es más: parece todo lo contrario: se habla en indeterminado de «un contingente», y no se alude ni se justifica la orden, con ningún plan previo entre ellos, sino «por todo esto», es decir, por el buen éxito de su invasión a Camagüey, antes en paz y ahora todo él rebelado: «Porque en Occidente nos esperan», y, en justificación final, «para asegurar el éxito y para compartir la gloria.»

No se refiere, lo que sería muy natural: «De acuerdo con lo que hemos hablado, con lo que hemos convenido...» Pero, si todas estas razones no fueran de consideración, bastará para disipar toda duda la carta de Maceo a Masó, concluyente a este respecto, y fechada en 14 de julio del 95, es decir, respuesta o consecuencia de la recepción de esta orden de Gómez: expresa el general Maceo en ella su juicio adverso a los impacientes deseos de Gómez, es decir, a la Invasión *rápida*, por temor de un fracaso en Occidente, cuando aun no existía Gobierno, cuya constitución demandaba a la fuerza tiempo, condición ésta —la creación del Gobier-

[1] De puño y letra de Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no— que estimaba requisito indispensable antes de emprender ningún movimiento, pero Gobierno que no le había parecido oportuno elegir entonces; que la Revolución no estaba asegurada en Oriente, y, de paso, explicaba su actitud de La Mejorana en completo desacuerdo con las afirmaciones de Collazo. Esta comunicación, procedente del archivo del historiógrafo del general Masó, Dr. Pérez Landa, está hoy en mi poder, donada por este libertador. En ella se refiere Maceo a la orden que recibiera de Gómez, a esa de El Cascarón. He aquí fragmentos de esa larga carta:

Cuartel General, Santa Gertrudis, 14 de julio de 1895.

Sr. General Bartolomé Masó: Le incluyo una comunicación del General en Jefe para que se imponga de las órdenes que me comunica... El Departamento Oriental, que está a cargo de nosotros, si se quedara como dispone el General en Jefe, desaparecería por completo... Creo de mi deber manifestarle que si bien es verdad que ganaríamos mucho con el terreno que ocupásemos en una Invasión, sin constituirse Gobierno, perderíamos quizás si del todo dejando acéfala, la dirección...

Se ve, pues, que si no fué Maceo opuesto, de seguro, a la idea de invadir a Occidente, lo fué sí de la oportunidad de la operación; le parecía prematura: la aprobó para más tarde, nunca precoz, nunca de seguida, no en el acto; no sin dejar a todo Oriente en seguridad; no sin antes celebrar elecciones para constituir Gobierno, es decir, después de haber transcurrido varios meses, tiempo indispensable para realizar estos deseos; como se ve, positivamente, todo lo contrario de lo estampado por Collazo como sucedió en La Mejorana. Continúa Maceo:

A su ilustradísimo criterio no se escapará la importancia de todas las consideraciones que le hice y acabo de significarle ahora; pues si bien es verdad que a la llegada del general Gómez y Martí, *creía un lujo prematuro la formación de Gobierno,* también lo es el que lo crea hoy de imperiosa necesidad...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A pesar de sus reticencias, Maceo, un modelo de disciplina, dispuesto a cumplir las órdenes de su jefe, observa a su compañero Masó:

> . . . y adviértole que constituído o no el país, secundaré los planes del General en Jefe, que ahora me propone y *que fueron los míos para cuando dejásemos constituído el Gobierno,* sin embargo de que creo que nos será de grave inconveniente para nuestra causa dejar a Oriente en la forma que indica el general Gómez. . . Por otro lado, eso daría tiempo a desenvolver mis planes, en favor de la Revolución, con la introducción de elementos de guerra que espero realizar de un momento a otro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De este modo, terminante, expresa el general Maceo en esa carta que no era él partidario de la Invasión sin haberse formado el Gobierno, y que era, también, opuesto a la constitución del Gobierno, según manifestó a Martí, es decir, no aprobaba el movimiento sino para después de transcurridos, como hemos dicho, varios meses.

Gómez dispuso en sus órdenes que cada uno de los dos Cuerpos de Ejército de Oriente diera, para esa operación, 1,100 hombres, número que Maceo estimó al principio exagerado, pero, al fin, admitido como bueno, este cupo, perentoriamente exigido por él, más tarde, a Bartolomé Masó, fué origen de hondos disgustos entre los dos generales.

Era Maceo partidario de permitir la zafra para poder así recaudar gruesas sumas de dinero y armar a los mambises de la columna invasora; a este efecto, dió muchos permisos a ingenios y cafetales, permisos anulados por Gómez, enemigo mortal de toda clase de trabajo, como después veremos.

A esta carta del general Maceo contestó el general Masó, partidario asimismo de aplazar el movimiento, desde La Gloria, en 24 de julio:

Sólo cuatro días antes de recibir su apreciable del 14, que me escribió desde Santa Gertrudis, escribí al General en Jefe referente a la marcha de usted a Las Villas, marcha que, según le expreso, de una manera terminante, se hace imposible realizar por las mismas razones que usted me manifiesta...

P. D. He leído una disposición del General en Jefe sobre destrucción de fincas y escribo a dicho General: «Es tan grave y trascendental en contra de la Revolución, que estoy seguro que los efectos que produzca serán desastrosos para nosotros, por cuanto las fincas azucareras, privadas de hacer zafras, se verán imposibilitadas de facilitarnos cinco o seis millones de pesos..., que, empleados en armas y municiones, nos darán un triunfo próximo... Los ingenios son el arsenal de la República. Me consta que el general Maceo tiene conseguidas sumas de consideración con varios.» Hasta aquí lo que digo al General en Jefe: espero que usted escriba en igual sentido... [1]

La marcha de los sucesos acaecidos después demostró cuánta razón tenía el clarividente Gómez para prohibir toda labor en los campos y para emprender, sin aguardar más armas ni municiones, cuanto antes, la Invasión, movimiento del cual hacía depender todo el futuro éxito de la rebelión.

Se debe señalar, de paso, que todas estas versiones, insidiosas y mendaces, aparecen a cada rato descansando en vagos rumores, en el «se dice», pero que sólo se hacen públicas después de muerto Miró, de testimonio irrefutable, y son casi siempre imaginadas por encubiertos enemigos de Gómez, los cuales las urden por lo común con tan poca lógica como ignorancia de los documentos que existen en los archivos; se olvidaron, en la confección de su Mejorana, sus autores, que a los tres hombres reunidos allí los habían hechos cautos experiencias pasadas, algunas muy recientes, y cuando acordaron sus planes, debieron hacerlo, «como era usual en ellos» [2], muy en secreto, y mucho más en los albores

---

[1] Archivo del Dr. Pérez Landa.

[2] José Miró.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del movimiento, cuando los rodeaba gente muy subalterna, mal conocida, recién llegada, en cuyas manos no iban a depositar, sin necesidad, secretos de tal importancia, lo que viene a desmentir el relato de esos falsos testigos.

También se ha hablado de violenta escena ocurrida entre Maceo y Martí, y, aunque pudieron, tal vez, haber mediado agrias explicaciones entre ambos, por lo de Costa Rica, hasta la publicación y, sobre todo, la crítica de esos documentos nada podemos afirmar; es más: no creemos lo que se comenta en voz baja, a pesar de la guarda, por persona de grande erudición, de cartas de Maceo, donde se dice está consignado este extremo; sin embargo, nada referente a ello se encuentra en el archivo del general Gómez, minuciosamente examinado por nosotros, y donde, en su Diario, aparecen, en cambio, anotados otros acontecimientos, de tanta o mayor importancia que ese incidente, el cual, de haber ocurrido, estamos seguros que hubiera sido consignado por el General.

A pesar de todas estas dificultades, de estas resistencias, Gómez, ardiente partidario de la Invasión a todo trance, súbita, como antes lo fué del desembarco «por donde quiera y como se pueda», no quiere aguardar la entrada en escena de los refuerzos pedidos por Martínez Campos: «quiere sorprender»; sabe que «únicamente por sorpresa puede combatir a los españoles.» Así, pues, insiste a los pocos días con su compañero y en carta dirigida a Masó, fechada en 20 de julio, le ordena trasmitir estos apremios a Maceo:

> No tengo tiempo para escribirle a él [a Maceo] pues estoy violento en espera del enemigo que ya se acerca; pero en seguida escríbale Ud., transcríbale este párrafo y trasmítaselo volando; «cualquiera dilación que tenga, General, nos puede perjudicar; su bajada debe coincidir antes de la llegada de los refuerzos de Martínez Campos; de esa manera la Invasión será un gran golpe; caso de que el General no pueda venir, que disponga lo haga el general José con otros Jefes

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

escogidos.» Yo tengo aquí 1,000 hombres bien organizados, pero cuento con más que aún no lo están... [1]

Durante el mes de julio y obtenida, por fin, de Maceo, la promesa de ponerse en marcha, con el contingente fijado por él, dice en agosto a su teniente:

Le mando correspondencia de Las Villas y de aquí; lo de allá marcha bien, sólo falta que entremos a banderas desplegadas: he pensado mucho en José y creo que no habrá más remedio que dejarlo.

Tenemos en Oriente, sobre todo en Bayamo y Manzanillo, muchos jefecitos que más tienen de comerciantes que de guerreros limpios... Para omitir averiguaciones sería bueno que Ud., sin consideración, los meta en las filas del gran cuerpo del Ejército Invasor, que como la bola de nieve debe empezar su formación desde los confines de Oriente.... Y finalmente dejará Ud. a José, con menos gente, pero más depurada [2]...

P. D. A Juan Masó Parra, Liens y a otros más no debe Ud. dejarlos por detrás... Me parece que entre Rabí, José, Miró y Amador Guerra, todo el mundo subordinado a José, nos pueden guardar bien las espaldas. Creo que el general Masó ayudará más en lo civil y en lo político.

Construía la mente de Gómez sus planes futuros con tal prisa, con tal anticipación, que en julio, es decir, muy pocos días después de su orden de El Cascarón, ya anunciaba en carta a Tomás Estrada Palma:

La campaña será dura y brava, pero ésta no empezará hasta que el general Campos pueda disponer de los refuerzos que ha pedido. Mientras tanto me ocupo con actividad de organizar el ejército... Las Villas me esperan, y ya desde aquí les envío mis órdenes e instrucciones. Reservo mi presencia en aquella comarca (entra en mi plan) para

---

[1] Archivo del Dr. Pérez Landa.

[2] De acuerdo con estas instrucciones, dictó Maceo las siguientes instrucciones reservadas: "Todos aquellos que por su conducta sospechosa o desarreglada puedan ser agentes de perturbación ingresarán en la columna expedicionaria. Me propongo con esta medida depurar las fuerzas que han de quedar aquí...» (José Miró: *Crónicas de la Guerra.*)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ver de contrarrestar a Campos, tan pronto como él pueda disponer de fuerzas...

Esta carta fué escrita cuatro meses antes de haberse realizado esta oportunidad, es decir, las operaciones activas de Campos en Las Villas. Decidido el general Gómez, por los motivos que comunicara a Maceo, a pasar la Trocha, a no aguardar más su reunión con éste en Camagüey, y para operar en Las Villas, explica a su teniente: «El enemigo reforzará seguramente las fuerzas suyas en Las Villas y no debe dársele tiempo a que se enseñoree de aquel territorio. Pienso, dentro de pocos días, marchar para allí...»

Como se ve por todas esas comunicaciones y otras muchas más, omitidas por innecesarias, no fué Gómez el campeón de los retardos para la marcha hacia Oriente, como dice Collazo, sino, muy al contrario, su autor y su más ardiente adalid; lo era desde antes de su arribo a las costas cubanas, y sobre un ejemplar de la excelente carta de la isla de Cuba, delineada por Pichardo, cuyos mapas siempre acompañaron a Gómez, y, depositados hoy en su Archivo, se encuentran en ellos, de antemano, señalados algunos puntos del itinerario a seguir por los invasores y que difieren muy poco de la marcha al fin realizada. Gómez sabía como nadie, y lo dijo varias veces, que «en la guerra el minuto que se pierde no se recupera jamás». De ahí su impaciencia por invadir a Camagüey, la cual, como hemos visto, le hizo decidirse a ello sin aguardar a entrevistarse con Maceo, y siempre a la vanguardia, pasó primero a Camagüey y después, atravesando la trocha de Júcaro a Morón, se situó como su avanzada en Las Villas, para allí aguardar a su teniente y, unidos los dos, emprender la maravillosa marcha.

Si hemos dado alguna extensión a este asunto de La Mejorana ha sido para destruir el error consignado por Collazo en su versión, falsa a todas luces, y cuya respon-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sabilidad cabe, no al probo relator de nuestras guerras por la Independencia, sino a la ligereza, u otra cosa, del anónimo personaje que le dió tan erróneos informes. Igual sucede con el absurdo rumor —negado por el general Loinaz del Castillo— en el cual se dice que antes de Mal Tiempo quería Gómez suspender la invasión. Esta patraña, que no otro nombre merece, ese rumor, recogido por los enemigos de Gómez, ha sido ya debidamente desmentida.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA CAMPAÑA CIRCULAR

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ANTES de reanudar, después de su encuentro con Maceo en La Mejorana, su marcha hacia Camagüey, Gómez y Martí quisieron entrevistarse con el otro jefe con quien compartía en esos momentos el poder el caudillo de Baraguá: Bartolomé Masó. Con este objeto, le dice Gómez en carta fechada en mayo 15: «El mayor general Delegado y yo vamos volando para las comarcas del Centro, pero es necesario que antes nos veamos con Ud....» Así, pues, caminaron en busca de Masó escoltados por los bravos Cefí, Calunga [1] y sus veinte hombres. En su Diario estampa Gómez, en medio de fechas, de lacónicas apuntaciones, enternecidas notas, surgidas a su paso por aquellas tierras, por aquellos lugares, antes obscuros, hoy con relucientes timbres, dados por él, por él trocados en ilustres ante la Historia: Baire, donde veintisiete años atrás marcara como un resplandor, como

[1] Un héroe de raza mestiza, mulato; llegó a coronel.

una gloria, la Natividad del Machete; el Dátil, Charco Redondo, Aguas Verdes y tantos y tantos otros; las dilatadas llanuras bayamesas, donde vuelven a la vida fantasmas de su pasado; *Manana* Figueredo, su primer amor ideal; la trágica *Panchita* Venero, su primera novia en la manigua, descuartizada a machetazos en esa sabana por el feroz *Federicón* [1]. ¿Su delito? Era la mujer amada por Gómez. La falange de los Toros; los siete hombres, muertos todos por Cuba; de sus seis hermanas, cuatro enterradas en sus florestas, llevando esa sagrada tribu a su cabeza a una matrona de los tiempos de Grecia y Roma a la otra *Manana,* a esa su compañera, a la que dejó en Montecristi [2].

Después de abandonar la comarca de Bayamo, la de los recuerdos, a pesar de que era sólo su objetivo Camagüey, quiso señalar antes su paso por esa zona y, como reactivo, como tónico moral, atacar al enemigo, propósito anticipado en carta a Masó mucho antes de su entrevista. Este fué el motivo de la escaramuza de Dos Ríos, donde «la Ciega», «la Sorda» eligiera, de los dos cubanos que allí cayeran, entre los trescientos que estaban, a José Martí, «cuando más falta hacía, porque, si grande fué Martí en la paz, más grande hubiera sido en la guerra». [3]

Dice Gómez de este suceso fatal:

Murió en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera, quisiera haberle dado ejemplo con su muerte de resolución y

[1] Juan Jérez Villareal dice «un teniente coronel español». El general Gómez, en su *Diario,* apunta que *Panchita* Venero era su novia y afirma que fué *Federicón* su asesino, situando el episodio en la comarca bayamesa.

[2] Esta familia de los Toros, catorce hermanos, ocho varones y seis hembras, todos se fueron al campo de la Revolución, Fernando, ayudante de Gómez, Joaquín, Antonio, Marcos, Francisco, José, Ramón y Sixto, único que no murió en ella. De las hembras, Elena, Eduviges, Teodora, Tomasa, Juana y Bernarda, sólo supervivieron Juana, casada con el venerable comandante Manuel Calás, y Bernarda, *Manana,* la compañera de Gómez. Las demás murieron en la guerra.

[3] Máximo Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bravura. Más grandeza no se puede esperar de un hombre... En la plaza pública y en la tribuna fué terrible, oportuno, y los suyos lo queríamos, admirándolo, y a nuestros enemigos les fué imposible odiarlo; ni siquiera desdeñarlo...

A Martí el Destino le tenía preparado como premio su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mejor fortuna, ya que de morir se tiene, que principiar su labor en la tribuna y concluirla en el campo de batalla! Mayor grandeza no se puede esperar de un hombre. Duerme en paz, amigo querido, que yo digo de tí lo que la Historia dice del héroe griego: «Bajo el cielo azul de tu patria no hay tumba más gloriosa que la tuya...» Y aquí vengo, no como guerrero fatigado, de lejanas regiones, y sí como trabajador tenaz. Allá también en Occidente, quedaron dos compañeros más de expedición (éramos seis, vivimos dos) y por aquí voy atormentado con mis recuerdos que avivan esta ribera, en donde juntos y resueltos nos envolvió el humo del primer combate.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este golpe, cataclísmico, capaz de desplomar una montaña, lo estremeció hondamente, pero domeñando su destino adverso, abrió, unos días después, la osadísima, la triunfal campaña de Camagüey. Actor de tanta nota como el general Miró lo juzga así en este empeño:

La muerte de Martí, su amigo del alma, no amilanó su espíritu... y enfermo, macilento, devorado por la fiebre, toma el camino de Camagüey a los pocos días de la catástrofe de Dos Ríos. Durante ese tiempo sufrió decepciones, amarguras incontables..., conatos de sedición... Aquel fué su Vía Crucis. Pero no desmayó el viejo soldado; intrépido siempre, escala la agria cuesta, y ya en esa cumbre, echa al aire sus pendones, arenga a unos cuantos proscriptos que se le unen, y abre la famosa jornada de Camagüey, timbre quizás el más honorífico de su vida militar.

Era la actitud de Camagüey impenetrable enigma para Gómez, en esos instantes, después de la muerte de Martí, supremo jefe de la Revolución. No fueron alentadores los informes del momento dados por Bartolomé Masó. Desde hacía tres meses, Oriente, pronunciado, y Las Villas, con pequeñas partidas, aguardaban la entrada de Camagüey en el movi-

miento, indispensable para la unión de estas dos comarcas, Las Villas y Oriente, separadas por las interminables llanuras camagüeyanas. El general Masó mostró a Gómez la carta del Marqués, recibida por él durante el mes de marzo, y personalmente entregada por el Dr. Oscar Primelles [1]. En esa carta, importante para informar sobre las vacilaciones, las dudas y los obstáculos que encontraron estos hombres en la realización de su empresa, hace el Marqués minuciosa relación de los hechos pasados. Refiere en ella la invitación primera de Gómez, llamando a sus antiguos oficiales para la obra de la nueva revolución, señala las reuniones celebradas con ese fin y los acuerdos concluídos de colaborar con él, siempre que se cumplieran ciertas condiciones; entre otras, alzamiento previo de todo Occidente y, después, desembarco, precisamente de Gómez, al frente de expedición portadora de armas y municiones, para poder equipar los recién alzados.

Informa el Marqués sobre las desastrosas consecuencias del reciente fracaso de Fernandina, así como también la sorpresa de los conjurados, cuando, a pesar de este acontecimiento, se recibieron las órdenes para sublevarse el 24 de febrero y su respuesta, con la petición de aplazar el movimiento, porque no había armas ni el medio de procurárselas:

> Como la Revolución ha fracasado en Occidente, Camagüey, con energía y entereza, contestó que no era posible; que diesen contraorden y pospusieran el movimiento. De La Habana no hicieron caso alguno a esta observación y con disgusto lamento que Camagüey se sostenga en sus propósitos de *resolución irrevocable*... Esto es para ponerlo en antecedentes, y, si es posible, evitar sacrificios inútiles, que aplacen por ocho o diez años más el éxito de nuestros ideales. Nada sé del resto de la Isla, sino lo que publican los periódicos.

---

[1] Esta carta, escrita todo de puño y letra del Marqués, aunque firmada por *Un amigo*, se encuentra depositada en el archivo del Dr. Pérez Landa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y concluye el Marqués, a pesar de sus reticencias, patriota siempre y esclavo del credo de toda su vida: «Yo en particular estoy dispuesto a compartir con Ud. su suerte, sea cual fuere; así, avíseme para determinar ir allá o ver lo que hago.»

Pero ninguna de estas desalentadoras noticias hicieron mella en el ánimo de Gómez, espoleado por su ardiente deseo de invadir a toda costa, de sublevar al Camagüey, de abrir el camino, como avanzada a su teniente, costara lo que costara, «como quien lleva clavada al alma un par de espuelas». Al término de la lectura de esta comunicación del Marqués, ante la reiterada negativa de sus antiguos oficiales, Enrique Mola, Gonzalo Moreno, Aguilera, Luaces y otros, de tomar parte en la guerra, airado exclamó:

«¿No quieren guerra? Pues yo se las voy a meter a la fuerza, como taco en escopeta.» [1]

La situación del Camagüey era muy otra, y el sagaz caudillo, exacto la adivinó. Verdad es que los viejos mambises, escépticos, sin ilusiones ya, perdida la fe, vivo en ellos el recuerdo de la terrible devastación sufrida por esa región, la más castigada de todas en la guerra de los Diez Años, y cuya población entonces fué casi aniquilada, halagados de contínuo por Martínez Campos en sus visitas, vacilaban, por todo ello, ante esa responsabilidad. Y ¿por qué no decirlo? Porque los viejos ya no son audaces; se vuelven egoístas, no son viriles: Máximo Gómez y Peraza son excepciones.

Pero el ánimo intrépido de la juventud, el ardor de las mujeres camagüeyanas, predicando sin cesar la guerra fren-

---

[1] El Sr. Jorge Juárez Cano, muy distinguido correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba, consigna que esta frase la pronunció el General, ya en Camagüey, al conocer la hostilidad de sus viejos oficiales: «Cuando se enteró de tal cosa..., exclamó esta frase lapidaria: *No quieren guerra,* etc.» Creemos esta afirmación exacta.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

te al desaliento de los santones, preparaban, a todos, ansiosos, a correr con los brazos abiertos al encuentro de Gómez, si éste se hallaba aún vivo, en cuanto pisara la tierra camagüeyana. Esta era la realidad y no otra en esos instantes, y la juventud del Príncipe se alzó como un solo hombre en cuanto el *Viejo* de la leyenda pisó la tierra de Ignacio Agramonte. La correspondencia del Dr. Wenceslao Gálvez, hombre de cultura y preparación, entonces juez en la ciudad de Puerto Príncipe, a su tío José María Gálvez, presidente del Partido Autonomista, es elocuente, para informar, con su visión de los hechos, sobre el terreno, acerca de estos aspectos de la opinión:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Puerto Príncipe, junio 6 de 1895.

Trato con frecuencia a los Sres. Aguilera, Luaces, Mola y otros antiguos jefes insurrectos... Todos condenan el actual movimiento. Sólo el Marqués de Santa Lucía, que es un fanático, hace propaganda. Creo que hace bastante daño a la causa del orden, pues la nueva generación está deseosa de dar pruebas de valiente... Martínez Campos, a quien conocí en su última visita, dice que trata de evitar la llegada de Máximo Gómez, que es a quien más se teme... Sería de buen efecto moral y de provecho que Montoro se diera una vuelta por aquí.

Junio 14.

Se había convenido que una comisión nutrida, y compuesta de personas de arraigo y prestigio de este pueblo, entre ellas capitulados, se avistase con Máximo Gómez, a fin de expresarle en los términos necesarios que el Camagüey se pronunciaba resueltamente por la paz y que se le facilitarían los medios de que se retirara a su tierra, pero estas ideas generosas pueden darse por fracasadas, pues Gómez ha dicho «que él venía a imponer la guerra...» Puede decirse que aquí la guerra la han secundado el Marqués y las mujeres. Los capitulados más exaltados, los inmaculados como aquí se les llama, están irritados de que venga impuesta [la guerra] por un extranjero [1].

[1] Cartas publicadas por el capitán Llaverías.

Por estas observaciones del joven letrado se puede apreciar cuál era el estado de Camagüey poco antes de la irrupción de Gómez.

Pero a este Gómez la desgracia le fué siempre su mejor cordial, e indómito, como Bolívar, la adversidad lo hacía aún más temible. Fracasado en Fernandina, acomete, como hemos visto, su expedición a Cuba, con solo cinco hombres, y no vacila un instante en tripular con ellos, no el *Baracoa* con sus quince nudos, sino un miserable botecillo. Ahora, después de la inmensa desgracia acaecida con Martí en Dos Ríos, conocedor de la rotunda negativa de colaboración proclamada por sus viejos oficiales, emprende la marcha a Occidente escoltado sólo por veinticinco hombres al mando del bravo Cefí [1], para con ellos inocular la rebeldía al reacio Camagüey. Aquella marcha fué terrible, con hombres no dispuestos a tan fantástica empresa, enfermo, con fiebre [2], bajo los copiosos y diarios aguaceros que marcan en el Trópico la entrada de la estación de las aguas, con una vieja úlcera abierta, pero con su tenaz voluntad más inflexible que nunca. Dos o tres veces lo quisieron abandonar los hombres de su escolta; ellos eran de Oriente; nada se les había perdido en Camagüey. Ante los enérgicos reproches de *Paquito* Borrero, Cefí y Calunga, a las palabras de Gómez: «¡Aunque me quede sin un hombre, sigo solo para Camagüey!», admirados, desistieron estos hombres de cumplir su propósito con un «viejito tan caliente».

En la zona de Las Tunas se le une un heroico trofeo de la guerra de los Diez Años, el general José María Capote, y forma con él una pequeña columna de caballería, de

---

[1] Este Cefí, un león, de la raza negra, y soldado de Gómez cuando la hoguera de Guantánamo, se llamaba, según Juan Gualberto Gómez, Zephir, corrompido después en Cefí.

[2] El general Gómez siempre tuvo una salud admirable. En esta sola ocasión estuvo enfermo. Jamás sufrió de paludismo durante la campaña: «Los médicos nunca me han ganado un centavo,» dice en una carta a Manduley.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no más de doscientos hombres. Por su marcha tan silenciosa y tan disimulada, se le tuvo por muerto; las autoridades españolas recogieron esa noticia, los periódicos de la Isla la esparcieron por todas partes, llevando el desaliento a los jóvenes conjurados de Camagüey; éstos esperaban a Gómez, según expresión del general E. Sánchez Agramonte, «como a su Mesías». El día 5 de junio vadea el General, a nado, el Jobabo, crecido, y, dejando detrás a una columna española, entra por fin en Puerto Príncipe, y se filtra al través de las columnas enemigas «con su conocida suerte y audacia» [1] y, como Anteo, en cuanto toca la tierra camagüeyana, cobra nuevas fuerzas. Se le une el día 11 el grupo del Marqués de Santa Lucía, formado por jóvenes de las mejores familias de la ciudad, todos ellos con apellidos ilustrados por sus padres en los fastos mambises: Sánchez, Boza, Varona, Mora, Recio, Silva, Vega y otros. Ese 11 de junio se abrazan el General y el Marqués en Sabanilla de Guaicanamar y, unidas sus fuerzas, toma su mando el general *Paquito* Borrero [2].

Martínez Campos, desconfiado, había establecido en espera de los acontecimientos, su cuartel general en la misma ciudad, «para mejor seducir y vigilar». Los viejos jefes mambises, adversos a los planes de Gómez, desisten de enviar a su encuentro la nutrida comisión proyectada para informarle de su actitud y deseos, y prefieren elegir para ello al viejo oficial de los Diez Años, Romero. Encuentra Romero al General en La Lisa el 16, al frente ya de 400 jinetes, y naturalmente, conociendo muy bien a Gómez, nada dijo de esos recados [3]. Antes de tornar a la ciudad del Príncipe, con las

---

[1] Enrique Collazo.

[2] Gómez fija esa fecha, 11 de junio, y no el 10, con la cual fecha 11, está de acuerdo el Sr. Juárez Cano.

[3] El Marqués le aconsejó silencio porque Gómez, al conocer su comisión, de seguro lo hubiera ahorcado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

noticias recogidas, positivas, de la presencia y actitud de Gómez, si dudas pudieron haber, se disiparon con el asalto e incendio de Altagracia, cuyas llamas, iluminando el cielo camagüeyano, en la noche del 17 de junio, avisaron, como un toque de clarín a todos, a Martínez Campos [1], a los cubanos, a los españoles, a los viejos capitulados y a los autonomistas, que el hombre de la leyenda, el jinete de Palo Seco y La Sacra, estaba vivo y tocaba recio a sus puertas. Aquel golpe atrevido, aquella inesperada sorpresa era muy suya, llevaba la «marca de Gómez» [2]. Era patente su resurrección y notoria su burla a las columnas españolas apostadas para impedirle el paso. Un soplo heroico, un escalofrío marcial estremeció a Camagüey, que, a la vista de esas llamas, corrió entero a formar en las filas de su viejo campeón, del hombre de la fortuna, del caudillo predestinado.

Presuroso Martínez Campos, ordena por telégrafo el movimiento de sus tropas, pero Gómez, «como le es habitual», no le da tiempo. Unas treinta horas después de lo de Altagracia, otra mala noticia: la guarnición de El Mulato, compuesta de soldados del batallón de Tarragona, había rendido sus armas a los expedicionarios de Gómez. Martínez Campos, conocedor del precio que con el audaz cabecilla tienen las horas, marcha con celeridad a Nuevitas para activar los refuerzos, sobre todo de caballería, pedidos a toda prisa a Santiago y aguardados en ese puerto. Lo alcanza en su viaje otra mala nueva: parece que Gómez no camina, vuela. Al otro día, después de lo de El Mulato, en La Larga, sorprende a la guerrilla del capitán Agüero, cubano, de Manzanillo y veterano de la pasada guerra; lo carga con sus bisoños soldados y lo dispersa a machetazos. «Setenta guerrilleros prueban en sus pescuezos el filo de los ma-

[1] Presenció Martínez Campos el incendio desde los altos de la Comandancia Militar, hoy Seminario y Obispado. (Jorge Juárez Cano.)

[2] Coronel Armiñán.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

chetes camagüeyanos.» [1] No había aún terminado el relato de esta desgracia cuando llegan noticias de la rendición del poblado de San Gerónimo, sucedida unas horas más tarde, y cuya guarnición, setenta y cinco soldados, también del batallón de Tarragona, desmoralizados a la vista de los guerrilleros de La Larga, que, heridos y fugitivos, se acogían a sus fuertes, después de corto tiroteo, entregan sus armas al afortunado Gómez.

Después de aquellos cuatro golpes, asestados en poco más de noventa horas, describe el jefe cubano un gran círculo—la *Campaña Circular* [2]—alrededor de la ciudad del Príncipe, tiroteándola con sus piquetes todas las noches y sublevando a todo el mundo. Dice Miró:

> Se realizaron con asombrosa rapidez brillantes hechos de armas... La marcha triunfal de Gómez, bajo el estruendo de los combates, es la mejor bandera de la recluta, y a los cuatro meses no quedaba un rincón donde no hubiera penetrado el humo de la pólvora.

Devueltos a Oriente los veteranos de Capote, fué prodigiosa su actividad en esta fase de la campaña. Organiza sus noveles soldados, los foguea a diario, ataca para ello a los poblados, da sus órdenes a Las Villas, y poco después de Altagracia, el 30 de junio, desde El Cascarón, comunica a Maceo estas felices nuevas y le da las primeras órdenes para la Invasión de Occidente, mencionadas en las páginas anteriores.

Martínez Campos, aturdido con tan inesperados acontecimientos, ante aquella serie de golpes, casi contínuos, presenta la renuncia de su alto cargo [3]. Mantenido por Cáno-

---

[1] Bernabé Boza.

[2] Máximo Gómez la denominó así.

[3] «Desde que presumí que Gómez podía ir a Oriente [debe decir Occidente] ¿no empecé a mostrar mis temores? ¿No decía que sería como duplicar la fuerza de la guerra? ¿O al menos dividir mis medios? Tenía esperanzas de evitarlo;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vas en su puesto, aguarda los veintidós batallones peninsulares, nuevo refuerzo ofrecido, porque la rebelión. localizada en Oriente a su desembarco, se extiende ya a Camagüey y a Las Villas, con Gómez a su vanguardia, de director.

El día 20 de julio, presenta Gómez en campo abierto a sus reclutas, recién organizados, y ataca en Ciego Molina a la columna española salida de Nuevitas, y, aunque la batió durante más de dos horas, se retiró al agotarse sus municiones. Ese primer encuentro formal lo ilustró sobre los cambios que en la táctica de su guerra debía introducir, por el Máuser, el nuevo fusil del enemigo.

Jorge Juárez Cano dice de este combate:

El general Gómez pudo apreciar las diferencias que como fusil existen entre el Máuser y el Remington [1] y esto le hizo aconsejar a sus oficiales «que abrieran más las filas durante el combate; que no se expusieran mucho al fuego de tan exacto armamento, y su criterio para que en lo sucesivo se organizaran fuerzas de infantería para batir, convenientemente abrigadas, a las columnas españolas.

El general Gómez, sin descansar un instante, lanza terribles circulares, prohibe desde Camagüey a los hacendados de Occidente la zafra, amenazándolos con hacer cumplir «lo ordenado con su firma, con su espada», prohibición,

---

pero añadía: si quiere pasar, pasará, y, al hacer estas afirmaciones, me fundaba en la experiencia que tenía de la otra guerra y en el conocimiento de los medios de Gómez...»

«Sin el pase de Gómez al Príncipe, que confesé y confieso fué un fracaso para mí, esos cinco batallones que he enviado al Príncipe, otros cuatro a Las Villas, más los diez escuadrones, los hubiera metido en Bayamo y Santiago de Cuba, y sin tener que atender al Príncipe y Las Villas, hubiera reducido tal vez a bandolerismo las partidas de Oriente. ¿No indicaba yo que la entrada de Gómez en el Príncipe llamaría a Sánchez y a Roloff a Las Villas?» (Carta de Martínez Campos al Ministro de Ultramar, fechada en 8 de junio de 1895.)

[1] El fusil usual de los cubanos, por lo menos el más numeroso, lo era el Remington, monocapsular, de unas setecientas yardas de alcance efectivo; los españoles usaban el Máuser, recién inventado, de repetición y con un alcance de dos mil cuatrocientas yardas. Con tal inferioridad de armamento se dieron los combates de Peralejos, de la Invasión, Saratoga, Ceja del Negro, Tumbas de Estorino, etc.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que, hecha desde Camagüey, fué acogida con burla y desdén por los hacendados de La Habana. No hay para que decir la triste sorpresa de estos hacendados cuando, al iniciar la molienda, entraban Gómez y Maceo por La Habana, incendiándoles sus campos. Prepara y discute con calor sus planes, gana a todo el mundo a sus proyectos de Invasión y con visión exacta de cuáles serán las fuentes que alimentarán su Revolución, decreta el paro forzoso de todo trabajo, y escribe a Estrada Palma en septiembre del 95:

> Todos estos hombres que componen el Gobierno, de todo pueden tener y ser grandes patriotas (¡Bobos!), menos de revolucionarios. En Cuba no se puede trabajar. El trabajo es un crimen contra la Revolución.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y esto es muy cierto: el hombre que tiene su casa, trabaja y es feliz, no es revolucionario. La miseria, la desgracia, el infortunio, hacen a los revolucionarios.

Muchos del elemento civil, Masó y aún el mismo Maceo, eran partidarios de autorizar las operaciones de la zafra, cobrando gruesas contribuciones para poder, con las cantidades que se recaudaran, obtener armas y municiones abundantes; pero Gómez gana al fin, a todos a sus planes, diciéndoles: «Es preciso quemar la colmena para que se vaya el enjambre»... «Vale mucho la sangre cubana para que se derrame por el azúcar»... Y a los extranjeros: «que se lleven el Ingenio para su tierra».

Apresura la formación del Gobierno, requisito deseado por Maceo, como hemos visto, para comenzar la Invasión, y apremia a éste para iniciar cuanto antes el proyectado movimiento y adelantarse a los veintidós batallones peninsulares prontos a salir de los puertos de la Península; quiere encontrarse en Matanzas antes de que desembarquen aquéllos.

Grandes trabajos tuvo que vencer Maceo para poder

cumplir, con algún retraso, las órdenes de su impaciente jefe [1]; fué su principal obstáculo la resistencia ofrecida para ello por Bartolomé Masó, Jefe del Segundo Cuerpo. Bartolomé Masó, venerable figura de nuestra historia, llevó sobre sus hombros, hasta el desembarco de Maceo, todo el peso de la Revolución, y nunca se glorificará bastante su gesto de apóstol en *La Odiosa*. Era un santo, pero, como muchos de estos personajes, muy bondadoso, débil y juguete, por tanto, de los diablos que siempre rondan a los santos [2]. Ellos le alentaron a empeños marciales, a mandar tropas, a la resistencia pasiva y a continuar, en fin, al frente del Segundo Cuerpo, y aunque Masó sí tenía méritos patrióticos de sobra para pedirlo todo en Cuba, la verdad es que no había nacido para general. Las duras dotes del mando, como en los poetas la facultad poética, nacen, no se hacen, y Masó no tenía bastante recia la mano para regir sus soldados, opuestos, como es natural, a marchar en la Invasión, y únicamente el carácter, el renombre y la energía desplegada por Antonio Maceo pudieron traer a aquellos hombres desde Guantánamo hasta Mantua.

El 31 de octubre explica a su jefe: «Estoy en marcha para las Villas, aunque con bastante lentitud; lo supongo a Ud. impaciente por mi retraso, pero Ud. sabe que ésto no ha dependido de mí.»

Recordemos que Gómez fijó en 1,100 hombres el cupo de cada cuerpo de ejército —eran dos— para formar la columna invasora oriental. Este número, fácilmente fué completado por José Maceo, bien que no toda la tropa venía armada, y algunos, con escopetas, con gran disgusto de Maceo; y, en cuanto al segundo cuerpo, sólo en el pelotón enviado

---

[1] «Me extraña que Ud., cuyo carácter tengo bien conocido, no haya procedido con un poco más de energía haciendo cumplir mis órdenes.» (Carta de Gómez a Maceo, 21 de noviembre de 1895.)

[2] Otro ejemplo: Tomás Estrada Palma.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por Rabí venían treinta y dos armados con escopetas [1]. A los pocos días de marcha, y ya en Mala Noche, donde se incorporaron los hombres del segundo cuerpo, se desertaron ciento ochenta de ellos en un solo día, movimiento prontamente reprimido por la energía de Maceo: «Comisiono al comandante Angel Castillo para perseguir y capturar vivos o muertos a los desertores..., con facultad bastante para ejecutar a los oficiales desertores.» [2]

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

[1] «Armas del contingente del primer cuerpo: 711 armas largas, entre ellas 52 escopetas, pero el General en Jefe me ordena organizar un contingente de 1,100 individuos de ese cuerpo; faltan pues 389 armamentos...» (Carta del general Antonio Maceo a su hermano José.) Con tan escasos medios se inició la operación que aseguró el buen éxito de la guerra.

[2] En Marcos López, 11 de noviembre de 1895. (Archivo del general Antonio Maceo.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAMINANDO CON EL SOL

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

NO quiso el impaciente General aguardar la llegada de su poderoso compañero, Antonio Maceo, y atraviesa la Trocha de Júcaro a Morón el día 30 de octubre; se pone al frente de las fuerzas de Las Villas, reconcentradas por Serafín Sánchez, y rinde el fuerte de Pelayo con un acto de increíble y feliz arrojo [1]. Ataca a Río Grande, avanza sobre Sancti Spíritus, anda con todas sus fuerzas reunidas, de un lado para otro, confunde a Martínez Campos, que no atina a descifrar ninguno de estos movimientos, y, cuando menos lo espera éste, cambia Maceo algunos tiros con el fuerte de La Redonda y pasa la Trocha el día 29 de noviembre, después de una marcha

---

[1] Gómez, al frente de su escolta, tomó por asalto, como si fuese un sargento, el primer fuerte de Pelayo, penetrando a caballo por entre sus palizadas. De este acto de osadía dice Boza, que tomó parte en él: «No debo ni puedo censurar el valor, pero me parece que la alta y delicada misión del General en Jefe le prohibe terminantemente los actos temerarios. Y hoy el nuestro ha cargado a caballo, y con un puñado de hombres sobre cinco fuertes españoles llenos de enemigo. ¿Los tomó? ¿Sí?... Pues ¡viva Cuba!»

por Oriente y Camagüey, desde Baraguá hasta allí, de ciento treinta y ocho leguas. En tan largo trayecto no encontraron los mambises más que una sola columna española en Guaramanao y El Lavado el día 7 de noviembre, fácilmente dejada atrás. Torpe situación que dió Martínez Campos a sus tropas, concentrando, como hemos visto, sus fuerzas en Las Villas y descuidando a Oriente, verdadera base de los mambises por sus recursos, por el número de sus hombres alzados y por el jefe que allí mandaba, Antonio Maceo.

El mismo 29 de noviembre se encuentran, en Lázaro López, Máximo Gómez y su lugarteniente. Allí, en el verde océano de aquellos vastos potreros, se unen las dos columnas, la de Maceo, con unos mil setecientos orientales, frescos aún sus laureles de El Jobito y de Peralejos, y la de Serafín Sánchez, compuesta casi de otros tantos villareños. Contaban las dos fuerzas unidas cerca de unos tres mil hombres armados, núcleo de la columna invasora, y número llamado a duplicarse antes de su entrada en La Habana, por la incorporación de las restantes fuerzas de Las Villas y de otras, recién alzadas.

Emocionador fué el abrazo de Gómez y del más brillante de sus tenientes, ante las dos columnas reunidas, a banderas desplegadas, y a los acordes de *La Bayamesa*, evocadora del pasado. Gómez, caracoleando en blanco y brioso caballo criollo, no ocultaba su júbilo, su confianza en el éxito. Al fin, el codiciado deseo, el sueño tantas veces perseguido se convertía en tangible realidad. Iba a caer sobre el peligroso y lejano Occidente, lleno de amenazas, como él lo quiso hacer en otras ocasiones; había, por fin, articulado a su férrea voluntad el robusto brazo de Maceo, pronto a herir en los puntos señalados. En su tienda, y en esa tarde del día 29, efusivo, pleno de comunicativa euforia, estado de ánimo muy raro en hombre tan huraño, decía a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Miró: «Entre los dos [él y Maceo] lo vamos a tumbar en Occidente [a Martínez Campos] cogiéndolo desprevenido.» [1]

En la radiante alborada del 30 de noviembre, formadas ambas fuerzas, orientales y villareños, y antes de emprender su marcha hacia las desconocidas regiones, las arenga, desde su caballo moro, el inspirado *Viejo*, emblema no desmentido hasta entonces de feliz fortuna:

Gómez se adelanta, impone silencio con un ademán y saluda al Ejército Libertador con una calurosa arenga, cuyos acentos penetran en todos los corazones, como toques de agudo clarín: «En estas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz... El triunfo sólo puede obtenerse derramando mucha sangre. ¡Soldados!, no os espante la destrucción del país, no os extrañe la muerte en el campo de batalla... Poco se ha hecho hasta ahora, poco hemos andado. Esta guerra no registra más que dos hechos notables: Paralejos y la expedición de Roloff [2]. No estamos aún en Las Villas, donde nos esperan grandes peleas... España ha mandado para combatirnos al más experto de sus generales. ¡Y bien! con eso demuestra nuestro poder porque empieza ahora por donde acabó la otra vez... y llegarán los invasores a las puertas de La Habana con la bandera victoriosa, entre el humo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados!, llegaremos hasta los últimos confines de Occidente, hasta donde haya tierra española...» [3]

Realmente era fabulosa empresa la intentada por aquel cenceño jinete, por aquel nervioso caudillo, con una tropa de no más de tres mil hombres de infantería y caballería, paisanos, si bien dirigidos por oficiales veteranos de los Diez Años, todos ellos recién alzados; con un museo por armas, arsenal donde figuraban desde la escopeta *bocúa* hasta el moderno Máuser; sin municiones apenas, obligados a recorrer aún más

---

[1] José Miró: *Crónicas de la Guerra.*

[2] No mencionó para nada otra efemérides resonante: su campaña circular y el alzamiento del Camagüey, obras suyas.

[3] José Miró: *Crónicas de la Guerra.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de doscientas leguas de territorio enemigo, renombrado desde antaño por sus vínculos con la metrópoli, y cerrándoles el paso más de ochenta mil soldados de infantería, de esa incomparable infantería española, cuyo proverbial valor conoce todo escritor militar, unidos a más de cuarenta mil voluntarios y guerrilleros, españoles y cubanos..., y en provincias como las de Matanzas y La Habana, pobladísimas; cultivadas en su totalidad, casi desde la época de la conquista, sin montañas de relieve, sin los protectores bosques de Oriente; densamente surcadas por líneas férreas y telegráficas, estrecha faja de tierra con sólo nueve o diez leguas de mar a mar. Cuando recordamos todo esto, que vimos y palpamos, cuando en nuestra memoria revive y se dibuja la imagen de aquella larga columna mambisa, de Logística impecable, avanzando por centenares de leguas hacia Occidente, con la regularidad de una mecánica, envuelta en un océano de llamas y de humo, «buscando frente limpio, sin importarle flancos ni retaguardia sucia» [1], es preciso señalar que tan rotundo éxito, tan maravillosa marcha se pudo llevar a cabo por el oportunísimo instante elegido para ello por Gómez, clarividente y tenaz, convenciendo a todos de que, si el movimiento se aplazaba, era inútil intentarlo después, porque, como dijo él, su éxito dependía de la sorpresa, de «coger a Martínez Campos desprevenido.» Todo aquel que suscriba verdades y no haga retórica sabe que, si, como lo anunció el *Viejo,* se aguarda un poco más de tiempo, se hubieran encontrado, en Matanzas, los dos caudillos, cerrándoles el paso las columnas españolas aumentadas con los veintidós batallones, en marcha precisamente hacia Cuba en esos momentos, y con tal refuerzo Martínez Campos, jamás hubie-

[1] Las instrucciones de Gómez antes de emprender la marcha. El mambí, en su léxico, pleno de neologismos, llamaba al heliógrafo, *el alcahuete;* era una línea *limpia,* aquella libre de enemigos, y por ende, *sucia,* la ocupada por éstos. Dice Máximo Gómez, en comunicación a *Polo* Calvo: «El campamento de La Reforma se ha ensuciado»; esto quiere decir: los españoles se han establecido allí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ran podido pasar por La Habana ambos capitanes, pese al valor legendario de Maceo y al milagroso instinto para la marcha y contramarcha de su jefe, émulo de Zumalacárregui.

Por fortuna para Gómez y para Maceo, los hombres al frente de los ochenta mil soldados peninsulares, opuestos a esta empresa, no parecían los herederos de Catalanes y Aragoneses, ni de los heroicos Conquistadores; no circulaba por las venas de aquellos hombres la tumultuosa sangre de sus aventureros antepasados, y los ventrudos, los obesos, los sanchopancescos generales que comandaron, en el curso de la guerra, frente a guajiros y negros mal armados, al más grande ejército español de la Historia, aunque de la misma raza del paladín criollo, en esa simbiosis de Quijote y Sancho, substratum de todo español, en ese reparto de cualidades opuestas, se cogieron para sí el Panza todo, y dejaron para el anciano rebelde, para Gómez, a Quijano por entero.

En esa fantástica aventura de la Invasión a Occidente es de rigor admitir que el protagonista, el heredero de las hazañas, al que sí le corría por las venas sangre de sus mayores, el que sí tuvo gestos de Vasco Núñez y Orellana, fué el ténue, el frágil viejecito que, erguido en su caballo blanco, arengaba en Lázaro López a sus huestes con el cálido verbo de Benalcázar y, profético, les mostraba, con su curvo acero, el camino de Occidente. Aquellos hombres, campesinos en su mayoría, blancos y negros, con Maceo y Serafín Sánchez a su frente, electrizados por la marcial promesa, frenéticos victorearon a su antiguo campeón, y, deslumbrados, ciegos, se lanzaron tras él a la épica aventura, arrastrados todos por su intenso magnetismo, fiados en la leyenda de su acierto, jamás interrumpida, y seguros, como estaban ellos, de que él los llevaría hasta la remota Habana, sin tropiezo alguno, pese a Martínez Campos y a sus ochenta mil soldados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El primer contacto de la columna invasora se hizo con la del general Suárez Valdés, el 1° de diciembre, y se redujo a un largo tiroteo, sin eficacia alguna. Dice el general Miró, Jefe de Estado Mayor de Maceo:

> Muy conocedor el general Gómez de aquella comarca desde la otra guerra y al corriente del modo de operar de Suárez Valdés, encaminó nuestra columna hacia Trilladeritas, bien convencido de que para el general español era esto suficiente victoria. De resultar comprobada la presunción de nuestro caudillo, al día siguiente nos hallaríamos en la región villareña.

Dejada por detrás esta columna, después del tiroteo referido, transformado en el parte oficial español en disputado combate, se tropezó en Iguará con la columna del coronel Segura. A pesar de faltarle su infantería, enviada con el general Bandera y el teniente coronel José M. Gómez hacia Trinidad, no quiso el general Gómez dejar pasar esta oportunidad de marcar con un descalabro a su enemigo, inferior en número, el inicio de sus operaciones. Copio de Miró:

> Iba a vanguardia con la caballería de Sancti Spíritus el general Gómez... Fué avisado por un campesino de que había pernoctado allí una columna española, y que retornaba a Sancti Spíritus, hallándose en marcha en esos momentos. Gómez envió un ayudante a Maceo, que se encontraba en el vado del río, para decirle que no quería desperdiciar la ocasión de batir aquella columna, situando las fuerzas a vanguardia por el frente. El coronel Segura, con gran habilidad, se escapó de la tenaza de «el viejo blanco y el mulato joven», que lo atacaron, el primero por el frente, el otro por el flanco izquierdo, refugiándose bajo los fuertes de Iguará y abandonando sus muertos.

Después de Iguará se deslizó la gran columna cubana, creciendo a cada paso, vaticinio de Gómez, «como la bola de nieve», casi sin tropiezos, hasta cerca del límite de Matanzas, hasta la zona de cultivo de Cienfuegos, región cruzada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por múltiples líneas férreas, dejando siempre a su retaguardia, después de pequeños o empeñados tiroteos, a las columnas españolas, situadas por Campos para cerrarle el camino [1]

Dos hechos culminaron en esta portentosa operación y aseguraron su éxito. Fueron ellos: el combate de Mal Tiempo y Calimete y la famosa contramarcha desde Coliseo hasta cerca de Cienfuegos.

Martínez Campos, muy mal informado por los jefes españoles Oliver y Palanca en sus partes oficiales, en los que siempre describían como tremendas derrotas los fugaces combates de retaguardia, sostenidos sólo contra las escoltas de Gómez y Maceo, veía, no obstante, con asombro, cómo avanzaba sin cesar hacia el Oeste la gran columna mambisa; pero, influido por los falaces informes de sus generales, por su infiel pintura de los insurrectos, desmoralizados y fugitivos, y conocedor del obligado itinerario de Gómez y de Maceo, dividió sus columnas en secciones de quinientos a seiscientos hombres cada una y las regó por el triángulo ferrocarrilero de Cruces y Cienfuegos, por donde fatalmente habían de marchar en su avance los insurrectos. Esto era un error, y esas columnas, por su debilidad, estaban destinadas a ser arrolladas por los insurrectos; una de ellas, la del coronel Arizón, dividida en tres secciones de seiscientos hombres cada una, con la consigna de apoyarse unas a otras, se encontró al paso de los invasores, cerca de Cruces. De estas secciones le tocó en suerte, mejor dicho, en desgracia, tropezar con Gómez y Maceo, a la del teniente coronel Rich, formada por dos compañías del batallón de Bailén, cuatro de Canarias, una sección de caballería de Treviño y la guerrilla local: unos seiscientos hombres. Todos saben cómo fué furiosamente cargado Rich por Gómez y Maceo al frente de

[1] El 9 de diciembre, Casa de Teja; el 11 y el 13, Manicaragua; todos, combates de retaguardia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

0.5 — 1.00 — 1.8 — 5.8

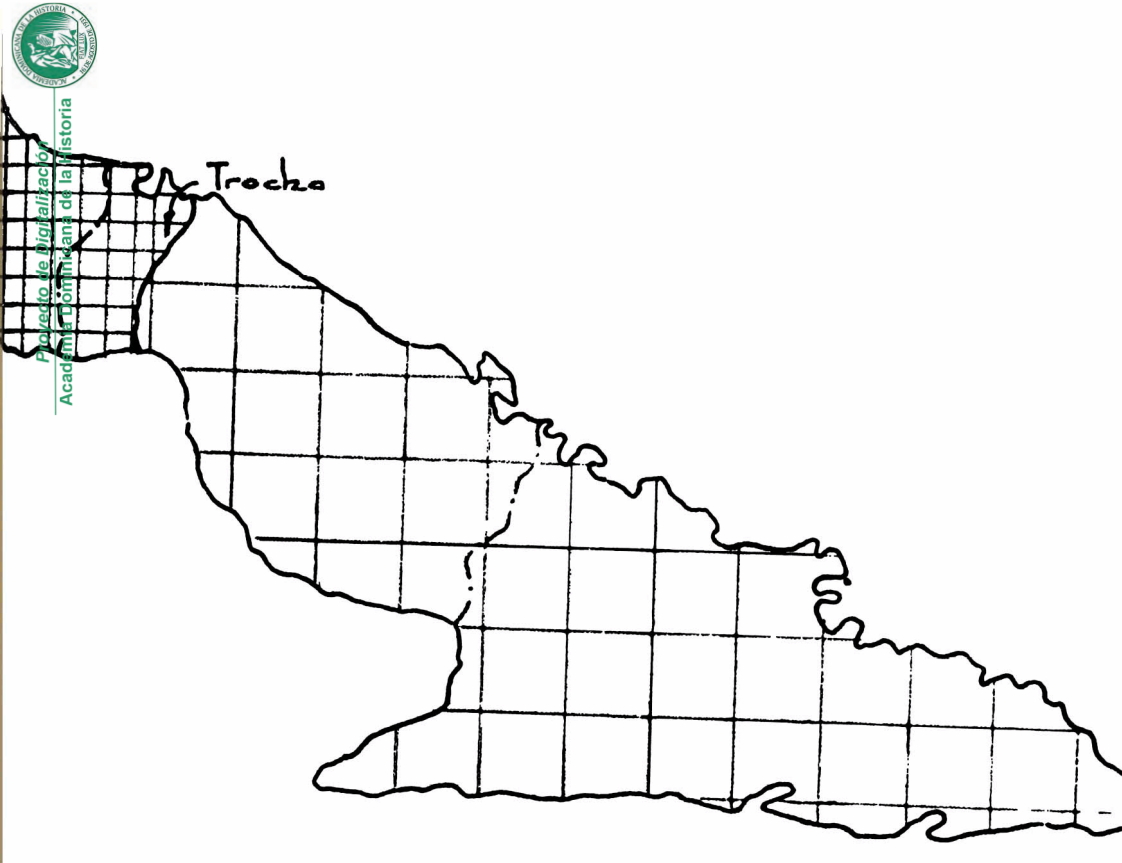
Situación de los efectivos españoles en Diciembre del 95 cuando la Invasión.- Paso de Gómez a las Villas.

Oriente y Camagüey: 31 Batallones
Villas: 35

Densidad de soldados por Km²
y por Provincias.

(Datos del Estado Mayor Español.)

Proyecto de digitalización
Academia Dominicana de la Historia



sus jinetes, y en unos minutos sus fuerzas, acuchilladas, se dispersaron; fué tomada la bandera del batallón de Canarias y deshecha la combinación de Campos, porque Arizón, llegado después del desastre al lugar del combate con la otra sección, contenido por las escoltas de Gómez y Maceo, se conformó con recoger a los dispersos y asistir, desde lejos, al desfile de la temible columna mambisa. Instantes después de haberse retirado Arizón se apareció por allí, en un tren, el batallón de Barbastro, la tercera sección, llegada muy en retardo a la combinación, y, cargada por Gómez y sus jinetes —Maceo continuó la marcha con la columna invasora y Gómez se había quedado protegiendo la retaguardia— este batallón se refugió en el ingenio *Teresa*, abandonando el tren que lo conducía, prontamente incendiado por Gómez, que a las diez de la noche se reunió con su lugarteniente [1].

Después de Mal Tiempo, Martínez Campos tuvo que reconcentrar sus fuerzas en grandes columnas, menos eficaces, menos movibles y menos numerosas, para perseguir a la gran columna mambisa; y Gómez, como sabiamente observó el distinguido teniente de Estado Mayor mexicano Sr. Gomar, en su estudio de esta campaña, siempre tuvo en esta marcha la iniciativa y, en cuanto las columnas españolas se dividían en secciones, él, concentrado, las atacaba; ejemplos: Mal Tiempo, La Colmena, Calimete [2].

Después de Mal Tiempo, con el asombro de todos, cayeron los dos caudillos sobre Matanzas, emporio entonces

---

[1] En Mal Tiempo fué Gómez el héroe de la jornada, con sus dos caballos muertos. «Por los flancos la carnicería ha sido tremenda. Gómez, brioso y enardecido, como en Palo Seco, ha roto el más fuerte núcleo de los españoles, siendo el primero en abrir boquete.» (José Miró: *Crónicas de la Guerra.*)

[2] Ejemplo de lo que fué Mal Tiempo lo es el encuentro de La Colmena. Dice Miró: «El general Gómez, recorriendo la línea de formación, dijo, imperativo, que sólo se haría uso del arma blanca... Agachados los jinetes, con los sombreros quitados, el ojo avizor y el acero desnudo... El caballo blanco de Maceo servía de punto de mira a una de las alas; el machete de Máximo Gómez era el jalón inflexible que alineaba la otra.» Los españoles, sin aguardar la carga, se retiraron a toda prisa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la riqueza azucarera, y Martínez Campos, preocupadísimo con la protección de esas riquezas, asiste, impotente, después de Coliseo, a la marcha, sin estorbos, de los insurrectos.

La contramarcha ordenada por Gómez, después de este encuentro, aseguró, sin duda alguna, el éxito feliz de la invasión a La Habana, y fué la burla, el engaño más cumplido que un capitán hiciera a otro en el curso de una operación. Efectivamente, al retroceder aparatosa y públicamente la masa insurrecta, el *bolón*—formado ya por cuatro o cinco mil hombres armados, por lo menos, dejando intactos puentes y ferrocarriles tras de sí—, Martínez Campos, siempre equivocado y optimista, según Gómez, «debilidad propia de mujeres y niños», acudió confiado al engaño, y tradujo en retirada definitiva la maniobra de Gómez, exactamente denominada por el teniente Reina *El lazo de la Invasión*. Respiró el infortunado y viejo general español. Todo se había reducido a una algarada, a la destrucción de la zafra en Matanzas, pero los mambises no habían podido llegar hasta La Habana; «se retiran muy fatigados a Las Villas», cablegrafió a su Gobierno, y, ya más repuesto, serenado, ordenó castigar y destruir esas bandas antes de su entrada definitiva en Santa Clara. Así, pues, envió a toda prisa por tren y aún por vapor, por Batabanó, las tropas acumuladas para defender a Matanzas, situándolas al paso de Gómez y Maceo, en su retroceso, por el triángulo de los ferrocarriles de Cienfuegos, para caer sobre ellos y deshacer sus núcleos en retirada. Casi cuatro días duró esta reçulada insurrecta, hasta llegar al término de Aguada de Pasajeros, cerca de Yaguaramas. Cuando todas las columnas españolas, presurosas, se habían dirigido a la zona de Cienfuegos, los mambises, no encontrando ya a su frente a casi nadie que les estorbase, alzan el telón y se lanzan en paseo triunfal, de nuevo, a Matanzas, destruyéndolo todo a su paso: ferrocarriles, puentes, esta-

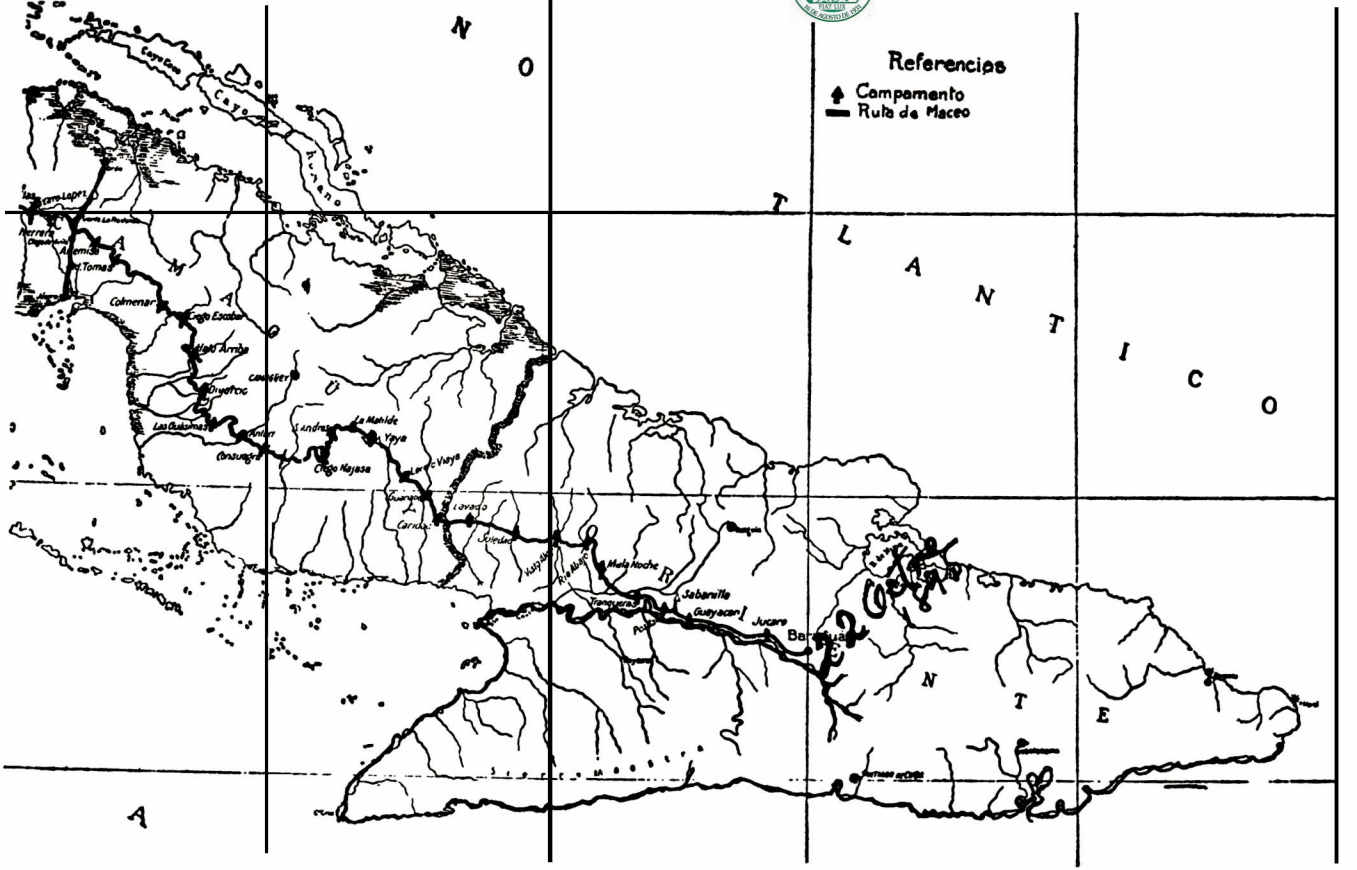
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciones y cañaverales. Este movimiento aseguró, como bien dijo el general Loinaz del Castillo, Jefe de Estado Mayor de la columna villareña, el triunfo de la Invasión. Espectacular fué la entrada de los insurrectos en las casi vírgenes provincias occidentales; tal parecía como si de ellas hubiera desaparecido hasta el nombre de España en esos terribles días, en los que fueron convertidas las dos provincias en dos colosales hogueras. La columna de Gómez y Maceo, elevada en los fantásticos partes españoles a doce mil hombres y compuesta, en realidad, de cinco a seis mil jinetes, cuando más, y de unos quinientos infantes, desarrollaba, como una sierpe mortal, sus espirales de fuego por las dos provincias, acabando a su paso, materialmente, con todo. Hasta el sol aparecía en esas jornadas como eclipsado, velada su faz por la negra humareda que atizaban los mambises y que corría de Este a Oeste y de mar a mar, mientras sobre la ciudad de La Habana caía, contínua, la lluvia de pavesas de sus campos de caña, ardiendo.

Las guarniciones de los pueblos, compuestas de voluntarios, sin el apoyo de ninguna unidad regular, las cuales andaban por Cienfuegos buscando a Gómez y a Maceo, aterradas, entregaban sus armas o se incorporaban a los rebeldes. Sólo en Güira de Melena resistieron estos voluntarios por un momento la intimación de los insurgentes; pero, violenta y bruscamente asaltados por Maceo, en cuanto tuvieron algunos muertos, rindieron sus armas noventa y cuatro voluntarios, y, conducidos por el propio general Maceo ante Gómez, éste, después de sentencioso *speech*, los puso en libertad. Estos días, cuatro o cinco, de desconcierto en el aturdido Estado Mayor enemigo, fueron aprovechados por Gómez y Maceo para alzar casi en masa las dos provincias, antes en paz, ilusionados sus habitantes por la apariencia de victoria definitiva de los dos caudillos, y también, por el es-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Marcha del General Maceo desde Baraguá hasta Lázaro López, donde hizo su unión con el General en Jefe.
(*Tomado del mapa de Victor M. Parra.*)

pectro del hambre, segura consecuencia de la súbita, de la permanente parálisis de todo trabajo en sus campos. Llegadas hasta los límites de Pinar del Río ambas columnas, se separó Gómez de su teniente, después de decirle [1]: «Uno de los dos tiene que quedarse para guardar la puerta. Vaya Ud. para Pinar del Río, que yo lo esperaré en La Habana.» [2]

Después de la separación del Lugarteniente, y durante los cuarenta y tres días que permaneció Gómez en La Habana aguardando su vuelta, sin salir de esta provincia, llevó a cabo la más maravillosa de sus proezas, hasta entonces, cual fué, en nuestra limpia y desmontada provincia, provista en profusión de líneas férreas, telégrafos, teléfonos y carreteras [3], estrechísima —de La Habana a Batabanó, nueve leguas— realizar la hazaña estupenda de hacer frente a las ocho columnas que el alto mando español lanzara sobre él [4], piloteando con destreza sin igual fuerzas variables, desde dos mil hasta mil hombres, organizando sobre la marcha a millares de recién alzados, atacando poblaciones, apoderándose de trenes, y haciéndose sentir siempre. Se movía, amenazador, dentro de aquel dédalo de columnas y pueblos guarnecidos «como Pedro por su casa».

Lo que más admira en el análisis de la gráfica de sus marchas y contramarchas, proyectadas sobre la carta, lo más curioso de este examen es su siempre sencilla, monótona, uni-

---

[1] Eugenio Sánchez Agramonte.

[2] Es otra página hermosa de Gómez la del apoyo a Maceo, mientras éste avanzaba por Vuelta Abajo para dar cima a la campaña de invasión en el límite occidental de la Isla: el faro de San Antonio. Gómez se mantuvo en la provincia de La Habana, luchando diariamente contra los batallones de Martínez Campos, sin moverse de una misma zona territorial, de corta extensión y llena literalmente de soldados enemigos. (José Miró: *Crónicas de la Guerra.*)

[3] Casi las mismas actuales.

[4] El alto mando español lanzó seis columnas detrás de Maceo: Echagüe, Arizón, García Navarro, Luque, Canellas y Sánchez Hecheverría; y sobre Gómez ocho: Aldecoa, Cornell, Galbis, Linares, Tort, Prats, Macón y una columna de caballería traída de Las Villas, a las órdenes del general Marín, justificado este número, porque Gómez operaba a la vista de La Habana. Llegó hasta poner sus avanzadas más acá de El Cotorro, cerca de San Francisco de Paula.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

forme composición. Como pasa con todas las obras geniales, como en el huevo de Colón, asombra, una vez conocidas éstas, su simplicidad. Todos sus movimientos se reducen a marchar en línea recta hacia un lugar y, haciendo luego un gancho agudísimo, contramarchar en otra línea, exactamente paralela a la de su marcha, y a poca distancia de ésta, a unos kilómetros, retornando al punto de donde partiera. Con tan sencilla táctica volvió locos a los jefes de esas ocho columnas que estaban sobre él, y esta pauta la observó no sólo en el 95, sino en el 68. Un ángulo muy cerrado, ese ir y venir, fué su marcha en enero 17 del 75 sobre Sancti Spíritus, para contramarchar como el rayo y, guardando, inmutable, la que podemos llamar ley de Máximo Gómez, tomar en un albazo El Jíbaro, en la madrugada del 18 del mismo mes.

Así es que, mientras en esta campaña de La Habana drenaba las columnas españolas por su rastro, él, muy tranquilo, mientras ellas bajaban en su busca, subía paralelo a éstas, por sus lados. Ese fué su tan simple secreto, nunca descifrado por los generales españoles. Después del combate de *Mi Rosa*, bajó hacia el Sur y dando una rápida vuelta, sorprendió a todos tomando a Bejucal, a veinte kilómetros de La Habana por ferrocarril y calzada, población que no destruyó gracias al conocido y conmovedor episodio de los niños de la escuela municipal de aquel pueblo.

Durante todo ese tiempo, y el mapa adjunto lo comprueba, el General, con un vaivén de *lanzadera*, iba y venía, tejiendo líneas paralelas de Este a Oeste, dibujando con ellas un arco, o más bien, una inmensa V, cuyo vértice estaba en la zona de Alquízar, y sus dos patas se abrían, como una mandíbula, sobre La Habana, llegando la una hasta Baracoa, y la otra a El Cotorro, manteniendo sus planes en zozobra contínua al Estado Mayor español.

Este portentoso y feliz *raid* de la columna invasora, reco-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

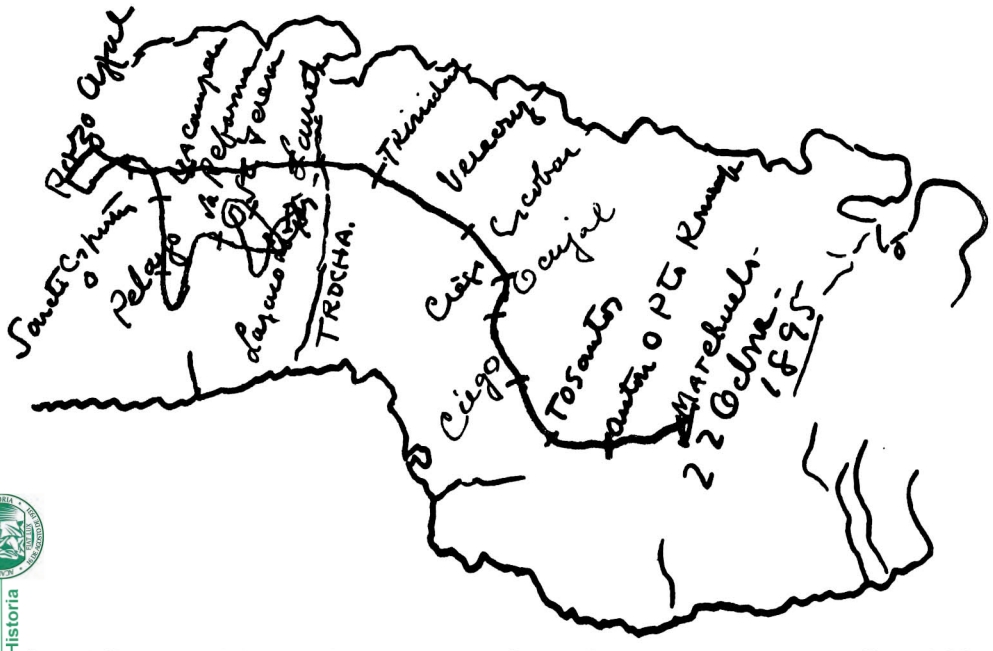
rriendo, sin tropiezos, a través de las columnas españolas, Maceo, desde Baraguá hasta Mantua, cuatrocientas veinticuatro leguas, y Gómez, desde Matehuelo, en Puerto Príncipe, hasta Hoyo Colorado, en La Habana, ciento noventa y siete leguas, puede servir de modelo a los tratadistas militares por la sabiduría con que se organizó y dispuso. Llevando como norte, como fórmula para su marcha, las palabras del *Viejo*: «Por la mañana, el Sol a la espalda; por la tarde, de frente. ¡Vamos con el Sol!» se dispuso en la forma siguiente. A una gran distancia del cuerpo principal de esta columna, muchas veces a una legua o más, marchaba la extrema descubierta, precedida, también a distancia, de una o dos parejas; detrás, la extrema vanguardia; después, la vanguardia; en el centro, unidades distintas, la infantería, impedimenta, camillas con los heridos, acémilas, cerrando la cola de la columna una idéntica disposición. A su lado, tambien lejos, nutridas flancguardias. La seguridad con que se movía esta columna, de cuatro o cinco mil hombres, siempre fué completa, bajo la consigna del Viejo: «Buscar frente *limpio*, sin que importe retaguardia o flanco *sucio*...» A los primeros tiros con sus exploradores, allá iban Gómez y Maceo con sus escoltas, las desplegaban, contenían a la tropa española mientras que la gran columna mambisa, advertida, torcía, en ángulo más o menos abierto, pero siempre hacia adelante, y se alejaba, tranquila, del peligro.

En la provincia de La Habana, al cabo de esos cuarenta y tres días de separación, se unen Gómez y Maceo, arrastrando tras de sí a todas las columnas que pululaban por esta provincia. Cerca de Catalina de Güines [1] fué el encuentro de los dos caudillos.

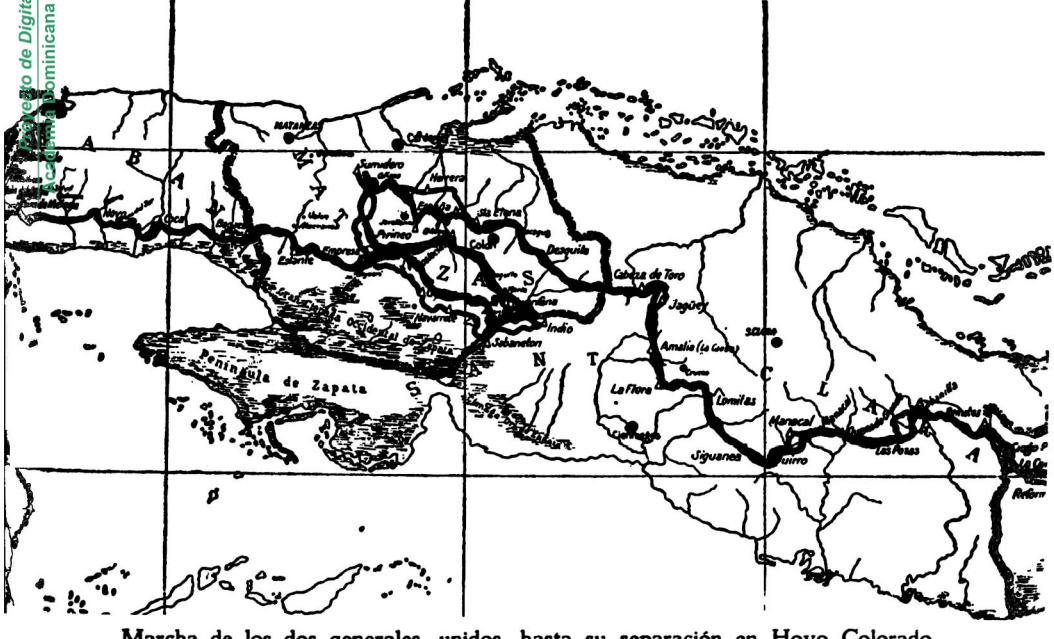
---

[1] Aquí se reunieron, sobre los dos jefes cubanos, las columnas españolas que andaban tras ellos, y fué un prodigio la energía de ambos para salvar sus tropas. Allí mataron a Gómez su quinto caballo muerto en la Invasión.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Marcha del General en Jefe desde Matehuelo hasta Lázaro López, donde se le unió el General Maceo.



Marcha de los dos generales, unidos, hasta su separación en Hoyo Colorado.
La línea amarilla señala la columna de Gómez.

Academia Dominicana de Historia
Archivo de Digitalización

Emocionados se abrazan los dos hombres después de haber coronado ambos la magna obra de su vida militar, permaneciendo así largo rato, sin poder pronunciar una palabra y estrechamente abrazados.

El hecho increíble se había consumado; habían invadido, sublevado y dejaban organizada la rebelión en Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Para combatir estas tres provincias, emporio entonces de la riqueza cubana y vírgenes de insurrectos en la guerra de los Diez Años, necesitó doblar la metrópoli su ejército, y elevarlo hasta 226,000 soldados peninsulares, sin contar con las guerrillas y voluntarios. La Invasión aseguró, pues, el triunfo definitivo de los insurgentes cubanos, y cuando Gómez juzgó esta operación, dijo, exacto y preciso: «Ya, después, todo era sólo cuestión de esperar.»

El país entero, deslumbrado, se alzó en Occidente y corrió arrebatado a engrosar las columnas mambisas. Los jefes, recién alzados, reclutaban sus gentes por dondequiera; estas comarcas de Occidente, donde casi todos los hombres de trabajo vivían de los ingenios, destruídos éstos o sus cosechas, paralizada la zafra, no tenían otro remedio, para poder subsistir, que ingresar en las filas mambisas o apuntarse de guerrilleros. La implacable tea de Gómez y Maceo había segado en unos cuantos días, y por muchos años, toda fuente de trabajo en estas provincias. «Quemada la colmena —dijo el *Viejo*— volaban los enjambres.»

En esos primeros meses de la Invasión, más, mucho más de treinta mil hombres se alzaron en Occidente, desgraciadamente sin armas, número disminuído durante la campaña en más de la mitad por las deserciones, por los presentados y por los muertos. El total de hombres armados, de combatientes a la disposición de Gómez en esta guerra, probablemente nunca excedió de unos treinta mil, aunque en sus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

filas se contaban, al advenir la guerra con los Estados Unidos, otros treinta mil, válidos y sin armas, pero transformados en combatientes cuando las obtenían. Por tanto, es oportuno rechazar aquí, de una vez y para siempre, la opinión de algunas personas, falsa opinión, fabricada por ellas, y despreciativa para nuestro pueblo, que después de todo, de lo que produce el país, de nuestra fauna humana, es lo mejor.

Este pueblo, pequeño entonces, dió un contingente para nuestras terribles guerras de independencia, no igualado por otro pueblo alguno, sin percibir, durante todo el curso de ella, un solo centavo, y guardando, bajo la vista inquisitiva de Gómez, una disciplina de hierro. En la última guerra, en la del 95, 80,000 hombres, o tal vez más, surgieron del subsuelo de Martí, de ese subsuelo infinitamente mejor que todo eso que está por encima de él, y esas expresiones, a diario oídas: *¡Qué pueblo tan abyecto! ¡Qué pueblo tan corrompido!*, toda esa fraseología de vilipendio, es injustísima.

Pasó al revés de la guerra de los Diez Años. Según la estadística del general Ochando, en aquélla, las fuerzas irregulares, guerrillas, milicianos, blancos, de color y voluntarios nativos, alcanzaron hasta el número de 116,000 hombres, y la explicación es fácil. Confinada durante la mayor parte de los Diez Años la guerra a Oriente y Camagüey, la población cubana del resto de la Isla permaneció bajo el dominio de España y aprontó ese número de hombres para defender la metrópoli [1]. Pero en la última guerra, a los ocho meses,

[1] En el libro de Roloff, que es todo lo más exacto que se pueda pedir, a pesar también de esa otra afirmación en contra y tan mentirosa como la de los guerrilleros, aparecen 69,000 mambises, entre soldados y funcionarios civiles de la Revolución, de los cuales descontando los ingresados después de la guerra con los Estados Unidos, unos 9,000, arrojan unos 60,000, cifra muy aumentada después por la serie de expedientes de individuos con derecho que no aparecen en ese libro; la verdad es que en la Revolución prestaron sus servicios muchas más personas de las que figuran en las listas de Roloff.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

después de haber desembarcado Maceo, Martí y Gómez en Santiago de Cuba, organizadas con eléctrica rapidez las fuerzas rebeldes y conducidas a paso de carga por Gómez y por Maceo, habían llevado la lucha hasta los confines de Occidente, y estas provincias, se puede decir, fueron perdidas para la causa de España por la rápida y audaz operación de los dos caudillos, y no dieron, para defender la integridad nacional, sino unos 25,000 guerrilleros, de los cuales eran cubanos probablemente un poco más de la mitad, ya que la otra porción la formaban españoles y canarios. Esta es la pura verdad, y no la estúpida afirmación que oye uno a cada paso: ¡En la guerra hubo más guerrilleros que insurrectos! No; eso es tan cierto como que la estatua de Carlos III era de Canova. Y más estúpida aún es la otra afirmación que se oye, a saber: que los cubanos estaban vencidos en los días en que ocurrió la guerra con los Estados Unidos, cuando la verdad es que la guerra aun no había empezado, se puede decir, en Oriente y Camagüey, y ya en esa época el ejército enemigo había perdido casi las dos terceras partes de sus efectivos, y el abandono de la Isla, por parte de España, era sólo cuestión de unos meses más. Los documentos de origen español, los del Conde de Romanones, los de Maura Gamazo, así lo declaran.

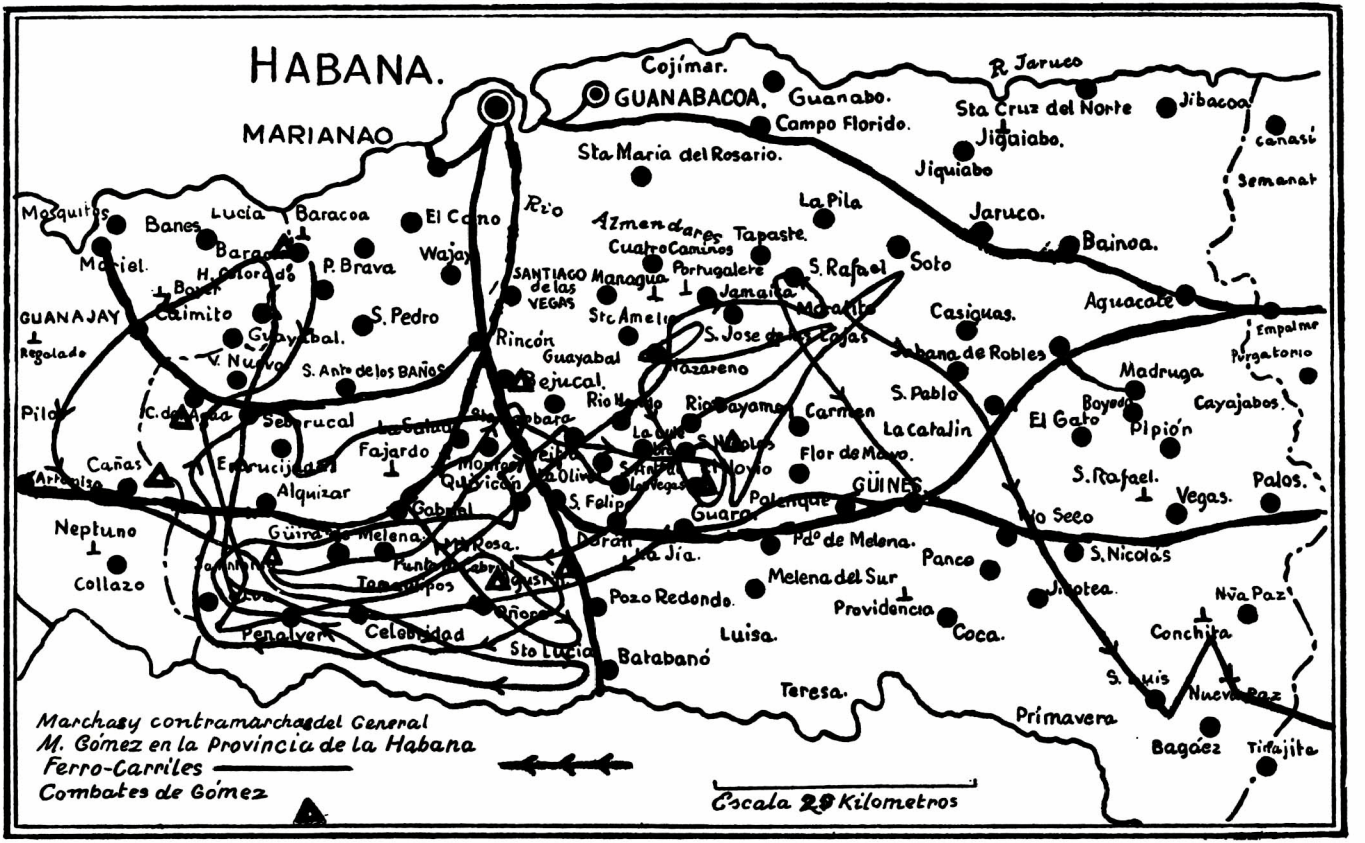
Los errores de nuestro pueblo siempre han dependido de su cándida ignorancia. Su instinto certero lo hizo correr tras de Martí, tras de Máximo Gómez, y siempre ha optado, de lo que había en plaza, por lo mejor.

Volviendo a la Invasión, he aquí recogida en la prensa de entonces, como un eco de aquellos días, algunos de los juicios que arrancó a propios y extraños la audaz operación de Gómez y de Maceo.

El *New York Herald*, cuyo corresponsal, Silvestre Scowel, acompañó a la columna de los insurgentes durante

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



(*Tomado del Sr. Garcia Enseñat.*)

toda la marcha, dice en su número del 22 de diciembre de 1895:

Gómez, de hecho, ha terminado su jornada con suma considerable de gloria. Partiendo de un punto, del Sur de Santa Clara, ha penetrado en Matanzas, empleando parte de sus fuerzas en Colón, para echar atrás las fuerzas españolas, bajo el mando del mismo Campos, procediendo después al Noroeste, con el cuerpo principal de su ejército, quemando estaciones, y haciendo sus jornadas en tiempo marcado. Cuando esta marcha de Gómez se describa, el mundo militar la admitirá como una de las más atrevidas de que se tiene noticia en los designios de forzar líneas enemigas...

El *Sun*, en 14 de enero, dice:

Si de esta campaña se dijera que es extravagante en su audacia, no sería satisfactoria la expresión, porque sus resultados han probado que no es extravagante... La habilidad de la estrategia del jefe revolucionario jamás ha sido sobrepujada en ninguna guerra... Se acerca más a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestro tiempo, y Gómez ha desplegado, en toda esta campaña, admirable genio militar.

Un veterano de la guerra de secesión, el general Sickles, en artículo de crítica militar, afirmó:

La marcha de Gómez de Oriente a Occidente es tan notable desde el punto de vista militar como la de Sherman; desde luego no sería cortés calificar como incompetente el mando de los españoles, pero, aun admitiendo que sí lo era, debemos poner a Gómez y a Maceo en la primera fila de la capacidad militar.

Muchas críticas se han hecho por los jefes españoles y sus apologistas porque las columnas insurrectas no presentaban batalla. Esto quiere decir: los generales cubanos no aceptaban combate en los campos elegidos por los españoles. Ellos combatían cuando se les antojaba hacerlo, y siempre para su ventaja, rehusando todo combate favorable a sus enemigos...

Del *Times*, de Londres:

La campaña de los españoles puede darse por fracasada, desde el momento que, siendo en número de cuatro soldados por cada insu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rrecto, no han podido evitar el éxito constante de los rebeldes, mandados por Gómez y Maceo, puesto que, ora separados, ora reunidos, han cruzado en todas direcciones la Isla, sin haber experimentado una derrota de verdadera consecuencia.

Ahora, tomemos juicios de la prensa española. El *Diario de la Marina,* en 30 de diciembre, y a pesar de publicarse bajo la censura militar española, decía:

A la gravedad que en sí tiene el hecho de que las bandas insurrectas que acaudillan Gómez y Maceo hayan podido avanzar hasta estas comarcas tan occidentales, añade más sombrío colorido la circunstancia de ser el territorio recorrido, tan pronto recorrido como devastado, el granero, por decirlo así, de la isla de Cuba.

El avance de las fuerzas rebeldes, divididas en gruesas partidas, precedidas y flanqueadas por numerosas bandas, de caballería, al través de la tupida red de columnas de nuestro ejército, apostadas para impedirlo, es motivo de asombro...

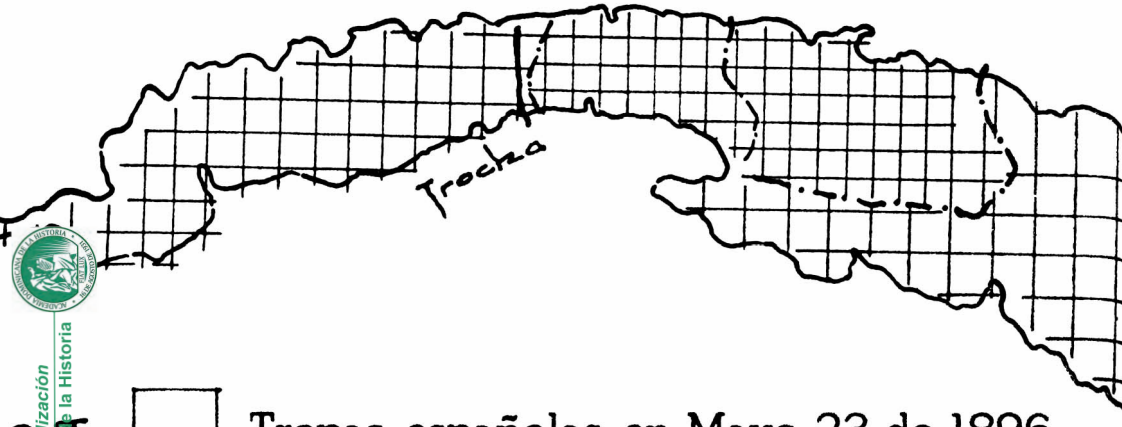
En el *Heraldo de Madrid,* Gonzalo Reparaz:

Por desgracia, entre los anuncios de Gómez y los del Gobierno, ha habido esta diferencia: que aquéllos se han verificado puntualmente, y éstos de ninguna manera. Sería, por tanto, necedad insigne disimular que la victoria estratégica es suya hasta ahora.

El juicio del teniente general español Salcedo:

Los dos jefes insurrectos se ahogaban en los estrechos horizontes del extremo oriental... Mientras la organización militar de los dos grandes núcleos enemigos se completaba, se elevaba el valor militar de sus combatientes, preparaban con profunda sagacidad el momento de efectuar el osado golpe... Comienza entonces el famoso *raid,* tanto más famoso, cuanto menos perseguido era. El avance audaz, simultáneo, de los dos cabecillas, se inicia con una aureola de incendios... Invadieron victoriosamente el territorio de Matanzas, se apoderaron de su red de ferrocarriles, que destruyeron, no bárbaramente, sino como aconseja el arte de la guerra... y se lanzan, por último, resueltamente, sobre la provincia de La Habana.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

0.5

1.000

1.8

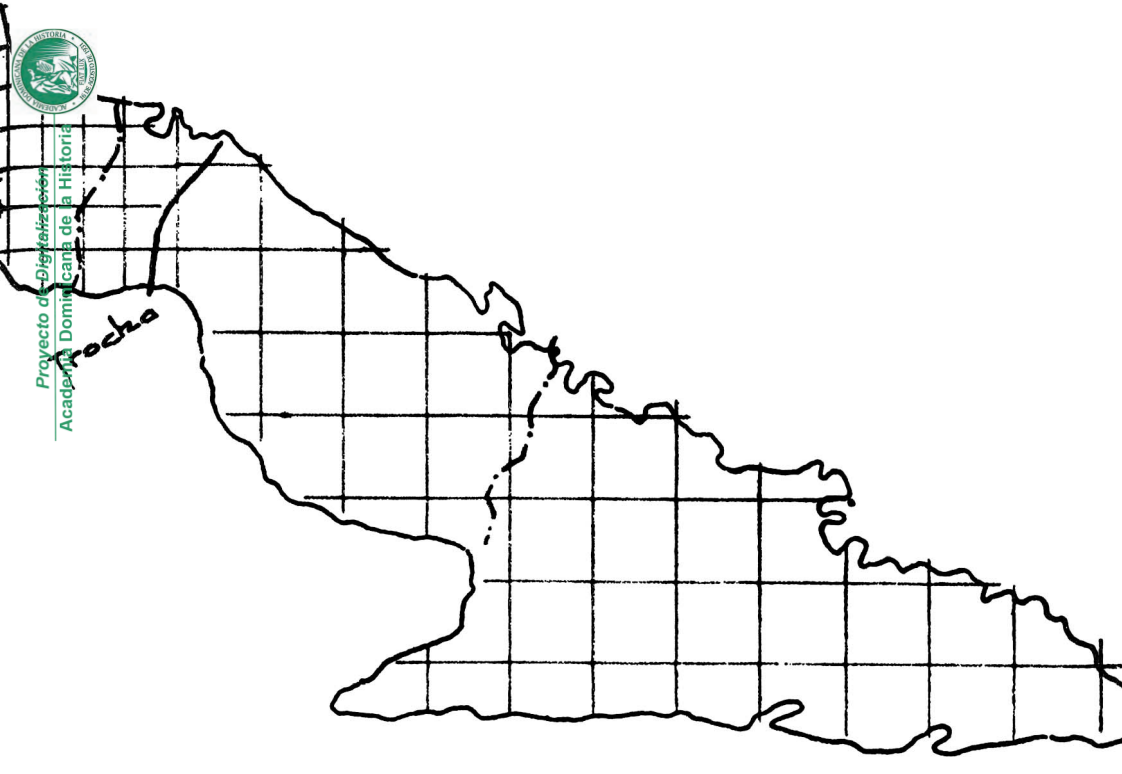
5.8

Tropas españolas en Mayo 23 de 1896.
Campaña de Occidente.-Weyler.

Pinar del Río: 16 Batallones
Habana y Matanzas: 22

Densidad de soldados por Km^2
y por Provincias.

(Datos del Estado Mayor Español.)



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Del venerable Pi y Margall, en *El Nuevo Régimen*:

Gómez ha paseado incólume sus banderas desde el extremo Oriente de la Isla hasta el extremo Occidente, por entre nuestras fortalezas y columnas, y aun las mantiene allí enhiestas.

Pasando al campo de los mambises, del general Miró, Jefe de Estado Mayor de Maceo, y actor de nota en la Invasión:

Fué la obra única de dos soldados ilustres, Gómez y Maceo, que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden del tiempo como en el de la ejecución... Sin el genio militar de nuestros dos caudillos, sin la intrepidez de Gómez, sin la tenacidad y el nervio de Maceo, la guerra hubiera quedado circunscrita y la empresa magna de la Invasión no hubiera pasado de tentativa.

Del general Enrique Collazo, perteneciente a las fuerzas de Calixto García:

Pero donde se reveló como militar fué en esta última guerra del 95. Es, estudiando la gestión del general Gómez en el terreno de la guerra de Cuba, un modelo de audacia, inteligencia, de valor, porque, sin que se ponga en duda, el mérito de la Invasión es exclusivo del general Gómez...

La prensa revolucionaria entona este hosanna a Gómez:

Gómez, impidiendo en lo absoluto la circulación de los trenes; Gómez, quemando todas las estaciones próximas a La Habana, Bejucal, Durán, La Salud, San Felipe, Quivicán; Gómez, trayendo para Occidente el teatro de la guerra, la base de sus operaciones; Gómez, enseñando a los cubanos a combatir con éxito en La Habana, lugar que se consideraba inabordable para los revolucionarios; Gómez, hundiendo el mayor prestigio militar de España...

El coronel Manuel Sanguily, en carta enviada a Gómez, por conducto del Dr. Cosme de la Torriente, fechada en 31 de diciembre de 1895, —y todos los que conocieron a San-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

guily saben el valor que en su boca tenían las alabanzas,— le dice:

Su próximo viaje [el de Torriente] me facilita la ocasión de dar a usted mi entusiasta enhorabuena por su prodigiosa campaña de Las Villas y Matanzas.

Por ella su nombre ha recorrido todos los labios entre los aplausos del mundo y ha vivido varias semanas en la angustia de los corazones cubanos. Le envidio a usted esa gloria tan legítima y brillante. Y me atrevo a unir mi voto al de tantos hombres previsores y bien intencionados porque la fortuna proteja su vida... La Revolución necesita de su vida, y Cuba sabe de sobra cuán grande es su corazón y su valor para que usted pueda creer que todavía está en el caso de probarlo. Resérvese usted... Su habilidad y su maestría son indispensables para la causa cubana.

Del *Diario* del teniente coronel Rosell, jefe que fué del Estado Mayor del general Pedro E. Betancourt, y el más interesante de todos los diarios mambises, por su crítica ponderada y por la capacidad de su autor, recogiendo las impresiones de los emigrados de Nueva York, donde se encontraba en esos momentos:

Nos consolamos de nuestro encierro con las grandes noticias que traen los periódicos sobre el magnífico avance a Occidente de Máximo Gómez.

Es indudablemente prodigioso, y ni aun los más entusiastas llegamos nunca a imaginarnos tan grandioso éxito... Sólo nos distrae oír contar anécdotas del viejo Gómez. Indudablemente, es un gran hombre.

En fin, el periódico norteamericano *Journal*, regaló en esa fecha a Gómez una espada con puño de oro, marfil y brillantes, cincelada por Tiffani, y en cuya hoja la damasquinada dedicatoria recuerda esta campaña de la Invasión.

A nadie, en esos momentos, entre sus contemporáneos,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

compañeros o extraños, se le ocurrió regatear los honores al General en Jefe de los mambises; nadie puso en duda si merecía esos aplausos; y, si hemos recogido aquí varios de esos testimonios y algunas de las expresiones que arrancó a personajes de nota, es porque cuarenta años después un maldiciente, su enemigo, su pequeño enemigo, porque grandes no los tuvo jamás el gran dominicano, ha querido, furtivamente, turbando su reposo, bajarlo del pedestal de la Invasión para dejar sólo en él a su compañero, quien no necesita de los laureles de Gómez, porque tiene, para brillar a su lado, los suyos propios.

Los tropiezos de Quintín Bandera en La Olayita y El Mamey, donde fué casi dispersado, iban a impedir la reunión de la brava infantería oriental con el general Maceo, que la aguardaba en los límites casi de La Habana y Matanzas; pero Gómez, con una rapidísima marcha, se hizo cargo de esta infantería y, sin dejarla disparar un solo tiro, la entregó sana y salva a Maceo en El Galeón.

Fué esta la última ocasión en que se vieron los dos hombres que tantos años hacía lidiaban juntos en los mismos campos de batalla; que tan unidos anduvieron por la vida y a quienes, después de muertos, se ha querido, por insidiosos intrigantes, remover en sus sagradas tumbas para distanciarlos. Miró, emocionado, describe en sus *Crónicas* ese último abrazo de «los dos hombres extraordinarios que simbolizan la vida de la Revolución y eran el alma de la guerra» y Boza refiere la recomendación que le hizo Maceo a su despedida: «Cuide bien al *Viejo*. ¡Nadie como él defiende nuestra bandera!»

En esta despedida de El Galeón se acordó que Gómez enviara desde Oriente una expedición con municiones para Maceo, ante el futuro de su campaña en Pinar del Río, aislado como se iba a ver en esta provincia. Y el mismo ge-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

neral Maceo eligió como hombre capaz para traer esta expedición al general *Mayía* Rodríguez.

Martínez Campos, ante ese evidente fracaso, presentó su dimisión por segunda vez, que le fué aceptada entonces. Cuando embarcaba para España, al informar a Máximo Gómez de ello, causa de las salvas que en La Habana se oían, dijo el *Viejo* a Saturnino Lastra: «¡Se lleva la bandera de España en el bolsillo!»

Cánovas no encontró entonces más ni mejor expediente, para combatir a Cuba, que dejar caer, en las abiertas fauces del vómito y de la malaria, a otros 100,000 soldados peninsulares y darles como capitán a Weyler, más por su renombre de crueldad que por victorias, jamás obtenidas por el General mallorquín en ningún campo de batalla.

El Destino, ese mudo personaje que en el teatro griego arrastraba a los protagonistas a trágicos desenlaces, cargó también con Cánovas y le obligó, inexorable, a cumplir su sino fatal; a cerrar el ciclo fabuloso del poema de la conquista, poniendo el gonfalón de Pizarro en las temblonas manos de Weyler. ¡Cruel capricho de ese Destino! Un judío de genio, Cristóbal Colón, desgarrando los enigmas del Atlántico, osado, arrancó la Isla encantada a sus misterios para donarla a Castilla y a León, y cuatrocientos años después le tocó en suerte a otro judío, pero a un judío de fila, a un ejemplar del montón, a Valeriano Weyler, dejar caer de la corona de España esta Perla de las Antillas [1].

Durante todo el período de su mando, este general, con tenaz labor constructiva, inconsciente como un Termites, obstinado fabricante de trochas y más trochas, se limitó a erizar de alambradas y trincheras, no sólo los más humildes caseríos, sino hasta los arroyos, en las estéri-

[1] Todos saben que los abuelos de Weyler fueron: por parte del padre, judíos alemanes; por la madre, *chuetas* de Mallorca.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

les sabanas, en las maniguas, en las lomas peladas y en los bosques, edificaba sin tregua sus fuertes, convertidos a poco en manantiales de contagio para las endemias tropicales y que, transformados en cementerios, destruían, lentos, pero fatales, a ese pobre material humano, al soldado español, cuya vida le fué confiada por Cánovas; sólo la fiebre amarilla causó al ejército español expedicionario veintiséis mil muertos. Por eso, Gómez escribió a Estrada Palma: «Esas trochas, más que con fines militares, parecen ser operaciones comerciales, negocios de bolsillo.»

Fué, pues, la más irónica jugarreta del Hado que en la hora triste del crepúsculo de España en América, cuando se le arrancaban los últimos jirones de su espléndido imperio colonial, lo hemos dicho antes, el rebelde, el criollo, Máximo Gómez, ése si era el descendiente en línea directa de los Conquistadores; ese sí fue legítimo hijo de sus grandes capitanes; ese sí tuvo su mismo heroico talante, su audaz espíritu aventurero; fué un guerrillero sin par, un auténtico Viriato; mientras su paladín en esa hora menguada, el que vestía sus fieros colores, ya lo hemos dicho, no tuvo de común con los aborígenes de España más que su nacimiento en Mallorca; era, eso sí, un acabado, un buen, o mejor dicho, un mal israelita, un histrión excelente para representar la farsa de la victoria; obstinado y paciente; y, aunque esta raza de Israel cuenta en su seno con muchos y grandes hombres, no fué Valeriano Weyler, por desgracia para España, ninguno de estos judíos; representó, encarnó al judío mediocre; no tuvo ninguna de las altas cualidades de su raza; sólo heredó las suciedades y sus pequeñas miserias; nada de genial exaltación, nada de amplios horizontes; ávido de dinero, sólo ideas de detalle brotaron en esta campaña de su pobre magín; no fué, pese a Cánovas y al Marqués de Lema, un gran judío, como Disraeli, Marx o Massena, sino, ya lo dijimos, un chueta del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

montón, un judío miserable; no tuvo de sus antepasados las ardientes pasiones, la febril inquietud; conservó sólo de ellos, como carácter distintivo, como la nota étnica, su amor al amarillo metal y al sórdido mugre, con el cual ataviaba su remendado uniforme, y más parecía, en las revistas militares, un mendigo soez que un brillante paladín.

Algún día llegará en que los hombres de la España nueva loen como a su hijo, al rebelde, a Máximo Gómez, cual lo han hecho con Bolívar, y vuelvan la espalda al judío incapaz, a cuya desventurada suerte confió Cánovas el honor de España y dotó con tan inmensos recursos, como nadie los tuvo nunca, porque este hombre, este Weyler, ha sido en la Historia el general español que con más soldados contó para su empresa. Tuvo bajo su mando veinte veces más hombres que el Gran Capitán, infinitos más que Hernán Cortés, y no sólo no conquistó a Italia ni a México, sino que, al frente, o mejor dicho, detrás de sus 260,000 soldados, no pudo siquiera conquistar, como veremos en breve, el potrero de La Reforma, en Sancti Spíritus, defendido con un puñado de hombres por el único descendiente de los grandes aventureros del Sur de España. Con la excepción de algún brillante hecho de armas, llevado a cabo por oficiales subalternos y por pequeñas guarniciones, abandonadas a su suerte, con criminal indiferencia, abusando del conocido valor del soldado español, muy pocos laureles recogieron en esta campaña de Weyler los 226,000 soldados peninsulares que atravesaron el Atlántico, como no sean los que brotaran espontáneos al calor de las virtudes de la raza, los cuales no pudieron serles arrancados por los desaciertos de este hombre; es decir, los que tuvieron origen en la inflexible moral de sus infantes en el combate, su sobriedad, su resistencia, su disciplina, cualidades proverbiales de la infantería española.

Los casuales fracasos que tuvieron los insurgentes, per-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

didos en el oceánico fárrago de las mentiras weylerianas, ni siquiera han sido conocidos de los historiógrafos españoles de la campaña, bien porque los realizaron oficiales subalternos o jefes a quienes no se agradaba destacar por el Capitán General o también porque la ignorancia de su Estado Mayor era tal que no conoció o no apreció sus escasos adelantos en esta campaña.

Sin otra cosa ya que hacer en Occidente, retornó Gómez a Oriente abrumado por tantos laureles, recogiendo en su camino los homenajes tributados por los mambises a su jefe máximo, quien acababa de coronar la gran obra militar de su vida, junto con Maceo, con la Invasión. Después de atravesar Las Villas, pasó la Trocha y entró en Camagüey. «El general Gómez llegó al Camagüey como Cristo a las puertas del templo, acabando con el comercio», dice Collazo. Como en esta comarca no parecía que hubiese guerra, Gómez, al frente de unos setecientos hombres, atacó en Saratoga al general Jiménez Castellanos y a su columna, fuerte de dos mil; lo *trancó* dentro de las casas de este potrero, sin que el General español se atreviese a salir de esa embarazosa situación hasta no reunirse con la columna de auxilio de Godoy, salida de Puerto Príncipe y compuesta de unos mil hombres. Reunidas las dos fuerzas españolas, hicieron su retirada hacia Camagüey perseguidas por Gómez [1], después de estar durante setenta horas atrincheradas en las casas y los corrales de la finca. Este combate tuvo enorme efecto moral, si no material, sobre todo en aquella provincia. Castellanos, obligado a retirarse ante Gómez con sólo setecientos hombres, explicó el combate, comparándolo con Las Guásimas, donde él estuvo el año 74. Siguió Gómez para Oriente, y allí se encontró con su antiguo ayudante y Jefe de Estado

[1] Este combate de Saratoga motivó el disgusto del general Gómez con el general Suárez, que, acampado a corta distancia de Saratoga, no acudió con sus fuerzas para unirse a las de Gómez en su ataque al general español.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mayor, con Calixto García, acabado de desembarcar [1], «confundiéndose en fraternal abrazo aquellos dos compañeros a quienes la vida separó jóvenes y la guerra los volvía a unir, con el cabello blanco como la nieve...» [2]

Análoga situación a la de Camagüey ofrecía la provincia oriental, con el comercio establecido por todas partes. El Generalísimo, duro, justiciero, de entrada hizo fusilar al coronel Bejarano, autor de un asesinato; arrasó con el comercio y los cafetales y acabó con el trabajo, que se organizaba ya en aquella comarca. Estos cafetales pertenecían a ciudadanos extranjeros, franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos, y sus dueños, reunidos, se entrevistaron con Gómez el 3 de agosto del 96 en el cafetal *La Aurora,* aquel que atacaran inútilmente él y Jordan en 1871. Ante sus reclamaciones y protestas por las órdenes de Gómez, éste, de pie en el gran secadero de café de aquella finca, airado los apostrofó:

Yo tengo que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias y en todo lo que signifique poder y de ella dependa... Y no vale alegar que son Udes. ciudadanos extranjeros, franceses o americanos, porque para nosotros, ¡óiganlo bien!, no hay más que ciudadanos cubanos, y más cuando carecemos de esa ciudadanía ante las naciones de Udes.... Cuando ellas nos reconozcan, cuando llenen ese deber, podrán exigirnos derechos...

Váyanse, pues, a reclamarle al gobierno español, que, en lo que a nosotros respecta, tenemos el valor necesario para consumar nuestros propósitos... ¡Llévense sus cafetales para su tierra!

Esta inexorable destrucción de los cafetales fué el ori-

---

[1] «Aquí también, a las orillas de este Cauto, acabo de abrazar, después de tantos años de separación, al inmaculado general García. A este hombre, varias veces escapado de la muerte, hay que rendirle el respeto que se merecen los resucitados. Si me dejara apasionar por los lazos que nos unen, pudiera decir que el general García ha tenido la osadía de amedrentar a la muerte con su desprecio...» (Máximo Gómez. *El Cubano Libre.*)

[2] Enrique Collazo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gen de la reclamación tripartita, hecha ya en la época de la República, por los gobiernos de Alemania, Inglaterra y Francia.

Ocurrió después la toma del fuerte de la Loma de Hierro por el general García, mientras Gómez con la caballería, y a la vista de Holguín, guardaba ese camino. Vuelto a Camagüey el General, y antes de emprender el sitio de Cascorro [1], concibió el plan de limpiar de guarniciones españolas la provincia de Camagüey, y, a tal efecto, ordenó a García la formación de una gran columna, con artillería, para que, unida a las fuerzas de Camagüey, atacara a Guáimaro, como lo hizo Calixto, y, mientras éste llevaba a cabo, con el buen éxito conocido, el asedio de la citada población, el General, con el resto de su fuerza, como en Loma de Hierro, frente al Príncipe, cubría la operación. Esta rápida campaña, planeada y decidida por él, llevada a feliz término con tal vigor por Calixto y coronada por los combates de Lugones y El Desmayo [2], fué una de las más brillantes de la Revolución Los españoles perdieron a Cascorro y a Guáimaro, abandonaron a San Miguel y apenas dieron señales de sí en Camagüey durante todo el curso de la guerra.

[1] El sitio de Cascorro, dirigido por Gómez, hubo que levantarlo por la mala calidad de los obuses insurrectos, que no estallaban, por el valor del comandante español Sr. Neila y por una columna de auxilio llegada al final del sitio.

[2] En estos combates el parte oficial español acusaba 21 muertos y 101 heridos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

GOMEZ Y EL GOBIERNO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PRECISO es señalar como explicación a muchas de las cosas sucedidas en el seno de nuestras dos revoluciones, y en el de todas, entre otros, uno de los rasgos, tal vez el más saliente de toda fisonomía humana, pero más acentuado en nosotros, por lo menos en la cara de algunos de los cubanos presentes, de los que son nuestros conocidos, y que reaparece, mal disimulado, al menor toque, al más leve frote investigador, como el alma misma de las acciones de los tales personajes.

Este rasgo fundamental lo es la *egocentria* y la *megalomanía;* de ellos nace, como su legítimo hijo, amable o feroz, el egoísmo que casi siempre los inspira; la vida toda empieza y concluye siempre en sus personas, y, como el héroe de S. Laussane, siempre quieren escribir *yo* con Y colosal y *ustedes* con U muy chiquita. De esta cualidad primordial, y secuela también de ella, así como al noruego lo paren rubicun-

do, estos cubanos vienen ya, desde el vientre maternal, *braveros* [1].

Conocida esta clave se descifran muchos de los sucesos de la Revolución y de los albores de la República, explicada, en sus períodos de bravas, por la conducta pasada de estos personajes, pues, si, como dijo Voltaire, todo hombre ha tenido padres, pero no todo hombre ha tenido hijos, los padres de esta República lo fueron, a no dudar, estos señores de la brava; porque los Martí y los Agramonte, doloroso es confesarlo, no dejaron hijos. Cualquiera de los personajillos del 95, el más ínfimo de ellos, se juzgaba a sí mismo, y de buena fe muchas veces, gran figura del retablo mambí, de igual categoría, por lo menos, que los Gómez y los Maceos.

Frente a estas especies de la brava y de la egocentría, figuran, en toda sociedad, otros ejemplares de colorido diverso, de caracteres opuestos, pero los cuales facilitan y complementan a los otros en el ejercicio de sus funciones. Y nos explicaremos. Los químicos designan con el nombre de coloides ciertas substancias, de consistencia semilíquida, pastosa, sin forma propia y que adopta , por tanto, las del vaso que las contienen; y aquí, entre nosotros, abundan mucho esas substancias, esos coloides, desgracia de algunos de los Presidentes que hemos tenido.

Además, retoños de andaluces, de los hijos de la Bética, del dulce país donde crece lozana la mitomania, son, por ende, también mitómanos esos coloides y esos braveros, a menudo ribeteados por la serpiginosa intriga.

El más insignificante de esos entes, en nuestro país, cree a su ombligo, como el de Buda, el centro del Universo, y ante ese ombligo se debe hundir y desaparecer todo lo creado; no

---

[1] Este término *brava*, provincialismo cubano, desconocido en la colonia, nació al calor de la República, y viene a significar, sobre todo en la política, hacer algo sin razón, sin derecho, en contra de la ley, por la fuerza, y son braveros los que practican este nuevo sistema de ejercer funciones ciudadanas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

existen para su propietario leyes, intereses, nada, en fin, sino sus opiniones, sus soberanos deseos, y él mismo justifica ante sí todo lo que hace, malo o bueno, con su moral; la que él se ha fabricado para uso doméstico, mientras la otra, la de todo el mundo, esa la aplica, inexorable, a los demás, y, cuando se junta en corporación o asamblea, es peor: desaparece de su alrededor, no Cuba, sino el Universo entero. Y no queda más en pie, en esa total tabla rasa, sino su persona, sus intereses y los de sus acólitos. La obediencia a las mayorías, ley de las democracias ¡jamás!, y, en cuanto a la libertad, ya lo dijo Bolívar: «El enemigo más grande de la libertad en América es... el liberal.» He aquí el secreto de nuestra lamentable historia política en lo que va de República, en la que a algunos de estos hombres, tan celosos en recortar a Gómez y a Maceo, se les ha visto después, en su vida pública y en nuestro país, adoptar como ídolos a insignificantes fetiches y prosternarse, admirativos, ante cualquier cuajarón de sangre o de otra cosa.

Vamos, pues, a levantar un extremo de la cortina, no toda, para descubrir algunas de las pequeñas miserias de nuestra Revolución, de bambalinas para dentro, como quien dice, porque de las grandes, no es el momento. La autopsia retrospectiva, o la vivisección —algunos viven aún— de esos hombres, se puede hacer hojeando los documentos y archivos revolucionarios, o bien conociendo la trayectoria recorrida por alguno de ellos en la República, donde han ejercido funciones. Pero no ha llegado todavía esa hora; no es tiempo aún de entrar, escalpelo en mano, en el seno de nuestra Revolución para disecarla, clasificar a sus hombres, rotularlos con sus bien ganadas etiquetas de intrigantes o abnegados, héroes o cobardes, ambiciosillos y arribistas, criminales o apóstoles, y colgarles, en fin, al pecho, todos los atributos, honrosos o viles, propios de la turba humana. Piado-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

samente ahora, para los que fueron obscuros comparsas, odiosos o mediocres personajes, guardemos silencio; aun no es tiempo de sacarlos a la escena; pero, en cuanto a las grandes figuras nuestras, algunas tan grandes que se han salido de su marco, Céspedes, Agramonte, Martí, Gómez, Maceo, Flor Crombet, Serafín Sánchez, Calixto García, puede sobre ellos caer vivísima luz. Del examen de sus altas virtudes, de sus debilidades o errores, todos ellos saldrán purificados a través de la pátina de los años, más grandes aún, mientras que el coro, impreciso y borroso, poco a poco desaparece a través de la lejanía y del tiempo.

La gran figura civil de Martí, fuerza es decirlo, no tuvo sucesores en lo que se llamó primer gobierno de la Revolución. Algunos de los componentes de ese Gobierno carecieron de historia propia [1]. y, es más, no la supieron hacer durante el período de su mando; pasemos, pues, a relatar los hechos.

En cuanto llegó Gómez a Camagüey, en el inicio de la rebelión, presuroso convocó a delegados para elegir el Gobierno, decoración necesaria al movimiento y paso previo para entregar la dictadura, que, con el asentimiento de todos los jefes militares, omnímoda ejercía.

El mismo Marqués, en carta a Estrada Palma, sincero, lo confiesa:

> Creo que la página más gloriosa del general Gómez y que escribiremos con letras de oro... es aquella en que se consigne que, habiéndolo nombrado la emigración cubana General en Jefe de nuestro Ejército, con carácter de dictador, no bien llegó a Cuba, lejos de prevalerse de tal investidura, se despojó de ella, dando las más elocuentes pruebas de proceder democrático...

Este Marqués de Santa Lucía, legendario personaje, con la cara del Moisés de Miguel Angel, no tuvo de aquel per-

[1] El Marqués de Santa Lucía, Masó y Roloff fueron figuras de relieve.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sonaje bíblico la energía, sino sólo en el gesto y en sus luengas barbas. Fué el Marqués un hidalgo cervantesco, un hombre excelente, un nobilísimo personaje, un patriarca camagüeyano, un devoto de la independencia, un cubano cien por cien, pero débil y propicio a la sugestión que sobre él ejercieron sus adláteres, por lo menos, en esta época de su vida.

El resto del Gobierno estaba formado por buenas personas, hasta excelentes personas, si se quiere; abogados de provincia, médicos rurales y modestos empleados, sin relieve nacional alguno, casi desconocidos del público, anónimos en su mayor parte. Apuntamos el juicio formado sobre ellos, recién elegidos, por Maceo en carta a Manuel Sanguily; en ella se lamenta el caudillo oriental por la ausencia de Sanguily, y le dice:

> Es indudable que Ud., con su energía, su valor y su brillante prestigio, hubiera impreso al Gobierno *el sello de seriedad que necesita. Poco afortunados hemos estado...* Sin embargo, todo el mundo hace la vista gorda a los defectos de que adolece el Gobierno...

Durante y después de la Invasión, se puede decir de Oriente y sobre todo de Camagüey que eran «Cuba Libre», en la más absoluta acepción de la frase. Allí se vivía tranquilo, pacífico, cómodo; se nadaba en la abundancia. Suspendidas las operaciones militares en ese territorio, todas las tropas españolas andaban revueltas con Gómez y Maceo por Occidente, y ya Collazo observó del 68: «Cuantas veces la fortuna sonrió a la Revolución, bastardas y mezquinas pasiones vinieron a entorpecer su marcha»; y esta ley histórica ha regido siempre, con fatal insistencia, en nuestra vida toda. Y es que al menor cariz favorable, a cada vislumbre de éxito en la marcha de la campaña, ya los perturbadores, en su fantasía sin límites, contemplaban a España fuera de Cuba, a ésta convertida en República y sentado en su solio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a alguno de los tres hombres de la poderosa trilogía mambisa, Gómez, Maceo o Calixto García, y, llegada esa hora, profilactizaban de antemano contra estos posibles concurrentes. En una palabra, vendían la piel del oso antes de matarlo; es decir, antes de haber triunfado del gobierno español; de ahí sus constantes ataques, en los momentos en que sólo aplausos merecían, contra los que fueron héroes verdaderos.

Como hemos señalado, antes que a Gómez, habían hecho ellos blanco de sus recelos a Antonio Maceo y más tarde a José [1] con imprudente falta de tacto. Los dos hermanos Maceos, mulatos, brillantes Dioscuros de la Revolución, los primeros llegados a Cuba en fantástica expedición, fueron, en ese primer año de la guerra, los dos poderosos brazos de Gómez, dispuestos siempre a morir en el sitio adonde los mandara su jefe, el uno en Occidente y el otro en Oriente [2]; y la conducta observada con estos hombres, sobre todo con José, más que desleal, fué un grave error político y, sin la intervención de Gómez, pudo esto traer fatales consecuencias.

Después de la entrevista de El Galeón, marchó Gómez para Oriente, donde, con la excepción de la tierra pisada por José Maceo y sus tenientes, la guerra se había hecho sentir muy poco. Camagüey era región convertida en frente tranquilo. Y tan preocupado estaba el General por el incierto paréntesis ante sus ojos abierto por la campaña de Maceo en Occidente, que en 6 de febrero del 96, separado de su lugarteniente, aun éste en Vuelta Abajo y acampado junto a

---

[1] «Camagüey, agosto 22 de 1895. Considero que Maceo le habrá remitido *El Cubano Libre*, que ya está publicándose allá. Hemos leído el segundo número; no ha dejado de chocarnos aquello «de órgano Oficial de los insurrectos de Oriente»; no sé a qué viene eso, y me temo que la hormiga quiera criar muchas alas; y esta ambición desmedida nos dé mucho que hacer. José Antonio Maceo que se conforme con sus laureles militares, y será bueno que Ud. le aconseje que se conforme con ser jefe y deje la política a un lado.» (Carta del Marqués de Santa Lucía a Tomás Estrada Palma.)

[2] Así sucedió: José murió peleando en Oriente; Antonio, en La Habana.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Güines el *Viejo*, envió con un propio a Estrada Palma una carta para fijar como destino de la próxima expedición de Calixto García este Occidente; y de tanta urgencia estimó los recursos a Maceo que le dice:

> Cuba está salvada con una expedición por Occidente y eso es lo que usted debe enviar. El arribo del general Calixto García (pero ha de ser él), aunque no sea más que con veinte y cinco hombres..., dará el triunfo a la Revolución... Esta carta la lleva un hombre de confianza..., con el encargo de especificarle en el mapa los lugares escogidos para el alijo.

Como se sabe, estos deseos no se cumplieron y Calixto García fué enviado a Oriente, región tranquila, donde se encontraban los españoles a la defensiva, donde sobraban municiones y recursos, y Maceo quedó largos meses abandonado a su suerte. Como hemos visto antes, cuando se despidió Gómez de Maceo en El Galeón, acordó con éste la formación en Oriente de una columna expedicionaria para llevarle pertrechos, no fiando ambos el porvenir de la campaña en expediciones fortuitas. Veremos la importancia que tuvo este asunto como origen de los disgustos de Gómez con el Gobierno.

A su paso por Las Villas, comenzó el General a darse cuenta de la desacertada intrusión del Gobierno en los asuntos militares, con menosprecio de las leyes por ellos mismos juradas; pero donde llegó al colmo su irritación fué en Camagüey, sede del Gobierno; lugar, según Maceo, en el que «reinaba una paz octaviana.» A su paso por esta región se encontró el general Gómez a multitud de oficiales, con grados ilegítimos, conferidos por el Gobierno, que no los podía dar; al comercio regularmente establecido con los pueblos, comercio prohibido por las disposiciones vigentes; y por estas causas empezaron sus fricciones y pugnas con aquellos hom-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bres, terminadas con el cese del Gobierno al año siguiente, ya que, a excepción del venerable Masó, recomendado por Gómez, ninguno de ellos salió reelecto.

Cuando se juntaban las dos comitivas, la del Gobierno y la del General, irritaba a los hombres de aquel Gobierno, por ley natural, su siempre notoria inferioridad frente a Gómez; a pesar de su efímera jerarquía, irradiaban del caudillo con tal fuerza la leyenda de su pasado, de sus hazañas, de sus aciertos, sus frescos laureles de la Invasión, que la marcial figura del General y el resplandor de su fama apagaban siempre el modesto brillo —el Marqués aparte— y los escasos méritos de aquellos, por otra parte, buenos señores. No tuvieron ellos, como sus predecesores del 68, la aureola del cadalso o de la muerte en el campo de batalla [1]; y, a pesar de esto, celosos, hostigaban sin cesar con sus alfilerazos a las dos grandes figuras de la guerra. Más tarde incurrieron en el grave error de no encerrarse en su modesto papel; pretendieron, como los convencionales franceses, dirigir la campaña; quisieron, como Gómez y Maceo, ganar batallas, cortar laureles, y, para lograr su objeto, empezaron por asumir la dirección de las operaciones militares, iniciativa para la cual no los autorizaba la constitución por ellos votada, la que, con sutiles o francos distingos, violaban a cada paso; sin la más remota capacidad para arrastrar a los hombres a la muerte, sin magnetismo marcial alguno, sin el renombre de los Gómez y de los Maceos, se iniciaron en sus nuevas funciones con una serie de ruidosos fracasos, sin haber logrado rebajar a sus dos grandes caudillos. Calixto García aun no había desembarcado.

En vano se trató por algunos hombres sensatos de limar asperezas, de lubrificar; la conciliación era difícil; no se su-

---

[1] «Durante todo el curso de la guerra no fué herido siquiera un asistente de la comitiva del Gobierno.» (B. Boza.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

man cantidades heterogéneas, y Gómez era lo menos apropósito para lograr su amalgama con ellos. No podía él, adusto y arisco, espíritu rectilíneo como la hoja de una espada, agrio asceta, exhibir ante aquellos hombres mediocres, como el Coriolano de Shakespeare, para solicitar sus sufragios, otra cosa que sus altas virtudes; nada de zalemas, cortesías y lisonjas, empeño de ellos; sólo sus altos hechos. Extranjero, conquistó el codiciado primer puesto de la milicia mambisa por el voto de Martí, de Maceo, de la emigración y del pueblo entero de Cuba, a fuerza de austera capacidad, de merecerlo mil veces; y, si en su férrea armadura de hombre o de soldado hubiera aparecido, desde su nacimiento hasta la muerte, la más pequeña fisura, ¡cómo la hubieran agrandado los pequeños roedores, los mínimos comejenes que a su lado bullían! Pero en vano las figurillas de la Revolución clavaron, y aun clavan algunas, afanosas, sus pobres, sus miserables dientes sobre el duro, sobre el liso basalto de su excelsa figura, bruñida por la gloria. En su inútil tarea, no han podido lograr esos hombres, desdentados casi, arañarla siquiera.

Como por todas estas desavenencias presentó Máximo Gómez, por dos veces, la renuncia de su alto cargo, merecen, en mérito a estas renuncias, un poco de historia. He aquí el primero y más ruidoso de los choques ocurridos entre ellos y el General.

La columna de auxilio a Maceo —quinientos hombres, esmeradamente escogidos por José—, acordada, como hemos visto, en la entrevista de El Galeón y formada por la orden expresa de Gómez, se encontraba ya en marcha y conducía esos pertrechos, enviados por el General en Jefe a su teniente, cuando el Gobierno, de vuelta de su fracasado ataque a Sagua de Tánamo, se encontró con esta columna. Incontinenti nació en los miembros de ese Gobierno el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

prurito de desquitarse de lo de Sagua de Tánamo y mandaron a *Mayía* Rodríguez, el jefe elegido por Maceo, la suspensión de la marcha de sus fuerzas a Occidente; le impusieron la desobediencia a las órdenes de Gómez, el abandono de la comisión que le fué confiada; se apoderaron de las municiones y de los hombres destinados a Antonio Maceo, se los incorporaron, y fueron a malgastar inútilmente estas municiones con otro frustrado ataque, el de La Zanja, sin haber conseguido otra cosa sino añadir una ridícula fecha más a la de Sagua de Tánamo.

A este acto de manifiesta, de absurda enemistad a Maceo, clavado a centenares de leguas de allí, lejos de todo socorro, sin municiones, y de hostil resistencia al cumplimiento de las órdenes de su General en Jefe, nadie ha podido encontrarle explicación hasta ahora. Cuando los dos soldados «extraordinarios que simbolizaban la vida de la Revolución y eran el alma de la guerra» [1], coronaban la historia militar de los cubanos con el éxito más ruidoso, la Invasión, arrancando aplausos hasta en el extranjero; en los momentos en que Maceo, como un paladín antiguo, retaba a Weyler en Vuelta Abajo, y cuando, exhausto de cartuchos, aguardaba, impaciente, los recursos ofrecidos por su jefe, nadie sabe por qué fué aquel momento el escogido por ese Gobierno para rebajar el prestigio de Gómez y negar los auxilios, ordenados por éste, al heroico mulato, emblema del valor.

Esta inexplicable operación de La Zanja, sucedánea de la urgentísima, de la previsora, de la del socorro a Maceo, ordenada por Máximo Gómez, no parece haber tenido otro objeto sino minar la autoridad de éste y hacer sentir a Maceo todo el peso de su omnímodo poder. Si este error, —de algún modo ha de llamársele,— no tuvo fatales consecuencias

[1] José Miró: *Crónicas de la Guerra.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para la vida de la rebelión en Occidente, se debió, a más del heroísmo de Maceo, a la incapacidad de Weyler, arrojando el número mayor de sus tropas sobre La Habana y Matanzas y descuidando, en cierto modo, cerca de un año a Maceo, que era su más temible enemigo [1].

El efecto causado en los dos hombres heridos por tan absurda, por tan malévola disposición, era de esperar, y ambos reaccionaron ante el suceso según su temperamento habitual. Gómez, colérico, vació sobre los torpes estrategas sus sarcásticos comentarios; y Maceo, mesurado, pero enérgico, protestó de ello con amargas reconvenciones.

Apenas extinguida en el campo mambí la polvareda levantada por la desgraciada intromisión de este Gobierno en los asuntos militares, creó este, y de seguida, el problema

---

[1] «*¡Fines políticos!* Es la ridícula muletilla en que se apoya el Consejo Civil para ordenar a un jefe militar desatienda las órdenes de este Cuartel General... ¡ Altos fines políticos! repite muy orondo nuestro Consejo de Gobierno..., para marchar a dar paseos y para hacer nada entre dos platos..' ¡Altos fines políticos! para ir a fracasar frente a Sagua de Tánamo y La Zanja y dar grados a roso y belloso...» (Carta de Gómez a Calixto García, fechada en 29 de mayo de 1896.)

«Yo no he pedido la Jefatura del Ejército, sino que se me ha dado, y no por una agrupación civil, sino por la misma Revolución. Tampoco he venido aquí a representar papelones... Hay grandísima diferencia entre una orden, firmada por mí o por el general Antonio Maceo, y otra firmada por el Marqués de Santa Lucía o por Severo Pina...» (De Gómez a Carrillo, 29 de mayo de 1896.)

«A no ser por tanto valor y abnegación, demostrado por cada hombre..., la Revolución hubiera fracasado aquí, mientras los señores del Gobierno veían, desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio de este Ejército, sin parque y sin otro auxilio que su propio esfuerzo... ¿Así se cumple como Gobierno, como patriotas y como militares? De esta clase de elementos se compone nuestro Gobierno, y en el presente caso ha carecido de todo; ni el patriotismo le indujo a prestar apoyo a sus hermanos que sucumbían... Si yo hubiera venido a la Revolución a servir a los hombres, hace tiempo hubiera abandonado la idea de prestarles ayuda.» (Maceo a *Mayía* Rodríguez, julio 27 de 1896.)

«He recibido con desagrado, en medio de tan angustiosa situación, por falta de hombres aguerridos y parque, la noticia de que el Consejo de Gobierno impidió viniese el contingente... que pedí de acuerdo con el General en Jefe... Estimo que mientras dure la guerra debe ser depuesta esa sub-división del mando entre el Gobierno y el General en Jefe, pues queda así éste sin la fuerza moral que necesita quien tiene sobre sí la *responsabilidad de su cargo y la de su fama militar*... Ojalá, pues, que el Gobierno, en vista de lo que pudo ser un fracaso completo, impidiendo que viniesen los refuerzos, tenga en cuenta esta observación, fruto de nuestros desaciertos en la guerra pasada.» (Carta de Maceo al Marqués, julio 17 de 1896.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

José Maceo. Debemos consignar de paso que todas las acusaciones de parcialidad hacia los Maceos, a menudo imputadas a Gómez, lo fueron sin justificación alguna. Gómez, es cierto, tenía por ellos cariñoso afecto, gran admiración, legítimo orgullo; fué su maestro, los formó, como lo hizo con Calixto García, Flor Crombet, *Paquito* Borrero, Moncada, Cebreco y otros cien; además, no en balde comparten los hombres los peligros de un vivac de diez años, y Gómez, sin duda, era un grande amigo de los Maceos, pero entonces veía en ellos, no a sus amigos, sino a sus más útiles, a los más templados instrumentos para su obra, para la guerra a todo trance; he ahí explicada la preferencia que siempre tuvo por los dos heroicos mulatos.

A José Maceo no se le ha hecho bastante justicia en Cuba, incluído, como lo está siempre, dentro de la gloria de su hermano. Era José Maceo un hombre magnífico, sencillo, leal, compasivo; un soldado de cuerpo entero; Gómez, parco en discernir honores, le llamaba siempre «el héroe negro.» Este hombre arrastraba tras sí a todos los hombres de color, en gran mayoría por Oriente, sobre todo por Cuba, Guantánamo y Baracoa; salió cubierto de honores de la guerra de los Diez Años, de la Guerra Chiquita, de los presidios españoles, de su *odisea*, de Arroyo Hondo, de El Jobito, de Sao del Indio y de cien combates más. Gómez le había encontrado digno y le eligió, caso de no venir su hermano, para comandar a los orientales en la Invasión; así, pues, a José Maceo no se le podía tratar con tanto desdén como lo hizo el Gobierno, el cual, desde muy temprano, comenzó sus hostilidades contra él; puso todas las tropas de Oriente bajo las órdenes de Carrillo, recién desembarcado y jefe con gran popularidad en Las Villas, pero sin ambiente en Santiago. Llevado Carrillo a Las Villas, su campo natural, por Gómez, lo sustituyó entonces el Gobierno, con

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mayía Rodríguez y, por si fuera esto poco, cuando nombró en lugar de *Mayía* Rodríguez a Calixto García, lo hizo acompañando su orden con juicios tan despectivos, tan mortificantes para José, que, conocidos por éste, sus consecuencias no se hicieron esperar [1]. La reacción amenazadora de José al saberlos, y su desobediencia ante ellos, fueron inmediatas. Se repetían los imprudentes aguijonazos prodigados a Vicente García en la Guerra Grande y, como la historia se repite, el 95 reeditaba al 68.

Calixto García, por su capacidad superior, por sus altas prendas, por su pasado, por su cultura y por su claro talento, era el jefe indicado para tan extenso mando, pero la píldora que se había de tragar José Maceo era demasiado amarga para no haberla envuelto con un poco de dulce, y José, el ídolo de su gente, se negó de plano a aceptar la jefatura de Calixto García.

El General, por encima de todas esas miserias e intrigas, olvidó sus rencores y sacó al Gobierno de la estacada escribiendo una cariñosa carta a José y otra de admonición

---

[1] A Tomás Estrada Palma. «Febrero 5-96... Se divide en dos departamentos, Oriental y Occidental. En el primero se nombrará a Carrillo hasta que venga Calixto García... Por eso tanto deseo la venida de Calixto, por más que a algunos les pesa, como verá por mis apuntaciones... No comprendo cómo Gómez, con su carácter, se ha dejado dominar por completo de este elemento.» A Miguel Betancourt. «Mayo 16-96... El pensaba [José Maceo] renunciar. Nos vino de perillas, porque José Maceo no es de nuestra confianza. No sirve para desempeñar el puesto... Hemos nombrado Jefe del Departamento a *Mayía* para contener la ambición de José Maceo.»

A Tomás Estrada Palma. «Julio 4-96... También acá hemos tenido nuestros puntos negros. José Maceo se creyó que él en Oriente y su hermano en Occidente, debían ocupar y dirigir todo el cotarro... Permítame esta digresión. En cartas anteriores escribí sobre este individuo, y sé positivamente, aunque me tiene sin cuidado, que lo que yo he mandado decir en cartas particulares se lo han mandado a decir a él por este mismo correo, y sin duda ha sido causa de resultados posteriores. Hace tres días que se ha recibido su renuncia de Jefe del Primer Cuerpo; no me ha cogido de nuevo, pues lo sabía y lo esperaba, pues él no consentía a nadie que se le sobrepusiera; pero si el motivo que da para la renuncia: «Por saber o constarle que el Gobierno no está contento con él.» Si por mí hubiera sido, mi contestación hubiera sido lisa y llanamente admitirle la renuncia, pero como eso dependía del Jefe del Departamento y del General en Jefe, el primero ha contestado no admitiéndosela... Todo lo hace atenido a ciertos adulones que tiene a su lado.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a Antonio; tomó bajo su égida a Calixto [1] y salió a marcha forzada hacia donde estaba José, con el ánimo de aplacar la tumultuosa cólera de aquel hombre, tan primitivo como leal, pero no llegó a ver a su más querido teniente, pues, como todos saben, José fué muerto en esos días en el combate de la Loma del Gato.

No bastando todos esos desaciertos a los hombres de aquel Gobierno, la emprendieron después contra Gómez y Estrada Palma, para someterlos con ciega obediencia a sus extravagantes proyectos o hacerles, si resistían, renunciar sus codiciados cargos, sobre todo el de Don Tomás, y entonces tuvo principio la cruzada contra ellos, hasta lograr, como sucedió, la renuncia de ambos.

Terminada la brillante campaña de Camagüey con los combates de Lugones y El Desmayo, la rendición de Guáimaro y el abandono de Cascorro, plan de operaciones ideado, ordenado e impuesto por Gómez y en el que éste comparte con Calixto García, su segundo, los laureles, y ya decididos los Secretarios a quitarse de encima al poco dúctil, al molesto General, fabricaron, como amasa el escarabajo su pelotilla, una moción, índice de su incapacidad en asuntos de la milicia [2]. Por ella suprimían el cargo de General en Jefe y lo sustituían con ellos mismos, con los Secretarios del Gobierno, únicos entonces a dirigir las operaciones de la guerra y con quienes se entenderían en lo adelante los jefes de fuerzas; es decir, no reemplazaban al general Gómez con otro jefe, sino sólo con ellos. Querían ser los generales en jefe, a pesar de Sagua de Tánamo y de La Zanja; querían aquellos inofensivos y tranquilos ciudadanos, de los cuales,

---

[1] «Leídas las comunicaciones que Ud. dirige al general José Maceo, cúmpleme decirle que corre de mi cuenta solucionar ese conflicto. Usted no se preocupe poco ni mucho: dedíquese a sus operaciones y organización, que yo le escribiré al general José Maceo.» (Carta de Gómez a Calixto García, junio 11 de 1896.)

[2] García Cañizares fué su autor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

unos, hacía poco dejaran la cabecera de sus enfermos, otros, recién abandonadas sus oscuras labores pueblerinas, después de revestirse con los fieros arreos de Marte, en blanco aun las hojas de su virgen historia militar, querían, digo, con infantil jactancia manejar con más acierto, a los indómitos mambises, a esos hombres que siempre tascaron, a duras penas, el freno, regidos por la ruda mano de Gómez. No sabían, elemental en la guerra, que las dotes de mando no se crean por decreto; olvidaban, ilusos, la fábula del asno revestido con la piel del león. No pudieron imaginar siquiera que a la primera columna enemiga con la cual se toparan, una vez descubierto el disfraz, una vez conocido el engaño, una vez sabido por los generales españoles que formaban a su frente, no Gómez, no Maceo, no García, sino el pacífico Dr. Cañizares o el bondadoso de Severo Pina, caerían entonces sobre ellos con tan irresistible arremetida, que aventarían, dispersos, como leve hojarasca, a los improvisados generales y a los infelices mambises puestos bajo su mando.

Por fortuna para éstos, quedó la moción sobre la mesa, porque Portuondo cortó el nudo gordiano, dirigiendo una carta un si no es insultante a Gómez, y el Gobierno amenazó en una comunicación al General con destituirlo si no renunciaba su puesto, al par que también lo hacía por ese mismo tiempo con Estrada Palma.

Conocidas por Gómez las injustas expresiones de Portuondo, calificándolo de extranjero, presentó, de modo irrevocable, la renuncia de su cargo, y, readquirida su condición civil, se aprestó a vengar la ofensa, enviando una durísima carta a Portuondo [1]. Terminada, pues, con su dimisión esta larga pugna con el Gobierno, recobró el General su sere-

[1] Esta carta dió lugar a un conato de duelo entre el anciano General y el joven Secretario.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nidad y no tuvo sino un deseo: efectuar cuanto antes su salida de Cuba y prestarle el último servicio a la causa de Independencia, entregando el mando a su lugarteniente, único capaz de sustituirle. Había pensado primero pedir a éste, ya en su nuevo cargo, un mando subalterno en Pinar del Río, para hacer como partidario, la guerra de montaña y revivir, en la Sierra de los Organos, sus hazañas de Guantánamo en el 71; pero después, recordándole alguien el vil calvario de Céspedes, no quiso, como el caudillo bayamés, quedar a la merced de sus venenosos enemigos y decidió abandonar, como hemos dicho, la Isla, dejando trunca su obra de treinta años.

Ya antes de tener lugar estos acontecimientos, abrigaba el General el propósito de pasar la Trocha y ponerse al habla con su teniente, con Maceo, por varios motivos. Era uno de ellos éste: junto a los planes del Gobierno y conocido de él, se organizaba a la sombra otro proyecto para echar abajo, no sólo ese Gobierno, junto con Gómez, sino también la novísima Constitución de Jimaguayú, con el histórico y viejo pretexto de «reformas políticas». Fué el alma de esos trabajos el Dr. Eusebio Hernández, quien escribió varias cartas a Maceo solicitando su concurso para tales proyectos, acogidos con franco desvío por el caudillo oriental, y tanto, que no contestó una letra siquiera sobre ello a las cuatro cartas en que el Doctor le explicaba sus planes.

No podían ser entonces más injustificados estos ataques al General. Jamás se había presentado para los cubanos tan satisfactorio, como lo era en esos días, el curso de la guerra. Gómez había alcanzado al frente de los mambises tal éxito, que podía esperar tranquilo el término de las *tres secas*. De sus dos tenientes, Maceo en Occidente, con su brillante campaña de Vuelta Abajo, era la admiración de todo el mundo, y el otro, García, en Oriente, tomaba la ini-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciativa de las operaciones, y las tropas españolas, sólo a la defensiva, acudían tarde y mal, a socorrer los poblados y fuertes destruídos a cañonazos y rendidos a Calixto: así, pues, tranquilo podía ver el general Gómez el desarrollo de la campaña y, pasada la Trocha, en el centro de la Isla, se reduciría su papel sólo a coordinar las operaciones de sus dos tenientes: pero, como se sabe, la última carta del Dr. Hernández a Maceo fué tan alarmante, contenía propósitos tan disolventes, que decidieron a éste a atravesar de *impromptu* la Trocha, para unirse a Gómez, recibiendo, como todos también saben, la muerte inesperada en la escaramuza de Punta Brava.

Cuando emprendía el General la marcha, guiando una gran columna mambisa, para con ella atravesar la otra Trocha, adolorido por la insensata conducta de aquellos hombres a los que no quería echar a rodar de un manotazo, como se le aconsejó, cosa que podía, pero no quiso hacer, explicando a sus consejeros: «No. Esto sería peor que la conducta de ellos»; cuando con este mismo Gobierno caminaba rumbo a Las Villas, para entregar el mando y salir de Cuba, se recibieron las primeras noticias de la muerte de Maceo y de su primogénito. Triste, agobiado por intenso pesar, por la muerte de Maceo, su amigo, su brazo derecho, a quien esperaba, para descansar, y la de *Panchito,* su hijo, todos a porfía procuraban disipar su pena; nadie creía en noticias de origen español, tantas veces falseadas; a él mismo ¿no lo habían muerto en muchas ocasiones? Pero él las tuvo en el acto por ciertas y dijo a Boza: «Si el corazón de un amigo se puede engañar, el de un padre, no. Maceo y mi hijo han muerto. Ahora tendré que batallar solo.»

En estas condiciones de ánimo preparó su peligrosa operación, que de modo brillantísimo, como siempre, y sin una sola baja, realizó. Después de un intento para forzar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en la Nochebuena el paso de la Trocha, casi por su centro, en la noche del 26 de diciembre la atravesó, cerca de Morón, por el Norte, por Cayo Anguila, en medio de un infernal tiroteo y sin haber sufrido, como hemos dicho, una sola baja, conduciendo hasta el suelo de Las Villas, tantas veces hollado por su caballo en las dos guerras, sano y salvo, un inmenso convoy de infantería, caballos, impedimenta y pertrechos de guerra.

Ya en la zona de Sancti Spíritus, acampado en Santa Teresa, el coronel Moreno de la Torre y el comandante Cosme de la Torriente le dieron el parte oficial del combate de Punta Brava y de su resultado. Confirmada la noticia de la muerte de Maceo y de su hijo, el padre, dominando su dolor, no se sintió más que General y, volviéndose a su Estado Mayor, le dijo: «Si me hubieran traído solamente la noticia de la muerte de mi hijo, estaría más tranquilo... pero ¡qué vamos a hacer! Mi *Manana* irá preparando otros Gómez para que vayan cayendo» [1]. Y escribió la sentida proclama cuyo facsímil publicamos.

Transcurridos los días de luto impuestos a sus fuerzas, reiteró el General la renuncia de su cargo. Perplejo se vió el Gobierno: había de poner al frente del Ejército a Calixto García, quien sentía por los miembros del Consejo, y no lo ocultaba, profundo desdén.

El hondo disgusto, la sorda fermentación que agitó el campo mambí, los denuestos proferidos contra los componentes del Gobierno cuando fué conocido en las filas mambisas el motivo de la renuncia de Gómez, los hizo reflexionar; rectificaron; y se provocó una reconciliación con Gómez, que retiró su renuncia. El Consejo retrocedió a Camagüey y de cuando en cuando con algún nuevo error daba señales de sí, como lo fueron el absurdo proyecto de expedición a Puer-

[1] José Cruz: *Diario.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

to Rico y a Isla de Pinos, mientras Matanzas agonizaba; las comisiones a Nueva York, *botellas* discernidas entre amigos con cargo al tesoro de la Revolución; la conducta observada con el teniente coronel Izquierdo; la nueva Ley Electoral, etc., etc., hasta las elecciones celebradas en 29 de octubre, en las que *ninguno de ellos salió reelecto,* con la excepción de Bartolomé Masó, recomendado por Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA REFORMA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

MUERTO Maceo, surgió, de seguro entonces, en la mente de Gómez el plan genial, que realizó después de modo tan admirable; en silencio, sin consultas, y como en el año 75, cuando la invasión de Las Villas, lo preparó tan en secreto que nadie en las filas cubanas lo pudo sospechar, como veremos. En el ocaso de su vida ya, escribió esta última página de su historia militar, y en ella se superó a sí mismo, a todo lo que antes había hecho, a su campaña en Santiago de Cuba, durante los años del 68 al 70; a la invasión de Guantánamo en el 71; a las jornadas de Camagüey en el 73 y 74; a la invasión y campaña de Las Villas en el 75 y 76; a la maravillosa *campaña circular* de Camagüey en el año 95; a su campaña *lanzadera* de La Habana en el 96; nada, nada se puede comparar a esta épica aventura, a este duelo desigual, que duró 20 meses, entre Weyler y Blanco [1], con sus 40,000 hombres y él, frente a 4,000, mal armados y peor municionados.

[1] Weyler, 11 meses; Blanco, 9.

En estos momentos, Occidente, comarca la menos propicia para sostener una larga campaña de guerrillas, era terriblemente castigada por la guerra; pero, aun cuando Weyler declaraba a estas provincias en paz, todavía quedaban luchando allí, por el Pan de Matanzas, por San Miguel de los Baños, Marianao, Bejucal y Batabanó, frente a 88 batallones españoles, unos 21,000 mambises, de los cuales estaban armados 12,000 o tal vez más.

Urgía, pues, auxiliar a estos héroes de Occidente; era preciso quitarles de encima esa nube de enemigos; impedir o retardar las nuevas operaciones sobre Camagüey y Oriente, donde 30,000 cubanos alzados habían convertido tranquilamente el país en Cuba libre, y confiar el desenlace de la campaña al tiempo; Gómez decía: «el tiempo es nuestro, y a España le toca apagar el incendio».

Pero ¿cómo hacerlo? Pues con un proyecto que sólo él podía llevar a cabo, y nadie más que él, porque, junto a su frío y maravilloso instinto para juzgar de los hombres y de las cosas de la guerra, unía el heroico talante [1] de los dos Maceos. Como Cánovas definía la guerra de Cuba un negocio de dos balazos felices, uno para Maceo y otro para él, los dos puntos neurálgicos de los españoles, y ya Maceo había caído, restaba sólo él como la piedra de imán para fijar las operaciones del general español, cuya psicología y dimensiones mentales conocía o adivinaba. Sobre estas dos tan sencillas nociones, la teoría de Cánovas y el meollo de Weyler, imaginó sus planes y pudo realizar el milagro de La Reforma, porque pronto veremos a este Weyler, como dócil animal vacuno, acudir solícito tras la sabia muleta

[1] «Si un general de ejército fuera atrevido y circunspecto a la vez, sería casi invencible»; esta máxima de Federico el Grande parece expresamente cortada, le viene a la medida a Máximo Gómez, capitán osado y prudente a la vez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del *Viejo* en su inútil empeño por destruírlo o hacerle repasar la Trocha [1].

Eligió el General la comarca de Sancti Spíritus, junto a la trocha de Júcaro y Morón, como el campo de sus operaciones, ya que Weyler y los generales españoles, sin salirnos de la Tauromaquia, tenían *querencia* por las trochas. Se puede decir que toda la guerra del 95, en sus dos fases, antes de la muerte de Maceo y después de la muerte de Maceo, se redujo a combatir a los dos hombres —primero al uno, después al otro— y fijar sus operaciones en la trocha de Mariel, antes, y en la del Júcaro, después, hasta la terminación de la guerra. Desde esta línea del Júcaro, con la mayor facilidad, podría Gómez comunicar sus órdenes a los extremos de la Isla, pues ese sitio, escogido por él, está precisamente situado casi en su centro geográfico, y reunía, a la par, los más propicios elementos para operar con caballería, como se propuso.

Tuvo entonces su principio esta larga, esta mitológica campaña de La Reforma, de veinte meses casi; increíble, fabulosa, si no hubiera sido éste un hecho contemporáneo y conocido por todos en Cuba. Se pudo por ella medir hasta dónde podían llegar los inagotables recursos del hombre llamado por el *London News* el «Napoleón de las guerrillas», para con tan exiguos elementos mantenerse, sin salir de esa zona, en una tan dilatada campaña defensiva, y sostener siempre, recelosos y en guardia, a sus 40,000 enemigos, preocupados por aniquilarlo, deseo que nunca pudieron lograr. Y si en Palo Seco, Las Guásimas, Mal Tiempo y Saratoga dió su medida mandando columnas en acción ofen-

[1] Durante el año 96, el teniente coronel Martínez Baños mandaba el batallón de Luchana, en la columna del entonces coronel Rotger. En una noche de lluvia, acampado en *Mi Rosa*, en mi casa, jugaba al ajedrez, mientras conversaban sus oficiales sobre motivos de la guerra, y uno de ellos cubría de burlas a los jefes mambises. El teniente coronel, hombre respetable, de blanca barba, le interrumpió: «¡No sabe Ud. lo que dice! Maceo nos embiste como un toro furioso donde quiera que nos divisa.» Otro oficial le preguntó: «¿Y Máximo Gómez?» «¿Máximo Gómez? — le contestó, sonriente, Martínez Baños — ¡Ese es el que nos torea!»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

siva, esta campaña de La Reforma lo proclamó el prodigio de la defensa.

El general Freyre de Andrade nos ilustra mejor que nadie sobre el origen y los fines que con esta campaña se propuso el General. Dice el general Freyre, actor de la guerra en esos lugares:

Audacia sería en los contemporáneos formar juicio completo sobre Máximo Gómez. Pero es obligación de los que de cerca le tratamos emitir nuestra opinión sobre él, para que en el futuro los cubanos, si es que no están llamados a desaparecer como nación, puedan juzgar al hombre insigne que inspiró más respeto que cariño y más miedo que respeto. Quien calificara al General Gómez como hombre de talento o cultura, erraría el adjetivo; su poderosa inteligencia podía, con justicia, calificarse de genial; por eso en la guerra tuvo éxito en el plan estratégico, producto de su admirable intuición... Creíamos todos los que acompañábamos al General en Jefe, en su paso por la Trocha en diciembre del 96, que empezábamos la segunda invasión... Los de Oriente habían visto alejarse aquel impetuoso caudillo que, pudiendo hacer batirse a los otros, se lanzaba, nuevo Quijote, a dar el pecho a las balas, en perennes combates, y días sin pan y sin reposo, cuando tanta gloria o mayor podía alcanzar, en esas benévolas y cómodas comarcas, en las que se peleaba eligiendo el momento y el terreno, con segura retirada, con bien ordenados hospitales.

Traspasado de dolor por la muerte heroica de su hijo, adusto por temperamento y por su modo de entender los deberes de General en Jefe, apenas salía de la exigua tienda en que encerraba sus actividades. Me atreví en una ocasión, en que lo noté comunicativo, a mostrar mi extrañeza por la inacción en que estábamos en los potreros de Sancti Spíritus, y me quedé atónito cuando le oí declarar que nada estaba más lejos de su ánimo que seguir a Occidente, ni abandonar aquel territorio, y su explicación me pareció un desatino: «Si voy para La Habana, se acaba la guerra en Occidente y le doy gusto a Weyler; aquellas comarcas están casi agonizando, y al ir yo pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirme; en cambio, si me quedo aquí, obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tiene mucha gente en trochas, líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme; de este modo nuestras fuerzas de esos territorios se reharán y tendrán respiro, habiéndole yo ayudado a ello sin buscar golpes de efecto inútiles.»

No me atreví a discutirle lo que me pareció absurdo; pero Máximo Gómez con intuición admirable había adivinado el porvenir, y antes de un mes teníamos a 40,000 españoles operando en fortísimas columnas, haciendo combinaciones pueriles para batir al General, que durante más de un año se burló a mansalva de sus enemigos y llegó con sus fuerzas casi intactas hasta el final de la campaña.

Como anticipara a Freyre, reconcentró sus tropas, anunció la marcha para Occidente de la segunda invasión, hizo comunicar esta nueva a todos, se publicó a los cuatro vientos, y, para divulgarla aún más, hacía caer comunicaciones tendenciosas, cartas, en las manos de las autoridades españolas [1], unas dirigidas a personajes reales, otras a imaginarios, y en las cuales prometía marchar para Occidente. Esparcida esta noticia, la creyeron todos en Cuba, hasta los mismos insurgentes; se extendió a Matanzas, a La Habana, y, en fin, fué un secreto a voces eso del nuevo movimiento de Gómez, la nueva invasión.

Lo más extraordinario de esta campaña fué su reducido teatro y su larga duración. No salió Gómez apenas de la campiña limitada al Este por la trocha de Júcaro a Morón, línea militar de unos 46 kilómetros de extensión [2], casi de mar a mar, guarnecida a veces hasta por 10,000 enemigos, y al Oeste por los dos Jatibonicos; siempre operó muy cerca de aquella línea, encerrado entre ella y los dos ríos referidos, y los linderos de La Reforma, Santa Teresa, La Demajagua y

---

[1] «Póngale sobre a esa carta y vea si a Ud. se le ocurre otra cosa, de efecto, que poner dentro, para que mañana hagamos de modo que todo eso caiga en poder de los españoles. El fin es hacerle la guerra de todo modos.» (De Máximo Gómez a Valdés Domínguez.) El coronel León Primelles dejó caer cartas por este estilo junto a los fuertes españoles varias veces.

[2] Aunque la línea militar, por sus naturales zig-zags, era más extensa, la distancia de mar a mar viene a ser de 46 kilómetros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los Hoyos marcaron el perímetro dentro del cual se movió durante casi todo ese tiempo; polígono apenas de ocho o diez leguas cuadradas; verde planicie de inmensas y ondulantes praderas de guinea y del paral, que formaban horizonte y eran de excelente pasto para sus caballos; además, estos grandes potreros, con aguadas naturales, jalonados a trechos por bosques espesos, eran de lo más a propósito para abrigar sus emboscadas de infantería. Las tropas usadas para este propósito, fueron las de la primera división de Las Villas, zonas de Sancti Spíritus y Remedios; y sus valiosos auxiliares, el sagaz general José Miguel Gómez, muy popular en la comarca, jefe de la división, y el general José González Planas, de la raza negra, valeroso jefe de la brigada de Remedios; las fuerzas de caballería y de infantería de esta división no sobrepasaron nunca, cuando más, la cifra de 3,500 a 4,000 hombres, la mayor parte armados de Remington, Winchester y algunos de Máuser; y millares más entre pacíficos, prefectos, jefes de postas, postillones, hombres y mujeres, población civil. La escasez de municiones era tal entre estas fuerzas que a veces se distribuía a un regimiento, por todo repuesto, unos cientos de cartuchos [1].

Acompañaban siempre a Gómez, amén de hacerlo muchas veces las fuerzas locales de José Miguel Gómez y de González Planas, su escolta y su estado mayor, un poco más de cien hombres, todos escogidos, veteranos de la Invasión, mandados por hombre del temple de Bernabé Boza; el regimiento Expedicionario de Camagüey, otro centenar, cuyo jefe era un gran soldado camagüeyano, el entonces coronel Armando Sánchez Agramonte. Grupos de infantería del *Se-*

---

[1] «Julio 15. Acampamos en El Laurel. Se le remiten cien tiros al comandante Calvo. Sale el capitán Miquelini; lleva cincuenta tiros para el comandante José Agramonte. Agosto 7. Se remiten trescientos tiros al comandante I. Cervantes. Agosto 8. Cien tiros al comandante Miquelini. Agosto 10. Sale el comandante Muñoz y lleva trescientos tiros al brigadier Gómez....» (*Diario* del general Boza.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

rafín Sánchez y el soberbio regimiento espirituano de caballería *Máximo Gómez*. De cuando en cuando, concentraba, reunía hasta un millar de hombres, de los de José Miguel Gómez y José González, y con ellos alardeaba, advertía a los generales españoles, siempre circunspectos ante Maceo y ante él, de lo que les podría pasar si fraccionaban sus fuerzas, con la ficción de grandes combates; en otras, atacándolas de firme, como en Santa Teresa o Juan Criollo.

Remontó con sumo cuidado su caballería, escogiendo él mismo los caballos; organizó civilmente la comarca e impuso a todos los pacíficos la obligación, ineludible, de sembrar labranzas; aquello, lo sabía él, iba a ser muy largo y hacía sus preparativos.

Como nos informa Freyre, para fijar la atención de Weyler sobre sí, y agrupar la mayor parte del ejército español sobre esta zona, simuló la invasión a Occidente e inició su estratagema concentrando casi todas las fuerzas reunidas de Carrillo, José Miguel Gómez y José González, para sitiar con ellas a Arroyo Blanco, población fortificada en comunicación heliográfica con Sancti Spíritus, que, a su vez, la tenía por telégrafo con la Habana; cañoneaba con la artillería de dinamita de Carrillo a sus fuertes, sin moverse de aquel lugar, siempre amenazador, y, cuando veía comunicar a poco el heliógrafo de Arroyo Blanco con Sancti Spíritus, satisfecho anunciaba a los suyos:

—A estas horas saben en La Habana y hasta en Madrid que yo estoy atacando con artillería a Arroyo Blanco; dentro de poco verán ustedes a Weyler por aquí—. Y frotándose las manos, añadía: —Sus tropas me van a caer encima como las moscas a la miel.

Desde luego, ante aquel fantasma de nueva invasión, proyecto anunciado con tan ruidosa publicidad, delatado por esas falsas comunicaciones, dejadas caer de propósito, como

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hemos dicho, en la manos de Weyler, comenzó éste por acumular tropas y más tropas sobre él, y como asegurara Gómez, tuvo, para hacerlo, que desguarnecer las provincias occidentales.

Sólo gentes tan ignorantes como lo fué Weyler de las cosas de la insurrección cubana pudieron imaginar posible otra invasión y en igual disparate incurren los que, dentro o fuera de la revolución, han hablado de su viabilidad. La era de las invasiones a Occidente se había cerrado para siempre. Esta operación militar, es decir, la marcha de los insurrectos, con grandes columnas, a esas comarcas, no se podía hacer más que por una sola vez, y precisamente en la fecha en la cual se realizó, y nunca después, como afirma José Miró. Dos o tres meses más tarde, tal vez hubiera sido imposible, y en ese año 97, jamás; entre mil razones, por una sola: porque, llegados por milagro, caídos del cielo cuatro o cinco mil mambises, en las provincias de Matanzas y La Habana, para ser aniquilados, no tenían los españoles que atacarlos; bastaba dejarlos solos, y, en estas desoladas provincias, se hubieran muerto, fatalmente, de hambre, no únicamente ellos, sino hasta sus propios caballos.

El general Weyler sacó de Pinar del Río para esa campaña catorce batallones, y los otros de La Habana, Matanzas, Cienfuegos y Sagua. En la orden general del ejército español del 15 de febrero de 1897 se consignaron las tropas que puso Weyler a sus inmediatas órdenes. Fueron éstas los batallones del Rey, Mallorca, Zamora, Mérida, Extremadura, Princesa, América, Albuera, Tarifa, Pavía, Barcelona, Garellano, Llerena, Guipúzcoa, Covadonga, Saboya, Navas, Navarra, Puerto Rico y Arapiles; las baterías de montaña cuarta y tercera del Cuarto Regimiento; tercera y sexta del Quinto; los regimientos de caballería de la Reina y del Príncipe, completos; los escuadrones de Montesa, Pa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vía y Sagunto, y, unidas a estas tropas, para operar junto a ellas y de concierto, las de la división Spíritus-Remedios, que comprendía a los batallones de Granada, León, Tetuán, Chiclana, Murcia, Isabel II, Borbón, 1ro. de Alfonso XII, 2do. de Alfonso XIII, Provisional de Puerto Rico, Reus, Sevilla e Ingenieros; baterías quinta y segunda del Cuarto Regimiento, guerrillas, los voluntarios movilizados de Camajuaní [1], Remedios, Sancti Spíritus, y el regimiento de caballería Hernán Cortés; es decir, concentró en aquella zona, de cuatro leguas apenas, treinta y tres batallones, treinta escuadrones y seis baterías. Además, operaban por Sagua los batallones de Zaragoza, Luzón y Galicia; en Santa Clara y Cienfuegos, 3ro. de Alfonso XIII, Soria, Cataluña, Alava, Vizcaya, Burgos, Bailén, Movilizados Gallegos y los escuadrones y guerrillas de Sagua y Cienfuegos, o sean 45 batallones, 40 escuadrones y siete baterías; más, mucho más de 50,000 hombres en Las Villas, y, de ellos, más de 40,000 destinados al potrero o dehesa de La Reforma y mandados por los jefes de columna Segura, Gasco, Calixto Ruiz, Luque, Arolas, Franco, Albergotti, Rubín, Serrano, Pintos, Palanca, Francés, González, Hores, Bejar, Atolaguirre, Navarro, Montaner, Manrique de Lara y otros más.

Cuando supo Gómez, por sus confidencias y por los periódicos, en confirmación de sus deseos y del buen éxito de su plan, los enormes efectivos con los cuales venía Weyler sobre él, los 40,000 hombres lanzados sobre sus tres o cuatro mil, los propósitos, publicados por su enemigo en la prensa, de aplastarlo con todo aquello, dijo a sus oficiales [2]:

—¡Pero este Weyler es muy bruto! Pues yo sé que

---

[1] El Regimiento de voluntarios movilizados de Camajuaní contaba con 1,197 plazas. (*Diario del Ejército.*)

[2] Valdés Domínguez: *Diario.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no me puedo poner delante de una locomotora; sin embargo, no andarán en mi persecución sus tropas sin que sean hostilizadas a diario. *Mi plan será vencerlo sin combatirlo.*

¡Admirable síntesis de lo que fué La Reforma!

Para resistir esta avalancha, para no repasar la Trocha, para desmentir esta paz de Weyler, como hizo en La Socapa con Valmaseda, no dispuso, como hemos dicho, sino de las fuerzas insurrectas antes señaladas; pero, en vez de alejarse, de salirse del área peligrosa, hizo todo lo contrario. Siempre en perpetuo contacto con las columnas españolas, a todas horas revuelto con ellas, encima de ellas, marchaban en ocasiones juntos, vivaqueaba a su lado, y nunca desconoció el itinerario de esas columnas. Generalmente se componían éstas de dos medios batallones, un escuadrón y guerrillas, con una sección de artillería; y siempre se encontraban sobre Gómez cinco o seis columnas; mientras las restantes, después de aquellas inútiles y terribles marchas, reposaban en su centro. Desde luego, este número, a veces aumentado, sólo se mantuvo durante unos meses, porque a poco estos batallones, por los terribles claros en ellos abiertos por tan movida campaña, apenas si podían poner sobre Gómez tres o cuatro columnas. Estas columnas de infantería, por su moderno armamento, se bastaban casi siempre para resistir a posibles grandes ataques, pero carecían de movilidad y eran blanco seguro de las emboscadas mambisas. Operaban con muy poca caballería; jamás, pero jamás, marchaban ni emprendían una sola operación durante la noche, y, en cuanto a fraccionarse para perseguirlo, seguro estaba Gómez que nunca se atreverían a ello los jefes españoles, advertidos por el recuerdo de Palo Seco y Mal Tiempo; y tan convencido estaba de eso que al jefe de sus confidencias, al coronel *Polo* Calvo, cuando en una ocasión le informaba sobre esta peligrosa posibilidad, le contestó tranquilo: «Todo eso de co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lumnas de 300 hombres son pamplinas; no le hagas caso.» Y no se ocupó más del asunto.

La columna de Gómez se articulaba siempre a otras fuerzas mambisas, cerca o lejos, pero orientadas todas por él. Estaba compuesta de modo inverso al de las unidades españolas; la formaban fuerzas de caballería [1], con efectivos variables, unas veces 300 caballos, otras veces hasta un millar, y piquetes de infantería, cuando más de unos 150 a 200 hombres, los cuales marchaban, corrían a la par de los caballos y a sus mismos aires; legendario fué en el campo mambí el valor de estos grupos de infantes, unos de la raza negra, invulnerable en los Trópicos; los otros, los blancos, peones de arrear ganado, rústicos hombres avezados a la vida del bosque y sus intemperies, que hacían marchas diarias de diez o doce leguas, generalmente descalzos y casi desnudos, pero más andariegos que los mismos caballos. Gómez, admirado de ellos, dijo en una ocasión: «Esta infantería cubana parece que camina en zancos.» [2]

El *modus operandi* del jefe cubano era el siguiente. A medida que Weyler iba estableciendo sus centros de columnas —fueron catorce—, él situaba, y de modo permanente, un pequeño grupo de mambises de caballería e infantería, veinticinco o treinta a lo sumo, cubriendo por parejas todos los caminos que salían de los poblados o campamentos españoles. Además, fijó en los potreros, campamentos habituales de sus hombres, pequeñas guerrillas, con la consigna cerrada de no salir de los límites de esos potreros por ningún motivo.

---

[1] «Durante la campaña de Los Llanos en 1818 se hizo la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería... La movilidad del arma de caballería... daba a las tropas independientes ventajas muy considerables sobre los españoles.» (Francisco de Paula Santander: *Apuntes Históricos.*) Gracias a esta disposición pudo triunfar Páez de Morillo en la campaña de Apure, lección que no aprendió Valeriano Weyler.

[2] Máximo Gómez prefería a los infantes que pudieran andar descalzos y los caballos que marcharan desherrados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Apenas se movía una columna de su centro, la tiroteaban esas parejas, y enviaban sus informes al cuartel de Gómez sobre su dirección, número, clase de tropa, etc. Gómez en persona disponía entonces las emboscadas de infantería y caballería en los lugares propicios del camino a recorrer por la tropa; destacaba pelotones de jinetes, bien montados, para que la acompañaran en todo su recorrido, tiroteándola de cuando en cuando, hasta la noche, hora de acampar; casi siempre adivinaba Gómez, por la situación de las aguadas, por la marcha de la columna, el lugar donde ésta había de pernoctar, y apenas terminaban sus preparativos para acampar los españoles, le rompían el fuego los piquetes de tiradores mambises, armados de Máuser y algunas veces situados de antemano en aquel lugar por Gómez, previsor [1]. En otras ocasiones, Gómez mismo, al que no habían divisado en toda la marcha, se aparecía de repente con toda su fuerza reunida, con ochocientos o mil caballos, acampaba a la vista de sus enemigos y a la retreta española respondía estentórea su banda de cornetas con la retreta mambisa y empezaba entonces pertinaz tiroteo, durante toda la noche, hasta el alba. Por la mañana emprendían su marcha simultánea ambas fuerzas, la caballería de Gómez delante como cebo, y la columna española, de infantería, detrás. La marcha de la tropa lenta, cautelosa, reparando las emboscadas y reconociendo las cejas de monte, porque nunca lograron los jefes españoles conocer los efectivos del general mambí. Por entre las altas espigas de las gramíneas, de esas hierbas del paral y de guinea que en aquellos potreros *tapaban* a un

[1] «Ha llegado la hora de batirnos tiesos, como Ud. sabe hacerlo. No apure la gente en lances comprometidos. Procure hacer guerra de infantería, de emboscada en emboscada. Guarde sus caballos, y aproveche la noche (guerra nocturna), asegurando la posición, y el *tiradero*, de día, para ocuparlo, ya de noche, y sin peligro revienta Ud. una columna de mil hombres con veinte, pues no la deja dormir (el sueño es reparador de fuerzas) y al día siguiente esos soldados andarán decaídos, y los coge Ud. más flojos...» (Carta de Gómez al general Monteagudo, de su puño y letra, en La Majagua, 23 de febrero de 1897.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hombre, sólo divisaban los españoles la cabeza de un jinete, la cola de algún caballo; y, si en raras ocasiones las escasas fuerzas montadas que acompañaban a la columna se separaban de ésta, caía sobre ellas, como el rayo, Gómez, al frente de las suyas, más numerosas, y las obligaban a huír sobre su infantería. En otras ocasiones, al paso vivo de sus caballos, desaparecía Gómez de su frente, para reaparecer poco después marchando a retaguardia de la columna, a su vista, y, tiroteándola con sus parejas, la acompañaba con burlona cortesía hasta el lugar de su destino.

En cada pliegue del terreno, en cada cayo de monte, se abrigaba una emboscada de infantería de alguno de los grupos de Estrampes, de Quijano, del poeta Díaz Silveira, jefes cubanos de las secciones de infantería organizadas por Gómez para esta campaña. Aquellas tropas españolas, aquellas teorías de hombres, ya heridos por las caquexias del Trópico, mal alimentados y peor protegidos contra los aguaceros torrenciales, contra el clima deletéreo, bebiendo el agua venenosa de los pantanos, rindiendo marchas de diez, doce y hasta catorce leguas diarias, bajo un sol de fuego, y extenuados por tan inútil tarea, inspiraban compasión hasta a su propio adversario.

A poco de empezar su marcha estos soldados, ya se encontraban, a unos kilómetros de su centro, aislados del mundo, perdidos en un verde océano de hierba, y se sentían espiados, reconocidos, escrutados por aquel vigilante Argos, cuyos cien ojos eran esas atrevidas parejas mambisas, que, como la sombra al cuerpo, los seguían en su marcha por todas partes. Buscaba Gómez, innovador, su objetivo por caminos no usados y se auxiliaba, en su debilidad para combatir a su enemigo, sustituyendo muchas veces el combate por la caminata, el día por la noche, haciendo marchar tras de sus caballos, durante toda la jornada, aquellas filas de hom-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tropas españolas durante todo el año 97 y parte del 98. - Campaña de la Reforma.

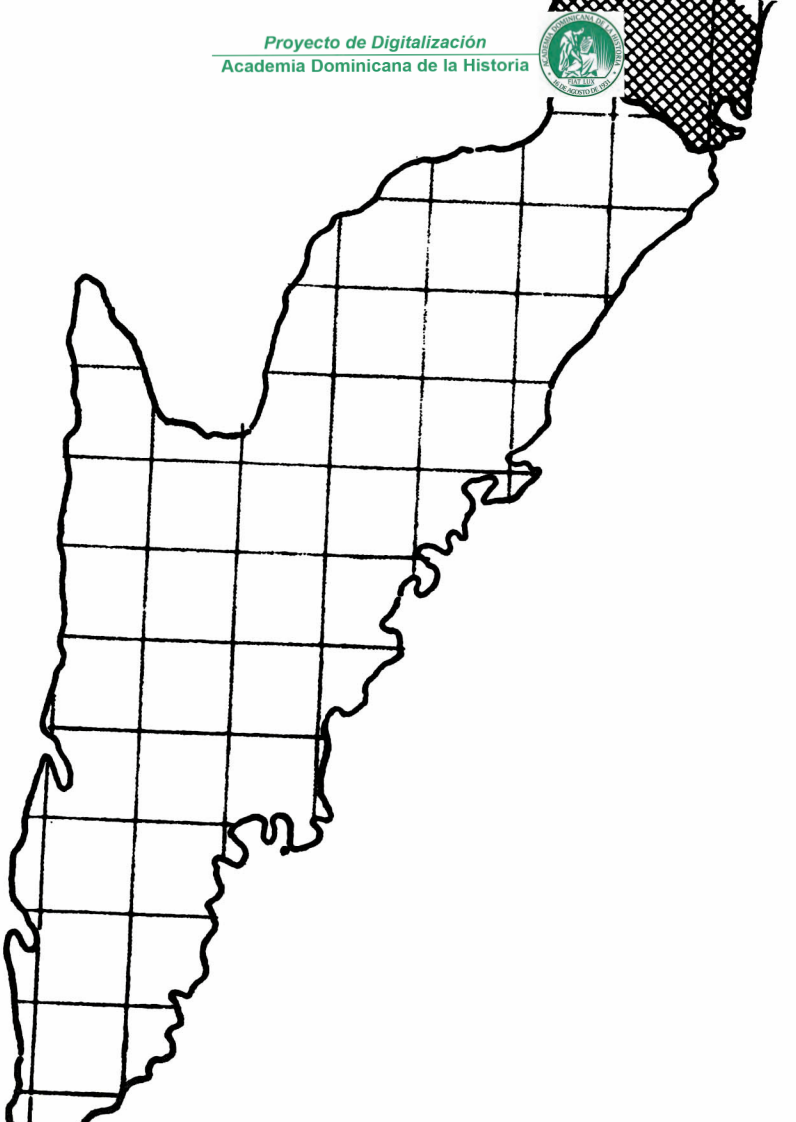
(Weyler y Blanco.)

Oriente y Camagüey: 36 Batallones.
Sancti Spíritus: 33 „
Resto de la Isla: 55 „

Densidad de soldados por Km^2 y por Provincias.

(Datos del Estado Mayor Español.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



bres, cansados y enfermos, los cuales iban dejando, en cada etapa de su camino, a centenares de soldados, despeados o muertos de cansancio. Ya Gómez lo dijo. ¿Mis tres mejores generales? Junio, Julio y Agosto.» Es de primordial importancia para poder explicarse toda esta campaña hacer resaltar que jamás las tropas españolas, como he dicho, operaron ni marchaban durante la noche; acampaban siempre, prudentes, donde las cogía la puesta del sol. Gómez, a la inversa, siempre se movía con la frescura de la madrugada, en las horas sin sol, y sus ataques, pesadilla de las columnas, casi siempre eran nocturnos.

Avaro de la sangre de sus soldados, con tan reducido número de hombres, casi sin municiones ni reservas, buscó sus mejores auxiliares en el Trópico fatal, más mortífero y eficaz que las balas y el machete de los mambises; y él, adalid en el pasado de los grandes combates, campeón de Palo Seco y Las Guásimas, no estaba ahora por esos grandes encuentros, y del mismo modo que con un rasgo genial aguardó Napoleón el auxilio de la malaria para destruír al ejército inglés, desembarcado en la Isla de Walcheren [1], fueron sus tenientes, sus mejores batallones el vómito negro, el paludismo, la disentería amebiana y el clima [2]; de ahí su empeño en llevar tras sí todo el día a las columnas españolas, orientándolas siempre por áridos caminos, sin aguadas, por desolados pedregales, por pantanos y por horribles *plagueros* [3].

Precisamente, al Sur de Sancti Spíritus abundan estos

---

[1] «La fiebre dará cuenta de los ingleses... La isla de Walcheren se defenderá sólo con las fiebres.» (Napoleón al Duque de Feltre: *Correspondencia.*) El desastre del ejército inglés en la isla de Walcheren ha sido famoso en la historia de la malaria.

[2] «Uno de los elementos con que contamos, en caso de invasión extranjera, es el clima, patriota americano que siempre ayudará a sus hijos contra el agresor europeo.» (José A. Páez: *Autobiografía.*)

[3] Se llaman en Cuba plagueros ciertos sitios pantanosos, o de la costa, donde es tal la nube, la plaga de mosquitos, jejenes, rodadores, jagueyes, zancudos, que hasta las reses, al caer la noche, huyen despavoridas de esos campos malditos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

plagueros, y a ellos solía Gómez llevar a *dormir* las columnas españolas; todo ésto se podía hacer, porque, nunca nos cansaremos de repetirlo, jamás marchaban de noche las tropas españolas. Después de dejarlas en medio de aquel infierno, picaba Gómez sus caballos, rápidamente se alejaba del lugar, y sus hombres, rodeados de alegres y protectoras fogatas, dormían tranquilamente [1]. Al cabo de quince meses se hicieron patentes los resultados. Nunca, con menos estrépito, con menos brillo (ya lo dijo él a Freyre: «Sin golpes de efecto»), se realizó en los campos de la Revolución una campaña más desastrosa para las armas españolas que esta de La Reforma. Nada hay en las guerras coloniales con parecido semejante a este desastre sanitario. Dijo Sagasta, en ese año del 97: «La guerra de Cuba nos cuesta cien soldados diarios que mueren allí.» Ya en agosto del 97 tenía Weyler hospitalizados, enfermos, a 35,000 soldados, según *El Imparcial* de Madrid, y el general Blanco en el año 98 tuvo que habilitar en sus hospitales 45,000 camas, al decir de Larrancerezo, médico mayor de la sanidad española. Naturalmente, este auge de la infección fué, a medida que pasaba el tiempo, a modo de progresión geométrica en las filas españolas. Teniendo, pues, en cuenta que la tercera parte de todo su ejército en campaña estuvo concentrada sobre La Reforma, durante cerca de un año, período de Weyler, y, después en el de Blanco, nueve meses, más de cuarenta soldados cayeron allí, a diario, y se «enterraban en esos guanales» [2].

En julio 20 del 97 escribió Gómez a Tomás Estrada Palma:

---

[1] A los soldados españoles les era casi imposible protegerse de los mosquitos con hogueras. Casi siempre bajo el fuego de los tiradores mambises, tenían, para no ser víctimas de las balas, que apagar sus fogatas.

[2] «Tenga mucho cuidado con que sus tropas sean colocadas en lugares donde no hayan de temer a enfermedades. Es mejor dar la más sangrienta de las batallas que situar uno a sus soldados en lugares malsanos.» (Napoleón: *Instrucciones* al mariscal Davout.) Nada de esto lo sabía Weyler.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los españoles están cansados y en estos días, en que el calor a nosotros mismos nos sofoca, no concibo cómo esas tropas se muevan. La verdad es que el general Weyler... está acabando con sus soldados. Les hace emprender marchas terribles por caminos intransitables, para no hacer más que apresar familias y talar sembrados. Por la noche, nuestras avanzadas se ponen a la vista de ellos, y empieza el tiroteo hasta por la mañana. Eso es todo.

Ya en el año 98, desde Los Hoyos, con fecha 18 de enero, le escribe al general Freyre de Andrade:

Por aquí se mueve Blanco, pero con menos resultados que Weyler, pues los restos, las reliquias tristes del valeroso ejército, que en un tiempo fué, no son muy a propósito para emprender campañas vigorosas... Es preciso quemarle la caja a la colmena para que se largue...

Por las noches, cuando se acampaba, al despedir Gómez a sus oficiales, les decía como resumen de la jornada:

—Un día más, señores, y una batalla más ganada [1].

En otra ocasión, en marcha frente a la Trocha, señalaba con su mano a esta línea militar y decía a sus hombres:

—Ahí tengo yo a 10,000 españoles prisioneros.

Y cuando analizaba a Weyler, que, sin sacar partido de la enorme superioridad de sus efectivos, no hacía sino matar sus soldados, tras él, en aquellas forzadas carreras de Maratón, exclamó en otra vez:

—El mejor subalterno que yo tengo para acabar con el ejército español en Cuba es Valeriano Weyler [2].

Y mientras se proseguía la implacable destrucción de aquellos 226,000 jóvenes peninsulares, de aquel gran ejército, poco a poco diluído entre las torpes manos de Weyler, roído por toda clase de miserias, Gómez, seguro ya de su triunfo, escribía a Estrada Palma:

---

[1] Despradel.

[2] Despradel.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

España no está en condiciones de enviar al sustituto de Weyler 200,000 hombres más y cien millones de pesos para prolongarla dos años más y los cubanos pueden resistir todo el tiempo que quieran. Dígalo Ud. a gritos... que yo, viejo, no me dejo ofuscar por la pasión...; nosotros tenemos el tiempo por nuestro. A España le toca apagar la hoguera... y no profeso el optimismo ni el pesimismo, cosas propias de niños y mujeres... Lo de la Trocha es un simulacro, más bien presumo que es un negocio, una operación de bolsillo. Esa Trocha cuesta a España un capital en hombres y dinero y Ud. no es capaz de imaginar los soldados que se han enterrado allí, entre aquellos *guanales*...

Weyler llegó, como hemos visto, a situar sobre los dos potreros de Santa Teresa y La Reforma a más de la tercera parte de todo el ejército español en Cuba [1], hasta 38 batallones y 4 regimientos de caballería, pero todo aquel enorme esfuerzo resultaba aún más inútil. Por los ámbitos de esas verdes llanadas, por aquellos potreros inmensos, resonaban, desde por la mañana hasta por la noche, las incesantes descargas y los cañonazos de sus baterías contra el tiroteo de los pelotones mambises y, a veces, hasta de las parejas. Al llegar la noche, después de una marcha terrible, empezaba, fatalmente, hasta por la mañana, el fuego de los piquetes de Gómez: tal era el programa diario observado con todas las columnas que se movían por La Reforma y Santa Teresa. Esta contínua burla, esta zumba constante, exasperaban a Weyler; estado de ánimo, por cierto, no frecuente en los hijos de Israel, gentes de cálculo, inteligentes; y, buscando algo para hacer buena su campaña, como no podía matar a Gómez

[1] «He situado columnas en Chambas, Arroyo Blanco, Guayacanes, Chorrera, Mayajigua, Yaguajay, Viana y Caballería... Un total de 38 batallones y 4 regimientos de caballería operan en un radio de cuatro leguas, acampando en el círculo así formado. Por correo detalles.» (Telegrama de Weyler el 2 de marzo de 1897 al Ministro de la Guerra.)

¡Pobre hombre! No caía en la cuenta de que en esos momentos colaboraba con Gómez, y con esa concentración, con esa promiscuidad propagaba, multiplicaba el contagio entre sus pobres soldados, de los cuales ninguno escapaba indemne a la malaria o al vómito.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en el campo de batalla, ni hacerle repasar la Trocha, le hizo morir varias veces de muerte natural o se entretuvo en señalar las faltas de ortografía de las cartas del *Viejo*, repitiendo, inconsciente, la fábula del cuervo y el pavo, desafiados a volar [1].

Así, pues, durante todo el curso del año 97, como gigantesca ventosa, como poderoso imán aplicado al ejército español en Cuba, la zona de Sancti Spíritus aspiró, fijó sobre sí, ya lo hemos visto, la tercera parte de todo el ejército enemigo y sólo el potrero de La Reforma se sorbió los 38 batallones, 7 baterías y 30 escuadrones, escolta del ineptísimo Weyler. Veamos de hacer el balance de las pérdidas, del uno y del otro, en tan largo espacio de tiempo.

Durante quince meses, es decir, desde el 2 de enero del año 97, fecha del combate de Santa Teresa, hasta el mes de abril del 98, inicio de la guerra con los Estados Unidos, suceso que prácticamente suspendió las operaciones españolas contra los cubanos, tuvieron las fuerzas directamente bajo el mando de Gómez no menos de cuarenta y un encuentros, tiroteos, combates y escaramuzas con las columnas españolas que las perseguían. De ellos, tan sólo en 17 sufrieron bajas los mambises; en los 25 restantes, salieron ilesos. El total de muertos y heridos causados a Gómez en esa larga campaña, cuidadosamente revisados todos sus partes oficiales, fueron: muertos, ¡veintiocho!; heridos, ¡ochenta! Es decir, una media de menos de dos muertos mensuales, y probablemente no pasaron de un centenar sus fallecidos por enfermedad.

---

[1] La ortografía de Gómez, como la de tantos grandes hombres, como la de la Avellaneda, mujer que parecía hombre, era irregular y bastante mala, más que nada, en aquel rebelde, por su desdén a las trabas y reglas. A León Primelles, que tímidamente llamaba su atención sobre la falta de una hache en un borrador suyo, le replicó: «Oye, León, cuando tú ves *hablar* escrito sin hache, ¿no lo lees del mismo modo que con ella?»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Para lograr este ridículo resultado, este *mons parturiens*, para causar a Gómez esos veintiocho muertos en quince meses, tuvieron Weyler y Blanco que concentrar sobre él la tercera parte de todo su ejército, 40,000 hombres; guarnecer con 10,000 de ellos la fúnebre línea militar de la Trocha, que llegaron hasta a iluminar por las noches, en toda su longitud, con faros de carburo; ocupar con sus tropas la mortífera y pantanosa isla de Turiguanó; movilizar a más de 30 generales y coroneles; gastar millones y más millones en su Trocha y en fortificar los 14 centros de operaciones o campamentos de sus columnas [1]; perder más de 25,000 soldados entre muertos o repatriados por inútiles; es decir, en esa partida se apuntaba Weyler 25,000 por 28, sin haber logrado causar el más pequeño descalabro a Gómez, sin hacerle abandonar estos potreros, sin obligarle a repasar la Trocha [2]. Razón tenía Máximo Gómez: sus tres mejores generales fueron Junio, Julio y Agosto, y Weyler era muy bruto. Todo esto, que parece un capítulo fantasmagórico, una aventura de la caballería andante, un episodio del país de la fábula, es, sin embargo, rigurosamente exacto y de muy fácil comprobación.

De la estadística publicada en 1899 en el periódico médico *The Lancet*, de Londres, por el Dr. Angel Larrancerezo, médico militar español, jefe que fué del hospital *Alfonso XIII*, tomo los siguientes datos.

En los 10 meses de guerra del primer año, en el 96 y en

---

[1] Fueron estos campamentos, protegidos con fortificaciones de campaña, los siguientes: Santa Lucia, Sancti Spiritus, La Gloria, El Majá, Pelayo, Arroyo Blanco, Guanabo, Guayacanes, Jicotea, Banao, Ciego Potrero, Chambas, Santa Teresa, La Reforma, la Trocha, Iguará, Ciego de Avila, el Jibaro. (Valeriano Weyler: *Mi mando en Cuba.*)

Todos estos campamentos se hallaban inscritos en unas cuantas leguas cuadradas. Nada de ello es imaginario; lo cosigna Weyler en sus memorias.

[2] Este cálculo, muy prudente, se ha basado en el tanto por ciento de bajas ocurridas durante un año en las filas españolas, por muertos y repatriados en el curso de la guerra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el primer semestre del 97, tuvieron las tropas españolas [1]:

Año 95 (10 meses)	49,000	enfermos
,, 96	232,000	,,
,, 97 (1er. semestre) . . .	201,000	,,

En ese año 96 y en ese primer semestre de 1897, fueron atacados sólo por la malaria 79,500 soldados y, de 500 médicos militares, cincuenta murieron de fiebre amarilla. El 1° de enero de 1898, tuvo el general Blanco que habilitar en sus hospitales 45,000 camas para enfermos, es decir, para la tercera del ejército que aun le quedaba a España en Cuba.

El engaño a un capitán se disculpa y se explica, pero por espacio de ¡quince meses! es increíble. Sin embargo, ahí están afirmativos los estados de situación del ejército español en Cuba durante esa época. En ellos se consigna esa cifra inverosímil. Esos 33 batallones, esos 40 escuadrones, esos 30 generales y coroneles, siempre burlados, siempre obsedidos por aquel fantasma, siempre acudiendo, dóciles, al engaño y que, arrastrados como la mariposa por la luz, giraban meses y meses enteros, en inútil torbellino, sobre el caballo blanco del heroico viejecito, resuelto a mantener clavado su glorioso guión entre aquella nube de soldados, cañones y caballos, siempre a la vista de la peligrosa Trocha, siempre sin salir de La Reforma misma.

El gesto heroico no es moneda corriente entre los que han llegado a la vejez; las audacias, las osadías, las virilidades, en fin, penden de ciertas hormonas de exigua función en los viejos, y ello es tan conocido que con gran exactitud entre gentes de la raza de España, en un dicho corriente, vulgarmente se mide el valor de los hombres por su dimen-

[1] Así, pues, con los meses del segundo semestre de ese año (el semestre de los *tres generales*) otros tantos, por lo menos, se unieron a los 200,000 consignados por el médico español, o sea, en números redondos, 400,000 enfermos entraron ese año 97 en sus hospitales, es decir, cada soldado español pasó por ellos tres o cuatro veces en el curso del año.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sión glandular, encerrando esta sentencia del pueblo, como viene a suceder en tantas otras, una rigurosa verdad científica [1]. Por eso es tan extraordinario el obstinado arrojo de aquel anciano, quien, con sólo dar un paso, franqueaba la Trocha y se encontraba en Camagüey, es decir, en Jauja; pero, como dijo Freyre, prefirió, «cual nuevo Quijote, dar el pecho a las balas y los días sin pan a la plácida vida de esas comarcas de Camagüey y de Oriente».

La responsabilidad de estos desastres recae no tan sólo sobre Weyler, sino también sobre el primer ministro español. Weyler no era, después de todo, más que un dócil esfínter que abría o cerraba, desde Madrid, la mano poderosa de Cánovas, y tan dócil era este esfínter que cuando aquel político, émulo en grandezas, según el Marqués de Lema, del cardenal Jiménez de Cisneros, al cabo de dos años de guerra a muerte, se hizo autonomista y liberal, ante la consigna de su jefe, también lo fué Weyler. Y, cuando, desaparecido Cánovas, subió Sagasta, se convirtió, para conservar su pingüe destino, en autonomista fervoroso.

No, no sabe lo que dice el Marqués de Lema en un libro indigesto y apologético de Cánovas, su ídolo, ante quien, a pesar de sus años, se doblan ágiles sus anquilosadas rodillas y, presuroso, mueve el botafumeiro de sus alabanzas. No, no fué, como dice, Cánovas temido en Cuba; fué *odiado*, sentimiento muy distinto al del temor, y desde luego, para la obra de la independencia de Cuba, el más favorable a los separatistas, porque, por desgracia para ambos, para el General y para el Cardenal Cisneros de la Restauración, no pudieron ellos, para suprimirlas, arcabucear las ideas, como hicieran con los hombres; y los diarios fusilamientos en el foso de Los Laureles, de pobres campesinos, de negros descono-

[1] Los más bravos animales, el gallo, el perro, emasculados, se vuelven tímidos, y a esa condición reduce la vejez al hombre.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cidos, algunos con detalles atroces, como el de López Coloma, apaleado y abofeteado en el momento de su ejecución, ante miles de espectadores, no causaron, señor Marqués de Lema, en la población de Cuba temor a Cánovas, sino odio intenso, y por eso su nombre no podrá ser jamás olvidado por los cubanos, como tampoco lo será, de seguro, por los torturados de Monjuich, si es que alguno vive aún.

Después de la obra de estos dos hombres, no cabían ya fórmulas liberales; no era posible, como dijo el venerable Pi y Margall, otra cosa que la Independencia. No se podía pasar la esponja sobre los hechos repugnantes de aquella guerra salvaje que implantó; sobre los cadáveres de 500,000 cubanos pacíficos, a los cuales hizo morir de hambre entre las alambradas de sus fuertes, crueldades que no tuvieron siquiera la disculpa, inmoral, pero disculpa al fin, de haber sido útiles a su causa. La Revolución salió, ante el mundo, indemne y justificada, por el plan de esos dos hombres.

¿Cuál fué la causa del fracaso de esos 226,000 soldados peninsulares, amén de las tropas irregulares regadas por la estrecha Isla? ¿Por qué esa infantería española, de tradiciones, nada hizo en La Reforma? Además de la incapacidad de los jefes españoles, el General nos da la clave de su fracaso en una hoja de su *Diario*, síntesis elocuente, no sólo de la guerra de Cuba, sino de todas las campañas coloniales, desde las de Leclerc y La Gándara en Santo Domingo hasta la reciente de los norteamericanos contra Sandino.

Seguro ya de su buen éxito, y como reflexión final, escribió en este *Diario* y en la página del 14 de marzo de 1898, en Guayacancito:

> Aun triunfando, no hay lugar en el quepis para colocarse el laurel marchito. Ha sido una ignominia reservarle al ejército español, uno de los más valientes de Europa, tan triste papel... ¡Y que un general español sea capaz de representar esta comedia bufa!... Y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

son los mismos batallones de allá, con los mismos nombres; sin embargo, la bandera que tremolan no parece la misma; ha cambiado de color, quizás con el uso. *Aunque la verdad es que el sol de los Trópicos destiñe las telas que se pintan en Europa.*

No se daba cuenta aquel grande hombre cuando escribía esto que el auténtico descendiente de los Capitanes hispano árabes era él y no esos generales españoles. Dice Freyre de Andrade en su trabajo inédito [1]:

La estrategia y táctica del general Máximo Gómez, que formó los jefes a sus órdenes, es algo original; inspiración del genio de la raza, que rompiendo con los métodos de Bolívar, Sucre y San Martín, fué retoño vigoroso de la vieja cepa, productora de los mil héroes casi anónimos que fueron dique eficaz a las conquistas napoleónicas.

Combates y encuentros sostenidos por las fuerzas al mando directo de Gómez durante todo el año 97 y parte del 98, en los cuales tuvo éste bajas, con expresión de muertos y heridos.

Año de 1897	*Combates y encuentros*	*Muertos*	*Heridos*
2 de enero . . .	Santa Teresa	1	12
29 de enero . . .	Arroyo Blanco.	2	0
1º de febrero . .	Juan Criollo	6	30
7 de febrero. . .	Juan Criollo.	0	2
18 de febrero. . .	Pelayo	1	7
8 y 9 de marzo . .	Santa Teresa	1	4
22 de marzo . . .	La Reforma	2	6
3 de mayo. . . .	La Reforma	2	7
14 de julio	El Laurel	1	2
24 de julio	El Laurel	1	2
6 de noviembre .	Los Hondones	3	2
22 de diciembre. .	La Demajagua.	1	2

[1] Lo más admirable de todo es que esa división mambisa sobre la cual cargó su ofensiva el ejército español durante la mitad de la guerra, no recibió en esos veinte meses más que una sola expedición, la del coronel Méndez, por desgracia casi toda caída en manos del enemigo; a pesar de que Gómez pedía, y volvía a pedir, municiones para Las Villas, las cuales quedaron, como se ve, abandonadas a su propia suerte. Con gran trabajo se le podían enviar escasas municiones, al precio de heroicidades inenarrables, como lo fué la peregrinación de I. Cervantes al través de la isla de Turiguanó, para traer 10,000 tiros, homérica hazaña, que merece, ella sola, un libro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Año de 1898	*Combates y encuentros*	*Muertos*	*Heridos*
7 de enero. . . .	Los Hoyos	1	3
1º de marzo . . .	Guayacancito	4	0
14 de marzo . . .	Las Casitas	2	1
	Total . .	28	80

Como ejemplo de esos fugaces tiroteos, transformados en los partes españoles en reñidas acciones, reseñaremos el último de tales encuentros, muy típico, tenido por las fuerzas de Gómez en la campaña de La Reforma el día 14 de marzo del año 98, en Las Casitas o La Demajagua, con la columna del coronel Palanca, compuesta del batallón de Arapiles, escuadrones de Camajuaní y una batería del 4º regimiento de Montaña, es decir, unos mil hombres, con bastante caballería. Del *Diario de Operaciones* de Fermín Valdés Domínguez tomamos:

Llegó la pareja anunciando que se había batido con una columna que venía para aquel punto. Se dió orden de cargar las acémilas y montar. Se dejó allí al comandante Barceló (Eugenio) [1] con siete números de la Escolta y cinco del Expedicionario, y al comandante Estrampes con un grupo de infantería de cincuenta hombres. Marchamos para Los Hoyos, y en Naranjo se nos incorpora Barceló e informa que por la tarde la caballería enemiga los había cargado, pero, al llegar al paso del río, Estrampes, desde la emboscada, le rompió el fuego. Antes los había tiroteado el comandante Agramonte [2] (15 hombres), el que después siguió a la columna hasta llegar a Jicotea, su centro, fogueándola cerca de Río Grande.

He aquí lo que dice Boza, Jefe de Estado Mayor de Gómez:

El comandante Barceló, con números de la escolta, queda para tirotearlo y atraerlo a una emboscada con cincuenta hombres de in-

[1] De la raza negra. Llegó a coronel y fué un bravo.

[2] De la raza mestiza y hombre de la confianza de Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fantería del comandante Estrampes. Cae el enemigo de lleno en la emboscada; sostiene Estrampes vivo fuego, y en los reconocimientos ocupan dos caballos aperados; dos máuseres y siete sepulturas. El comandante Agramonte con su guerrilla atacó también al enemigo. Tuvimos dos muertos de la infantería de Estrampes y herido al teniente Caraballo.

Véase ahora este incidente de la campaña llamado el combate de Las Casitas, narrado por el lado español. Telegrama del general Blanco al Ministro de la Guerra, con fecha 17 de marzo de 1898:

En Spíritus, Arapiles, Camajuaní, Artillería, batieron el 12 partidas Máximo Gómez y J. M. Gómez de doscientos infantes y trescientos caballos; nosotros tuvimos 7 muertos y heridos capitán Coca [1], teniente Martínez y trece heridos.

He aquí ahora lo que incidentalmente dice Máximo Gómez sobre este pequeño combate al jefe de sus confidencias, teniente coronel Calvo, en 19 de marzo:

Es preciso estar prevenido, pues esa concentración de tropas en el Ciego, como puede ser para vanguardia, puede ser viceversa, como sucedió la vez pasada. Me alegro que Camajuaní estuviese en Majagua; hace tiempo que acaricio la idea de ver la manera de dar un buen susto a esos jaquetones. En Majagua se han encontrado siete muertos y Ud. sabe cómo es la gente; no se conformaron hasta no ver bien; entre los muertos hay un negro barbudo; debe ser de Camajuaní. Quién sabe si era el práctico...

Resultado: esa columna, después de tres días de marcha, de hacer más de treinta leguas, tiroteada en todo su trayecto y entre emboscadas, causó a los insurrectos dos muertos y un herido. Ella tuvo, en cambio, según sus propios partes, siete muertos y catorce heridos, es decir, ocho muertos, porque el capitán herido murió al otro día y no se sabe

[1] Murió al otro día.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuántas bajas de hospital producidas entre sus disentéricos y palúdicos por aquella marcha forzada tras una cincuentena de hombres. Así fueron en su mayoría los encuentros de La Reforma, con la excepción de alguno que otro gran combate, siempre provocado por la voluntad del *Viejo*. Mientras este fuego de Las Casitas tenía lugar, Gómez, objetivo de la columna, con quinientos hombres, muy sosegado, acampaba en Los Hoyos, y esto ocurría a los ¡quince meses de haber ocupado esa zona Weyler con 40,000 hombres!

En este largo período de veinte meses, que comprende la mitad de lo que duró la guerra, período que se puede llamar de estabilización de la campaña, mientras los generales españoles acumulaban treinta y tres batallones, distribuídos por los siete mil y pico de kilómetros cuadrados de Sancti Spíritus, Morón, Jatibonico y parte de Remedios, sólo ocupaban con treinta y dos batallones los cincuenta y nueve mil quinientos kilómetros que tenían las provincias de Santiago de Cuba y Camagüey. Sus consecuencias saltan a la vista. Mientras que, deslumbrados por un espejismo, por un hombre, no salían sus columnas de choque de aquella región de Las Villas, Calixto García asumía la ofensiva, y puede decirse que, después de rendir a Victoria de las Tunas, y a Guisa, era el dueño de su departamento, donde los españoles estuvieron sólo a la defensiva durante esos veinte meses.

En este año 97 tuvo lugar la muerte de Cánovas, el estadista malagueño de quien dijo Don Nicolás Estévanez, precisamente con motivo de la guerra de Cuba: «Cánovas ha dicho que la Restauración viene a continuar la historia de España; y, efectivamente, ha venido a continuarla... y a concluirla.» Cuando llegó aquella noticia a las filas insurrectas, Máximo Gómez, el campesino de Baní, que no había seguido cursos de diplomacia en ninguna escuela, ni había pisado una Universidad, como un insigne estadista predijo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en su correspondencia a Estrada Palma la marcha de los sucesos, producidos por este incidente, en el porvenir de España:

Desde los primeros momentos supimos aquí la muerte del primer ministro español Cánovas del Castillo... Caído bajo el ojo certero del anarquista Golli *[sic]*, de cuyo impuro contacto estamos alejados por suerte... El Partido Conservador, desprestigiado por sus errores y fracasos, minado por disidencias, acéfalo, tendrá que ceder la triste herencia de Cánovas al Partido Liberal, con Sagasta..., a quien tocará apartar de los labios del pueblo español el cáliz de amargura que hace más de dos años viene apurando.

Cánovas se lleva a la tumba grandes responsabilidades..., y si no nos regocijamos sobre su ensangrentado cadáver, como lo hizo él con los caídos de Punta Brava, porque eso sería innoble, lo miramos, sí, con lástima y desprecio. En cuanto a Weyler, claro es que, fracasado en todo, como militar y político, odiado, combatido por propios y extraños, preparándose debe estar para marcharse, lo que en el fondo le conviene, pues así podrá decir que no se perdió Cuba bajo su mando. Nunca faltarán en España generales que acepten la triste comisión de sustituirlo, aunque sea arriesgándose a ser aplastados en la catástrofe que bien se ve venir.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En el mes de enero, meses antes de la intervención norteamericana, escribía al mismo Estrada Palma sobre el gobierno español:

Fracasada la autonomía, como no querran tratar con los que no han podido vencer, les quedará el recurso de los cañones *yankees*, que al fin serán los que los sacarán del apuro..., y, si nada de esto sucede, veremos quién vence a quién.

Consecuencia de este acontecimiento, algún tiempo después ocupó el poder Sagasta, que acentuó, diligente, los retrasados pujos liberales de Cánovas, implantando la autonomía, recurso, como dijo el Conde de Romanones, supremo, pero ya inútil, tardío, y, el general Blanco, «hombre cándi-

do y sin capacidad política ni militar» [1], fué el encargado de inaugurar el nuevo régimen. De Gómez a Estrada Palma, en noviembre 18:

Lo de la autonomía, ya Labra lo ha dicho, y yo estoy con él. Eso, aunque no fuera por otras razones, tiene que fracasar... Yo digo a los nuestros: «No hay que apurarse; lo principal es nuestro: la Isla y el Tiempo...» Estamos preparados para la campaña de invierno, pues, aunque el paludismo nos tenía en cuadro, ya el criollo se está poniendo en pie, y damos cuenta de los restos, enfermos y cansados, de Weyler, que es lo que ha encontrado aquí Blanco.

Durante el período de la autonomía dirigió el General sus baterías contra este único enemigo, opuesto al franco paso de la independencia, y combatió con encono a los primates de ese partido, lo cual no impidió, cuando la paz, que hiciera completa justicia al patriotismo y hombría de bien de algunos de sus hombres: Montoro, Giberga, Govín y otros. Multiplicó sus drásticas circulares, ordenó ejecutar sobre la marcha a los heraldos de la autonomía, y, en fin, los hizo blanco de sus ataques sañudos. En una larga carta de Severo Pina a Fernández de Castro, con buen juicio, exponía Pina lo patriótico que fuera la adhesión de los autonomistas a la independencia, entre otras razones, porque ellos contaban con los intelectuales y su concurso sería necesario en la nueva república, que ellos debían tomar parte en el banquete del triunfo, etc., etc. Pero el *Viejo*, que no entendía de eso, al pie de la copia de la carta, que poseemos, puso de su puño y letra:

Da pena ver que así se ruegue, y más por un hombre de nuestro Gobierno, a los que vendrían, no a honrar, sino a honrarse ellos mismos sentándose en nuestra mesa... Hombres que poseerán todos los conocimientos que se quiera, que conocerán los secretos todos de la natu-

[1] Máximo Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

raleza, de vista tan delicada que vean, materialmente, el crecimiento de las plantas, pero que no han sabido ser una cosa bien sencilla y natural *¡ser hombres!*... Cuando leo todas estas cosas, tentado estoy a creer que algo valemos yo y Martí, desembarcando con un rifle al hombro por las playas de Baracoa.

Sobre el mismo tema, he aquí instrucciones también de su puño y letra a Valdés Domínguez, para su correspondencia con *Mayía* Rodríguez y *Pancho* Pérez:

Escríbales fuerte para que sean muy enérgicos e inexorables con los que sigan, así de dentro como de fuera, oliendo a autonomía y sobre todo ¡los ingenios! Es una vergüenza que los dejen moler, cuando para impedirlo no se necesitan fuerzas; muy al contrario, con fuerzas es más difícil. Valiéndose de maña dos o tres hombres incendian en un día millones de arrobas de caña. Ofrezcan ascensos y recompensas a los que más destruyan de ese material, con el cual se han fundido las cadenas para la infeliz Cuba.

Su vida, monótona, se deslizaba entonces entre la tienda, donde ponía cátedra entre sus oficiales, y sus jornadas a caballo, siempre ojo avizor con las columnas españolas; y haciéndoles daño de todas las maneras, atendía a los menores incidentes de la campaña; recibía a los corresponsales americanos, que en esa época eran visita diaria en su campamento; sostenía copiosa correspondencia con sus tenientes y con el extranjero; y a todo esto, añadía su intervención conciliadora entre tantas pugnas e intereses creados, «atajando pollos» [1]. Fuera de los corresponsales norteamericanos, sólo un periodista español, Morote, lo visitó, y de sus peripecias, de todos conocidas, no vamos a hablar aquí, pero sí recordaremos el virulento artículo de Gómez, inserto en la prensa americana y dirigido al hombre a quien dijo en su carta, en alusión a la Reina Regente: «¡Ande! ¡Hombre gobernado

[1] «Torriente, vivo atajando pollos.» (Carta de Gómez a Cosme de la Torriente.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por mujer!» Morote, en el libro, publicado después, ha suprimido los artículos difamatorios que a raíz de su prisión escribiera en su periódico; y el *Viejo,* que no desdeñaba la contienda epistolar con él, lo gratificó, despreciativo, con este introito:

No pudo alcanzar mi previsión, cuando en 13 de febrero, entregué y sometí al audaz aventurero Luis Morote Gueux a un Consejo de Guerra..., que tuviera yo, enemigo como soy de dar a los hombres mayor importancia de la que merecen, que ocuparme de él... No entretendré mi pluma en recordarle su indecorosa manifestación ante el Consejo de Guerra, de que su «desgracia era ser español...», alardeando de un valor que estuvo muy lejos de tener, etc., etc.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En las informaciones a sus periódicos, suscritas por los corresponsales americanos, se puede seguir paso a paso la marcha de aquella descomunal contienda y el asombro de esos corresponsales ante lo que ellos veían. En *The Sun,* en 12 de abril, dice uno de ellos: «Durante doce años, Gómez ha adquirido tal conocimiento de sus enemigos que ha llegado hasta a adivinar sus planes...» Y este aserto es la pura verdad. En el mismo periódico publicó Gómez lo siguiente:

Estos generales españoles carecen de originalidad; Gasco, Luque y todos los que ahora tengo encima no conocen más que una táctica. Ninguno de estos generales españoles tiene idea propia alguna... Todos siguen, inalterablemente, la antigua rutina, todos dan las mismas órdenes... Hemos derrotado a los españoles en diferentes combates, el mayor número de ellos bajo la dirección de aquel magnífico héroe que se llamó Antonio Maceo...

Después, España envió contra nosotros 100,000 soldados más. Podía hacerlo, porque tiene una población de diez y ocho millones de habitantes, y las facilidades de una nación constituída; sus buques no han de temer ningún ataque; cualquier buque de guerra cubano sería considerado pirata, y ahorcada su tripulación, por los marinos de esas naciones poderosas que se titulan protectoras de la libertad... Por el aspecto de estos sucesos tuve que modificar mis planes... Naturalmente, al general Weyler le gustaría que yo aventurase en una sola

acción el porvenir de Cuba, estando él a la cabeza de 100,000 hombres y yo con 10 ó 12,000; él con el mejor armamento de esta época y yo con diez tiros escasos por hombre. Ningún valor, ninguna ciencia necesitaría para exterminarme y la causa de Cuba se perdería en el momento en que yo arriesgase tal batalla... Sin una contínua y abundante provisión de armas y municiones, procedentes del exterior, el ejército cubano no era susceptible de aumento, ¿Para qué sirve tener hombres desarmados? Me ví obligado a rechazar a más de 10,000 cubanos, deseosos de batirse, pero desprovistos de armas. El heroico espectáculo ofrecido en Pinar del Río, por un grupo de cubanos, luchando hasta la muerte, sin más armas que palos y cuchillos, contra una columna española, conquista la admiración, pero es ineficaz para lograr nuestro objeto...

En medio de todo este intenso tráfago de la guerra ¡cuán tierno su homenaje al hijo, héroe! Su tumba está a doscientas leguas de donde él se encuentra; no la puede visitar; lo separan de ella cien mil soldados enemigos; pero en el primer aniversario de su muerte, puede, en cambio, llegar hasta su cuna en este potrero de La Reforma, donde nació *Panchito* y que él inmortaliza con su campaña. El piadoso tributo a su hijo, en el mismo lugar donde naciera, en medio del bosque, con León Primelles, Tavel y sólo dos o tres soldados por todo acompañamiento, es conmovedor. Cuando el *Viejo* terminó su respetuoso recogimiento, junto a aquellos viejos horcones, medio destruídos, en ruinas, con su machetico, el mismo que fuera de *Panchito,* y luego de Martí, cortó silencioso un ramo de rústicas siguarayas, que crecían junto a los restos del rancho, y se los llevó consigo. Al otro día, al penetrar en su tienda, vió Primelles esos ramos religiosamente depositados en la pequeña mesita que le servía de escritorio.

Sus ocios, escasos, los distraía en verdaderos desahogos del corazón, porque nada más que eso fueron sus folletos y artículos publicados en la manigua, durante esta época: *La Odisea de José Maceo,* póstumo tributo de admiración, hoja

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de laurel deshojada en la tumba del hombre a quien siempre llamó *El héroe negro; Mi Escolta,* ofrenda para ornar ante la Historia a los hombres con los cuales, a su frente el valeroso Bernabé Boza, recorrió la Isla entera, de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente, paseando, como dijo Pi y Margall, «enhiestas sus banderas». Caídos unos tras otros, bajo las balas españolas, sus compañeros y amigos, Martí, los dos Maceos, Flor Crombet, Serafín Sánchez, *Paquito* Borrero, Angel Guerra, César Salas, sólo restaba él en pié, solitario protagonista. Y también sabía, cuando casi a diario miraba, cara a cara y sin pestañear, la muerte, en sus escaramuzas y combates de La Reforma, que cualquier día una de aquellas balas, cansadas de horadarle sus ropas o matarle los caballos, sería para él; y en la previsión de ese hecho, en acción de gracias a esos hombres, de los que imaginaba ver correr, en el rústico funeral, las lágrimas, después de hablar de ellos, y de su valor en Pelayo, en Mal Tiempo, «donde los primeros soldados españoles heridos de arma blanca lo fueron por los bravos de mi escolta», dice, fatalista —todos los héroes lo son— y en reflexión final:

> No sabemos, no se puede saber, si estamos a la mitad o al fin de la jornada; lo que haya de ser, será; pero no es dudoso que a ellos corresponda el triste deber de levantar un día, polvoriento y ensangrentado, el cadáver de su viejo y leal compañero de armas, para depositarlo en la fosa abierta a la sombra del bosque.

Otro hermoso artículo, publicado en *El Cubano Libre* y titulado *Recuerdos,* sugerido por su marcha a las orillas del Cauto, es un homenaje a los Diez Años y, sobre todo, a José Martí.

En el mes de septiembre, por efecto de la Constitución de Jimaguayú, se hicieron las elecciones, y en ellas se manifestó unánime la opinión mambisa de parte de Gómez, no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sólo no eligiendo a ninguno de los miembros del Gobierno, con excepción de Masó recomendado por Gómez, sino votando por los candidatos señalados por éste como «hombres más prácticos».

El segundo gobierno revolucionario, seleccionado por el General y elegido en La Yaya, en verdad estaba compuesto de lo mejor que había entonces en el campo mambí: Masó, Méndez Capote, Ernesto Fonts, Moreno de la Torre, Manuel Ramón Silva y Alemán. A pesar de que en la Constitución de La Yaya se amputó a Gómez gran parte de su autoridad, no ocurrió roce alguno entre ellos, porque, como me dijo en una ocasión Méndez Capote, «habíamos llegado al convencimiento de que la guerra era Máximo Gómez».

Durante el año de 1897 se veía venir por los espíritus avisados la intervención del gobierno de los Estados Unidos en nuestra guerra. Como, a la verdad, siempre en Cuba se ha suspirado por el norteamericano y se ha deseado que saque las castañas del fuego; lo mismo en el 68 contra España que cuando el azúcar vale a un centavo la libra o cuando un animal feroz de los que hemos padecido nos devora, se grita a coro «¡Esos americanos! ¿Qué hacen los americanos?» etc., etc., en el 95 algunos pensaban lo mismo. Gómez no figuró jamás en el grupo de esos pedigüeños; al contrario, los estigmatizó. Dice Valdés Domínguez en la hoja de su *Diario* el día 6 de mayo del 97:

> La otra mañana hablaba el General de las distintas fases que sufren las guerras de la independencia, como ésta, y decía: «Hay dos clases de presentados; los que se van al campo español, y los que moralmente ya lo están: son éstos los que sueñan en reconocimientos y creen que el nuevo Presidente de los Estados Unidos nos dará la independencia. ¡Estos hojalateros son también presentados!»

A Grover Flint, la víspera de Saratoga, le contestó: «¿La Intervención americana? Es como el agua; buena si

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cae y buena si no cae.» Prefería arreglar, bien o mal, nuestros asuntos entre nosotros mismos, y de ahí sus cartas a Martínez Campos en el 96 y a Blanco en el 98. En una carta, poco conocida, y dirigida desde El Calabazar, a Sotero Figueroa, en 1901, durante aquel período del general Wood, anexionista solapado [1], período que fué muy peligroso para la independencia de Cuba, expresó:

> Nunca, ni cuando combatimos a Weyler con sus 250,000 soldados, corrió mayores peligros la patria cubana, como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa... La mayor cantidad de independencia que pueda recabar la futura República de Cuba se consolidará cada día más por la seriedad, la cultura y la *riqueza*...
>
> Ninguno, primero que yo, dijo un día, resonando aún la guerra, en carta que dirigí a Martínez Campos: «No permita nunca España que Cuba le deba su independencia a otra nación extraña.» Queríamos tratar con España; pero la soberbia española cegó a sus hombres de gobierno...
>
> De ahí nace, como se nota, que muchos hombres de reconocido talento, sean víctimas de la duda de que podamos gobernarnos y hasta ven un fantasma en la raza de color, la que ha dado en todos los tiempos ostensibles muestras de mansedumbre, por una parte; de sagacidad e inteligencia, por otra; sin esos temores presentes, que han sido una desgracia, no hubiera nunca podido nacer la idea autonomista.

Por fin, tuvo lugar, precipitada por el *Maine* y la carta de Dupuy de Lôme, la guerra de España con los Estados Unidos, rápido final de nuestra contienda, en la cual intervino este poderoso tercero. El *Viejo*, solicitado por el general Miles, envió, con el coronel Bernabé Boza y el teniente coronel Carlos Mendieta, su plan para la campaña y los informes pedidos. Por cierto que el General, como si hubiera visto los estados de situación del ejército español, fijaba el número de soldados regulares de que disponía Blanco

---

[1] Horatio S. Rubens.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en unos 60,000, cifra exactísima. El segundo cabo español, general González Parrado, más tarde, dió ese número en sus artículos [1].

En julio del 98 desembarcó una gran expedición por Palo Alto con armas, municiones y víveres. Puesta por el General en las manos de José Miguel Gómez, sirvió a éste para inscribir en los fastos de Cuba libre otras dos fechas gloriosas y así rematar, cerrar con ellas la inmortal campaña comenzada el 2 de enero de 1897 con el combate de Santa Teresa, donde, por cierto, fué herido el mismo José Miguel Gómez; nos referimos al asalto y rendición de El Jíbaro y Arroyo Blanco, tomados por el jefe de la División, por José Miguel Gómez, hecho probatorio de que, al igual de sus compañeros de Oriente, los cubanos de Occidente, de Las Villas, en cuanto tuvieron cañones debelaban poblados y fortificaciones [2].

Vinieron en seguida el armisticio, la rendición de España y un período pleno de incertidumbres, que el General despejó con su decoro, con su hosca actitud, la cual obligó a McKinley a enviarle a Porter y Quesada con las seguri-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

---

[1] Poco tiempo después, cuando la evacuación, las cifras oficiales de soldados de todos los cuerpos, administración militar, sanidad, transporte y guerrilleros repatriados, fueron de 119,500, de los cuales, restando los 45,000 enfermos que ocupaban los hospitales, dan ese número. Por eso es tan falso el aserto de algunos escritores cubanos, que asignan 200,000 hombres al ejército español cuando sobrevino la guerra hispano-americana, como si nadie se hubiera muerto desde que empezó la guerra.

[2] Es el brigadier Gómez hombre culto y cubano honrado. Se le estima si se le trata, y en la pelea se le admira, por la serenidad y entereza de sus determinaciones. Por sus talentos subyuga y por sus energías se impone. Sus méritos lo señalan ya para un puesto más alto en nuestro Ejército: el General en Jefe lo indica como General de División y todos aplauden este galardón tan noblemente ganado en el campo de batalla.

En su talento militar ha encontrado el Cuartel General, desde que llegamos a esta hermosa comarca villareña, buen brazo y fiel cumplidor de sus órdenes.

En su semblante, resuelto y tranquilo, se descubre la noble satisfacción del deber cumplido, y siempre está el militar y el hombre dispuesto, para todo lo que ordena e impone el deber.

Fué buen amigo del general Serafín Sánchez y es hoy uno de los mejores Jefes, de los que están a las inmediatas órdenes del general Máximo Gómez. (Valdés Domínguez: *Patria,* 7 de agosto del 97), juicio que tiene el doble mérito de ser suscrito por Valdés Domínguez.

dades de la próxima independencia, en cuanto estuviese organizado el país.

Después de la evacuación española, se dirigió el General, visitando todas las poblaciones de su itinerario, hacia La Habana. Recogió en el trayecto las cálidas ovaciones de todo el pueblo de Cuba, que salía a su paso, se agolpaba a las estaciones; los hombres se disputaban besarle la mano; las mujeres le cubrían de flores, le besaban la cara; y el anciano recibía, como premio a sus treinta años dados a Cuba, el amor de nuestro pueblo y el incienso de su admiración, que ya mucho antes, se lo habían tributado Martí y Maceo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL INRI

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

IZO Gómez su entrada en la ciudad de La Habana al frente de una brigada mambisa el día 24 de febrero, primer aniversario de esa fecha en Cuba independiente de España, y realmente no se puede describir el entusiasmo delirante que en todas las clases de esta sociedad, pobres y ricos, negros y blancos, despertó el General, protagonista vivo de la leyenda mambisa y «cuyo solo nombre era una epopeya». No podía materialmente dar un paso en aquellos días el glorioso viejecito, sin verse agobiado por los besos y abrazos de las mujeres, desde las más encopetadas hasta las más humildes obreras [1]; y su residencia, la Quinta de los Molinos, palacio de verano de los capitanes generales españoles, fué el punto de cita de todo lo que en Cuba representaba algo en esos momentos. Los grandes personajes de la Colonia, las notabilidades de la política norteamericana, los militares de la Unión,

---

1 «Me duele el cuerpo de los abrazos y los besos. Mi vieja chaqueta está perdida del polvo blanco de las doncellas y de las viejas...» (A María Escobar, febrero 14 de 1898.)

todos deseaban serle presentados; todos corrían a conocer al indomable personaje que tan largas guerras sostuvo contra unos soldados «cuyo sombrío valor y tradicional firmeza» conocieron muy bien esos norteamericanos en El Caney y San Juan. Cuando, por las tardes, el General, soberbio caballista, paseaba sobre *Zaino* por nuestras calles, por el Prado, los coches, los jinetes y hasta los peatones interrumpían su marcha para servirle de escolta; si se detenía de visita en alguna casa de las de la ciudad, se adivinaba en seguida su presencia en ella por la tumultuosa muchedumbre agolpada en la calle; en fin, Gómez, en plena apoteosis, monopolio de la actualidad, borró con su nombre a todo el mundo mambí. Para los cubanos él era la síntesis del poema revolucionario; los demás, nada. Naturalmente esto suscitó, hecho frecuente en pueblos de nuestra estirpe, donde anida preferente la envidia, vivos rencores, los cuales pronto dieron su fruto; y los besos y los abrazos de las mujeres y las estruendosas aclamaciones al General [1] resonaban aún de seguro en los oídos de algunos de los Representantes de la Asamblea, cuando, con otros motivos más poderosos, le destituyeron de su alto cargo, tercera destitución recaída sobre él en sus empeños por la redención de Cuba.

¿Por qué iniciaron aquellos hombres de la Asamblea del Cerro, bajo la desdeñosa y, más que desdeñosa, despreciativa ojeada del interventor y frente a la opinión pública cubana, por qué desencadenaron una tan violenta como repentina cruzada contra los prestigios del General? ¿Cuál es la explicación de este suceso, nacido pocos días después de haberle invitado esos mismos hombres, «por sus grandes merecimientos personales, por sus crecidos respetos», a

---

[1] «Verás por la prensa cómo me traen y me llevan, sin meterme en nada. Creo que esta situación mía, más la debo a los besos de las mujeres que a los tiros que le tiré a Weyler.» (A María Escobar. sin fecha.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

concurrir con ellos a sus planes y trasladar, por tanto, sus cuarteles a La Habana? ¿Por qué el General, unos días antes un héroe, se tornaba ahora en el «segundo Weyler?» ¿Por qué el anciano caudillo, férreo mantenedor de una idea que, sin Martí, sin Maceo y, sobre todo, sin él, jamás hubiera pasado de fantástico germen, por qué, preguntamos, recogía este inesperado vilipendio, este inmerecido premio, dado a sus treinta años de destierros, miserias y gloriosos combates? ¿Por qué al término ya de su quebrantada vida se le arrancaba este mando, como se arrancan las condecoraciones del pecho a un soldado indigno, y por las manos de gentes que aguardaron, casi todas, bajo el pendón de España, en su casa, a «que el brazo poderoso de Gómez o Maceo los protegiera» [1], para salir entonces al campo de la rebelión unos, al de la emigración otros?

Los límites de esta obra sólo permiten señalar, como al máximo culpable, un nombre, para que lo recoja y lo conserve la Historia; es ese nombre el de un anónimo personaje totalmente desconocido para la generación actual, ya que permaneció celosamente oculto en la sombra durante este largo proceso, nombre que fué, no obstante, el primer vagido que dió, casi antes de respirar, precursor de otros que hemos oído, la nonnata República. Este turbio, este mudo personaje, que entre bastidores, con su mágica varita tocó al General y le hizo caer de la gloria de su pedestal, fué el judío Coen o Cohen (su verdadero apellido). Este hombre, judío, norteamericano-alemán, inédito financiero, obscuro *promoter*, rapaz Shilock, con más uñas que todos los *Chase Banks* conocidos y por conocer, hizo tremolar en los polvorientos salones de aquel caserón del Cerro su irresistible empréstito, panacea de todos los males. Ante su áureo espejismo, muchas frentes se inclinaron, aunque es justo de-

[1] Expresión de Juan Gualberto Gómez en su artículo sobre el 24 de febrero.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cir que la mayoría lo hizo de buena fe, y aprobaron aquel empréstito absurdo, a pesar de la protesta de algunos de esos asambleístas, porque creyeron, equivocados, prestar así un gran servicio al país.

El general Gómez no era, como tampoco lo había sido el general García, partidario entonces de peligrosos empréstitos, pero mucho menos del «negocio leonino», según Carlos Manuel de Céspedes, del empréstito de Coen, calificado de «inverosímil» por el asambleísta Párraga, y cuyos términos, aunque mantenidos muy secretos, hubo de conocer el General por sus amigos de la Asamblea.

Era en aquellos días la opinión de Gómez, en cualquier asunto cubano, definitiva, y, por tanto, muy útil resultaba alistar al General entre los partidarios de Coen y ver así modo de forzar la negativa de McKinley, puesto que había esperanzas de lograr esta rectificación. Indiferente el caudillo a zalemas, halagos y reflexiones, prodigados para lograr este fin, fué preciso recurrir a otros medios, e, indignados los asambleístas ante la resistencia del General, exigieron de éste, en una moción aprobada por gran mayoría, «su adhesión» *absoluta e inmediata,* a fin de que los acuerdos que inspire a la Asamblea la necesidad de auxiliar a los soldados de la revolución... tengan la fuerza moral nacida de la unánime opinión...» Y nombraron una comisión de cinco de sus miembros a fin de «obtener de él declaraciones terminantes a cuyo tenor ajustarían su ulterior conducta.»

Los comisionados recibieron de los labios del anciano General el más rotundo *no,* y, ante los reiterados esfuerzos de aquellos señores para lograr esta sumisión, el *Viejo* los despidió con agrias e insultantes expresiones, rechazando de plano prestar su apoyo y echar en el platillo de la balanza Coen el peso de su espada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La llegada al seno de la Asamblea de los desairados embajadores provocó, entre una tempestad de dicterios y un diluvio de discursos, la destitución del General. Como sucede siempre, vociferaban los más enconados vituperios los hombres que no supieron alistarse bajo sus banderas cuando él, durante tres años, las paseaba por toda la Isla. Desde luego ni el patronímico *Coen* ni el vocablo *empréstito* fueron mencionados una vez siquiera en aquellas arrebatadas catilinarias; fueron, como el *Tabú* de los polinesios, palabras prohibidas de articular en aquel recinto, donde todos sabían, no obstante, que eran ellas, esas palabras, *Coen* y *empréstito*, la génesis, el *Deus ex-machina* de toda aquella patriótica algarabía. Algunos de los adversarios de Gómez, incapaces de toda venalidad, se sumaron a los Coenistas porque no eran sus amigos, porque quisieron aprovechar aquel instante fugaz y así vengar viejos rencores, pagar con creces alguna desdeñosa palabra, algún pintoresco mote aplicado por el *Viejo;* otros, por las mal contenidas ansias de iconoclastia, usual entre nosotros; y, en fin, la mayoría, buenas personas después de todo, porque iban, como Vicente, donde va la gente.

Después de pasados tantos años, cuando se recorre fríamente algo de lo que allí se dijo y todo lo que se escribió en el periódico *La Discusión*, órgano de los asambleístas, nos asombramos ante la violencia del lenguaje, ante las injurias y las acusaciones de aquellos hombres, algunos de ellos altas figuras de nuestro país, sobre quien fué el padre de la revolución del 95 y cuyos servicios a la causa de la independencia de Cuba valían, a todas luces, más que los de muchos de esos asambleístas. No pudieron ellos destruír con unas cuantas horas de fraseología retórica la obra de admiración y gratitud que durante treinta años, con su vida de trans-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

parente cristal y sus fabulosas hazañas, se había labrado ante el pueblo de Cuba el austero General.

Nadie quiso admitir que fuera el general Gómez, como dijo un asambleísta, «el subalterno de ellos»; todo el mundo creyó, al contrario, que ellos, la mayoría, eran allí más que los subalternos de él, sus domésticos casi.

Del ofrecimiento hecho por un jefe mambí, asambleísta, para fusilar él mismo al legendario anciano, si se le ordenase; de la invitación de otro asambleísta para que, extranjero como era, se marchara a su país, ¿qué queda? Probablemente el arrepentimiento de haber proferido esas frases por un motivo que no era, después de todo, sino la resistencia del General en rabiatarse a los coenistas, partidarios de un empréstito emitido con el 38% de descuento.

Abatió al *Viejo* el más intenso pesar, la más honda amargura ante tamaña ingratitud de los que iban a fundar, con esos preliminares, una nación, y en una serena proclama al pueblo de Cuba, humilde, aceptó su destitución, puesto que tenía esa Asamblea «supremas facultades» y, sumiso, la acataba. Se despidió del pueblo, ya libre, pero antes, sobrio, señalaba como la única causa de su destitución: «La Asamblea estima un acto de indisciplina y falta de respeto el que no apoye sus gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero.» Ni una sola frase, ni una sola reflexión, cuando tantas podía hacer, sobre el «inverosímil empréstito» y los términos de su emisión, causa de esta caída.

Pocas horas después recibió Máximo Gómez su desagravio con la más enorme, con la más clamorosa manifestación que jamás haya visto el pueblo de La Habana, a cuya cabeza iba la generosa juventud, los estudiantes de nuestra Universidad. La inmensa muchedumbre estuvo desfilando tres días seguidos por la Quinta de los Molinos. Los veteranos de toda la Isla, con raras excepciones, en cálidos te-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

legramas, le proclamaron su legítimo jefe y los asambleístas, despectivamente silbados en algunos de los lugares donde aparecían y fueron conocidos, se disolvieron poco después, expresando su Presidente, en amarga despedida, «sus lamentos porque la pacífica ciudad de La Habana hubiera sido hostil a la Asamblea, a aquel grupo de cubanos patriotas», etc., etc.

Y eso que el pueblo de Cuba, irritado, no conoció jamás de los términos de ese empréstito, concertado en el misterio, con sigilo tan celosamente guardado, que sólo se conoció más tarde por los que husmeaban en nuestros archivos, y son hoy del dominio público por las actas de la Asamblea, publicadas por los eruditos cubanos capitán Llaverías y doctor Santovenia.

Desapareció esta Asamblea, areópago civil de la Revolución, dejando ilustrado su paso fugaz por nuestra Historia con el ruidoso incidente del abandono del cadáver de Calixto García durante su entierro, con el empréstito concertado con el judío Coen y con la destitución del General en Jefe. Estos fueron los primeros jalones de moral cívica plantados por el máximo organismo de la Revolución, precursores de otros que hemos visto hundir después, hasta las entrañas mismas de Liborio, por sus continuadores, por los que plasmaron esta República.

El lector cubano hará sus comentarios y admitirá que, si lograron esos asambleístas trocar sobre las blancas sienes del anciano General la heroica corona de laurel por otra de espinas, si inscribieron sobre su frente el *Inri* de la destitución, ellos grabaron en las suyas estas otras cuatro letras: las de Coen [1].

---

[1] «Por fin, parió Catana, y ¡qué criatura! Ahí te la mando dentro de esta carta para que le pongas el agua del Socorro... En el fondo le quedo agradecido a la Asamblea, pues ella, pensando hacerme daño, me ha causado bien.» (A María Escobar, sin fecha.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Después de este incidente, antes de la instauración de la República, empezó a dibujarse ya la campaña electoral para la Presidencia de la República, y todo el mundo daba por descontada la elección del General, por tradición histórica entre libertadores y porque era el hombre de más prestigio, de mayor popularidad entonces en el país, y al que apoyaban todas las clases sociales. El General resistió a todas esas seducciones; jamás quiso aceptar puesto tan codiciado. En la constitución de la nueva República se introdujo un artículo expresamente para que pudiera ser él, a pesar de su extranjería, como Sucre de Bolivia, el primer Presidente de Cuba. Pero nada pudo hacer cambiar la firme resolución del anciano, y ante esas elecciones, quedó convencido todo el mundo, los incrédulos también, de la inquebrantable voluntad del General proponiendo al país como Presidente a Tomás Estrada Palma, que, apadrinado por tan alta autoridad, fué proclamado candidato nacional y lo votaron los dos partidos organizados en aquel tiempo: nacionales y republicanos.

Retirado en su casita del Calabazar, con la serena visión de un Bolívar en Bucaramanga, repasando el panorama de treinta años de combate, intrigas y rebelión, ante el caleidoscópico desfile de hechos y personajes escribió, con dejo de amargura, en la primera página de un ejemplar del *Diario de la Guerra* de su Jefe de Estado Mayor, Boza, y aludiendo, a su vez, a sus *Memorias*:

> Cuando escribí yo también todas estas cosas, al calor de los combates librados por la libertad de este pueblo, incautamente creí que conocía al mundo... Desgraciadamente, no fué así. Los hombres en ningún tiempo dejaremos de ser muchachos crecidos... ¡Cuántos cambios y mudanzas he podido anotar durante todo el tiempo que he servido los intereses de este país! Por fortuna mía, para no llegar al desencanto, he podido sobrevivir encaramándome por encima de los escombros de mi accidentada existencia... Amigos, que no tuvieron

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tiempo de serme desleales, porque las balas españolas los arrancaron de mi lado, mujeres, indiferentes ante su bella historia... En este libro que leo anoto la censura de muchos de mis actos revolucionarios..., como si las revoluciones no fueran todas ellas arbitrarias, y cabe preguntar aquí: ¿se hubiera conocido la victoria final sin la invasión a las comarcas occidentales? Y ¿se hubiera efectuado ese gran movimiento por un general cubano, por más valiente que fuera, predominando en todos ellos el espíritu del localismo? Los hombres de aquellos días, de grandes dudas, saben muy bien, cuánto costó mover a Maceo de Oriente y el trastorno que nos causó para ello el general Bartolomé Masó. Esa es la Historia...

Ponemos término aquí al relato de los hechos del General; reseñar su acción dentro de la República agrandaría mucho el tamaño de este libro, y, a la verdad, «después de caer la cortina sobre el drama», sobre la tragedia de aquella Revolución, tan salpicada de sangre y de heroísmo, ¿para qué alzarla de nuevo sobre el sainete de la República? [1]

[1] El general Gómez fué, si esto cabe, más grande aun en la Paz que en la Guerra y, pobre, murió rodeado por el amor del pueblo de Cuba, en La Habana, el día 17 de junio de 1905.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL HOMBRE, EL SOLDADO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

COMO hemos visto, guiado este hombre por unas cuantas reglas de la vieja moral, de la de otros tiempos, que le fueran trasmitidas por algún obscuro ancestro de Málaga o de Jerez, o tal vez por uno de sus abuelos vascos [1], marchó siempre en la vida, ceñido, como en áspero cilicio, por el ingrato deber, y tanto que, poseyendo, como incidentalmente hemos dicho, una rica, una poderosa vena sexual —hecho anatómico, nos asegura el gran cirujano Alexis Carrel, que es el patrimonio de los hombres excelsos, de los grandes agitadores, de los místicos—, a pesar de que era muy mujeriego, habiendo regado con profusión su estirpe, su semilla, por Centro América y Santo Domingo, aunque ésto parezca paradójico, fué un excelente marido. En cuanto el episodio de amor furtivo llegaba a los oídos de *Manana*, tenía su término, en el acto, el idilio —eso sí, para empezar otro de nuevo—, y mil

[1] Juan Antonio Aristizabal, vasco: Bernarda Zabaleta, de Bilbao. (El fraile Utrera.)

hechos de su biografía erótica así lo atestiguan. Fué, pues, a despecho de sus ímpetus viriles, contenido por el deber, un respetuoso patriarca de su hogar y un padre de familia modelo, de los de antaño.

Su duro ceño lo desarrugaban siempre las mujeres y los niños [1], y su piedad, para todos los desvalidos, extendida a los animales, a los caballos, es muy conocida; tendencia ésta, la zoofilia, propia de los misántropos, y no hay duda de que Máximo Gómez estuvo en su vida casi siempre invadido por un ligero tinte de misantropía.

Muy cierto es que su oficio, la guerra, lo ejerció por largos años batallando entre los rudos hombres de Santo Domingo y Haití y mandando a los nuestros, en campañas tan salvajes como crueles, blanco muchas veces de la ruín envidia, perseguido por intrigantillos de baja estofa y tres veces destituído del mando por esos cubanos, a los que al fin libertó, natural es que su carácter aparezca, casi siempre, revestido de gran irritabilidad.

En una de sus cartas a María Escobar le dice: «Yo, María, no he nacido más que para la lucha, para el pesar; con este carácter estremoso, pasando de la brusquedad a la dulzura, lo conozco, todo el fondo mío queda velado con esas distintas fases.» Y esto es la verdad. A los ojos de muchos aparece desfigurado por su renombre de justiciero implacable, que fusilaba, humillaba, vejaba a jefes y oficiales, revistiendo su faz de dura, insensible máscara, cuando era en el fondo de su carácter hasta tierno; todos saben que, ante un niño o una mujer en desgracia, el General lloraba.

Cuando la entrada en Bejucal, donde casi matan a Gómez de un disparo desde la azotea de la fonda *La Bejucale-*

---

[1] «Necesito estar entre mujeres y niños, siquiera por una hora al día. Los hombres me cansan, y temo, si el bloqueo sigue, que no voy a querer más sino mis caballos...» (Carta de Gómez a María Escobar, 7 de noviembre de 1898.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ña, para rendir la cárcel, único reducto español que resistía, ordenó el incendio de las casas próximas. En vano suplicaron vecinos de respeto y señoras la suspensión de tal orden, cosa que lograron las súplicas de los niños de una escuela municipal. Gómez refiere cómo fué este episodio, uno de los que más le impresionaron en la campaña de La Habana.

Pronto se empezó a cumplir mi orden, y ardían ya algunas casas cuando pasé por frente de una escuela de niños; el maestro me salió al encuentro para suplicarme que detuviera la orden y salvara así al pueblo del incendio. Cuando aquel hombrecito me hablaba y veía yo por detrás, apiñados en la puerta, tantas cabecitas inquietas, que con los ojos del asombro y del miedo esperaban mi resolución, me sentí vencido por esas cabecitas inocentes, las cuales me pedían clemencia, y ordené se suspendiera el incendio, lo cual fué tarea difícil, pero en cuyo trabajo obligaba yo a tomar parte a todo el mundo. Aún me siento conmovido cada vez que recuerdo este episodio, y el efecto que en mi ánimo hicieron las cabecitas hermosas y puras de aquellos niños...

En sus ratos de buen humor era el General hasta bromista. En sus *Diarios* los oficiales libertadores José Cruz y Angel Rosende han recogido multitud de anécdotas interesantísimas, y que se refieren al General y a su vida en los campamentos.

Como una muestra, insertamos aquí un fragmento de carta dirigida desde Los Hoyos en Enero de 1898, por Máximo Gómez a Narciso Gómez del Olmo:

Comandante N. Olmo.

Mi estimado Olmo:

Adjunto te va una alocución del ejército, que es urgente y oportuno hagas tirar unos cuantos ejemplares (en hojitas sueltas)... [1]

[1] Se refiere a la proclama que dió el General con motivo de la ejecución del teniente coronel Ruiz, por Aranguren, y el otro Ruiz, que menciona es el dentista Ruiz, de Guanabacoa, muerto en la prisión y motivo de una reclamación de los Estados Unidos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿Qué te parece? El apellido Ruiz está de malas. ¿Tienes tú algo de Ruiz? Los españoles despacharon uno que le dió tormento, y ahora los cubanos al otro. Pero a éste sí le tocó el premio gordo por olvidarse que siempre han corrido gran riesgo los imprudentes que pretenden detener el torrente de las revoluciones.

Por aquí andan ellos detrás de mí, por lo cual me imagino que por allá todo será una delicia. ¿Y Carrillo?... Me figuro que te tendrá la nata sobre la leche; mucha carne, buena escolta, con guardias al pelo, y mucho papel... Si por final de escena te cuelgan los españoles, consuélate con la seguridad que te canonizaremos.

Tu general afectuoso

M. Gomez.

Era siempre gran atenuante ante el General la valentía y el arrojo, excepto cuando de crímenes se trataba. (Roberto Bermúdez, Bejarano y otros.) Un ejemplo: cuando Gómez marchó para la Invasión dejó en la zona de Sancti Spíritus, como jefe de una guerrilla, a uno de los Cervantes. A su vuelta de Occidente, recibió malos informes sobre este mambí y al encontrarse con él, lo mandó a desarmar y le quitó el mando de su fuerza, diciéndole a voces, delante de todos:

—¡Eso se lo hago por cobarde!

El capitán, muy airado, le contestó:

—¡Yo no soy cobarde, General!

—Vamos a ver —le dijo el General—. ¿Usted es capaz de venir conmigo y pararse donde yo me paro a tirarle a la columna?

—¡Yo me paro diez pasos más *pa alantre* que usted, General!—le gritó el guajiro—.

El *Viejo*, muy complacido, se volvió a su escolta y exclamó:

—¡Ay! Este hombre es guapo; de eso no hay duda. Que le den su fuerza y sus armas.

Su rígida moral no tuvo fallas. Recuérdese su carta

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a Serafín Sánchez rehusando para su obra el concurso de los bandoleros y cómo, cuando Armando André le propuso en El Galeón un plan, un atentado, para asesinar a Weyler, casi le arrojó de su campamento.

Su probidad en el manejo de los dineros sólo corría parejas con la de Tomás Estrada Palma, y generoso, abría la bolsa de los suyos a los necesitados; cuando murió, todos lo saben, estaba pobre, pobrísimo.

Gómez, he dicho en otro lugar, «tenía como Clemenceau el defecto de sus grandes cualidades» [1] y nació para el mando, por una parte, y, por otra [2], llegó por convicción reflexiva, acertadísima después de todo, a una fórmula severa, al mantenimiento celoso del principio de autoridad, necesario en toda obra humana, y más que indispensable entre nosotros, cuando se piensa en las crisis de disciplina y autoridad negativa que periódicamente, como sucede en los locos circulares, atacan a Liborio; contra esta tendencia nuestra siempre tuvo él la mano dura y pronta a la represión; tal vez fué ese el mayor motivo del feliz éxito de nuestra última Revolución. Cuando ordenó dar un cepo de campaña al comandante Villa escribió en la hoja de su *Diario*, en la del día 1° de abril de 1897:

> El que gobierna y manda debe tener mucho cuidado para no cometer ningún acto de debilidad, que menoscabe en sus manos la cantidad de poder que se le ha confiado. Tampoco debe ejecutar actos arbitrarios; pero, en último caso..., es preferible un jefe arbitrario a uno débil, falto de carácter. Los males que puede producir el primero harán daño a su persona, pero los trastornos causados por el segundo serán siempre desastrosos, porque afectarán al cuerpo social. A la sombra de una autoridad débil sólo medran los osados, los atrevidos, que en las revoluciones, por desgracia, no son los menos, y se ven desatendidos los virtuosos, los de espíritu manso... Toda fuer-

[1] Dicho de Poincaré.

[2] «Yo no sé mandar soldados con discursos.» (Máximo Gómez.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

za constituye salud, es la vida; toda debilidad viene a ser anemia que conduce a la muerte.

Excusamos comentarios a estas profundas máximas de buen gobierno.

Máximo Gómez, tan grande como soldado, fué un escritor de cuerpo entero [1]. En su correspondencia, en esa forma de la literatura, la epistolar, en sus proclamas, admirables modelos de elocuencia militar, en sus folletos, en artículos sueltos, se revela, pintoresco y preciso, como tal escritor.

Sin estudiar humanidades, sin perfiles literarios, hombre de acción, dando «poca importancia a los papeles» [2], se preocupaba también poco o nada de su estilo y de su corrección. A pesar de todo esto, de su desdén por las reglas y los modelos, nadie podrá escribir una carta de pésame más bella que la dirigida por él a María Cabrales; una orden del día más sentida que la dictada cuando la muerte de Maceo; una arenga más heroica y marcial que la de Lázaro López, cuando ofrece a sus mambises que los llevará «entre el humo del incendio y el estruendo de la fusilería hasta los confines de Occidente, ¡hasta donde haya una pulgada de tierra española!»

Sus *Recuerdos* de la guerra, sus opúsculos, *La Odisea de José Maceo, El Viejo Eduá,* tendrán siempre lectores que con emotivo interés recorran las páginas escritas por aquel hombre, «autor de hazañas extraordinarias», artífice de nuestra historia y que, sobrio, sencillo, decora con sus páginas unas veces, al «héroe negro», otras a su humilde asistente, a un negro viejo, a *Eduá*...

---

[1] Este capítulo, con ligeras variantes, fué publicado ya en un prologuito que puse a una Antología de Gómez publicada por Lizaso.

[2] «Yo, que doy poca importancia a papeles, le dije: ¡Lea, Martí!» (Máximo Gómez.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Escoge con tal precisión la palabra, elige con tal oportunidad el epíteto, encierra con tan poderosa contracción, en una sola imagen, tantas cosas, que alguna de éstas constituye, a veces, un capítulo entero de nuestra historia. En ocasiones encierra, compendia el tratado completo de su estrategia, la cristaliza, la extrae su quinta esencia y la estampa en grandilocua alegoría. Por algo le dijo Martí: «Yo, que no soy tan elocuente como Ud....»

«El sol de los Trópicos destiñe las telas que se pintan en Europa.» ¡Qué maravilla de expresión para definir la campaña de Cuba! Otra síntesis admirable: «¿Mis tres mejores generales? Junio, Julio y Agosto,» etc.... O su respuesta a Crosby, extrañado este corresponsal por su orden de abandonar una posición: «Dile a este americano que lomas como ésta hay muchas en Cuba.»

En carta-proclama a los hacendados, fechada en el mes de agosto del año 95, desde Camagüey, los conminaba a que suspendieran la zafra. Gabriel Camps, crítico sutil, comparaba un día, durante la guerra, delante de mí, las hueras proclamas de Martínez Campos con las de Gómez, que olían a pólvora, e ilustraba su tesis con esta de Camagüey, en la cual Gómez, amenazador, concluía: «Y lo que aquí les prohibo con mi firma, lo haré cumplir con mi espada.» Esta proclama se prestigia aún más cuando se recuerde que el *Viejo* llegó desde Camagüey hasta los campos de La Habana, en la fecha anunciada, y, envuelto en una aureola de incendios, abrevó su caballo en Año Nuevo, como ofreciera, en las azules ondas del Almendares.

Volúmenes enteros se pueden llenar con sus frases inspiradas, sus sentencias sibilinas, dejadas caer en las márgenes de un periódico, al pie de una carta...

Ahora bien: no se busquen en las páginas de este profético General, de este gran estratega por instinto, el afeite

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

artificioso, el estilo repulido, el primor alambicado; no, ya lo dijo en memorable ocasión Carlos de la Torre, refiriéndose a la Asamblea de Representantes: «La Asamblea se ha convertido en Academia de la Lengua, y olvida que los documentos escritos con el corazón no se pueden juzgar con la Gramática en la mano.» Y es verdad: Máximo Gómez, como dijo Taine de un poeta, era más que un escritor, ¡era un hombre!

Su visión como estadista, en nuestros problemas sociales y políticos, ha sido tan honda, que en aquel entonces lejano, llegó a las raíces de nuestros males, a los económicos. Admírense sus cartas a Moreno de la Torre; su proclama de Yaguajay, tan generosa como profunda; sus discursos a poco de concluir la guerra para unir a españoles y cubanos; su carta a Freyre de Andrade: «No olvide, Freyre, que el mejor Gobierno es el que menos gobierna.» [1]

Aunque nunca lo inspiró la «desgreñada musa de la plebe», fué un verdadero hijo del pueblo. Cuando le dijo a Martí, mostrándole la turba de los descalzos, agrupados frente a la sala del baile, dado en su honor, «con voz que no olvidarán los pobres de este mundo»: «¡Para esos trabajo yo!», en esa frase se retrató de cuerpo entero. Para ellos, para esos que sufrían hambre y sed de justicia, por ellos trabajó treinta años y no para la cuadrilla de los *literos*, de aquellos que buscaron en la Revolución cosas más positivas; para esas nobles mesnadas de campesinos y negros cubanos, que, anónimos, dieron su sangre para alzar impoluta en sus robustos brazos una nueva nación; para éstos, para los verda-

---

[1] «Mientras más pronto se saque a la vida este pueblo que está muerto, tanto más será productor y consumidor... Esto es asegurar la paz, porque cuando el pueblo tiene hambre, ella está amenazada... Dividida en dos castas la sociedad, una que tiene el pan y la otra que tiene el hambre, ¿cómo puede andar eso?... Diga todo esto, y más que sé que Ud. sabe decir a esos hombres que tienen dinero, y quizás no salgan defraudadas mis esperanzas...» (Carta a María Escobar, 4 de septiembre de 1898.)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

deros héroes, para los que volvieron, silenciosos y abnegados, a coger después el arado para labrar la tierra que libertaron; para éstos y por éstos, se consagró un cruzado de la independencia [1].

Su panorámica visión de las cosas y de los hombres en la guerra le hizo clasificarlos por sus virtudes, y nunca por otra cosa. El sí pudo decir, y otros no, que lo mismo medía a un negro que a un blanco. Recuérdese su preferencia por los Maceos, Crombet, Cecilio González, Pedro Díaz y otros muchos [2].

¿Cuál fué la fisonomía militar de aquel hombre, que, entre sus enemigos, Martínez Campos llamara «el primer guerrillero de América», Armiñán «el que más valía de nuestros enemigos», Manuel Aznar «el émulo de Zumalacárregui» y Cánovas «el único General que había en Cuba»?

En su talento, mejor dicho, en su genio admira, antes que nada, su clara visión, desde el principio, sobre la manera única con la cual podía combatir contra aquel ejército español de 250,000 hombres, llevando a los mambises hasta Occidente, a paso de carga, e incendiando de una vez la Isla entera; y después de aquel fantástico *raid*, su espera, su paciente acecho del desenlace, expresado por él con esta cumplida profecía: «Ahora, ya todo es cuestión de esperar.»

---

[1] «Tú no sabes las infamias de esta Habana. Nunca vengas a vivir aquí... Nunca creí, María, que nuestra obra se pisoteara... Ahora me ocupo de la exhumación de los restos de mi hijo y de Maceo. Eso me absorbe por completo. No quiero oír hablar de política, y de la sucia de aquí, mucho menos.» (Carta de Gómez a María Escobar.)

[2] He aquí una de sus lecciones. Cierto día, en la Quinta de los Molinos, me refirió el general Rafael Rodríguez la siguiente anécdota de la Guerra Grande Cuando en el 74 abandonaron las fuerzas de Oriente a Camagüey, retuvo Gómez al brigadier Maceo y le nombró jefe de la infantería de Las Villas, pero esta fuerza se negó a recibirlo como tal con el pretexto «de que no era villareño.» Pocos días antes de pasar la Trocha, designó el General como jefe de esa infantería al teniente coronel Cecilio González, negro como el ébano y hombre de su confianza, diciendo a los protestantes: «De éste no podrán decir que no es de Las Villas, porque nació en Cienfuegos.» Rechazado por el primer Gobierno su nombramiento de Jefe del Sexto Cuerpo a favor de Pedro Díaz, mestizo, casi negro, presentó el *Viejo* su renuncia, que no retiró sino cuando se aceptó a Díaz como jefe de Pinar del Río.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como hombre de guerra, no se puede imaginar lo que él pudiera haber hecho de contar con un útil más perfecto, más numeroso, de disponer de los inmensos recursos que tuvieron sus adversarios; es decir, no de un ejército de partidarios, tan mal armado como escaso en número, para tener que hacer frente con él al más grande ejército europeo que nunca atravesara el Atlántico, a esos 226,000 soldados peninsulares, amén de guerrillas y voluntarios, esparcidos por la Isla, angostísima, en donde se encontraban fuertemente arraigados la metrópoli y sus intereses. Para lograrlo, sacó partido de todo, no sólo de la sobriedad, de la resistencia, del valor, obstinado y estoico, de los mambises, sino del alma misma de su enemigo, del mosquito, de la charca salobre, de la meteorología, de las epidemias...

Ninguno conoció mejor la textura, nadie como él supo hacer vibrar las más íntimas fibras de su material humano, de este soldado mambí [1] haciendo milagros con estos hombres y creando incidentes hasta con una pareja. «Nadie sabe el partido que saca el general Gómez de una pareja», dijo Calixto García en una ocasión [2]. Sus fulminantes ataques al arma blanca, si no exterminaban, ponían respeto a su contrario: El Pino de Baire, La Sacra, Palo Seco, Las Guásimas, El Cafetal González y Mal Tiempo ilustran ese aserto. En ocasiones la columna aniquilada desaparecía por completo bajo el filo de su machete. En Palo Seco, de ochocientos hombres, quinientos siete quedaron, acuchillados, tendidos en la lúgubre sabana [3].

Sus vaticinios causan, por su precisión, asombro. Es portentoso que adivinara aquel hombre tantas cosas del fu-

---

[1] Agramonte, Maceo y Calixto García, compartieron con él esta autoridad.

[2] Lino Dou.

[3] Estaba formada esa columna por el famoso batallón de Valmaseda, creado por Weyler, quien, orgulloso, se jactaba de esta paternidad, y cuyas hazañas en la guerra de los Diez Años tanto han celebrado los escritores militares españoles, sin explicar, por supuesto, su trágico fin a manos de Gómez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

turo, como cuando predijo que esta guerra del 95 sería «la guerra de las tres secas», exactísima previsión, porque a los tres años de su comienzo habían perdido ya las tropas españolas las dos terceras partes de sus efectivos en campaña, y no le restaban a Blanco en el año 98 sino unos 70,000 hombres capaces, para, de entre ellos, sacar sus columnas de choque contra el abrupto Oriente. Los restantes habían caído ya bajo la segur del *Negro Bueno* o se iban, repatriados, a pasear, ante el espanto de sus paisanos, por las tierras de España, sus espectrales figuras, sus descoloridas efigies; y, a los tres años, la autonomía, primer paso dado hacia atrás por los de «el último hombre y la última peseta», esa autonomía abortaba, ahorcados o fusilados sus heraldos por las inexorables normas del *Viejo,* y la guerra, se podía decir, estaba ya ganada.

Su frío valor, su indiferencia ante el fuego, sus audacias, su serena compostura frente a los varios incidentes de la dilatada campaña, fueron proverbiales en el campo mambí, y, como Gonzalo de Pizarro «sobre su Zainillo no hacía más caso de indios que si fueran moscos» [1], Gómez sobre su caballo blanco hizo tanto caso de los 40,000 hombres de Weyler, en La Reforma, como si éstos también fueran mosquitos. Dijo, elocuente, en una ocasión, de su valor, personaje de tanta nota como el joven y valeroso general mambí Loinaz del Castillo, muchas veces testigo de este valor: «Sus cabellos, más blancos que la humareda de los fusiles, a vanguardia siempre, nos señalaban en el combate el camino del honor...» [2]

---

[1] El Inca Garcilaso.

[2] Gómez, en el Pino de Baire, en Palo Seco, en Pelayo, en Mal Tiempo, en mil ocasiones más prodigó su vida, cayendo el primero de todos sobre los españoles. Durante la Invasión le mataron cinco caballos y le dieron dos balazos, amén de las veces que las balas le atravesaron las ropas, el sombrero, los gemelos...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿Cuál fué el secreto de sus éxitos? ¿Por qué unció siempre la fortuna a sus empresas? El mismo, sin querer, nos lo va a decir; nos va a mostrar el programa de su estrategia, de su táctica polimorfa, en carta escrita a Gonzalo de Quesada y fechada en 1894:

> Luego, yendo a mi lado, yo sé dónde el jején pone su huevo en Cuba. Sé dónde está la novilla más gorda y la mejor aguada. Sé a qué hora el español se encandila, y a qué hora es más pesado su sueño. Asímismo sus instantes de miedo, para entonces, volverme yo un bravo atrevido; pronto conozco su osadía para, prudente, dejarla pasar, y que la gaste en el vacío. No es muy fácil sorprenderme porque en la guerra siempre marcho con miedo atroz a la derrota más que a la muerte...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta carta íntima, familiar, escrita al descuido, nos permite descifrar la clave de su fortuna, él mismo nos descubre su secreto. Fué un pensador militar, un eminente psicólogo del animal humano ante el peligro, ante la muerte, en la guerra, del soldado, en fin, y ya desde el año 74, sin leer tratadistas, había proclamado que sólo por sorpresa se podía combatir contra los españoles, a cuya infantería llamaba «la cerca de piedra».

Jamás obstinado ariete dispuesto al choque, fueron sus operaciones, flexibles, elásticas, reflexivas; recuérdese su contramarcha de la Invasión. Tuvo delante de sí siempre la campaña y nunca el combate, clasificado por él como fugaz episodio en estas guerras coloniales, guerras de alfilerazos, en las que una victoria más o menos nada significaría en esas tan largas luchas. Nadie en el mundo, ningún hombre de guerra, ni aún el mismo Zumalacárregui, lo aventaja en sus marchas y contramarchas; un ejemplo: la campaña de La Habana.

Si su ejército, según la expresión desdeñosa de los sudamericanos, se podía decir formado por *montoneras,* si

su cifra nunca pasó de 30,000 hombres armados [1], sin embargo, por el largo tiempo que duraron sus campañas, la primera diez años, la segunda cerca de cuatro; por el número de sus enemigos, veinte veces mayor que el gran ejército peninsular de Morillo, contra el cual combatió Bolívar; por haber llevado a cabo con estas *montoneras* la Invasión, bien merece hombrearse con los otros libertadores. A ninguno de ellos le cede en genio militar y en osadía. Y si Bolívar desembarcó en la Isla de la Margarita con doscientos y pico de hombres, él lo hizo en Playitas con solo cinco; y, si él difiere del Libertador por su cultura y por su obra, ya que el obscuro oficial dominicano no había salido de su pequeño país [2], como el opulento heredero de los Marqueses de Bolívar, contertulio de Humbolt y compañero del Príncipe Eugenio; si tuvo esta obra por escenario un pequeño país, la isla de Cuba, por lo titánico de su esfuerzo, por el ejército contra el cual tuvo que luchar, ya lo hemos dicho, un cuarto de millón de soldados, por la energía sobrehumana con que defendiera la metrópoli su última presea en América, porque no tuvo tras de sí, para rehacerse, los inmensos llanos del Orinoco, sino la ínsula estrecha, por todo esto, nuestro libertador está capacitado para tratarse de igual a igual con sus otros grandes émulos: Bolívar, Morelos, San Martín, Sucre, Páez... Y aun aventaja, en cierto modo, el vencedor de Palo Seco y Mal Tiempo al gran caraqueño por su frío temperamento durante el combate; jamás se dejó arrastrar por el ardor de la pelea, porque, aun cuando graduado héroe también, siempre fué general, y en Bolívar, todos lo saben, como en nuestro gran Maceo, muchas veces el héroe se sobreponía al capitán.

Pero sobre todos ellos, sus pares ante la Historia, acla-

[1] Y otros tantos desarmados.

[2] La primera vez que salió Gómez de Santo Domingo fué cuando vino expatriado a Cuba en el 65, a los veintinueve años.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mado por sus soldados, reverenciado por nuestro pueblo, pedido y suplicado por todos, tuvo el supremo gesto de no imitar a los otros libertadores, a Bolívar, a Washington, a Sucre, y renunció, obstinado, a ocupar la Presidencia de la República que él fundara, esculpiendo en carta memorable estas palabras: «Prefiero libertar los hombres a tener que gobernarlos.»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

APENDICES

1

Carta de Maceo a Masó

Cuartel General en Sta. Gertrudis.

Señor Mayor General Bartolomé Masó.

Le incluyo una comón. del General en Jefe para que se imponga de las órdenes que me comunica; circunstancia que me pone en el preciso caso de suplicar a V. ponga de su parte todos los medios que estén a su alcance para marchar al Camagüey si es posible antes de la fecha convenida, pues ahora creo más perentoria la formación del Gobierno que ha de regir nuestros destinos en la guerra.

El departamento oriental, que está a cargo de nosotros dos, si quedara como dispone el General en Jefe, desaparecería por completo no obstante el empeño que V. y todos los Jefes pusieran en juego para mantenerlo organizado y en condiciones de defensa; pues como V. ve, para traerlo a este estado, que no es el mejor, ha costado un triunfo.

Creo de mi deber manifestarle que si bien es verdad que ganaríamos mucho en el terreno que ocupásemos en una nueva invasión, sin constituirse el Gobierno, también perderíamos, quizás si el todo, dejando acéfala la dirección general del país y sin cohesión, pericia y actividad bastante entre los Jefes que operan entre este Departamento y el del Centro; sobre todo saliendo de aquí un contingente compuesto de los mejores y más disciplinados jefes de Oriente, los cuales debo escoger yo tan pronto como emprenda la marcha.

. . . . . .

...A su ilustradísimo criterio no se escapará la importancia de todas las consideraciones que le hice y acabo de significarle ahora; pues si bien es verdad que a la llegada del General Gómez y Martí creí un lujo prematuro la formación del Gobierno, también es el que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lo crea hoy de imperiosa necesidad como prestigio y conveniencia de la Revolución ya desenvuelta, hecho que pide toda la gente de esta provincia.

Adviértole que constituído o no el país, secundaré los planes del General en Jefe que ahora me propone y que fueron los míos para cuando dejásemos constituído el Gobierno, sin embargo de que creo nos sería de graves inconvenientes para nuestra causa dejar a Oriente en la forma que indica el General Gómez, pues es probable que ese sistema no sólo dé lugar a desaliento general, sino que se desmoralice la gente mejor que tenemos y la otra se convierta en malhechores...

...En ese sentido manifiéstole, amigo mío, que me desalentaría mucho si llegaran a suceder dos cosas: 1ª, que no se constituyera el Gobierno y 2da.. que marchásemos hacia Occidente dejando el baluarte de la Revolución sujeto a un desastre seguro. Medite bien cuanto le digo porque crea sinceramente que con su reputación desaparecería cuanto tenemos adelantado en Oriente.

Por otro lado eso daría tiempo a desenvolver mis planes en favor de la Revolución con la introducción de elementos de guerra que espero realizar de un momento a otro, así como podría colocar jefes aptos y buenos para el desempeño de las dos Divisiones del Primer Cuerpo, constituído por las fuerzas de la provincia oriental, con los cuales podría el Gobierno que se constituya tener segura su existencia en él y en el del Centro, si allí no se hiciera lo mismo.

Sigo marcha a dar fin a mi transacción de elementos de guerra y en espera de su respuesta, quedo de V. como siempre s. s.,

A. Maceo.

Julio 14 de 1895.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

2

Algunas explicaciones sobre el asunto de Coen

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La comisión de la Asamblea de Santa Cruz, que fué a Wáshington, entre otras cosas, a negociar el licenciamiento del Ejército Libertador, estaba presidida por el general Calixto García. Este, al igual que Gómez, no era partidario de empréstitos que pudieran retardar el abandono de la Isla por los norteamericanos, aunque sí creían ambos que se debía dar alguna cantidad, como adelanto, a sus soldados, para no lanzarlos a la indigencia.

Horatio S. Rubens, en carta fechada en octubre 28 de 1931, me dice: «Calixto era opuesto a la idea de contratar empréstitos, que tal vez retrasaran la entrega de la Isla a los cubanos», y, al fin propuso, y McKinley aceptó, dar a cada soldado cien dólares al licenciarse, sin perjuicio de abonársele en el porvenir, por Cuba, los sueldos devengados. Este criterio de Calixto no fué compartido por sus compañeros, pero el Presidente de los Estados Unidos no creyó que estos asambleístas fueran elegidos por el pueblo de Cuba, sino sólo por una pequeña parte del país, por el Ejército Libertador y, por tanto, de acuerdo con la tesis de que «los empréstitos pesan sobre el porvenir de las naciones, y es la regla de los gobiernos democráticos que estos empréstitos, exactamente como los impuestos, deben ser votados por el pueblo que los va a pagar», no estimó McKinley que la Asamblea ni él tuvieran capacidad para poder contratarlo, pero, muerto Calixto, no abandonaron los asambleístas sus esperanzas de poder realizar, al fin, sus deseos.

En 16 de febrero de 1899, días antes de hacer su entrada Gó-

mez en La Habana, se leyó en la Asamblea un telegrama fechado el dia 15, en Wáshington, y que, copiado a la letra, dice: [1]

Wáshington 15.

Freyre o Sanguily. Asamblea Cubana.
Marianao.
Habana.

Si Asamblea suspende resolución proposición tres millones puedo comunicar otra proposición importante a mi llegada próximo sábado.

Answer.

Se acordó dejar sobre la mesa hasta la próxima semana el asunto de «esa proposición importante» y nombrar una comisión de Representantes para «saludar al general Gómez y, al mismo tiempo, tratar con él asuntos urgentes para el país y el Ejército», es decir, el asunto del empréstito.

En la sesión del 25 de febrero, después de la lectura de la *Memoria* de los comisionados, se hizo presente que, no obstante la resolución tomada por el Ejecutivo de la Unión, «se habían hecho ofrecimientos por el Secretario de Estado, por el de la Guerra, por el del Tesoro y por el Abogado General para buscar un arreglo por medio de un Empréstito.» Esta información ha sido suprimida de las actas de la Asamblea depositadas en el Archivo Nacional, y esa información fué la que alentó las esperanzas de los partidarios del empréstito.

El día 26 de febrero se citó al general Gómez a la Asamblea. Algunos días antes había llegado a La Habana Mr. Coen, «celebrando entrevistas con varios Representantes relativas a un empréstito, que se encuentra dispuesto a estipular», según informó a la Asamblea su Presidente, y, en la sesión secreta del día 2 de marzo «se dió a conocer a ésta las bases generales del empréstito, presentadas en forma de nota, por el Sr. Coen.»

He aquí, tomada de las mismas actas de la Asamblea, la proposición de Coen «que representaba, dijo, a un grupo de banqueros», a los cuales, sin embargo, nunca nombró:

(Traducción literal de la carta del Sr. C. M. Coen)

A la Asamblea Cubana.

Habiendo sido informado que esa honorable Corporación, después de amplia deliberación, ha resuelto que no puede considerar el ofrecimiento de facilitarle $3.000.000.00 hecho por el gobierno de los Estados Unidos, con el objeto de pa-

[1] Hoy se encuentra depositado en el Archivo Nacional.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gar a su ejército y retirarle sus armas, por considerar dicha suma del todo insuficiente, le presenta la siguiente proposición:

1. La Asamblea Cubana emitirá bonos por la suma de $20.000.000, los cuales yo y mis asociados compraremos al precio de 62 centavos por peso. Los bonos serán pagaderos en 30 años, reservándose la Asamblea el derecho de amortizarlos, todos o parte de ellos, transcurridos los primeros 20 años. Dichos bonos devengarán el 5% de interés, pagaderos semestralmente en la Ciudad de New York o en La Habana, a opción del tenedor.

. . . . . .

4. Este contrato no tendrá valor ni surtirá efectos mientras no reciba la aprobación del Presidente de los Estados Unidos, la cual aprobación, yo mismo y mis asociados, debemos obtener, sin que la Asamblea tenga nada que hacer en ese sentido.

5. Tan pronto como el Presidente de los Estados Unidos apruebe este contrato, pondremos a la disposición de la Asamblea Cubana, dentro de diez días, la suma de $12.400.000; y, como garantía de que así lo haremos, inmediatamente después de la aprobación del Presidente, depositaremos la suma de $500.000, la que quedará como multa o indemnización a favor de la Asamblea.

. . . . . .

7. Respecto a la garantía, no pedimos que se afecte puerto alguno como seguridad; sólo deseamos que se comprometan las rentas totales del país; como se acostumbra en los Estados Unidos, asegurando a Udes. que deseamos tratarles como a honrados caballeros y valiosos ciudadanos de un país vecino.

8. Esta oferta, y todo lo que con ella se relacione, deberá mantenerse en secreto hasta tanto que el Presidente de los Estados Unidos haya resuelto.

9. Con objeto de realizar esta proposición, deberá la Asamblea enviar una comisión a los Estados Unidos, para informar al Presidente que la Asamblea, considerando insuficientes los $3.000.000 ofrecidos por él, y con el fin de levantar los fondos necesarios para pagar y licenciar el ejército cubano, ha resuelto presentar esta proposición a su aprobación.—*C. M. Coen,* por él y sus asociados.

En la sesión del día 6 de marzo, se leyeron las explicaciones que daba Coen a los distintos particulares interesados por la Asamblea en forma de preguntas. A la sexta pregunta: «¿Tipo máximo de la emisión?», contestaba: «Sesenta y dos centavos por cada peso en oro americano, no pudiendo aumentarse el precio de compra por no permitirlo el margen que resulta entre este precio de compra y el de la venta por ellos, si se consideran los descuentos, *comisiones,* gastos y la ganancia que queda.»

En una palabra, que de los veinte millones de pesos contratados se iban, se quedaban entre las manos o, mejor, entre las uñas de los afortunados banqueros para «gastos y comisiones» *¡ocho millones!,* es decir, más, mucho más de la tercera parte de ese dinero; tan crecida era la cifra de esos gastos y de esas comisiones, en aquella épo-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ca de dinero barato, prestado al país más solvente entonces del Orbe, como lo era Cuba.

En vista de las explicaciones de Coen «la Asamblea acordó el nombramiento de una comisión para redactar con Mr. Coen el contrato de empréstito sobre la base propuesta», es decir, con el *treinta y ocho por ciento de descuento* y el *cinco por ciento de interés.*

En la sesión del día 9 de marzo se aprobó por la Asamblea, por mayoría de votos, el contrato con Coen, tal como fué presentado en la sesión del día 2 de marzo, y, de acuerdo con el artículo 9, «se procede a formar la candidatura de los señores que han de componer la Comisión que irá a Wáshington con Mr. Coen, para ver si se logra del Presidente McKinley la aceptación del empréstito», y «se acordó que firme el contrato con Mr. Coen el Presidente de la Asamblea». Y en esta misma sesión se aprobó «requerir al General en Jefe del Ejército Cubano su adhesión absoluta e inmediata», etc., etc., extremo éste que antes hemos señalado.

El General, como se sabe, no quiso apoyar ni hacer gestiones a fin de que la tal negociación fuera aprobada por los americanos y, según el Marqués de Santa Lucía, los despidió con groseras e irrespetuosas expresiones. Lo demás de lo ocurrido ya se sabe.

Unas reflexiones antes de terminar este asunto del empréstito debatido. Era absurdo el descuento —*¡treinta y ocho por ciento!*— fijado para su emisión, garantizados sus intereses y su amortización por las rentas todas de un país, ya lo hemos dicho, tan solvente como Cuba en esos momentos, si se recuerda que por el tratado de París no debíamos nada a nadie y era nuestra deuda pública: *cero, cero,* y que, aprobado, como se pidió, por el Gobierno de la Unión, nuestras rentas aseguraban de sobra el pago de intereses y amortización.

Recorriendo la historia de los más onerosos empréstitos del pasado, no se encuentra nada igual a este «inverosímil empréstito» [1], a este «negocio leonino» [2], y para muestra señalaremos algunos de los más usurarios de los conocidos. El empréstito otomano, en un país de hacienda averiada, «el hombre enfermo», emitido en Londres en 1854, lo fué tan sólo con el veinte por ciento de descuento. El empréstito hecho al Bey de Túnez, gobierno de piratas y bandidos, por los banqueros franceses en 1863, se hizo con el veinte y cuatro por ciento de descuento. Y, en fin, para terminar con otro ejemplo. El

[1] Párraga, asambleísta.

[2] Carlos Manuel de Céspedes, asambleísta.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

empréstito lanzado en París en 1865 por el ya caduco imperio azteca de Maximiliano, en sus últimas boqueadas, el más alto de todos los registrados hasta este de la Asamblea cubana, lo fué con el treinta y cuatro por ciento de descuento. Así, como se ve, no tuvo igual ni precedente en la Historia, el aprobado por los asambleístas en marzo 9 de 1899, con un interés real del ocho por ciento, porque, como se descontaba el peso a $0.62 y este interés del cinco por ciento se percibía sobre los veinte millones, los compradores de los bonos se embolsaban el interés de un ocho por ciento.

Suponen los expertos en esta clase de negocios que tal empréstito, lanzado con tal descuento y con tal *interés* por el país de más garantía entonces, aprobado por el gobierno norteamericano, estaba destinado, a los pocos días de su emisión, a saltar del sesenta y dos a más del doble, a más del ciento veinte, recibiendo el sabichoso Mr. Coen y sus compinches más de ocho bonitos millones, ganándose en la amortización otros ocho. Por fortuna «los odiosos» norteamericanos velaron por los intereses de «la muchacha» [1] mejor que sus padres y no quiso tratar McKinley más este asunto.

[1] Para Gómez, en la Guerra Grande, la Revolución era «la madre», en el 95, «la novia», y Cuba, concluida la guerra, «la muchacha».

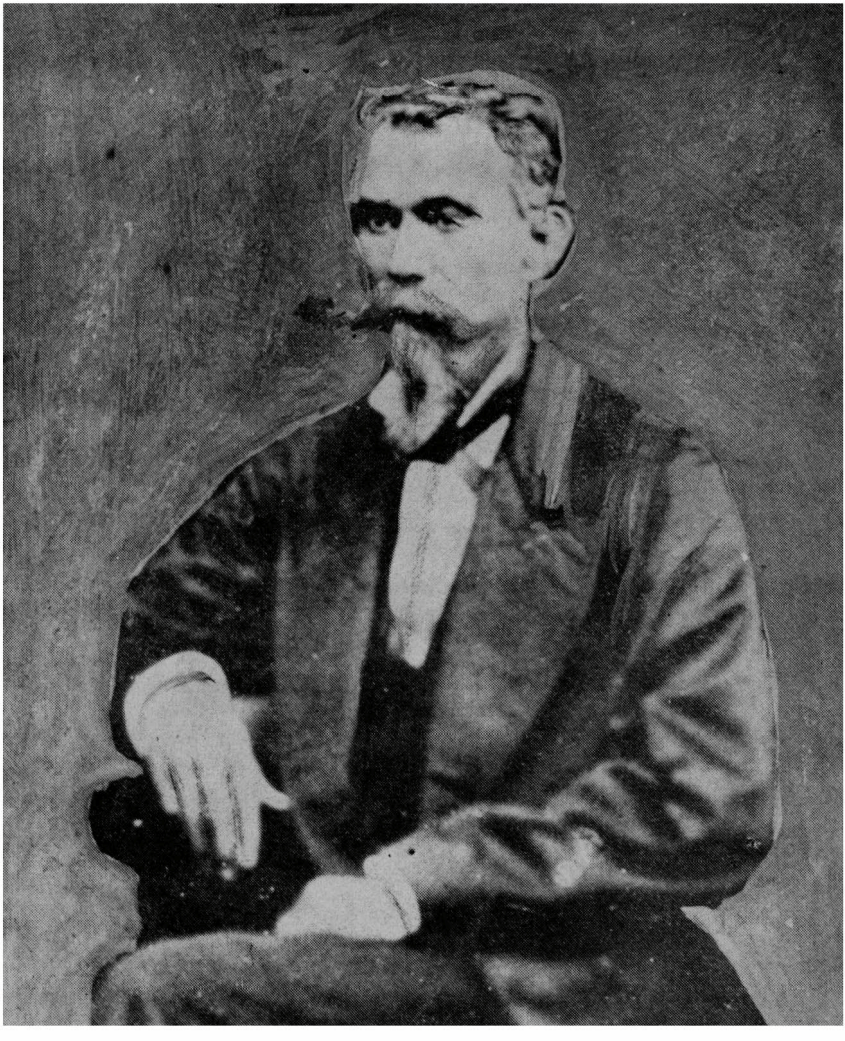
Las notas de este apéndice están tomadas de la *Colección de Documentos* publicada por el capitán Joaquín Llaverías y el doctor Emeterio S. Santovenia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta edición del centenario de *Máximo Gómez, el Generalísimo,* se terminó de imprimir el día 14 de noviembre de 1936, en los talleres de Seoane, Fernández y Cia., Compostela No. 135, La Habana. Esta edición consta de 2,000 ejemplares en papel Antique y 25 ejemplares en papel Conqueror, éstos numerados del 1 al 25.

◇



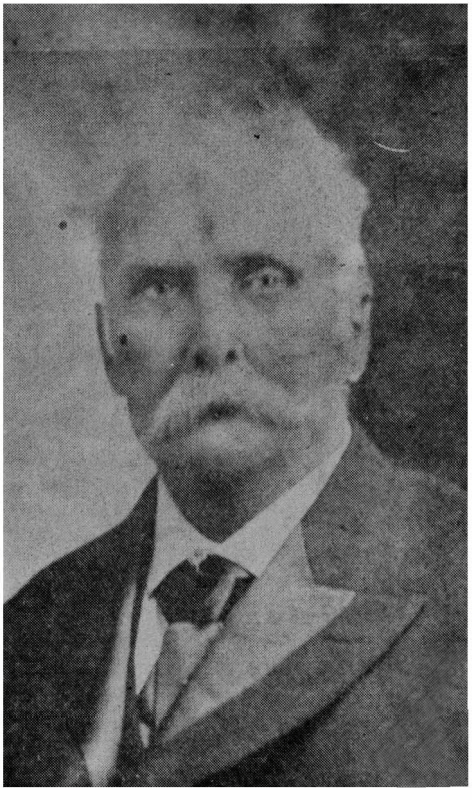
Máximo Gómez
(Fotografía tomada en Jamaica en el año 78)

Se insertan en esta Iconografía retratos de los hombres que directamente operaron con Gómez, sobre todo en esta última guerra. Lamentable es que por falta de tiempo se noten ciertas omisiones; las del Capitán Curtis, tan devoto de Gómez, el Coronel Tavel, etc., etc.; pero no ha sido posible procurarnos sus retratos. Igual pasa con el General Loinaz del Castillo, tan destacado en nuestras guerras. A última hora se deterioró su cliché, sin tiempo para reproducirlo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

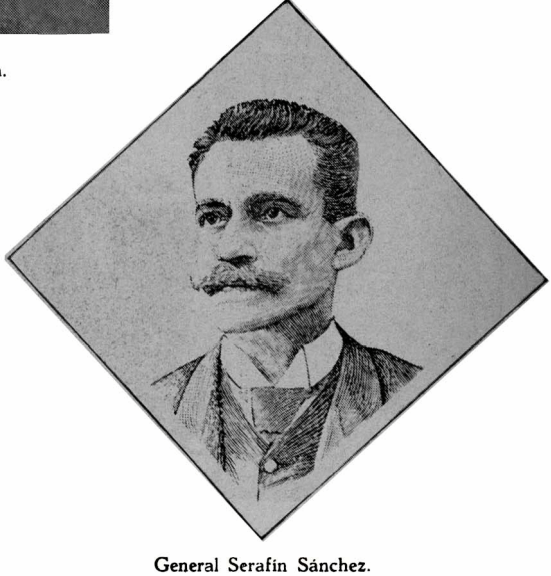
Bernarda Toro de Gómez, esposa de Máximo Gómez.



Lugarteniente Calixto Garcia.

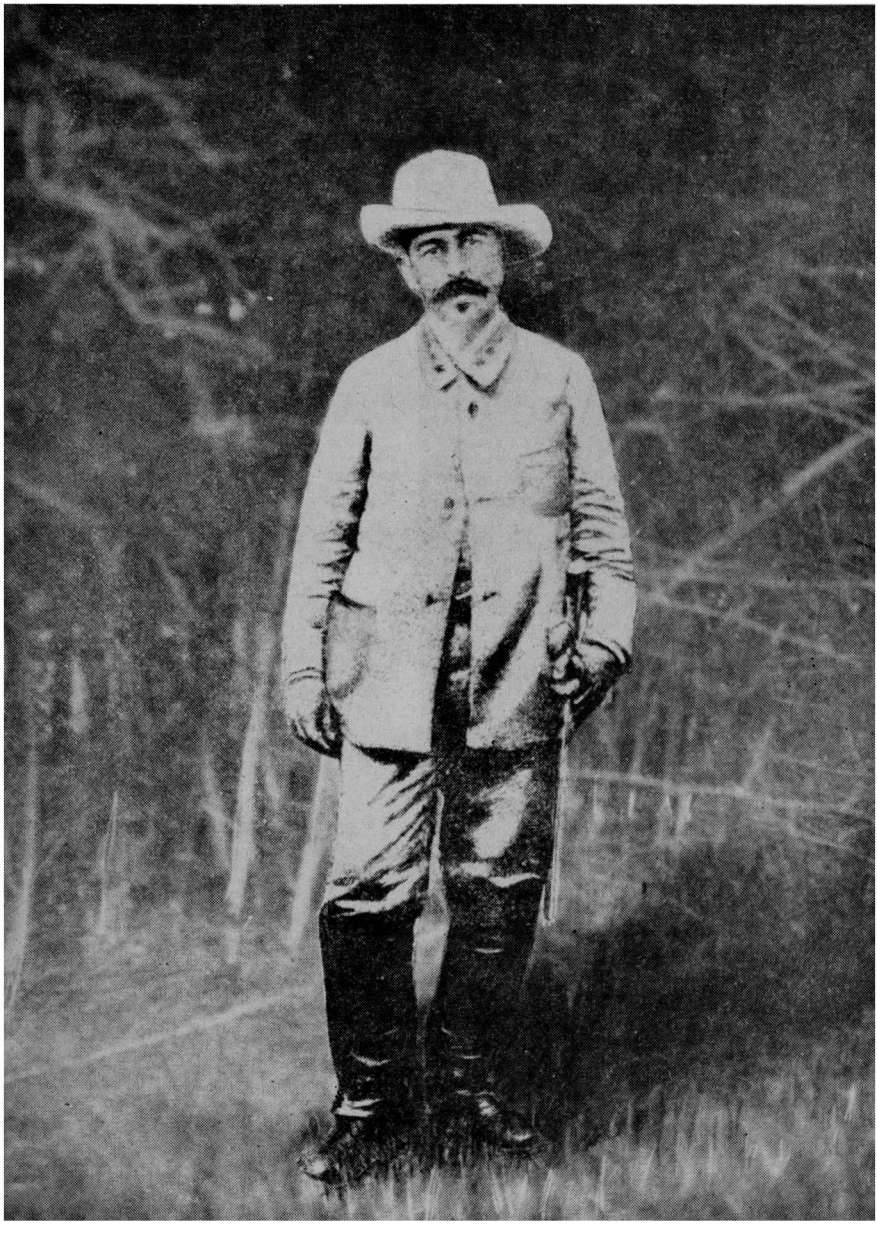
Panchito Gómez Toro.

Comandante Miguel Varona Guerrero.



General Serafin Sánchez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



General José Miguel Gómez, segundo de Gómez en la campaña de La Reforma.

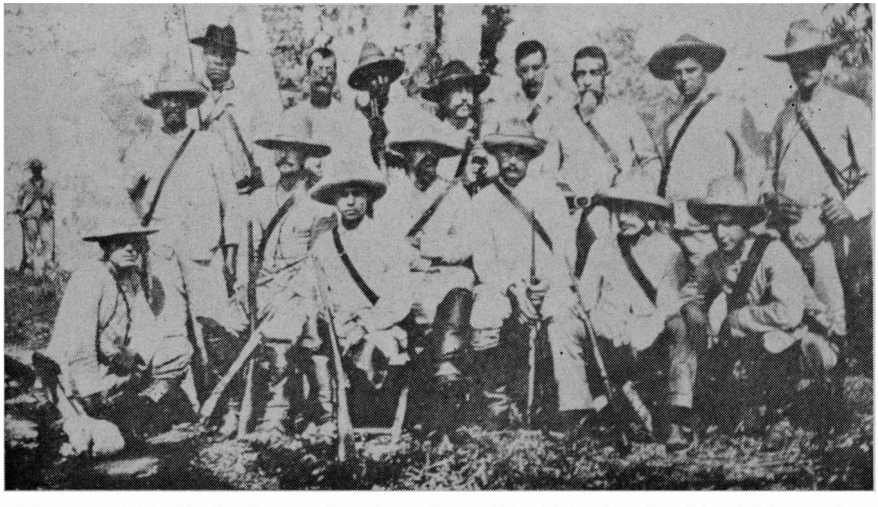
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

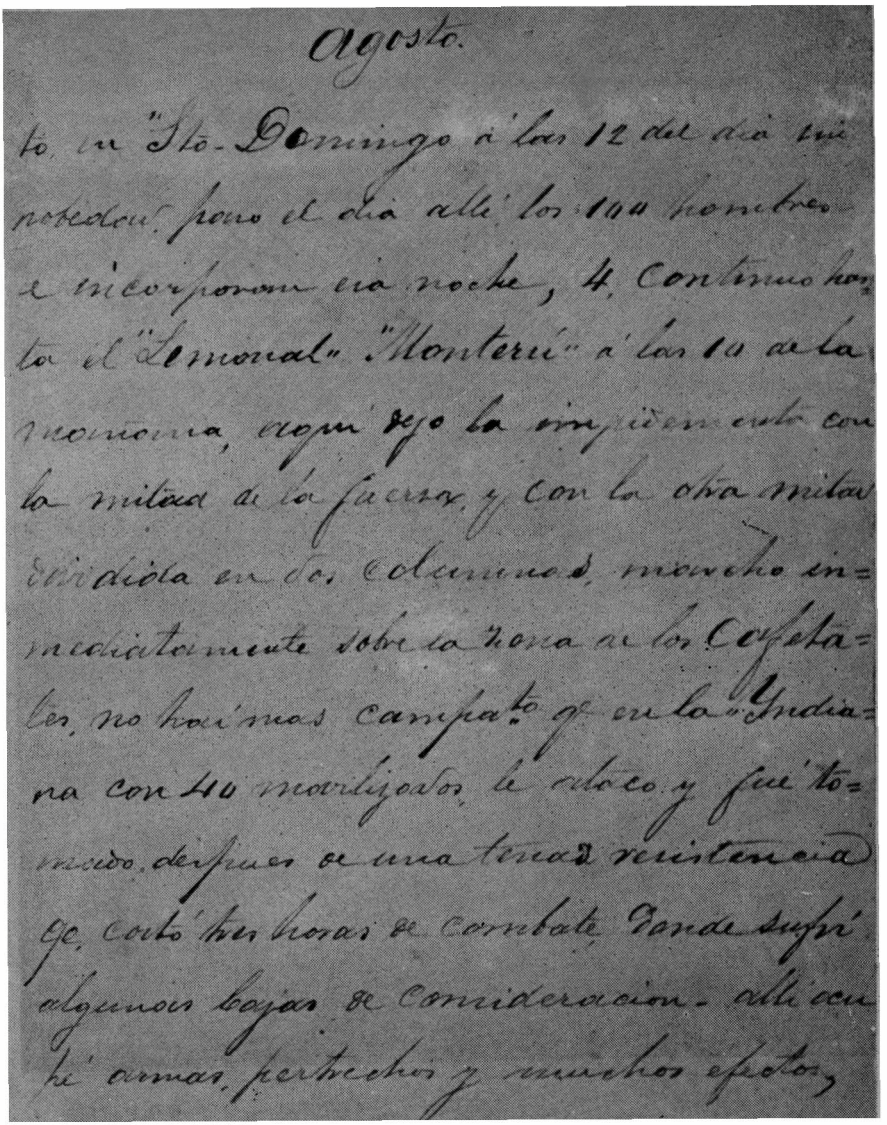
Bernabé Boza, jefe de Estado Mayor del Generalísimo.

Coronel B. Molina y parte de la Escolta del General.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Oficiales del E. M. de Gómez. Sentados: Arturo Díaz, León Primelles, Miguel Varona, Bernabé Boza, Tomás Olivera, Piñán de Villegas, M. Loret de Mola. De pie: F. Zayas, Marcos Rosario, Dr. Fermín V. Domínguez, L. Despradel, M. Pinto, A. Tavel, R. de Armas, N. Carrió (abanderado) y S. Corvisón.

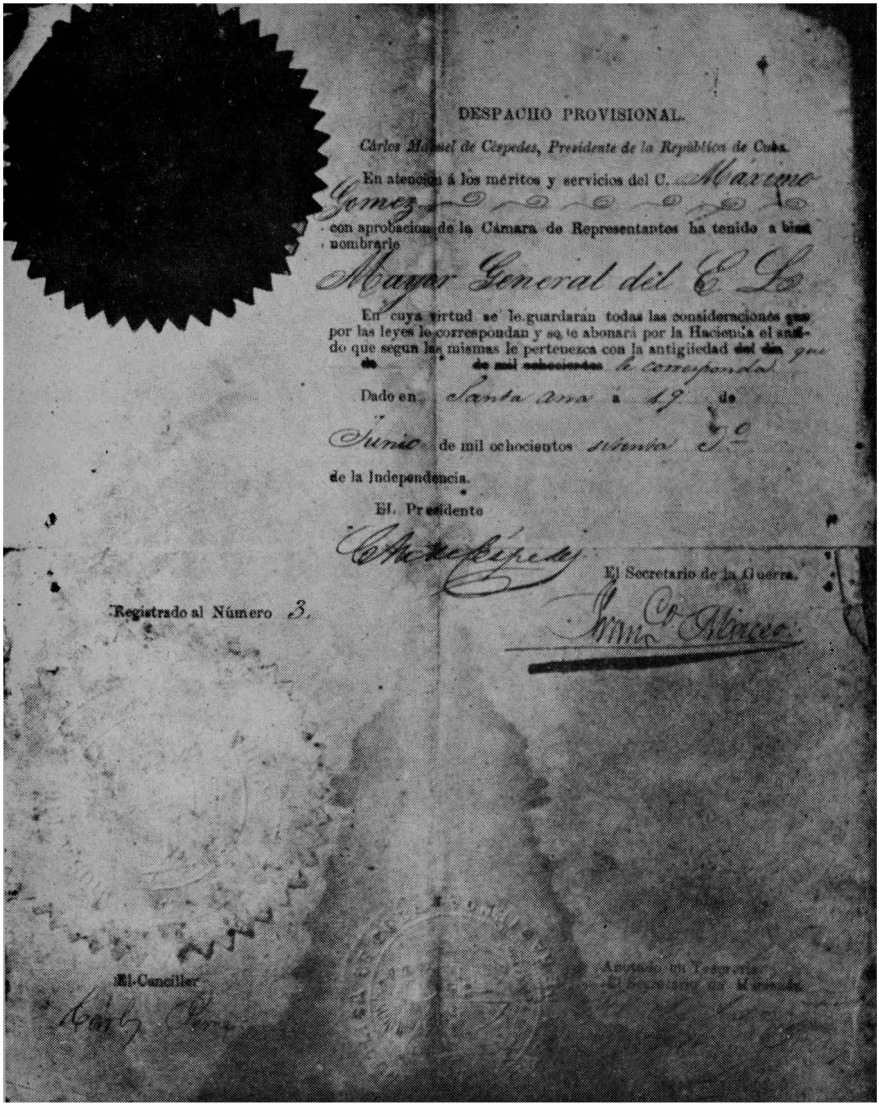


Agosto.

to, en "Sto-Domingo á las 12 del dia sin
novedad, pasó el dia allí los 100 hombres
e incorporan esa noche, 4, continuo has-
ta el "Limonal" "Monterú" á las 10 de la
mañana, aquí dejo la impedimenta con
la mitad de la fuerza, y con la otra mitad
dividida en dos columnas, marcho in-
mediatamente sobre la zona de los Cafeta-
les, no hai mas campa.to q. en la "India-
na con 40 movilizados, le ataco y fué to-
mado, despues de una tenaz resistencia
q. costó tres horas de combate, donde sufrí
algunas bajas de consideracion - allí ocu-
pé armas, pertrechos y muchos efectos,

Facsímil de una de las hojas del Diario de Campaña, de Gómez, del mes de agosto del año 71.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



DESPACHO PROVISIONAL.

Cárlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República de Cuba.

En atencion á los méritos y servicios del C. Máximo Gomez — con aprobacion de la Cámara de Representantes ha tenido á bien nombrarle

Mayor General del E. L.

En cuya virtud se le guardarán todas las consideraciones que por las leyes le correspondan y se le abonará por la Hacienda el sueldo que segun las mismas le pertenezca con la antigüedad del dia que le corresponda.

Dado en Santa Ana á 19 de Junio de mil ochocientos setenta y 2º de la Independencia.

El Presidente

El Secretario de la Guerra.

Registrado al Número 3.

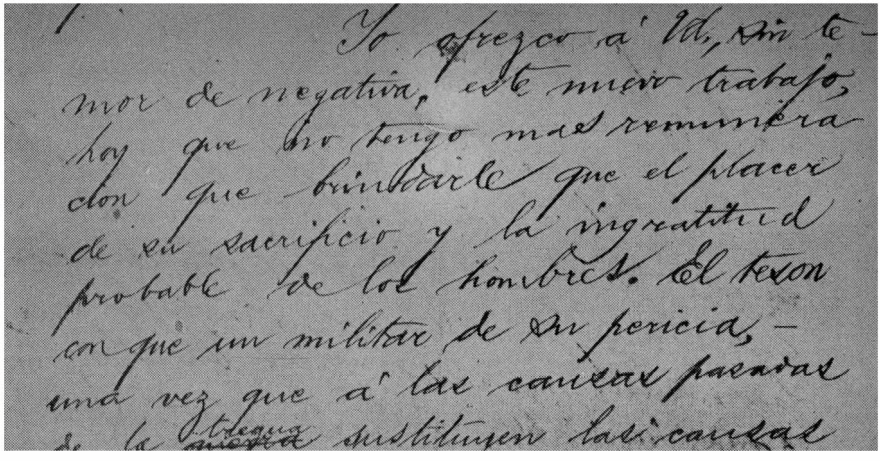
El Canciller

Anotado en Tesorería

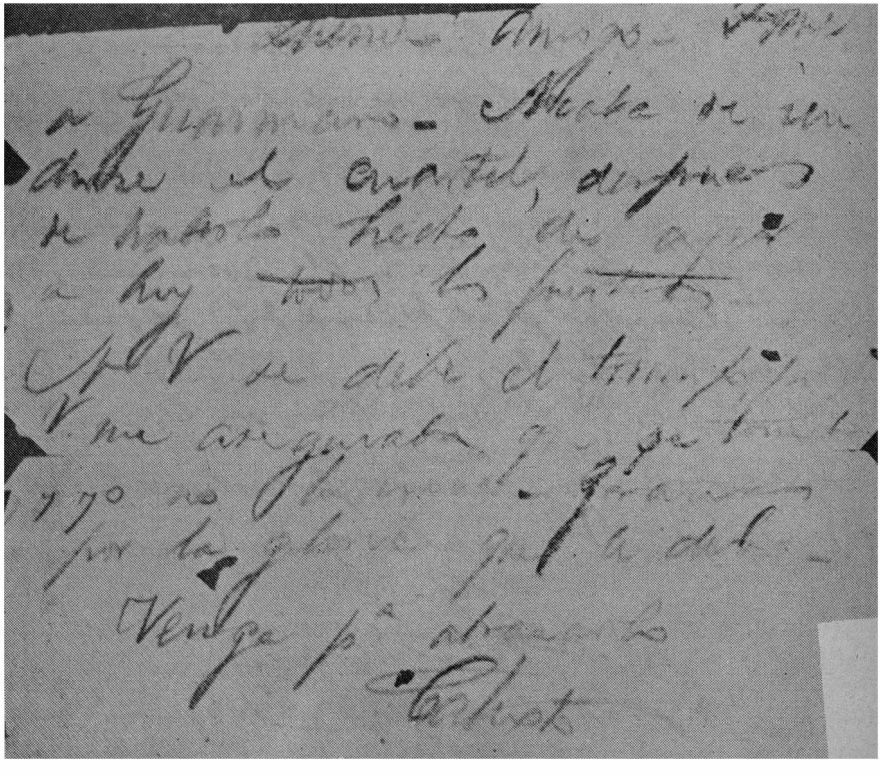
El Secretario de Hacienda

Facsímil del Diploma de Mayor General de Gómez, firmado por Céspedes con la fecha: 19 de junio de 1870.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

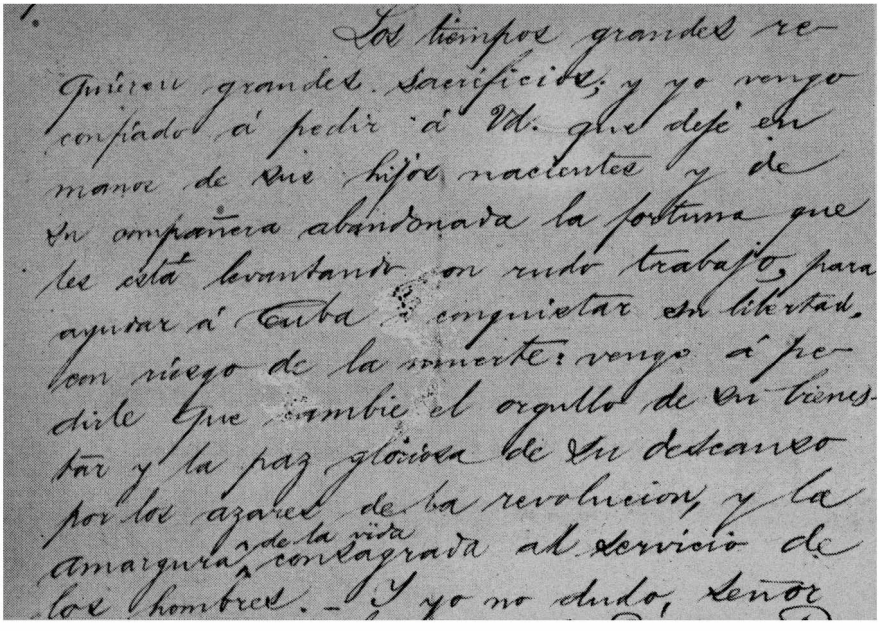


Facsímil de la carta de Martí a Gómez, de Santiago de los Caballeros.

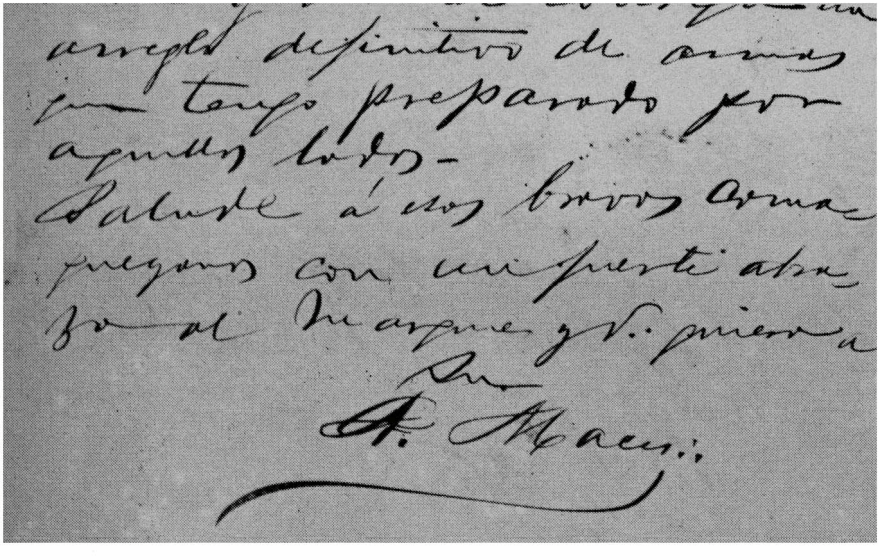


Esquela de Calixto García a Gómez participándole la toma de Guáimaro,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

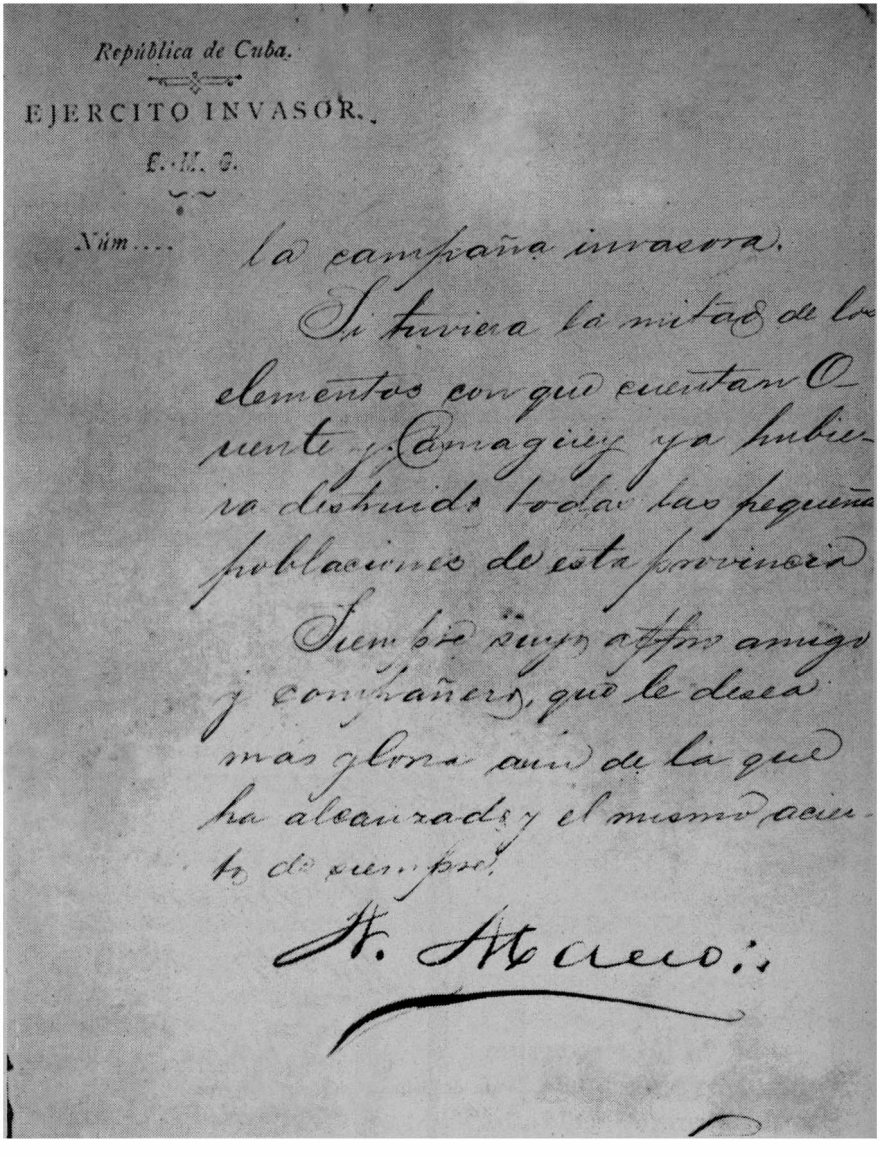


Continuación de la carta de Martí, de Santiago de los Caballeros.



Final de una carta de Maceo a Gómez, de su puño y letra y que termina así: «con un fuerte abrazo al Marqués y Vd. quiera a su A. Maceo». (Fechada en julio del 95).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia


República de Cuba.

EJERCITO INVASOR.

E. M. G.

Núm....

la campaña invasora.

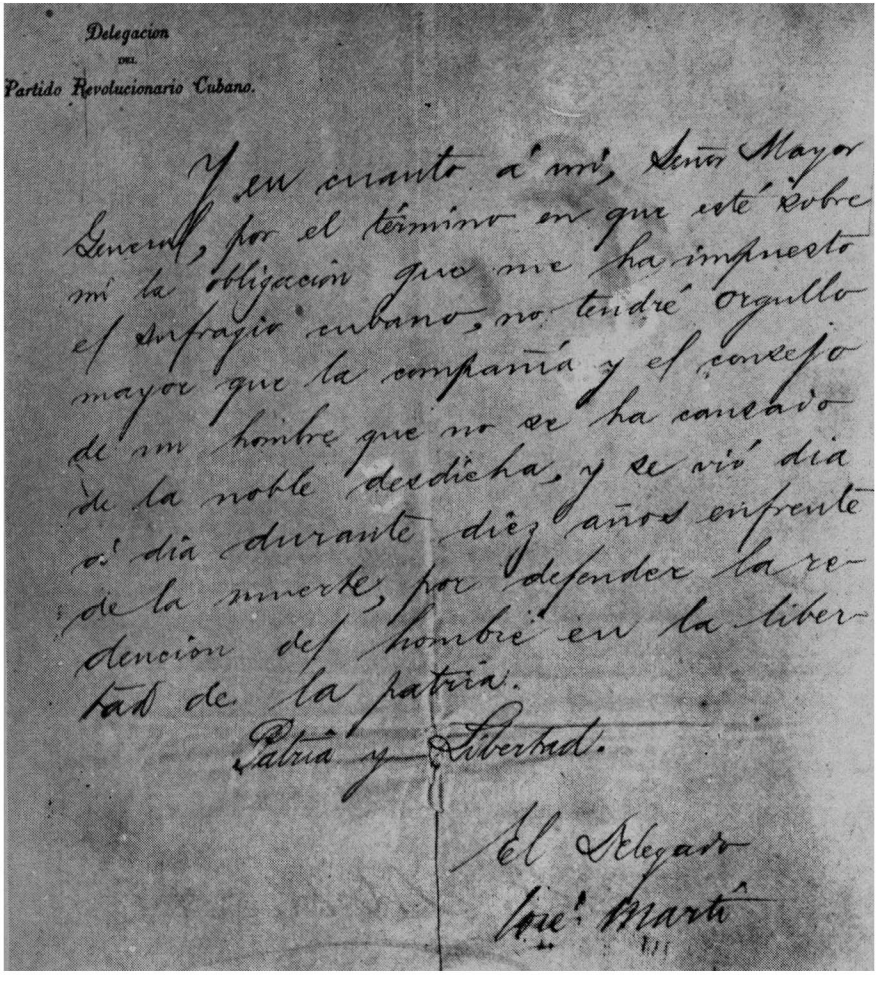
Si tuviera la mitad de los elementos con que cuentan Oquendo y Camagüey ya hubiera dichuido todas las pequeñas poblaciones de esta provincia.

Siempre suyo afmo amigo y compañero, que le desea mas gloria aun de la que ha alcanzado y el mismo acierto de siempre.

A. Maceo.

Final de una carta de Maceo a Gómez, fechada en Vuelta Abajo en el año 96.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Delegacion
DEL
Partido Revolucionario Cubano.

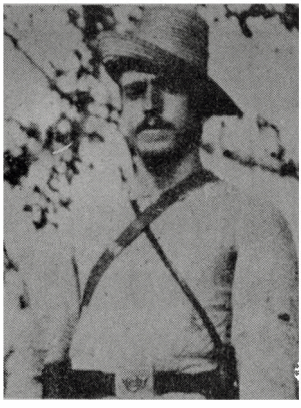
Y en cuanto á mí, Señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble decidcha, y se vió dia á dia durante diez años enfrente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad.

El Delegado
José Martí

Final de la famosa carta de Santiago de los Caballeros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Comandante José d'Estrampes, jefe de uno de los grupos de Infantería de Gómez en La Reforma.

LOS SUCESOS DEL DIA.

Noticia oficial

Gómez y Maceo en la Siguanea

En las oficinas de Estado Mayor se ha recibido el siguiente telegrama del general Martínez Campos:

Al Capitán General: diga á Guerra que el geneneral Suárez Valdés me comunica lo que sigue:

«Por propio llegado de Manicaragua acabo de saber que el general Oliver ha batido á las partidas de Máximo Gómez y Maceo en Manacas y que la fuerza insurrecta entró en la Siguanea, hacia donde se dirigen dos columnas además de la de Oliver.»—*Campos.*

Encnentros reñídisimos

CON

Máximo Gómez.

Dos oficiales muertos y 4 heridos.—65 soldados muertos.—2 cabecillas rebeldes muertos.—Las bajas del enemigo incalculables.—Voladura de una alcantarilla.—Tiros á un tren.—Encuentro en el Hormiguero.—Varios detalles.

Desde Cienfuegos

10 Diciembre.- Recibido el 17.

La Lucha —Habana

En «Vija»

A las ocho de la mañana estuvo por «Vija» una partida insurrecta.

En «Mal Tiempo»

A las diez de la mañana una gruesa partida dió fuego á «Mal Tiempo,» teniendo un encuentro que duró hora y media, á las dos de la tarde, sosteniendo despues, tras encuentros simultáneos.

LOS SUCESOS DEL DIA.

Noticias oficiales

Combate con Máximo Gómez en Calimete.—18 muertos y 64 heridos—Las del enemigo incalculables- Comunicación cortada.—En Guamutas sin novedad.

La columna del teniente coronel Perera, del batallón de Navarra, encontró hoy al enemigo cerca de Calimete.

Tuvo rudo combate con las partidas de Máximo Gómez, muy superiores, y las rechazó, tomando posiciones en el ingenio «Godinez» y obligandolas á dividirse.

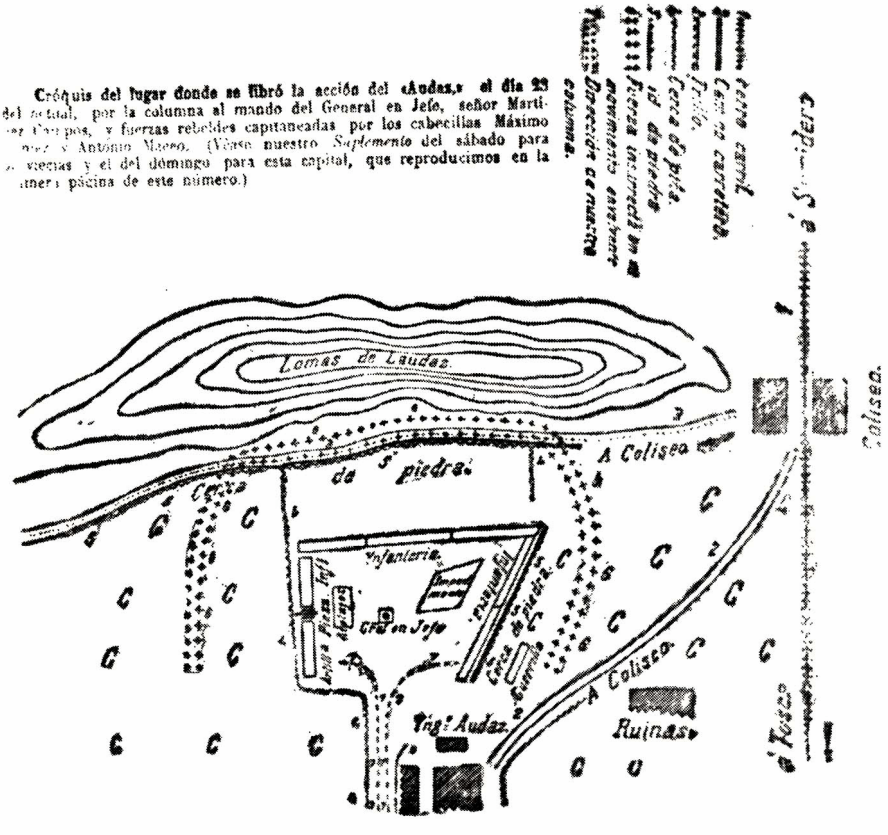
(Reproducidos de *La Lucha*).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Teniente Coronel T. Armstrong.

Comandante A. Moreira. Del E. M. del Generalísimo.

Croquis del lugar donde se libró la acción del «Audaz,» el día 23 del actual, por la columna al mando del General en Jefe, señor Martínez Campos, y fuerzas rebeldes capitaneadas por los cabecillas Máximo Gómez y Antonio Maceo. (Véase nuestro *Suplemento* del sábado para provincias y el del domingo para esta capital, que reproducimos en la primera página de este número.)

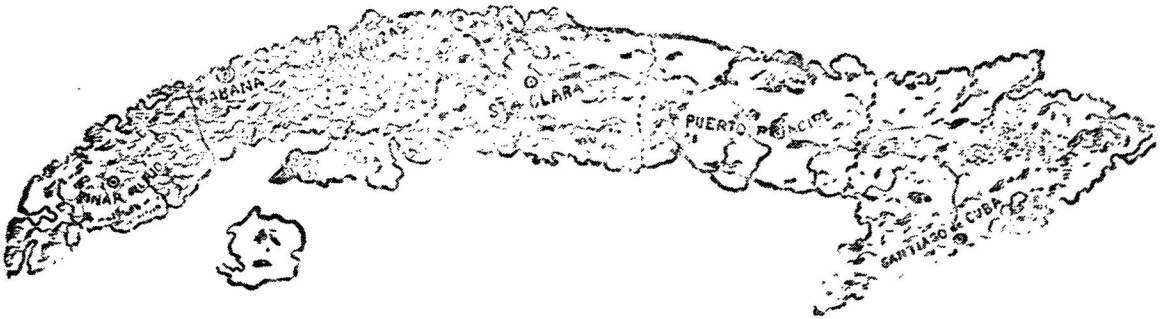


(Del Periódico *La Lucha*).

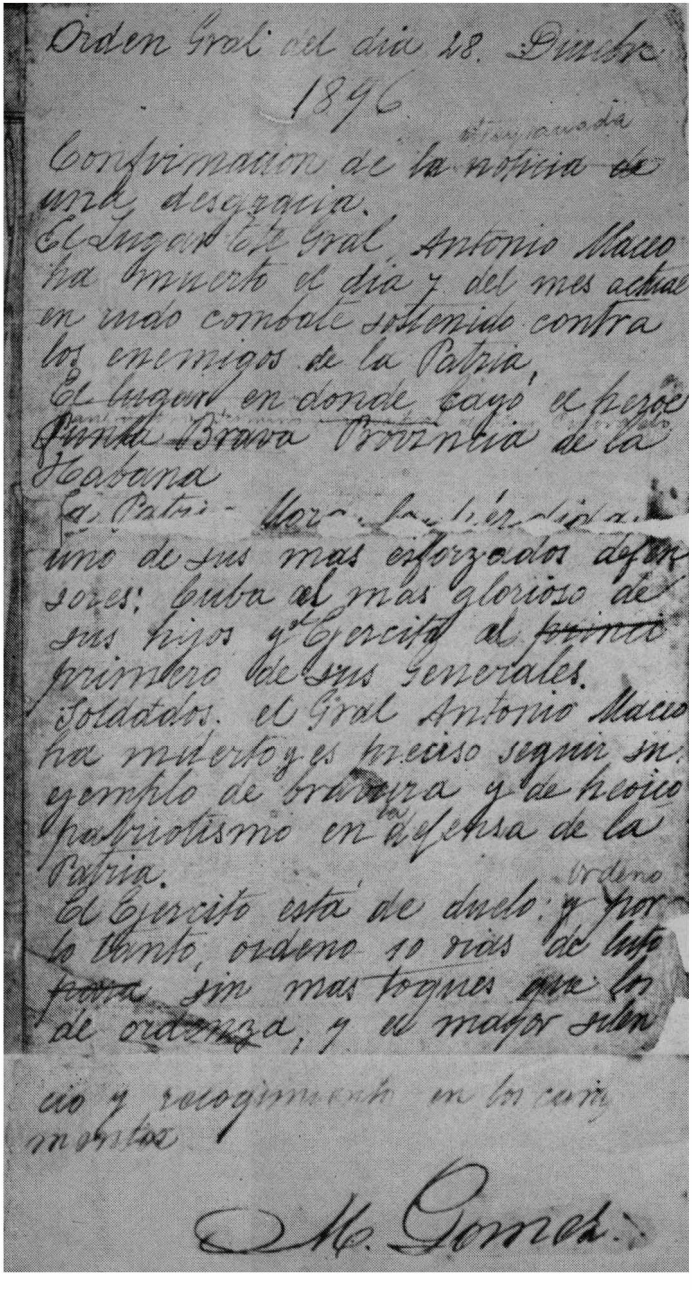
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Escolta del Generalísimo. (De una fotografía tomada en la guerra por el repórter americano Mr. James H. Hare).



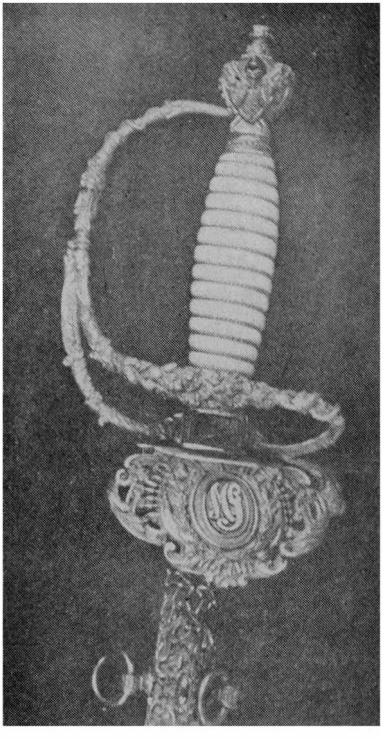
Rompecabezas publicados en *La Lucha* en el mes de diciembre, titulado ¿Dónde está el Chino Viejo?


Orden Gral del dia 28. Diciembre
1896.
Confirmacion de la noticia de
una desgracia.
El Lugarteniente Gral. Antonio Maceo
ha muerto el dia 7 del mes actual
en rudo combate sostenido contra
los enemigos de la Patria.
El lugar en donde cayo el heroe
Provincia Brava Provincia de la
Habana
La Patria llora la perdida de
uno de sus mas esforzados defen-
sores; Cuba el mas glorioso de
sus hijos y el Ejercito el primero
primero de sus Generales.
Soldados. el Gral Antonio Maceo
ha muerto y es preciso seguir su
ejemplo de bravura y de heroico
patriotismo en defensa de la
Patria.
El Ejercito está de duelo: y por
lo tanto, ordeno lo mas de luto
posible sin mas trapos que los
de ordenanza, y el mayor silen-
cio y recogimiento en los cam-
mentos.
Mo. Gomez.

Borrador de la proclama de Gómez sobre la muerte de Maceo.
(De su puño y letra).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

General José González Planes.



Espada, marfil y brillantes, cincelada por Tiffani y regalada a Gómez.

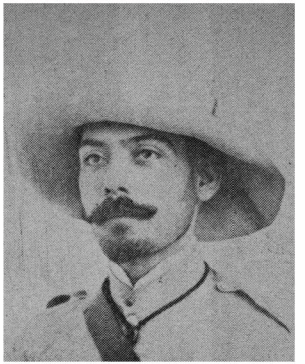
General Armando Sánchez Agramonte, Coronel que fué del «Expedicionario».

Los Coroneles Pérez Abreu y Caneda, examinando un herido.

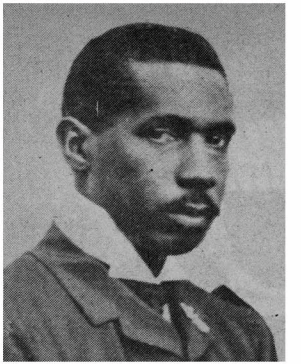
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

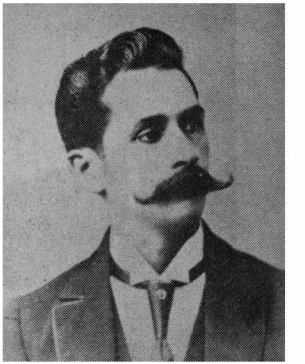
Teniente Coronel Marcos Rosario.



Coronel León Primelles.



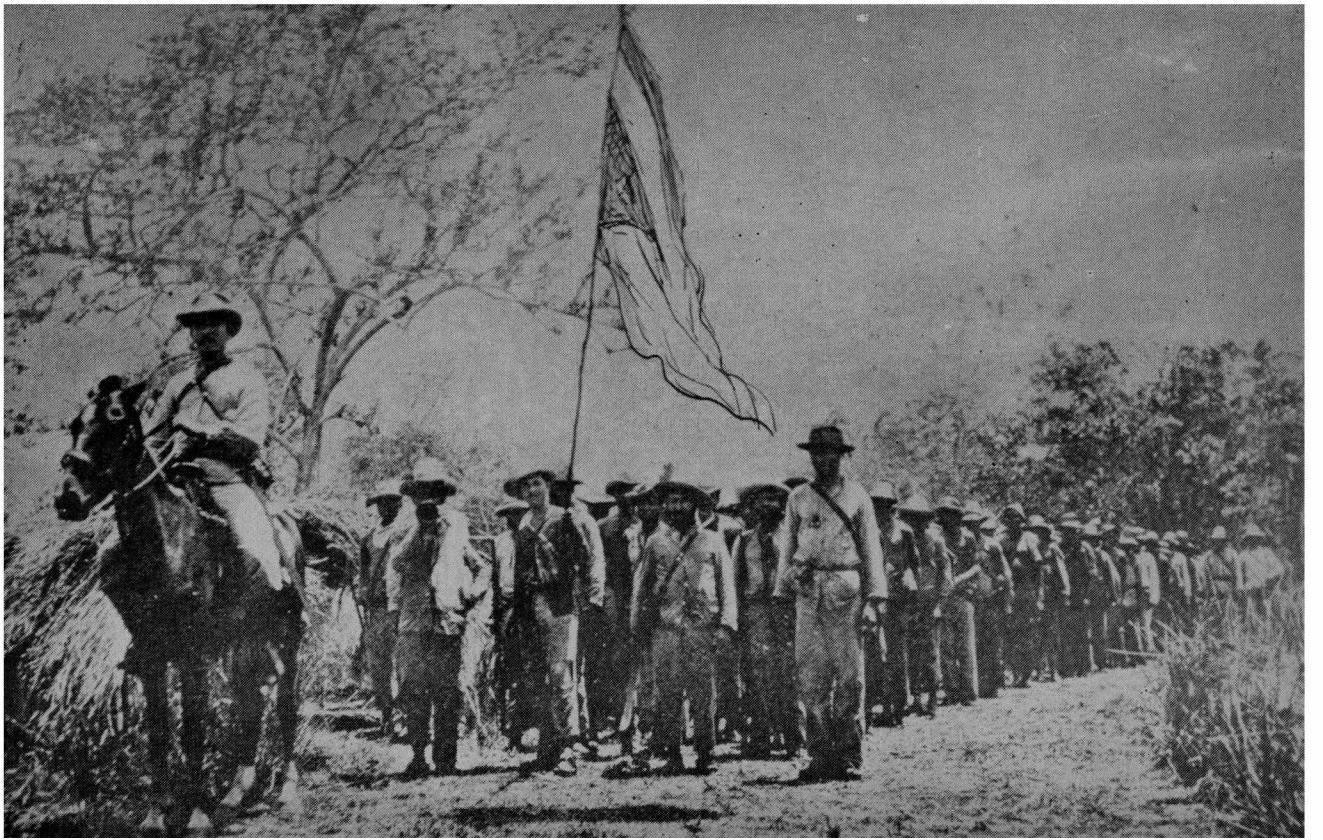
Comandante Despradel.



Comandante César Salas.

Escolta de Gómez (James H. Hare).

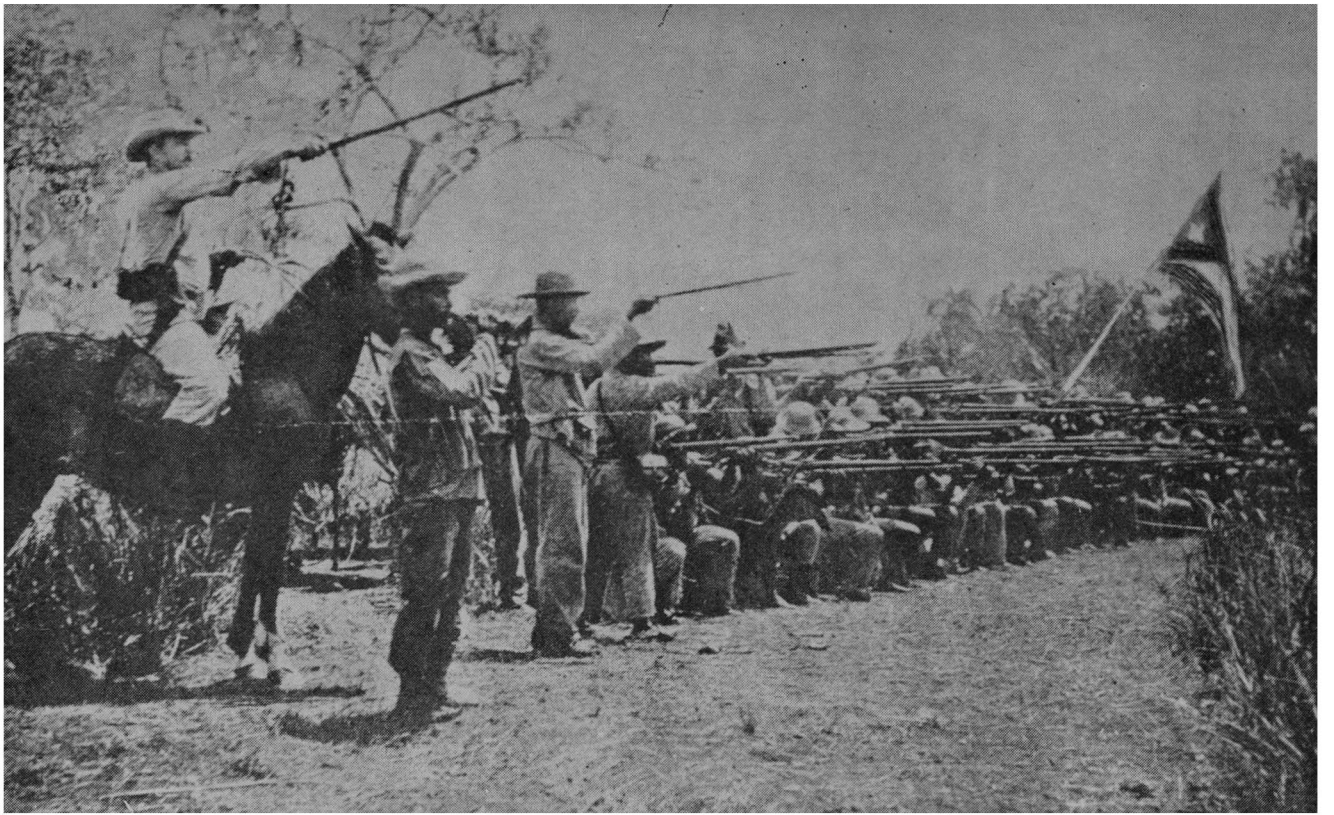
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



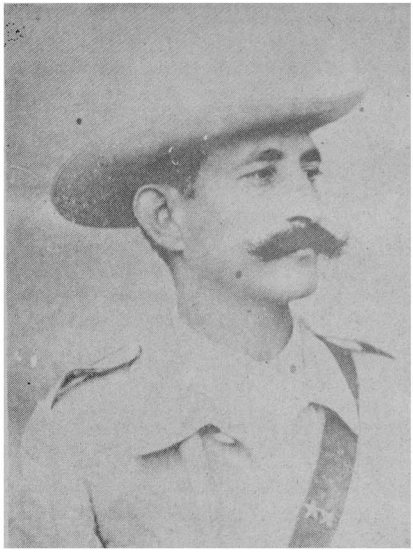
Infantería de Gómez, al mando de Estrampes, en marcha.

(Fotografía de J. H. Hare).

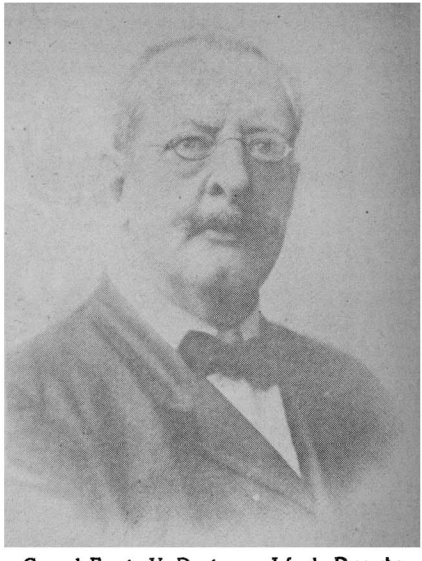
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Infantería que operó con Gómez en La Reforma al mando del Comandante d'Estrampes.

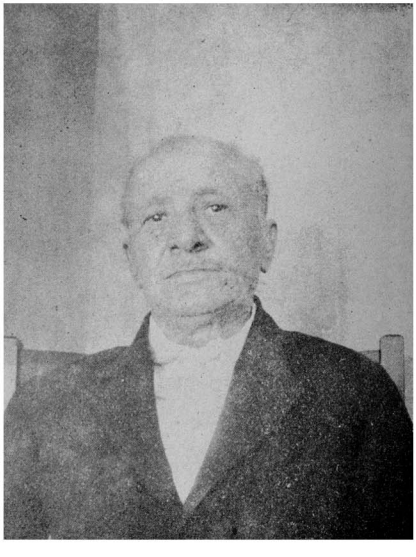


Coronel Pablo Mendieta.



Coronel Fermín V. Domínguez, Jefe de Despacho de Gómez.

Teniente Coronel *Polo* Calvo, del Estado Mayor de Gómez.



General José Miró, Jefe de Estado Mayor del Lugar teniente A. Maceo.

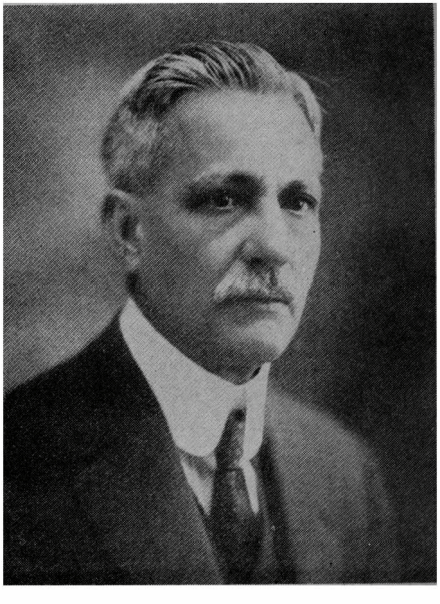
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

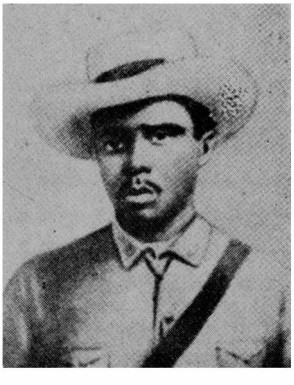
El General Carrillo y su escolta.

Coronel Carlos Mendieta.

Coronel Nicasio Mirabal.

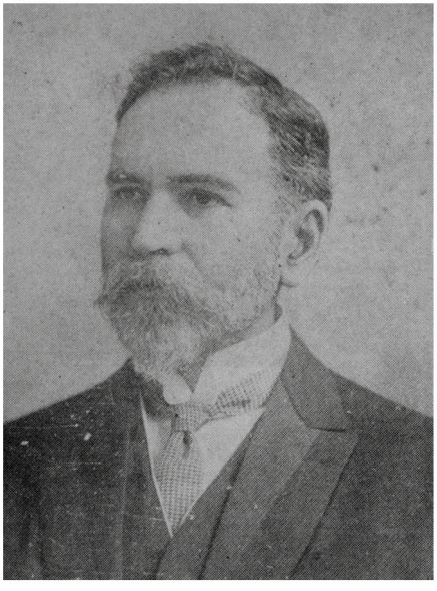


Coronel Diaz Silveira.

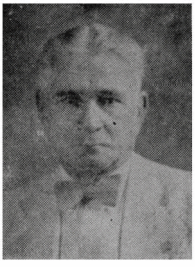


Coronel Cecilio González.

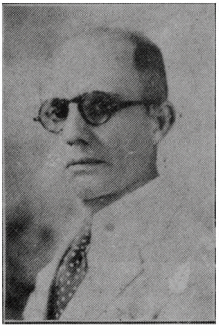
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



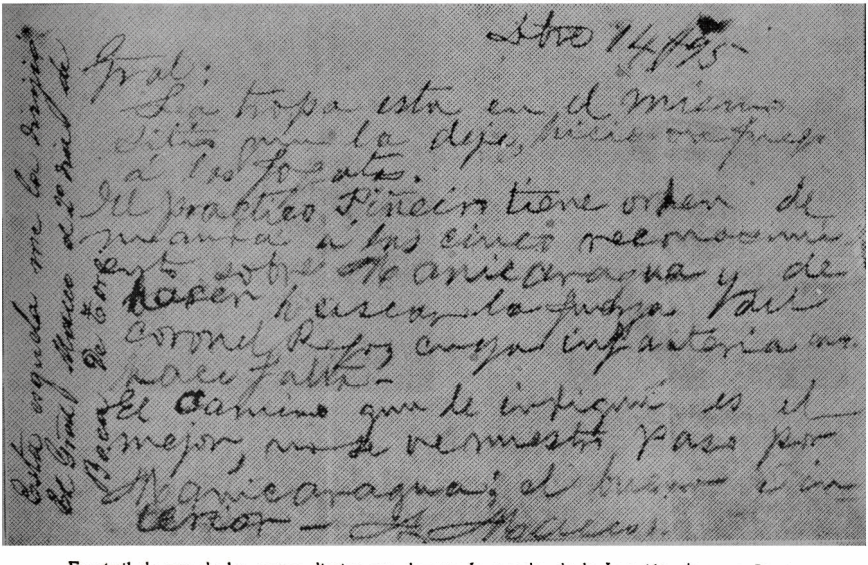
General. Emilio Núñez.



Coronel Tomás Olivera.

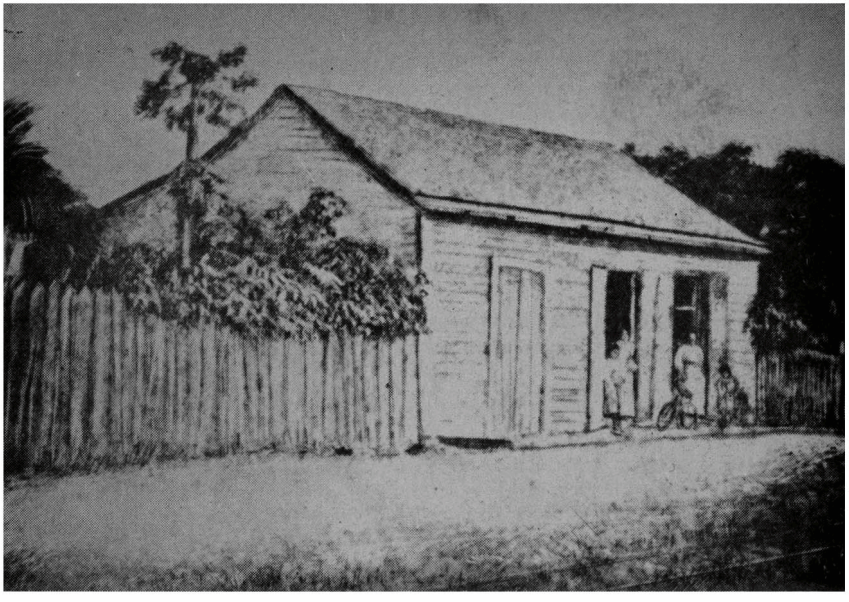


Capitán Angel Rosende.



Facsimil de uno de los partes diarios que durante la marcha de la Invasión. de su puño y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



La Casa de Monte Cristi, de donde salieron para Cuba Gómez y Martí.

Guiados por la «Estrella solitaria» camino del pesebre. (Caricatura de Sileno publicada en Gedeón en enero de 1896).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia